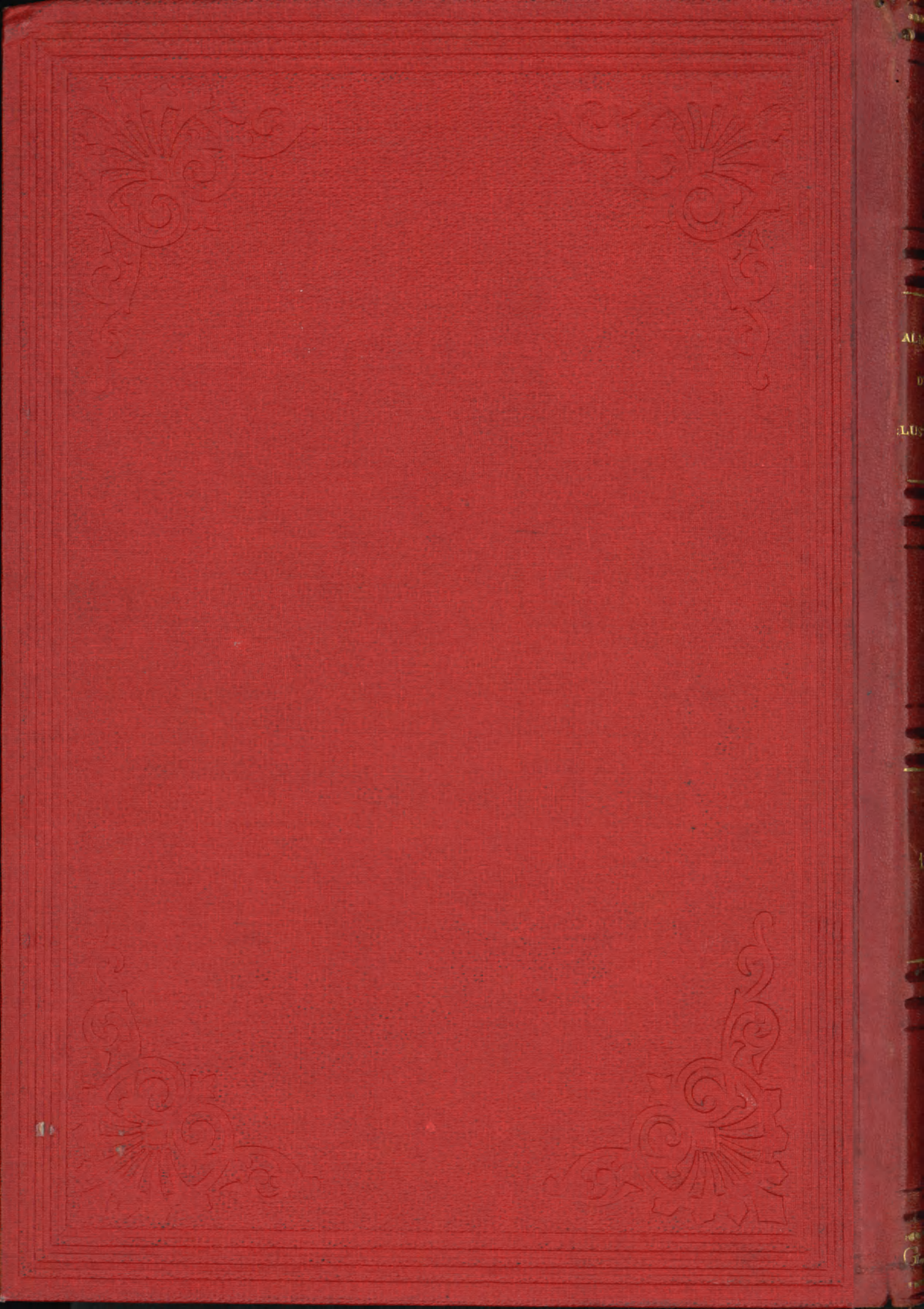


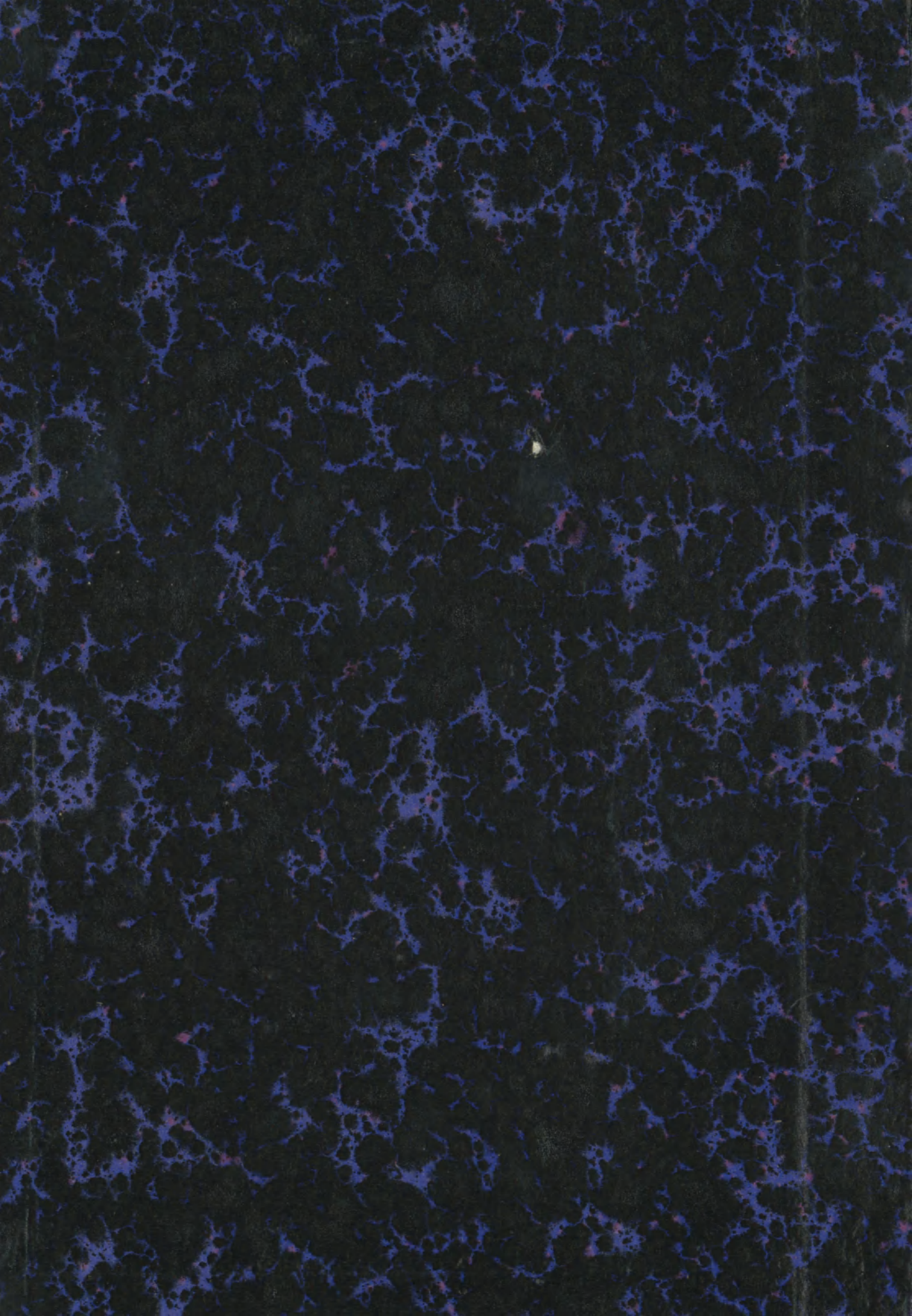
DE LA

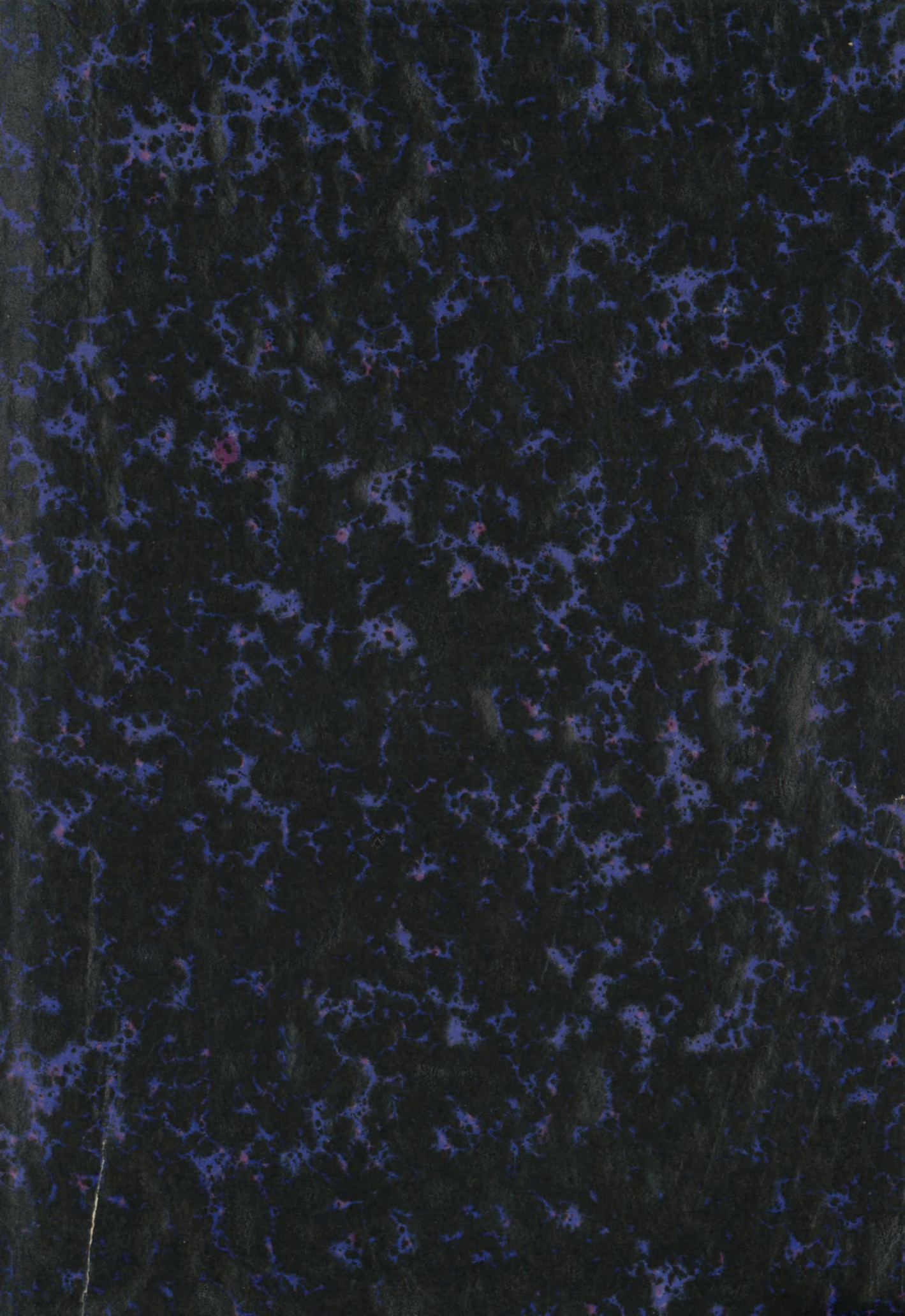
ALMANAQUE
DE LA
LUSTRACI

1882

J. DEB







El Genet Blau
48'08 E

A LMANAQUE

DE

25 SEP 2003



ILUSTRACION

1882





ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1882

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALARCON (D. Pedro A. de), ÁLVAREZ ALVISTUR (D. Luis), CERVERA BACHILLER (D. Juan),
ESPERANZA (D. J. M.), FERNANDEZ BREMON (D. José),
GARCÍA CADENA (D. Peregrin), MAS Y PRAT (D. Benito), MENENDEZ PELAYO (D. Marcelino),
MIQUEL Y BADÍA (D. Francisco), MONREAL (D. Julio), NAVARRO REVERTER (D. Juan), NOVO Y COLSON (D. Pedro de),
PALACIO (D. Manuel del), PUIGGARÍ (D. José),
RUIZ AGUILERA (D. Ventura), SUAREZ (D. Pedro A.), TRUEBA (D. Antonio de),
VALMAR (Marqués de), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

AÑO IX.



MADRID,
IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Duque de Osuna, número 3.

1881.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

<i>Págs.</i>	0	<i>Págs.</i>	
PRELIMINARES: Año religioso, por D. Pedro de A. Suarez.	5	El ingenio es mediato factor de Dios, por D. José Puiggari.	87
Año astronómico, por D. N. N.	5	Tres cuentos populares, por D. Antonio de Trueba.	90
Santorial, por D. Pedro de A. Suarez.	6	Una aventura y una conquista, por D. Pedro de Novo y Colson.	98
Los Hijos vengadores en la literatura dramática (estudio de crítica é historia literaria), por el Excmo. Sr. Marqués de Valmar, individuo de número de la R. A. Española.	11	En las azoteas de la catedral de Sevilla, por D. Benito Mas y Prat.	103
El Primer sueño de un niño; cuento, por D. José Fernandez Bremon.	42	La Produccion en España, por D. Luis Álvarez Alvistur.	108
El Cancionero del Prado, por D. Peregrin García Cadena.	48	La Leyenda del thé (tradicion indo-china), por D. J. Cervera Bachiller.	112
<i>Diffugere nices...</i> ; poesia, por D. Marcelino Menéndez Pelayo, individuo de número de la R. A. Española.	56	Las Fiestas de antaño (una comedia en Pompei), por D. F. Miquel y Badia.	116
Don Alonso de Ercilla y Zúñiga; estudio biográfico, por D. Luis Vidart.	58	Cuerdas íntimas; poesia, por D. Ventura Ruiz Aguilera.	129
El Año campestre; poesia, por D. José Velarde.	69	Mr. <i>Stabat Mater</i> de Rossini, por D. J. M. Esperanza y Sola.	130
Un Maestro de antaño (fragmento de las «Memorias inéditas del bachiller Padeaya», que se publicarán íntegras despues de su muerte), por el Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcon, individuo de número de la R. A. Española.	79	Costumbres del siglo XVII: <i>Lo que tapaba un manto</i> , por D. Julio Monreal.	134
		En los jardines de la Isla; soneto, por D. Manuel del Palacio.	143
		La prediccion del tiempo, por D. J. Navarro Reverter.	144
		<i>Biblioteca selecta de Autores Contemporáneos</i> (Catálogo).	152

GRABADOS.

BELLAS ARTES.	<i>Págs.</i>	0	RETRATOS.	<i>Págs.</i>
«Hoy es el santo de mamá» (cuadro de Chaplin).	4		Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, autor de <i>La Arcañona</i>	57
Lord Byron (estatua en mármol), por Pozzi.	16		Mr. James A. Garfield, presidente que fué de la República Norteamericana.	111
Los ciudadanos de Florencia quemando sus riquezas á la voz de Savonarola (cuadro de Topham).	28		El General D. Manuel Gonzalez, presidente de los Estados Unidos de Méjico.	133
Moisés salvado de las aguas (estatua en mármol), por Barzaghi.	37		D. Domingo Santa Maria, presidente de la República de Chile.	147
Bronce romano (Museo de Inspruck).	40			
Estudio de un pintor (Escuela inglesa contemporánea).	41			
La leccion de guitarra (cuadro de Leighton).	44			
La crinolina improvisada (dibujo de Keyser).	46			
Romeo y Julieta (cuadro de Lengo).	47			
El traje de cola (dibujo de Keyser).	55			
Juan Sebastian de Elcano (estatua en mármol), por Bellver.	60			
Proceso de la reina Catalina (cuadro de Laslett J. Pont).	64			
Estudio de una artista (Escuela inglesa contemporánea).	77			
Las aptitudes precoces (dos grabados de Brend'amour).	82 y 83			
La Aurora (fresco, por Guido Reni).	85			
Controversia de teólogos (cuadro de Andrea del Sarto).	86			
La mujer de Loth (escultura en mármol), por Thorneroft.	89			
Cabeza de negro (escultura de Leguán).	96			
El bote salva-vidas (cuadro de Moore).	99			
Portada del hospital de Santa Cruz, en Toledo.	102			
Los mendigos (cuadro de Mirillo).	106			
Iglesia de Santa Croce, en Florencia.	115			
Los estudios del pintor Ribera, en Roma (cuadro de Bonnat).	142			
			VARIEDADES.	
			Vista de la plaza de Gibraltar, tomada desde la Línea.	10
			Sepulcro de Hamlet.	34
			Historico castillo de Guzman «el Bueno».	51
			Comisiones escolares que asistieron á las fiestas del Centenario de Calderon.	73
			Galeria Central de la Exposicion de Melbourne.	78
			Exposicion de Matanzas (Isla de Cuba).	94
			Teatro Nacional de Praga.	97
			Un critico competente.	119
			Pinturas pompeyanas.	120, 121 y 123
			La nueva estacion central de Munich.	124
			Vifletas artisticas.	56, 69, 70, 72, 75, 90, 91, 93, 101, 110, 116 y 129
			Asesinato de S. M. el emperador Alejandro II.	133



«HOY ES EL SANTO JUEVES» (Cuadro de Chaplin.)

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO.

Aureo número. 2	Indiccion romana. X
Epacta. XI	Letra dominical. A
Cielo solar. XV	Letra del martirologio romano. I

FIESTAS MOVIBLES.

Santísimo Nombre de Jesús.	15 de Enero.
Septuagésima.	5 de Febrero.
Sexagésima.	12 de Febrero.
Quincuagésima.	19 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	22 de Febrero.
Pascua de Resurreccion.	9 de Abril.
Patrocinio de San José.	30 de Abril.
Letanias.	15, 16 y 17 de Mayo.
Ascension del Señor.	18 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	28 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	4 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	8 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento.	24
Santísimo Corazon de Jesús.	16 de Junio.
Porcino Corazon de Maria.	18 de Junio.
Fiesta de la Preciosa Sangre de Jesucristo.	2 de Julio.
San Joaquin, padre de Nuestra Señora.	20 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	1 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	12 de Noviembre.
Adviento.	3 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I. — El 1, 3 y 4 de Marzo.	III. — El 20, 22 y 23 de Setiembre.
II. — El 31 de Mayo, 2 y 3 de Junio.	IV. — El 20, 22 y 23 de Diciembre.

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la

Immaculada Concepcion de Nuestra Señora caiga en Viernes ó Sábado, el ayuno se anticipa al *Jueves* precedente.
La Vigilia de Pentecostes. 27 de Mayo.
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro
Temporas.
Vigilia de San Pedro y San Pablo, Apóstoles. 28 de Junio.
De Santiago, Apóstol. 24 de Julio.
De la Asuncion de Nuestra Señora. 14 de Agosto.
De Todos los Santos. 31 de Octubre.
De Navidad. 23 de Diciembre.

ADVERTENCIA. Ningun día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y los Viernes del año.

DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El Miércoles de Ceniza. 22 de Febrero.
Todos los Viernes de Cuaresma.
Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la semana
Santa.
Vigilia de Pentecostes. 27 de Mayo.
De San Pedro y San Pablo. 28 de Junio.
De la Asuncion de Nuestra Señora. 14 de Agosto.
De la Natividad del Señor. 23 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 6 de Febrero; el 5, 19 y 31 de Marzo; el 1, 9 y 12 de Abril; el 1 y 3 de Junio.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 17 de Abril, y se cierran respectivamente el 4 de Febrero y el 2 de Diciembre.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. 40° 24' 30" N.
Longitud. 0 ^h 10 ^m 42 ^s al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio. — <i>Caudata.</i>
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 23 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera.</i>	En Libra, el 23 de Setiembre. — <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 20 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 21 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 21 Dic. — <i>Invierno.</i>

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 4 h. y 50 m. de la tarde.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 1 h. y 2 m. de la tarde.
OTOÑO. — Entra el 23 de Setiembre á las 3 h. y 23 m. de la mañana.
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 3 y 38 m. de la noche.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MAYO 16. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial, en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 18^h 37^m 1^s tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 18° 16' al E. de Madrid, y latitud 49° 7' N.
El eclipse central principia á 17^h 38^m 9^s, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud 0° 34' al E., y latitud 10° 39' N.

El eclipse central á mediodía principia á 19^h 26^m 3^s en longitud de 67° 28' E., y latitud 38° 48' N.
El eclipse central termina á 21^h 3^m 9^s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 142° 37' E., y latitud 25° 30' N.
El eclipse termina en la Tierra á 22^h 6^m 5^s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 124° 35' E., y latitud 10° 2' N.
Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes:

Principio del eclipse el día 17 á 5^h y 30^m de la mañana.
Medio del eclipse el día 17 á 6^h y 13^m de la mañana.
Fin del eclipse el día 17 á 6^h y 53^m de la mañana.
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol 0,332, tomando su diámetro por unidad.
La primera impresion de la Luna con el disco solar se verificará en un punto que dista 97° del vértice superior del Sol, hacia la derecha (vision directa).
Este eclipse será visible en toda Europa, en gran parte de Asia y África, en las Islas Filipinas, en el Mediterráneo, en parte del Atlántico Indico y mar Polar Ártico.

NOVIEMBRE 10. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.
El eclipse principia en la Tierra á 5^h 7^m 7^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en longitud 144° 56' al E. de Madrid, y latitud 2° 38' N.
El eclipse central principia á 9^h 14^m 2^s, y el primer lugar que lo ve se halla en longitud 127° 0' E., y latitud 1° 32' S.
El eclipse central á mediodía sucede á 11^h 11^m 6^s, en longitud 171° 50' al O., y latitud 29° 36' S.
El eclipse central termina á 1^h 0^m 3^s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 102° 7' O., y latitud 21° 15' S.
El eclipse termina á 14^h 6^m 2^s, y el último lugar que lo ve se halla en longitud 120° 12' O., y latitud 17° 0' S.
Este eclipse será visible en las Islas Filipinas, en la Australia y en gran parte del Oceano Pacifico.

SANTORAL.

En él se incluyen: 1.º Todas las fiestas de Nuestro Señor, de la Virgen y los santos comprendidas en el Breviario romano. 2.º Todos los santos españoles cuyo culto está aprobado canónicamente, excluidos cuantos nos regalaron los autores de los falsos Cronicones, de funesta memoria. 3.º Los santos que, sin estar en el Breviario romano, ni ser españoles, de inmemorial se les viene incluyendo en los santorales de nuestra nacion.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1882.

Ortos del Sol.	ENERO.	Ortos del Sol.	FEBRERO.	Ortos del Sol.
7.23	1 Dom. LA CIRCUNSCRIPCIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspendense, obispo.	4.45	1 Miér. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Lún. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir; y san Macario, abad.	4.45	2 Juév. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.24	3 Mart. San Antonio, papa y mártir, y santa Gonorrea, virgen, patrona de Paris.	4.46	3 Viér. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	4 Miér. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 10 h. y 34 m. de la m., en Cáncer.	4.47	☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 43 m. de la m., en Leo.	
7.24	5 Juév. San Telesforo, papa y mártir, y san Simón Stilla.	4.48	4 Sáb. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Lemnia.	5.22
7.24	6 Viér. <i>Fiesta.</i> LA ADOBACION DE LOS SANTOS RITOS, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	4.49	5 Dom. <i>de Septuaginta.</i> Santa Agnes, virgen y mártir, san Pedro Bautista y 25 compañeras, mrs. del Japón.— <i>Anim.</i>	5.23
7.24	7 Sáb. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrease las velaciones.</i>	4.50	6 Lún. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.28	8 Dom. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7 Mart. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.28	9 Lún. San Julian, mártir, y santa Basilia, virgen.	4.52	8 Miér. San Juan de Mota, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	5.27
7.28	10 Mart. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53	9 Juév. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.28	11 Miér. San Higinio, papa y mártir.	4.54	10 Viér. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.28	12 Juév. San benito Bisop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de Leon. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 3 h. y 33 m. de la t., en Libra.	4.55	11 Sáb. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de Maria, fundadores.	5.31
7.28	13 Viér. San Gumerando, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 h. y 10 m. de la m., en Scorpio.	
7.28	14 Sáb. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbítero de Nola, mártir.	4.57	12 Dom. <i>de Septuaginta.</i> Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	15 Dom. El Santísimo Nombre de Jesus, san Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	13 Lún. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizis, virgen.	5.33
7.21	16 Lún. San Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	5.00	14 Mart. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.21	17 Mart. San Antonio, abad.	5.01	15 Miér. San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.20	18 Miér. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	16 Juév. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.20	19 Juév. San Caetano, rey, san Mario, santa Marta, san Audifas y san Albad, mártires. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 20 m. de la t., en Capricornio.	5.03	17 Viér. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.19	20 Viér. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	18 Sáb. San Euladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotomio, confesor.	5.39
7.19	21 Sáb. San Fructuoso, obispo, san Aigurio y san Eulogio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 35 m. de la madr., en Aquario.	
7.18	22 Dom. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Amastasio, mártires.	5.07	19 Dom. <i>de Quincuaginta.</i> San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40
7.17	23 Lún. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emereciana, virgen y mártir, patrona de Tormel.	5.08	20 Lún. San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.17	24 Mart. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	21 Mart. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.16	25 Miér. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	22 Miér. <i>de Ceniza.</i> La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pasasio, obispo.— <i>Principio el ayuno de cuaresma.</i>	5.44
7.15	26 Juév. San Polinario, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana. ☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 h. y 50 m. de la m., en Tauro.	5.11	23 Juév. San Pedro Damiano, obispo y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.14	27 Viér. San Juan Crisostomo, obispo y doctor, y san Julian y compañeros, mártires.	5.12	24 Viér. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo y confesor.	5.46
7.14	28 Sáb. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros, mártires, y la Asunción de santa Ines, virgen y mártir.	5.14	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 9 h. y 16 m. de la n., en Gemini.	
7.13	29 Dom. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15	25 Sáb. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5.47
7.12	30 Lún. San Lesmes, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	26 Dom. <i>1 de Cuaresma.</i> San Alejandro, obispo.	5.48
7.11	31 Mart. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	27 Lún. San Baldomero, confesor.	5.49
		5.18	28 Mart. San Roman, abad, y san Macario, y compañeros, mártires.	5.50
MARZO.				
6.34	1 Miér. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, ob.— <i>Tempora.</i>	5.52	16 Juév. San Julian de Anazarbo, mártir.	6.08
6.33	2 Juév. San Lucio, obispo.	5.53	17 Viér. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.31	3 Viér. San Eusebio y san Celedonio, mártires, patronos de Calahorra.— <i>Tempora.</i>	5.54	18 Sáb. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.30	4 Sáb. San Casimiro, principe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.— <i>Tempora.</i> — <i>Ordens.</i> ☉ <i>Luna llena</i> , á las 12 h. y 25 m. de la n., en Virgo.	5.55	19 Dom. <i>1ª de Cuaresma.</i> San José, esposo de Nuestra Señora, patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.— <i>Anim.</i>	6.11
6.28	5 Dom. <i>2ª de Cuaresma.</i> San Eusebio, y comps., mrs.— <i>Anim.</i>	5.56	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 3 m. del día, en Placid.	
6.27	6 Lún. San Victor y san Victoriano, mártires.	5.57	20 Lún. San Niceta, obispo, y santa Eufemia, mr.— <i>(PRIMAVERA.)</i>	6.12
6.26	7 Mart. Santo Tomas de Aquino, confesor y doctor, y santa Pepoña y santa Felicidad, mártires.	5.58	21 Mart. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.23	8 Miér. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veronimo, abad.	5.59	22 Miér. San Doagracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.22	9 Juév. Santa Francisca, viuda romana, san Poctano, obispo, y santa Catalina de Bolonia.	5.57	23 Juév. San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15
6.20	10 Viér. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires de Sebaste.	5.56	24 Viér. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.	6.16
6.19	11 Sáb. San Eulogio, presbítero, y san Vencio, abad, mrs.— <i>Anim.</i>	5.56	25 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA Y ESCANDACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dijas el Buen Labrador.	6.17
6.17	12 Dom. <i>3ª de Cuaresma.</i> San Gregorio Magno, p. y dr.— <i>Anim.</i> ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 9 h. y 15 m. de la n., en Sagitario.	5.54	26 Dom. <i>de Pasión.</i> San Braulio, obispo de Zaragoza.— <i>Anim.</i>	6.18
6.15	13 Lún. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	5.52	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 1 h. y 18 m. de la t., en Cancer.	
6.14	14 Mart. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, vg.	5.51	27 Lún. San Ruperto, obispo y confesor.	6.19
6.12	15 Miér. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Eusebio, abad, santa Leoncía, virgen y mártir, y san Longino y compañeros, mártires.	5.49	28 Mart. San Sixto III, papa, san Cletor y san Doroteo, mrs.— <i>Anim.</i>	6.20
		5.47	29 Miér. San Eustasio, abad.	6.21
		5.46	30 Juév. San Juan Chimas, abad.	6.22
			31 Viér. Los Dolores de Nuestra Señora, santa Balbina, virgen, san Amos, profeta, y el beato Amador de Saboya.— <i>Anim.</i>	6.23

Table with columns for 'Abril' and 'Mayo'. Each column lists dates, feast names (e.g., San Venancio, San Isidoro), and astronomical data (hours and minutes of the sun). Includes sub-sections like 'Luna llena', 'Cuarto menguante', and 'Cuarto creciente'.

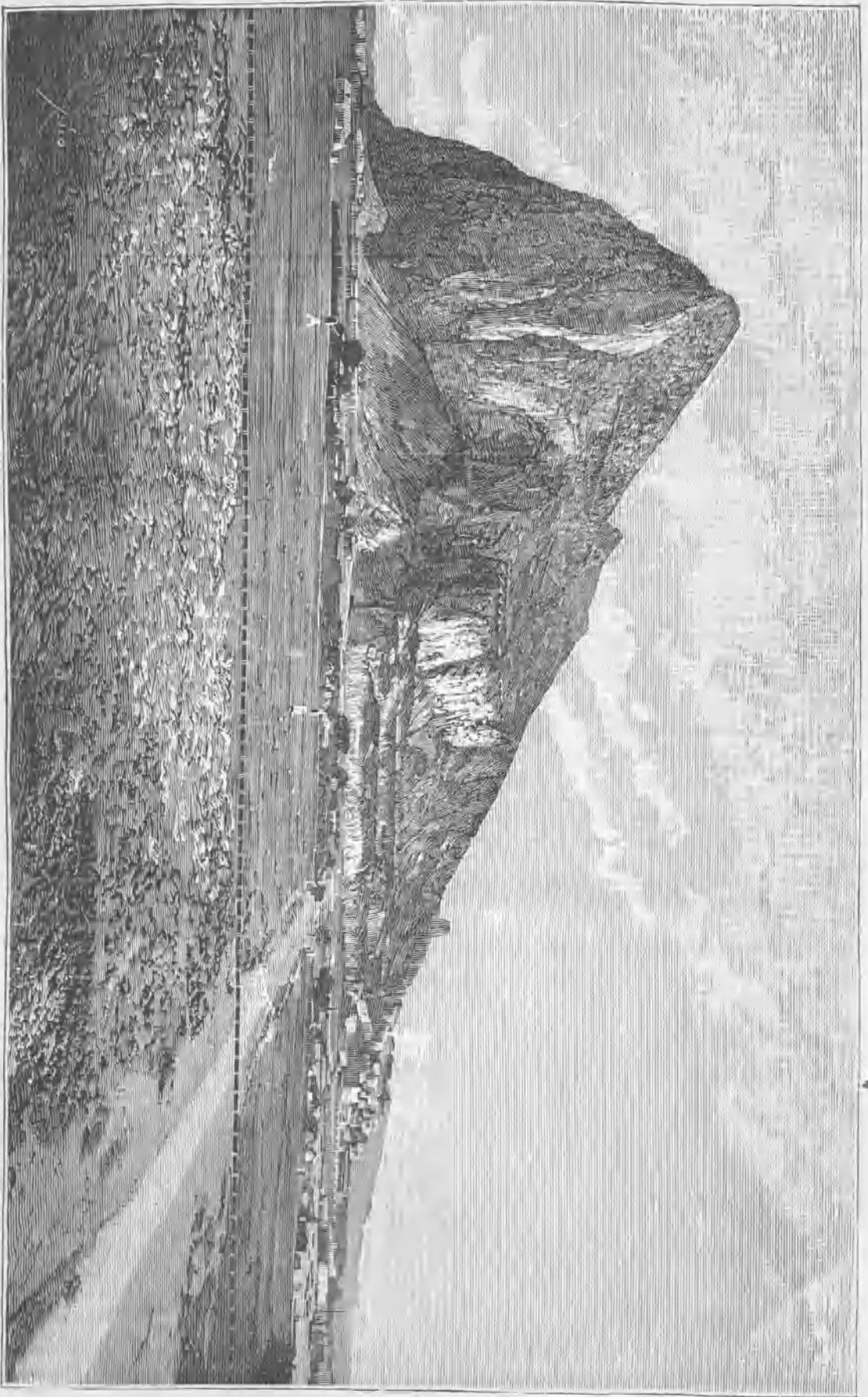
JUNIO.

Table for the month of 'Junio'. Lists dates, feast names (e.g., San Segundo, San Felipe Neri), and astronomical data. Includes sub-sections like 'Luna llena', 'Cuarto menguante', and 'Cuarto creciente'.

Oros del Sol	OCTUBRE.	Oros del Sol	Oros del Sol	NOVIEMBRE.	Oros del Sol
3,56	1 Dom. Nuestra Señora del Rosario, el santo Ángel Custodio, teltar de España, y san Remigio, obispo.	5 43	0,29	1 Miér. <i>Pisla</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	4,67
3,57	2 Lún. San Olegario, obispo y mártir, y san Satrio, ermitaño, patron de Soría.	5,41	0,31	2 Juév. La Commemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquia, virgen y mártir.	4,50
3,58	3 Márt. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5,40		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 h. y 43 m. de la n., en Leo.	
3,59	4 Miér. San Francisco de Asís, fund. de la Orden de los Menores.	5,38	5,32	3 Viér. Los Innumerales mártires de Zaragoza, y san Ermón- gol, obispo.	4,55
4,00	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 3 m. de la madrugada, en Cáncer.		6,33	4 Sáb. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri- colino, mártires.	4,54
4,00	5 Juév. San Plácido y compañeros, mártires, san Trojlan y san Athano, obispos.	5,36	6,34	5 Dom. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padre de san Juan Bautista.	4,53
4,01	6 Viér. San Bruno, fundador de la Orden de la Cartuja.	5,35	6,35	6 Lún. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4,52
4,02	7 Sáb. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Obd., abad.	5,33	6,36	7 Márt. San Florencio, obispo, y san Teodoro, abad.	4,51
4,03	8 Dom. Santa Brígida, viuda y fundadora, y san Pedro, mártir de Sevilla.	5,32	6,38	8 Miér. Los santos Severo, Severiano, Carpintero y Victorino, her- manos, mártires.	4,50
4,04	9 Lún. San Dionisio Areopagita, obispo, san Rustico y san Eleu- terio, mártires.	5,30	6,39	9 Juév. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y los santos mártires Trifon, Respi- cio, y Ninfa, virgen.	4,49
4,05	10 Márt. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	5,29	6,40	10 Viér. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifon, Respi- cio, y Ninfa, virgen.	4,48
4,06	11 Miér. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5,27		☽ <i>Luna nueva</i> , á las 11 h. y 3 m. de la n., en Escorpio.	
4,07	12 Juév. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obispos y mártires, y san Senná de Monteg- rotriano, confesor.	5,26	6,41	11 Sáb. San Martín, obispo de Tours, y san Mena, mártir.	4,47
	☾ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 17 m. de la m., en Libra.		6,42	12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, confesor, y san Millan, pres- bitero.	4,46
4,08	13 Viér. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	5,24	6,43	13 Lún. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kocka, y san Homobono, confesor.	4,45
4,09	14 Sáb. San Calixto, papa y mártir.	5,22	6,45	14 Márt. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4,44
4,10	15 Dom. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora, compatrona de las Españas.	5,21	6,46	15 Miér. san Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leo- poldo, confesor.	4,43
4,12	16 Lún. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5,19	6,47	16 Juév. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asia, virgen.	4,43
4,13	17 Márt. Santa Eúviges, viuda, y la beata Margarita María de Alacorne, virgen.	5,18	6,48	17 Viér. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Adelfo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Mag- na, virgen.	4,42
4,13	18 Miér. San Lucas, evangelista.	5,16	6,49	18 Sáb. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, san Máximo y san Roman.	4,41
4,14	19 Juév. San Pedro de Alcántara, cf., patron de la diócesis de Coria.	5,15		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 27 m. de la m., en Acuario.	
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 h. y 40 m. de la n., en Capricornio.		6,50	19 Dom. Santa Isabel, hija del rey de Hungria, y san Poncia- no, papa y mártir.	4,40
4,15	20 Viér. San Juan Canelo, presbitero, y santa Irene, vg. y vir.	5,13	6,52	20 Lún. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísi- ma Trinidad.	4,40
4,16	21 Sáb. San Hilario, abad, santa Ursula y compañeras, vírgenes y mártires.	5,12	6,53	21 Márt. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Es- teban, mártires.	4,39
4,17	22 Dom. Santa Salome, viuda, santa Nupila y santa Atodia, vir- genes y mártires.	5,11	6,54	22 Miér. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4,38
4,18	23 Lún. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistra- no, san Servando y san German, patronos de Cadix.	5,09	6,55	23 Juév. San Clemente, papa, y santa Felicitas, mártires.	4,38
4,19	24 Márt. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5,08	6,56	24 Viér. San Juan de la Cruz, san Ursógono, mártir, santa Flora y santa Maria, vírgenes y mártires de Córdoba.	4,37
4,20	25 Miér. San Oriante y santa Maria, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispín y san Crispiniano, mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	5,06	6,57	25 Sáb. Santa Catalina, virgen y mártir.	4,37
4,21	26 Juév. San Everisto, papa y mártir, san Luciano, san Marcelino, san Valentin y santa Egnacia, mártires.	5,05		☽ <i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 48 m. de la madrugada, en Órbita.	
	☾ <i>Luna llena</i> , á las 2 h. y 10 m. de la t., en Tauro.		6,58	26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan- drino, obispo y mártir.	4,36
4,23	27 Viér. Santos Vicente, Sabina y Crísteta, mártires, patronos de las ciudades de Avila y Talavera de la Reina.	5,04	7,01	27 Lún. San Pascual y san Primitivo, hermanos, mártires.	4,36
4,24	28 Sáb. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	5,03	7,02	28 Márt. San Gregorio III, papa.	4,35
4,25	29 Dom. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	5,01	7,03	29 Miér. San Saturnino, obispo y mártir.	4,35
4,27	30 Lún. Santos Claudio, Lupercio y Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.	5,00		30 Juév. San Andres, apóstol.	4,30
4,28	31 Márt. San Quintín, mártir.— <i>Aguno</i> .	4,59			

DICIEMBRE.

7,04	1 Viér. Santa Natalia, viuda.	4,35	7,16	15 Viér. San Eusebio de Vercell, obispo y mártir.— <i>Aguno</i> .	4,35
7,05	2 Sáb. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obis- po y doctor, y santa Blisa, virgen y mártir.	4,34	7,17	16 Sáb. San Valentin y compañeros, mártires.	4,35
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 42 m. de la t., en Virgo.		7,17	17 Dom. III de Adriano. San Lázaro, obispo y mártir, y san Fran- cisco de Sona, confesor.	4,35
7,06	3 Dom. I de Adriano. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4,34		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 4 h. y 25 m. de la t., en Piscis.	
7,07	4 Lún. Santa Barbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gual- ves, mártir del Japon.	4,34	7,18	18 Lún. Nuestra Señora de la O.	4,36
7,08	5 Márt. San Sabas, abad, y san Ametasio, mártir.	4,33	7,19	19 Márt. San Nemesio, mártir.	4,36
7,08	6 Miér. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	4,33	7,20	20 Miér. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Tempora—Aguno</i> .	4,37
7,09	7 Juév. San Ambrosio, obispo y doctor.— <i>Aguno</i> .	4,33	7,20	21 Miév. Santa Tomas, apóstol.	4,37
7,10	8 Viér. <i>Pisla</i> . LA ISMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SE- ÑORA, patrona de las Españas.	4,34	7,20	22 Viér. San Demetrio y compañeros, mrs.— <i>Tempora—Aguno</i> .	4,38
7,11	9 Sáb. Santa Leocadia, vg. y vir., patrona de Toledo.— <i>Aguno</i> .	4,34	7,21	23 Sáb. Santa Victoria, virgen y mártir, y el beato Nicolas Escó- rido, confesor.— <i>Tempora—Ortales—Aguno con ab- sencia de carne</i> .	4,38
7,12	10 Dom. II de Adriano. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia de Mé- rida y santa Julia, vírgenes y mártires.	4,34	7,21	24 Dom. San Gregorio, presbitero y mártir.	4,39
	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 8 h. y 23 m. de la t., en Sagitario.			☾ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 26 m. de la t., en Cáncer.	
7,13	11 Lún. San Dámaso, papa.	4,34	7,22	25 Lún. <i>Pisla</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4,36
7,14	12 Márt. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermóge- nes, san Donato y 22 compañeros, mártires.	4,34	7,22	26 Márt. San Esteban, próto-mártir.	4,40
7,14	13 Miér. Santa Lucía, virgen y mártir, y el beato Juan de Ma- rimonio, confesor.	4,34	7,23	27 Miér. San Juan, apóstol y evangelista.	4,41
7,15	14 Juév. San Nicasio, obispo y mártir, san Espindian y san Pom- peyo, obispos.	4,35	7,23	28 Juév. Los santos Inocentes, mártires.	4,41
			7,23	29 Viér. Santo Tomas Cantuariense, obispo y mártir.	4,42
			7,23	30 Sáb. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4,43
			7,23	31 Dom. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4,44



LA CUESTION DE LÍMITES DE GIBRALTAR.
VISTA DE LA PLAZA, TOMADA DESDE LA LINEA DE LA CONSECUCION, CON INDICACION DE LA ZONA QUE ES OBJETO DE RECLAMACIONES.

LOS HIJOS VENGADORES,

EN LA LITERATURA DRAMATICA.

ESTUDIO DE CRÍTICA É HISTORIA LITERARIA.

SUMARIO.

- I.
Las pasiones toman distinto carácter, según la raza, el temperamento y la civilización.
- II.
Oréates.
- III.
El Cid.
- IV.
Hamlet.
Su verdadero carácter literario.
- V.
Monumentos del mito de *Hamlet*, anteriores al drama de Shakspeare.
- VI.
Leyenda primitiva de *Hamlet*, traducida de la *Historia* latina de *Saxo-Grannaticus*.
- VII.
¿Es Hamlet personaje histórico ó creación mítica de la fantasía popular?—Recuerdos de Dinamarca.—Castillo de Kronborg.—Sepulcro apócrifo de *Hamlet*.—*Saxo-Grannaticus*.—Molbeck.
- VIII.
Moratin, traductor de *Hamlet*.—Injusticia y error de la crítica pseudo-clásica con respecto á Shakspeare.

LOS HIJOS VENGADORES.

ORÉSTES.—EL CID.—HAMLET.

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

I.

LAS PASIONES TOMAN DISTINTO CARÁCTER, SEGUN LA RAZA, EL TEMPERAMENTO Y LA CIVILIZACION.

Yo ofrece la Historia, y especialmente la historia literaria, estudio alguno más interesante que el de las transformaciones y diferencias esenciales que se advierten en las ideas y en los sentimientos humanos según los tiempos, las razas, las religiones y las costumbres. Sin llegar á las atrocidades gigantescas de enterrar vivas á las viudas y quemar á los esclavos como honra funeral de magnates bárbaros, ni á la económica costumbre de matar á los viejos, á los impedidos y á los hijos *sobrantes*, seres molestos y onerosos de la familia, y otros horrores á que llega el hombre cuando la civilización no modera sus salvajes instintos, se hallan

también grandes monstruosidades morales en ilustres pueblos, que fueron lumbreras de cultura en remotas edades. La obligación que imponía la ley mosaica de sustituir, como esposo, un hermano á otro hermano cuando habían sido infecundos los matrimonios (el *levirato*); los *ilotas* de Lacedemonia y los *parias* de la India; el casamiento entre hermanos, ley sagrada de la sabia Egipto; cosas son que causan espanto y grima al corazón cristiano.

Pero, sin ahondar tanto en los desvarios y miserables aberraciones del espíritu humano, puede afirmarse que apenas hay un sentimiento, áun de aquellos que son universal é inalterable patrimonio de la humanidad, que no adquiera, según las influencias psicológicas y fisiológicas de cada pueblo, de cada época y á veces de cada individuo, tan peculiares formas y tan profundas divergencias, que cuesta trabajo reconocer un origen común en el impulso íntimo de pensamientos y pasiones que en sus manifestaciones externas toman rumbos tan distintos y producen resultados tan diferentes.

Las letras, que suelen ser luminoso espejo de la índole moral, etnográfica, religiosa y política de las naciones, demuestran á cada paso la exactitud de las precedentes observaciones. Las obras del ingenio que la posteridad no condena al olvido, llevan siempre consigo el sello inmortal de los impulsos morales que mueven la sociedad humana; esto es, las creencias, los afectos, las preocupaciones, los ambiciosos vuelos, las engañosas ilusiones, fuentes todas de donde nacen las acciones, gloriosas ó perversas, de los hombres.

El honor caballeresco, el fanatismo religioso ó político son pasiones artificiales que se crean y manifiestan, con muy diverso modo y carácter, al impulso de las costumbres, de los cultos, de las instituciones y de las leyes. Estos y otros ardorosos movimientos del alma pueden ser peculiares á épocas y á razas determinadas.

El embeleso del amor, los arrebatos del odio, los afanes de la ambición, los anhelos de la gloria, las angustias de la codicia, el infernal tormento de la envidia, el ansia punzadora de la venganza, son sentimientos y pasiones comunes á la familia humana. Y, sin embargo de su generalidad y persistencia, toman caminos y formas diferentes, según las circunstancias idiosincráticas de la raza y del individuo, y según el estado social de civilización ó de barbarie. La educación, el clima, la posición social influyen también no poco en la forma de expresión de las pasiones eternas del hombre. Una dama aristocrática de Berlín ó de Londres no da rienda á la desesperación ó á la ira con desaforados gri-

tos y descompuestos ademanes, como la placera de la Halle de París ó la manola de Lavapiés de Madrid. El septentrional, por lo común flemático y reflexivo, espera ocasión para la venganza; el meridional, irreflexivo é irascible, se ciega y acomete. En todos es igualmente intensa y viva la dolorosa energía de las pasiones; pero la máscara que toman, al enseñorearse del alma, tiene innumerables matices.

Esto explica cómo la venganza, por ejemplo, que es una de las pasiones más adecuadas á las obras de imaginación, y que ha dado pábulo tantas veces á la novela y al drama, se ha pintado siempre con tan diferentes formas y colores; lo cual se ve con perfecta claridad, si se pára la atención en la venganza provocada por causas de una misma índole, y se comparan las obras literarias en que han sido desarrollados sus impulsos y sus estragos.

No hay asunto dramático más grave y más conmovedor que la venganza ejercida por los hijos en desagravio de los padres. Innumerables son los dramas por él inspirados. Pero basta comparar los tres más ilustres que ofrece la literatura de todas las edades, para convencerse de los diversos impulsos y efectos que producen las pasiones en razas y en civilizaciones distintas.

Oréates, El Cid, Hamlet. Tres instrumentos típicos de filial venganza, creados por las letras espontáneas y vigorosas de Grecia, de España y de Inglaterra. Pero ¡qué personajes tan diversos! Los móviles que provocan estas tres venganzas, y los medios empleados para consumarlas, dan á cada una de ellas un sello privativo y profundo. Los tres vengadores son tres caracteres en que se reflejan respectivamente otras tantas razas y civilizaciones.

II.

ORÉATES.

El mito literario del *Oréates* de la Grecia antigua ha sido determinado y fijado con el sello de la inmortalidad por el genio sublime de Esquilo. Pero ya mucho antes existía en la poesía helénica. Un vate insigne de Himera, *Estesicore*, compuso un poema, *LA ORESTIA*, cuyo título pasó á ser el de la famosa trilogía de Esquilo. Desgraciadamente no ha llegado á nosotros esta importante obra. Consta su existencia por testimonios históricos de la antigüedad. En un fragmento que los ilustres críticos alemanes Geel y Bergk, con no escaso fundamento, atribuyen al mismo poema, asoma claramente la influencia religiosa de la fatalidad, base primordial de las concepciones dramáticas de Esquilo. Contiene también un sueño de Clitemnestra, que tal vez inspiró al poeta trágico la terrible visión de la serpiente que refiere á Oréates el coro en *Las Coéforas*, y que decide al parricida á cometer el horrendo atentado.

Puede creerse fácilmente que las pasiones y los caracteres de la trilogía *La Orestia* pertenecen exclusivamente á Esquilo. El vigoroso y fácil pincel con que traza los personajes de Clitemnestra, de Egisto y de Electra, y la sabia unidad de las tres partes inseparables de esta admirable trama, denotan un ingenio original y poderoso. Pero ¿quién sabe si en el alto sentido moral de la obra fué Esquilo inspirado por *La Orestia* de Estesicore?

Para excitar á la venganza á Oréates, dice el coro en *Las Coéforas*:

«Permita Júpiter que triunfe la ley de equidad. ¡Agravió por agravio.... muerte por muerte! Mal por mal es sentencia de los antiguos tiempos.»

Esta horrible ley de venganza, ley de equidad en la dura moral pagana, ley de iniquidad en la moral generosa de los cristianos, se dulcifica y se transforma en *Las Euménides*, última parte de la trilogía. Allí la decantada ley del talion, de la antigüedad se convierte en la santa ley de la rehabilitación moral del delincuente, por medio del escarmiento, de la pena, de la plegaria y del arrepentimiento.

Digo en verdad era Estesicore de sostener y propagar, como apóstol de verdades morales, el gran principio de la expiación. Era uno de aquellos poetas que daban á la poesía lírica una grandeza y una amplitud que la hacía frisar con la epopeya y la tragedia. Así lo afirman ilustres críticos de la antigüedad. Longino le llama muy *homérico* (1). La *Antología* lo convierte en un segundo Homero (2). Quintiliano dice de él «que sostuvo con la lira el peso de la epopeya» (3).

Aquel grandioso lirismo que, con sus formas múltiples y flexibles, lo abarcaba todo, tradiciones teogónicas, leyendas religiosas y heroicas, costumbres públicas y privadas, glorias recientes de la patria, cuanto constituye la vida real é ideal de las naciones, era la fuente natural del drama griego. No parece dudoso hoy día que en Grecia la tragedia nació del *ditirambo*, himno á Baco, entusiástico por excelencia, y especialmente de los *coros trágicos* de Sicione, que menciona Herodoto (4), narraciones patéticas en forma de himnos ditirámicos, especie de *trenas*, que constituyó lo que se llamó entonces *τραγικὸς τρόπος* (modo trágico). La tragedia griega fué en un principio puramente lírica (5), y por transmisión natural llegó á ser la tragedia dramática, que constituye una de las más brillantes glorias de la civilización literaria de Atenas.

Estesicore, según la expresión de un escritor de nuestros días, era «el más épico de los grandes líricos.» Se han conservado muy pocos versos de este famoso siciliano; pero en cambio conocemos muchos de los asuntos épicos de sus poemas. Horacio y Plinio el Mayor en él admiraban la sublimidad y el alto sentido. Afirman que el esplendor, la pasión, el raudal de la elocuencia poética, hacían recordar en sus obras á las de Píndaro (6). ¿Cómo no había Estesicore de ostentar tan nobles prendas en el grandioso asunto de su *Orestia*? Este poema no podía ménos de contener magníficos cuadros de las tremendas luchas y trágicos conflictos de la sanguinaria familia de los Atridas. Atendida la grande autoridad de Estesicore, bien puede conjeturarse que Esquilo no desdeñaría inspirarse en aquella celebrada obra. ¡Grave é irreparable pérdida! Si hubiesen llegado á nosotros, así *La Orestia* como los cantos patéticos de Estesicore en

(1) *De Subl.*, XIII, 3.

(2) *ASTIPATER. Anth. Pal.* VII, 75.

(3) *INST. OR.*, X, I, 82.

(4) *HERÓDOTO*, I, 23.

(5) Explican este punto con suma erudición y lucidez los críticos alemanes Boeckh y G. M. Schmidt. Este último trata más especialmente la cuestión del ditirambo.

(6) *HOR.*, *Odas*, IV, 93. — *PLIN.*, *Hist. nat.*, II, 9.

las fiestas heroicas de la Grecia Magna, tal vez hallaríamos en ellos clarísima luz para juzgar de los orígenes del teatro griego, y se nos harían más visibles los vínculos que, en aquellos tiempos de creación poderosa, enlazaban con la tragedia naciente la alta lirica y la epopeya.

Muchas obras anteriores y posteriores al *Hamlet* de Shakspeare tienen manifiesta conexión con los elementos principales que constituyen este famoso drama; mas en pocas se advierten tan profundas analogías como en *La Orestia* de Esquilo, que el trágico inglés no conocía. Oréstes no titubea, como Hamlet, cuando llega el momento de obrar; pero antes razona consigo mismo, consulta á las *Coéforas* (1), que, con Electra, le excitan á la venganza de su padre; sufre las angustias de quien se halla subyugado por un deber supremo que le impone imperiosamente la religión y que la naturaleza condena, y emplea el disimulo y la astucia para lograr su objeto á la vez piadoso é impío.

La horrenda idea de poner á un hijo vengador enfrente de una madre culpada es fundamental en ambos dramas. *Oréstes* y *Hamlet* desprecian cada cual á su madre con igual intensidad y energía. La diferencia consiste en que Oréstes, con mayor entereza y alucinado por las visiones y los oráculos, mata bárbaramente á su madre, mientras que Hamlet, débil, escéptico é irresoluto, se contenta con insultar á la suya ó emplear con ella su lenguaje habitual, mezcla de ironía, de ira y de ternura.

Esquilo hace salir en *Las Euménides* el espectro de Clitemnestra, y el de Dario en *Los Persas*, como Shakspeare hace que aparezcan á Hamlet el Rey su padre, y Julio César á Bruto, para dar mayor vigor á los sentimientos, con el terrorífico influjo de la aparición de los muertos, siempre poderoso en la imaginación popular. No presenta Esquilo á los ojos de Oréstes la sombra irritada de su padre; pero hace que el oráculo de Apolo estremezca su corazón, amenazándole con ella, si no da á los asesinos de Agamenon la misma muerte que ellos dieron á este monarca desventurado.

«El Dios (dice Oréstes en *Las Coéforas*) me habló también de otras Furias que suscitará contra mí la sangre paterna, y del espectro de un padre que haría relucir en las tinieblas sus pupilas.»

La indole hipócrita de Egisto coincide con la del Rey usurpador Claudio. Cuando se anuncian la llegada de un forastero que trae la triste nueva del fallecimiento de Oréstes, dice así:

«¡Oréstes muerto!..... Nuevo manantial para nosotros de penas é inquietudes, cuando un homicidio, aún reciente, lastima y despedaza el alma!» (2).

Casi del mismo modo aparenta Claudio sincera aflicción por la muerte del Rey que asesinó con fratricida mano:

«Tan reciente está todavía la muerte de nuestro amado hermano, que sería bien que nuestros corazones permaneciesen abismados en la tristeza» (3).

El Horatio de *Hamlet*, amigo incomparable, se asemeja al Pilades de *La Orestia*.

Coincidencias singulares, pues todo induce á conjeturar

que Shakspeare no conocía la admirable trilogía. Unas han podido nacer de la afinidad de los asuntos respectivos: otras, de los naturales encuentros que á veces tienen los entendimientos privilegiados.

Pocos pasajes pueden dar más cabal idea del espíritu fatalista, del vigor, de la lisura y de la concentración del número trágico de Esquilo, que la horriblemente bella escena de *Las Coéforas*, en que Oréstes mata á su madre. Es breve y rápida, y la reproducimos aquí, á pesar de nuestra creencia de que los poetas griegos son intraducibles en las lenguas modernas.

Oréstes, después de haber dado muerte á Egisto, se presenta á su madre con la espada desnuda, y le dice:

ORÉSTES.

También á ti te busco. Él tiene ya su merecido.

CLITEMNESTRA.

¡Ay! ¡Has muerto, Egisto de mi alma!

ORÉSTES.

Amas á ese hombre. Pues bien, descansarás en su mismo sepulcro: guárdale fidelidad hasta en la muerte.

CLITEMNESTRA.

Detente, hijo amado. Respeta este seno en que has dormido tantas veces, y donde tus labios mamaron la leche que te alimentó en la infancia.

ORÉSTES. (*Conteniéndose.*)

Pilades, ¿qué debo hacer? ¿He de atentar á la vida de mi madre?

PÍLADES.

¿Y los oráculos de Loxias (Apolo)? ¿Y la fe de tus juramentos? Granjéate la enemistad de todos los hombres, pero nunca la de los dioses.

ORÉSTES.

Tienes razón, tus consejos son acertados. (*Á Clitemnestra.*) Sígueme: te he de inmolara junto á ese hombre. Cuando vivía, lo has preferido á mi padre. Muere para dormir todavía á su lado, pues que eras amante de ese hombre y enemiga de aquel á quien debías amar.

CLITEMNESTRA.

¡Te he dado vida en tu niñez: déjame envejecer!

ORÉSTES.

¡Tú, asesina de mi padre, vivir junto á mí!

CLITEMNESTRA.

Fué el destino, hijo mío, quien cometió el delito.

ORÉSTES.

El destino va á darte ahora la muerte.

CLITEMNESTRA.

¿No te espanta, hijo mío, la maldición de una madre?

(1) Mujeres encargadas de hacer las libaciones en los sepulcros.

(2) *Orestia*.

(3) *Hamlet*, acto 1.º

ORÉSTES.

¡Madre tú, que me has condenado al infortunio!

CLITEMNESTRA.

¿No te he confiado á leales guardadores?

ORÉSTES.

Siendo yo hijo de un hombre libre, de dos maneras me has vendido.

CLITEMNESTRA.

¿Y cuál es el precio que he recibido?

ORÉSTES.

La vergüenza me impide llamarlo por su nombre.

CLITEMNESTRA.

Dilo; pero declara al mismo tiempo las culpas de tu padre.

ORÉSTES.

Mujer ociosa en el hogar, no acuses al que sufría tantas penalidades.

CLITEMNESTRA.

Triste es para una mujer la vida léjos de su esposo.

ORÉSTES.

Las fatigas del esposo sustentan á la mujer ociosa en el hogar.

CLITEMNESTRA.

¿Intentas, hijo mio, inmolár á tu madre?

ORÉSTES.

No soy yo quien te arranca la vida; eres tú misma.

CLITEMNESTRA.

Repara que hay perros irritados (las Furias) que vengan á las madres.

ORÉSTES.

¿Y cómo evitaría los que vengan á los padres, si dejase impune el asesinato del niño?

CLITEMNESTRA.

¡No hay remedio! El sepulcro me espera, y son en balde las lágrimas con que imploro la vida.

ORÉSTES.

El destino de mi padre ha fallado sobre tu suerte.

CLITEMNESTRA.

¡Ay de mí! ¡Hé aquí la serpiente que yo he alimentado! Fué profético el terror que me inspiró aquel sueño.

ORÉSTES.

Has cometido un parricidio; un parricidio será tu castigo.

(Saca á Clitemnestra con violencia fuera de la escena.)

En la insolencia con que habla á su madre se asemeja no poco el Oréstes de Esquilo al Hamlet de Shakspeare; pero no ciertamente en la resolución implacable con que procede

á la inmolacion de su madre. No es impetuoso y gallardo como el *Cid*, sino inexorable como el destino que representa. Sin embargo, por más que los criticos se empeñen en sostener que este Oréstes es ciego instrumento de la fatalidad, la verdad es que los móviles que inducen á Oréstes son en gran parte humanos. Cierta que el mismo Esquilo hace exclamar al coro de *Las Euménides*: «Potente Apolo, no eres cómplice del crimen; eres su único autor»; cierto tambien que la inspiracion que resplandece en la *Orestia* es profundamente religiosa, y que ella da á esta sublime obra carácter hierático solemne; pero ¿quién podria negar que al lado de este espíritu, y con él mezclado y confundido, aparece muy á las claras el sentimiento humano? Si despojado Oréstes de la sensibilidad y de la responsabilidad moral inherentes á la raza humana, quedase convertido en un mero ejecutor de preceptos divinos, en una especie de verdugo impasible é irresponsable de los dioses, sería una figura irrevocablemente odiosa, que no causaria á los espectadores terror ni compasion, sino únicamente repugnancia. Si estrictamente fuese instrumento de ajena venganza, ¿qué significacion tendrian las *Furias*, esto es, los remordimientos que devoran su alma?

En la misma escena que hemos reproducido, donde tan visible se manifiesta el espíritu fatalista, asoma tambien, no sólo algo humano, sino algo personal en la reconvenccion que dirige á Clitemnestra por haberla despojado de todos los bienes y condenado desde la niñez á un misero destierro. Aún más terminante y explicito asoma el interes personal del hombre en estas palabras:

«Debo creer en los oráculos, y aún cuando no creyese, la venganza ha de cumplirse. ¡Cuántos motivos juntos! los mandatos del dios, la dolorosa pérdida de mi padre, y la indigencia que me abrumba. Y ¿he de dejar á un pueblo semejante y á los más esclarecidos mortales cuyo valor destruyó á Troya, avasallados por dos mujeres? porque este hombre tiene corazón de mujer.»

A vueltas de estas razones de interes religioso, personal y político, en que el impulso humano sobrepuja al impulso divino, Oréstes, cuando escucha de los labios de las Coéforas el sueño de su madre, arrebatado por la influencia que ejercian la religion de los muertos y las visiones infernales del sueño en el fanatismo de los griegos, prorrumpe en estas bárbaras palabras:

«Ese monstruo espantoso que amamantó mi madre es presagio cierto de su muerte violenta. Su sueño lo dice. Yo mismo seré la serpiente, y moriré á mis manos.»

Eurípides camina por rumbo diferente. Su *Oréstes* no es ya ministro y víctima de las divinidades infernales. El sentido de su carácter es completamente humano. La violencia de los remordimientos destroza su alma y enflaquece su cuerpo. Enfermo y supersticioso, su razon se altera, y cae en el delirio de la desesperacion. No se disculpa, como el *Oréstes* de Esquilo, con el imperio de los dioses. Cuando Menelao, con grima y lástima, le pregunta cuál es la enfermedad que le devora, Oréstes le contesta sencillamente: «Mi conciencia, el sentimiento de la atrocidad de mi delito.»

El Agamenon de Eurípides no es aquel implacable instigador de la venganza familiar que hace sanguinarios y desnaturalizados á sus hijos. Su *Oréstes* dice:

«Si hubiese podido preguntar á mi padre si debía yo matar á mi madre, me habria suplicado con instancia que no clavara el acero en la garganta de la mujer que me dió el sér, pues que por este medio no habia de volver á la vida.»

Aquí asoma el espíritu analítico y humano del poeta filósofo. Falta la fe. Oróstenes, en el drama de Eurípides, interesa sin duda, porque siente y padece. Pero no tiene el carácter imponente, la ingenuidad épica, el sello hierático de la *Orestia* y demas creaciones de Esquilo. Este era poeta y teólogo, que sabia juntar en noble alianza lo humano á lo divino. De aquí nacen su vigor y su incomparable grandeza.

Esquilo, trasladando á sus trágicas concepciones la elevacion homérica, habia obtenido el premio en trece certámenes dramáticos; y como los poetas presentaban á cada concurso una tetralogía, esto es, cuatro piezas, resulta que cincuenta y dos obras del eminente dramaturgo de Eléusis alcanzaron la corona del triunfo (1). Como suele acontecer en pueblos de indole movediza, que viven en continuos vaivenes morales y políticos, pocos años despues se habia entibiado el grande espíritu de la fe antigua, y las realidades terrestres, sin místico vuelo y sin sobrenatural influjo, bastaban para cautivar al pueblo de Aténas. Así floreció, insigne testimonio de los cambios del arte segun los cambios de las ideas, el poeta de Salamina, Eurípides, grande ingenio sin duda, pero que ya baja rápidamente la pendiente de la decadencia. Vive en una atmósfera nueva de filosófico escepticismo, y tiene en poco los sublimes dramas de Esquilo, porque la indiferencia religiosa le ha hecho incapaz de sentir su heroico sentido, su elevacion moral (2).

III.

EL CID.

La fuente del mito literario *El Cid Campeador* es el *Romancero*; esto es, el espíritu caballeresco, arrogante, generoso, usado, del antiguo pueblo castellano.

Guillen de Castro, creador del tipo dramático del *Cid*, en su comedia titulada *Las Mocedades del Cid*, no fundó su noble inspiracion sino en los romances populares y en el concepto que, por la lectura de las crónicas, habia formado de las costumbres violentas de la Edad-media. Esto lo patentiza el insigne poeta valenciano introduciendo en sus dramas trozos enteros de preciosos romances vulgares, y prescindiendo de las ideas y de los sentimientos morales de su época, para levantar el honor á un ideal quimérico, que sólo puede encontrarse en los libros de Caballería.

En la segunda parte de *Las Mocedades del Cid*, el palenque en que, por acrisolar la fama de una hidalguía notoria, que nadie con razon podia poner en duda, manda Arias Gonzalo, uno tras otro, á tres de sus hijos á una muerte segura, es uno de los más horribles y repugnantes cuadros que ha presentado teatro alguno. Aquel honor, que requiere

un sangriento holocausto que conculca las más sagradas leyes de la naturaleza, no es honor, es meramente inhumanidad y barbarie. No se paraba mucho en esto el recio temple de la musa dramática de Guillen de Castro. Así es que, en la primera parte de *Las Mocedades del Cid*, obra en verdad admirable por la concepcion y por el brio, el héroe castellano habla y obra con todo el impetuoso denuedo que cuadra al invencible adalid, creado, á imagen del pueblo español, por la tradicion leyendaria. El temerario arrojo, la presuncion caballeresca, el temperamento arrebatado, el ánimo generoso y bizarro, el fácil olvido del acatamiento que á toda autoridad se debe; todas estas cualidades, malas ó buenas, de la raza española asoman en la creacion del *Cid*. El mismo Conde Lozano se desnaada grandemente dando una bofetada al anciano Diego Lainez, en presencia del Rey; y en cuanto á Rodrigo de Vivar, más disculpable por más jóven y más ofendido, olvida el amor, el Rey, el peligro, hasta lavar en sangre el honor de su padre.

Guillen de Castro no era de los que aprisionan su ingenio con las cadenas convencionales de las poéticas. A la manera de los grandes poetas trágicos de Grecia, deja entrar de lleno el elemento épico en sus composiciones teatrales.

Este es el vengador filial, propio de la España del siglo XVI, en cuya literatura, genuinamente nativa entonces, se refleja con toda claridad el carácter nacional tal como lo habian formado las gloriosas vicisitudes históricas de aquellos apartados tiempos.

Corneille, al escribir su obra maestra *Le Cid*, formó un conjunto armonioso digno de su genio; pero los elementos esenciales de su admirable drama pertenecen á Guillen de Castro: el asunto, esto es, la dramática lucha entre el honor y el amor, en que el honor lleva la ventaja; situaciones de pasion y energia; pensamientos llenos de vivo ingenio ó de heroico espíritu. En cuanto al carácter del *Cid*, nada ha creado el gran dramaturgo frances. Su *Cid* es el *Cid* del poeta español. Habla con suma gala y elegancia, pero obra y siente como el paladin español del *Romancero*, hijo de la ardorosa inspiracion popular de Castilla. Una de las mayores glorias de Corneille es que embargaba su noble fantasía el apocado y frio sistema que avasallaba la escena francesa, y no le arredraba la soberana audacia del teatro español, muy semejante en esto al teatro inglés. Su poderoso instinto le hacia sobreponerse á las preocupaciones doctrinales; y cuando queria dar vida y calor á sus inspiraciones escénicas, «tocaba al teatro español, como Anteo tocaba á la tierra (3)», buscando en aquella dramática libre lozanos y vigorosos cuadros del movimiento de los afectos y de las pasiones de la humanidad.

Algunos han creído que el héroe del *Poema del Cid* se refleja también en el *Cid* dramático de Guillen de Castro. Probablemente Guillen de Castro no conoció este poema. Fueron manantiales de su inspiracion los romances populares y las tradiciones novelescas del famoso adalid castellano. El *Cid* del poema es un carácter harto diferente del *Cid* del romancero; sus impulsos de honor son igualmente heroicos, pero más graves y reflexivos.

(1) PAUSANIAS, *Atica*, 21.

(2) Véase ARISTÓTELES, *Las Romanas*, v. 814, etc.; 893, etc. También *La Estrofa*, de Eurípides.

(3) Exproston de Mr. Barot. Este insigne crítico frances lleva su amor á la justicia histórica hasta señalar alguna similitud de *Las Mocedades del Cid* malograda por el gran poeta dramático frances.



LORD BYRON. — ESTATUA EN MÁRMOL, POR JOZZI

IV.

HAMLET.

SU VERDADERO CARÁCTER LITERARIO.

El drama *Hamlet* está lleno, en verdad, de ingeniosísimas situaciones, de profundos estudios del alma humana, de diálogos animados y vigorosos, de pasiones ardientes, de poéticos resplandores; obra singular, única en la literatura dramática del mundo. En ella andan amalgamados tan heterogéneos y discordantes elementos, que sólo ha podido combinarlos, con visos de armonía, el genio poderoso del inmortal dramaturgo inglés: por una parte, la desnuda y bárbara energía de una primitiva tradición leyendaria de los escandinavos, fuente de la concepción dramática; por otra, las cavilaciones filosóficas de ánimos a débiles y enfermos, las embozadas arterias de una corte culta y refinada, las vacilaciones morales de un siglo que duda y se transforma, el estro melancólico de la musa británica; esto es, cuanto había en la sociedad contemporánea, que puede ser dramática, pero nunca épica; cuanto había en la inspiración de Shakspeare, hijo de una época analizada y escéptica.

Pero á pesar de los grandes primores y de las peregrinas dotes que resplandecen en esta obra extraordinaria, que tanto ha llamado y llama la atención del mundo literario, hay en ella un defecto capital, en el cual se estrellan todos los encomiásticos esfuerzos y críticas lucubraciones de sus más ardientes admiradores: el carácter de *Hamlet*. Este carácter constituye la esencia del drama, y por ello es forzoso darle el primer lugar en el exámen de esta obra.

Goethe, heredero, como Lord Byron, del espíritu escéptico que, por vez primera en la literatura moderna, introdujo Shakspeare en el teatro, ve evidentemente con interna fruición aquella sombría y melancólica figura del Príncipe Dinamarqués, que, precursor lejano del siglo XVIII, se engolfa dolorosamente en el acerbo mar de la incertidumbre y de la duda; mas no intenta sostener que cuadre tal carácter, según los sanos principios estéticos, á la vida, á la unidad, al movimiento de la escena.

Hamlet es indudablemente una personificación ingeniosa, y á veces profunda, de la censura y del castigo que merecen la perfidia y la vileza humana. Ya irónico, ya descarado, ya sutil y dialéctico, se muestra sin cesar implacable con la maldad y la flaqueza. Pero irresoluto, como quien anda siempre entregado á filosóficas incubraciones, más parece nacido para discutir que para obrar. No es ciertamente el protagonista dramático que conviene al terrible cuadro de la filial venganza, trazado en la leyenda escandinava: es el símbolo de las dolencias y de las transformaciones morales, fruto inevitable de los hondos sacudimientos político, social y religioso que el Renacimiento trajo consigo.

Oréstes venga á su padre, movido por la irresistible fatalidad de la teogonía helénica; fatalidad, no ciega, como algunos suponen, sino terrible y violenta en su ley moral inexorable, que emplea hasta el crimen para castigar otro crimen mayor, y no exime á los mortales, instrumentos suyos en la tierra, del torcedor de los remordimientos, como se ve en las Furias, que destrazan el alma del desventurado hijo de Agamenon. Su situación es clara, firme y vigoroso el arranque de sus sentimientos y sus pasiones, y por eso es su figura en alto grado conmovedora y trágica.

No es ménos dramática la figura del Cid, que, para vengar á su padre, ni un solo instante titubea, imperiosamente avasallado por dos impulsos, á los cuales su alma noble y enérgica no sabe ni quiere resistir: la ternura del hijo y el sagrado honor del caballero.

Hamlet; qué diferencia! Carece por completo de la entereza y de la consecuencia que tan grandemente requieren sus propósitos y sus pensamientos.

Nada empeña tanto la atención del espectador en el teatro como ver á los personajes seguir constantemente el camino que les señala su peculiar naturaleza según las vicisitudes del nredo dramático. El menor desvío en este punto causa tibieza y provoca la censura hasta del más indocto. La unidad de carácter vale tanto como la unidad de acción, y es uno de los principales secretos del interés escénico. Hamlet, como lo presenta Shakspeare, es una especie de baladron de la virtud, que, como todos aquellos en quienes la palabra prepondera sobre los grandes impulsos del corazón, no tienen en el fondo sino flaqueza y apatía. Alma desasosegada y tétrica, sin ilusiones, sin entusiasmo; habla, intenta, medita mucho, pero se asusta de la acción, y cuando llega la ocasión de realizarla, vacila y retrocede. Así, por ejemplo, con espíritu anticristiano, ve en el suicidio el único medio de librarse de los afanes de la vida, que su alma enclenque no puede sobrellevar; pero suicida *platinico* y reflexivo, se pára ante el horror de lo desconocido. Pero donde más de manifiesto pone su indole inerte é indecisa es en la escena tercera del acto tercero, cuando, al ver arrodillado y orando al asesino usurpador, juzga propicia la ocasión para consumir la venganza en que cifra todo su anhelo, como el fin mayor de su existencia. «Oremos, pues», exclama: pero en el momento mismo detiene su impetu vengador la repentina reflexión de que matar en tal momento á aquel malvado sería enviarle al cielo (1), esto es, darle galardón, y no castigo. Este refinamiento nada cristiano de crueldad y encono no es más que el sofisma sutil con que el hombre débil é irresoluto quiere engañarse á sí propio para dar largas á una acción vigorosa y extrema que no está en su naturaleza. Jamas habria ocurrido tan ingeniosa rémora á hombres del temple de Oréstes ó del Cid.

Ni aun el amor es en el príncipe dinamarqués pasión verdadera y dramática. Quien ama de véras es la inocente Ofelia, á quien cuestan la razón y la vida las bárbaras palabras y los retrocesos ofensivos del inconsistente amador. Cuando la ve en la sepultura, esto es, cuando ya no hay remedio, entonces prorrumpe Hamlet en dolientes lamentaciones y en hiperbólicas protestas de amor. «Achaqué es de ánimos apocados é indecisos, dice á este propósito un certero crítico francés, no saber con claridad lo que desean, hasta que ya les es imposible alcanzarlo» (2).

Todo es incierto é incompleto en el carácter del príncipe dinamarqués. No es el impío que desconoce y niega los consuelos y las potestades del cielo; no es tampoco el creyente que acata y venera los misterios divinos. Desconfía

(1) «And now I'll do't; and so he goes to heaven, and so am I revenged! That would be scorn'd....»

Act. III, 3.

(2) Saint-Marc Girardin.

de todo, y la duda es su verdugo y la fuente de su flaqueza. ¿Qué verdad, qué ímpetu, qué entereza cabe en su resolución de filial vengador, si duda unas veces del crimen mismo que ha de vengar, y otras de la aparición del rey, su padre, que tan vivo terror le infundió al principio, y que desencadenó en su ánimo la avasalladora pasión de la venganza? (1).

No hay duda que causa enfadosa impresión en el teatro, como en la realidad de la vida, un personaje que crea y no cree, que siente y no siente; que, como sacando fuerzas de flaqueza, se muestra firme y austero en designios y en palabras, y forma brinosos propósitos que no ha de realizar. El drama vive de pasión y de acción, y nada requiere tanto en los personajes como vigor, firmeza, claridad, determinación de impulsos y carácter. Esto es cabalmente lo que se echa de ménos en Hamlet.

No cautiva á Schlegel (Guillermo), uno de los más conspicuos y profundos reformadores de la crítica moderna y el más entusiasta admirador de Shakspeare, el carácter de Hamlet. Merecen citarse sus palabras:

«*Hamleth* es la tragedia del pensamiento. Inspirada por meditaciones profundas, que nunca acaban, acerca del destino del hombre y de la sombría confusión de los acontecimientos terrestres, esta obra suscita meditaciones en la mente del espectador. Drama tan enigmático se asemeja á las ecuaciones irracionales que es imposible resolver, y en las cuales queda siempre una fracción de magnitud desconocida... Lo sorprendente es que una obra que encierra tan recónditas é impenetrables miras, parece hecha á primera vista para agradar á la multitud. Todo en ella es extraordinario y animado. La única circunstancia que podría dar motivo á considerarla como ménos dramática que las demas, es que la acción principal se detiene, y aun al parecer retrocede en las escenas últimas; resultado inevitable de la índole del asunto. El objeto general del drama es poner de manifiesto que el espíritu reflexivo que se afana por contrapesar todas las relaciones y las consecuencias posibles de un designio hasta los últimos límites de la prevision humana, embarga las fuerzas activas del alma.»

«Segun mi modo de entender las miras del poeta, no puedo juzgar tan favorablemente como Goethe el carácter de Hamlet. Es en verdad un príncipe de entendimiento maravillosamente cultivado, que junta á una noble ambición la facultad de admirar en los demas las prendas de que no está dotado. Es ingeniosísimo en la ficción del papel de loco, y así con las verdades que les dice, como con el peregrino donaire con que de ellos se mofa, persuada de su locura á los mismos encargados de espíarle; pero en los muchos proyectos que á cada paso forma, y que nunca realiza, demuestra la flaca voluntad de que adolece. Tiene inclinación natural á seguir sendas torcidas, y lo hace á veces sin que la necesidad le obligue á ello. Á menudo procede de mala fe consigo mismo, y los entorpecimientos que se farja, son nuevos pretextos para esconder su falta de entereza....

Hamlet carece absolutamente de verdadera fe: duda de sí propio y de todo en el universo. Pasa de la confianza religiosa á un escepticismo escudriñador. Cree en el espectro de su padre cuando le ve; pero en cuanto se desvanece, se convierte para él en mera ilusión. Se aventura hasta decir que sólo por la imaginación son las cosas buenas ó malas. Se extravía el poeta con su héroe en un laberinto de ideas que no tienen fin ni principio, y ni el cielo mismo se digna responder con la marcha de los sucesos á las demandas que, con mayor ahínco, le dirige. Una voz que viene, al parecer, de arriba, pide venganza de un monstruoso crimen, y la venganza no se efectúa. Cierto es que, al fin y al cabo, los delinquentes reciben el castigo; pero esto acontece por una especie de casualidad, y no, como ser debía, para presentar un ejemplo solemne de la justicia divina por medio de un encadenamiento de consecuencias inevitables. La indecisión, la perfidia, ó un repentino arrebato, arrastran á todos los personajes á una ruina común, y la misma suerte está deparada á los inocentes que á los culpados. En esta obra está presentado el destino humano como una esfinge gigantesca, que propone un tremendo enigma á los mortales, y hunde en el abismo de la duda á quien no acierta á resolverlo» (2).

Incontestables nos parecen estos juicios del más perpicaz y elocuente de los críticos alemanes. En un sólo punto puede acaso diferirse de su opinión, á saber: en la detención y retroceso de la acción, que atribuye á las últimas escenas del drama. Á nosotros se nos antoja que en las últimas escenas la acción cambia de rumbo, pero no se pára y entorpece, sino que, por el contrario, se precipita para llegar á un desenlace más conforme á la leyenda romántica y violenta que á la índole filosófica y subjetiva del pensamiento generador del drama.

Mas no ha de creerse que Shakspeare ignoraba los achaques morales del héroe de su drama. El mismo Hamlet reconoce y declara en varias ocasiones su inconsistencia y su apatía. Dice, aludiendo á la inactividad de sus propósitos, que sus «pensamientos llevan en sí una cuarta parte de cordura y tres cuartas partes de cobardía.» En el monólogo con que termina el acto segundo, expresa con vehemencia y claridad la desesperación y la vergüenza que le causan su falta de vigor moral, y la preponderancia que tienen en su índole las palabras sobre la acción:

«Y yo, exclama, inteligencia burda, alma de cieno, permanezco en estúpida inacción, indiferente á mi propia causa!.... Soy un cobarde.... ¿Qué sandez la mía!.... ¡Bravo proceder! ¡Yo, hijo de un padre asesinado; yo, á quien el cielo y el infierno excitan á la venganza, me contento con desahogar mi indignación con palabras, y prorumpir en vanas imprecaciones, cual podría hacerlo la última de las prostitutas!.... ¿Qué vergüenza!»

Shakspeare, al pintar el carácter de su héroe tan desmesuradamente indeciso y apático, esto es, tan contrario al interés dramático, que nace por lo común del brío, resolu-

(1) Hay momentos en que teme que la visión de su padre no sea realidad, sino ardid del demonio. Hamlet dice á Horatio: «Observa á mi tío, y si el secreto de su crimen no se revela en sus palabras, la aparición es otra del infierno, y las sorpresas en las cavilaciones mías.»

(2) AUGUST WILHELM SCHLEGEL. *Hamlet ist einzig in seiner Art: ein Gedanken-Teuerstück, durch unvollendete und nie beendigte Nachsinnen über die menschlichen Schicksale; über die düstere Verworfenheit der Weltgebewerten eingegeben, und bestimmt von dieser Nachsinnen wieder in den Zuschauern herbeizuführen, etc.*

cion y firmeza en los afectos y propósitos, no procedía inadvertidamente. El grande escritor sabía lo que se hacía. No era su objeto desarrollar, como en *Macbeth*, en *Otelo* y en *Ricardo III*, la violenta imagen de implacables y desenfrenadas pasiones. En *Macbeth* principalmente, obra sublime cuyo carácter grande y terrible, según la expresión de Schlegel, sólo puede compararse á *Las Euménides* de Esquilo, no prepondera el pensamiento sobre la acción: corre ésta vigorosa, encadenada y rápida hasta la postrera catástrofe, fatalmente lógica y espantosa. En *Hamlet*, la índole y el rumbo del pensamiento fundamental son muy distintos. *Macbeth* todo es acción; *Hamlet* todo es pensamiento. El príncipe dinamarqués, que no tiene ni culpas, ni amor, ni ambición, ni remordimiento, ni nada de lo que mueve al hombre en la esfera común de la vida; que trata á la humanidad con desden ó ironía, porque no ve en ella sino el mal, es una figura simbólica de las angustias y vaivenes del alma cuando pierde ésta el equilibrio de los sentimientos morales y el firme asiento de la fe. *Hamlet* no es malo, ni se atreve á ser anticristiano; pero su escepticismo filosófico embarga su corazón, turba su entendimiento y le inutiliza para la acción práctica y útil de la religión y de la vida. «No existen por sí ni el bien ni el mal; todo consiste en el concepto que de ellos formamos»; esta es la desconsoladora y siniestra doctrina que profesa *Hamlet*.

No puede dudarse que Shakspeare ha querido hacer de su héroe una representación simbólica de la época turbada é indecisa en que él vivía. Y lo ha conseguido plenamente, dando al propio tiempo á su obra el carácter de generalización sublime, que asoma siempre áun en las pinturas individuales de sus dramas. *Hamlet* es en muchas cosas el hombre de la Edad-media: en su amargura desesperada, en su falta de entusiasmo, en su desprecio de los hombres, en el vacío de su corazón, en su inclinación al suicidio, en la confusión de su conciencia, es el pensador pesimista, el filósofo descreído, que no acierta á resignarse como cristiano á los misterios de la muerte ni á los sinsabores de la vida, y que ha de llamarse, andando el tiempo, *Werther*, *Fausto*, *Jacopo Ortíz*, *Obermann* ó *Manfredo*.

Shakspeare, identificado siempre con los tipos generales de la humanidad que retrata en sus obras, desaparece en ellas como autor y como hombre. En *Hamlet*, por excepción, no acontece lo mismo. ¿Quién no siente palpitar en el famoso *to be or not to be*, y en la elocuente censura de los vicios sociales del segundo monólogo, el alma dolorida y escarmentada del gran poeta? Análogas ideas, igual melancolía se hallan en algunas poesías del autor, especialmente en un soneto (1) en que expresa vivamente, como impresión personal suya, el menosprecio y el desaliento que le causan las miserias y las injusticias de la sociedad humana. El *tridium vite* asoma por doquiera, así en la corte brillante, pero hipócrita y corrompida, de Isabel de Inglaterra, como en las clases cultas y pensadoras. Muestra de ello es una carta (publicada por un autor alemán) del famoso Conde de Essex, prócer rico, animoso, de todos envidiado, escrita en 1599 á la Reina con motivo de una comisión importante que le confiaba la augusta señora.

Merceden citarse algunas palabras (2): «¿Qué servicios puede esperar Vuestra Majestad de un ánimo turbado, caviloso, enflaquecido por las pasiones, de un corazón despedazado por angustias y sinsabores, de un hombre que aborrece cuanto le rodea y le conserva la existencia?». Esta profunda misantropía en el colmo del favor y de la fortuna, es claro testimonio de que había empezado la hora del aburrimiento y del hastío, del precoz cansancio de la vida, de la duda orgullosa y fría, de la melancolía moderna, visible decaimiento del vigor cristiano, que cifra en la *conformidad* la más necesaria y consoladora de sus virtudes.

¿Cuánto más se parece *Hamlet*, el desalentado filósofo del drama, al Conde de Essex que al *Hamlet* de la leyenda épica, al *viking* (rey del mar y pirata), que ni estudió en las universidades de Wittenberg, ni dejó de cumplir lógica y resueltamente su venganza cuando llegó el momento oportuno!

Hamlet no está escrito, como las demás obras de Shakspeare, con fin verdaderamente dramático. ¿Qué importa al poeta-filósofo el mito primitivo de la relación leyendaria de Saxo, que probablemente no conocía? El héroe de la tradición dinamarquesa no es para el poeta más que un pretexto. Buscaba un campo en que desplegar los audaces vuelos de su imaginación, su estro inagotable, los amargos devaneos de su espíritu, y lo halló en otro *Hamlet* anterior al suyo, que probablemente intentó refundir, como había refundido tantos otros dramas (3), y que se convirtió en la peregrina obra donde reina el soberano ingenio de Shakspeare con su opulenta fantasía y con sus dialécticos primores.

El anacronismo voluntario de la Universidad de Wittenberg en tiempo de *Hamlet*, demuestra que lo que empeñaba la atención de Shakspeare no era la historia del príncipe escandinavo de épocas fabulosas, sino la pintura indirecta del estado social y moral de Inglaterra. Wittenberg, donde Lutero había publicado su ruidoso programa de las noventa y cinco tesis, es en el drama como el emblema de la Reforma, cuyo espíritu «vive y razona (según la expresión acertada del doctor Vischer) en la implacable dialéctica de *Hamlet*». Marlowe había colocado en esta ciudad, cuna del protestantismo, una parte de la acción de su *Fausto*, y su nombre no podía ménos de sonar como foco de libres y audaces pensamientos en los oídos de los ingleses. Los demás anacronismos de *Hamlet*, como la artillería; el cristianismo de los antiguos dinamarqueses, adoradores de Odino y de Freya; la guardia suiza del Rey usurpador; las representaciones dramáticas en que se habla de Hércules, de Hécuba y de Roscio; el pedante *enfuisimo* de Polonio, moda cortesana de los contemporáneos del poeta,

(2) ACKES, *Elizabeth with England*.

(3) Por ejemplo, *El Rey Juan* es la refundición del drama antiguo *El Infeliz reinado de Juan*: las dos partes de *Enrique IV*, y *Ricardo III* están fundadas sobre los dramas titulados *La Gloriosa victoria del rey Enrique IV*; *La Contienda de las casas famosas de York y de Lancaster*, y *Verdadera tragedia de Ricardo, duque de York*; y así algunos otros.

Nash dice, hablando de Shakspeare, contemporáneo suyo: «Nació en Stratford. Vino á Londres mozo y pobre; corrigió por algunos ebrios obras dramáticas de antiguos autores; compuso prólogos y epílogos, y borró los intermedios.»

En un recibo del siglo XVI se lee: «Tres niños adelantados á Guillermo Shakspeare, mediante de la compañía del Olobo, para que refunda las antiguas piezas del repertorio.» PAVSE COLLIER, *History of the English Stage*.

(1) Está señalado en sus obras liricas con el número LXVI.

y otros señalados anacronismos de los demás dramas, como poner á Maquiavelo en boca de Ricardo III, no son ignorancia de Shakspeare, como sin razon se ha supuesto. Es sistema, como lo fué igualmente en el teatro español, no sacrificar en lo más mínimo á la exactitud erudita la impresion popular. A esta idea corresponde la famosa declaracion humorística de Lope de Vega :

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

En otro concepto, pero con el mismo espíritu de considerar el teatro como arte vulgar y no cortesano, decia de las obras dramáticas inglesas el citado Nash, á principios del siglo XVII :

«El pueblo está ansioso de ellas; pero se cuida poco de los que las escriben. Así es que los autores no se apuran mucho para componerlas. Roban, traducen, amplifican y ponen en escena el cielo, la tierra, el infierno, lo que es y lo que no es, los acontecimientos de ayer, crónicas, novelas, cuentos. Se hurlan de todo, y con tal de que nos diviertan, no les pedimos otra cosa» (1). Shakspeare, prodigando en sus obras todos los tesoros del genio, seguia instintivamente esta poética popular, como la seguian Lope, Tirso, Calderon y los demás creadores del Teatro español, el cual tiene con el teatro inglés profundas y evidentes afinidades. Shakspeare queria ante todo ser entendido de su público, compuesto, en su mayoria, de plebe y clase media; y puede advertirse que en las obras de asuntos británicos es exactísimo en épocas, hechos y costumbres, mientras que en asuntos extranjeros, nada le importa ser infiel á la verdad histórica y geográfica, y pone todo su comato en asimilar los caracteres y las acciones á los usos y á las ideas de la nacion inglesa.

Schlegel manifiesta claramente en esta parte su luminosa opinion con respecto al *Hamlet* en los siguientes términos :

«Convenia á menudo á Shakspeare dar el color de su época á acontecimientos de remotas edades. Por esta razon, aunque se trata de hechos de la antigua historia del Norte, reinan en *Hamlet* las formas y lenguaje de la sociedad de moda, y hasta el traje contemporáneo. Sin estas circunstancias no habria sido dable convertir al héroe en pensador escéptico, que es la idea fundamental de la obra» (2).

Los críticos franceses neo-clásicos, que, sin caer en ello, cometian tambien anacronismos, atribuyendo á héroes antiguos espíritu y pensamientos modernos, no debian haberse manifestado tan severos con lo que malamente juzgaban bárbaras impropiedades escénicas del dramaturgo inglés. No era, por cierto, menor impropiedad anacrónica presentar en los teatros de Paris y Versalles á César con peluca, y con espada (que no llevaban nunca los romanos en tiempo de paz), y á Rodoguna con tonillo.

La esencia eminentemente subjetiva y metafísica del carácter de Hamlet le dá cierto viso de parentesco y semejanza con la índole reflexiva y analizadora de la raza alemana, por lo cual el erudito Gervinus exclama : «Hamlet es la Alemania : como él, exclusivamente consagrados á

las cosas del espíritu, olvidábamos el mundo externo; como á él nos llegaban más al alma Wittenberg y su escolástica que el honor y la gloria de la nacion.... Perdimos tambien, como Hamlet, el gusto á la vida; y prescindiendo de lo real, nos refugiamos en el imperio de lo ideal. El concepto de la vida instintiva llegó á depravarse por el abuso de la reflexion y de la gimnasia intelectual, y el sentido de la accion por devaneos quiméricos.» A esto contesta un ingenioso crítico francés : «*Hamlet no es la Alemania; es el hombre moderno* : por eso esta obra maestra del entendimiento humano es, de un siglo á esta parte, el libro más estudiado, más leído y más comentado.» Á nosotros nos parecen extremadas ambas opiniones. En Hamlet vemos, en efecto, el símbolo profético del hombre moderno, más inclinado á la palabrería, á la discusion y á la sofistería que á la resolucion pronta, noble, clara y generosa. Este es el sentido universal del mito de Shakspeare; pero en la preponderancia del pensamiento sobre la accion, del designio filosófico sobre el sentimiento, y de la ironía sobre la indignacion, se nos antoja que en Hamlet se reflejan no exclusivamente la nacion germánica, sino generalmente las naciones neoteutónicas.

No hay que decir que en esta obra filosófica de Shakspeare el sentimiento religioso es por demas escaso y mal definido. Sin embargo, el espíritu cristiano que alguna vez asoma en ella, establece entre los mitos de los hijos vengadores griego y británico, en su respectivo proceder con sus madres, una diferencia esencial.

La situacion de Hamlet, si bien, por lo irrespetuosa, es poco grata y simpática con respecto á su madre, está muy lejos de la fiereza cruel del desnaturalizado Orétes, el cual desde Juégo toma la odiosa actitud del asesino de Clitemnestra. Hamlet es de suyo blando y poco resuelto, y ademas, ni la reina Gertrudis es la impenitente y soberbia reina de Argos, ni el padre del príncipe dinamarqués impone á su hijo, como Agamenon, la muerte de su madre; ántes bien le recomienda respeto y miramiento. Así dice la sombra (acto I) :

«Cualquiera que sea la forma en que emprendas la venganza, permanece moral é intachable, y nada hagas contra tu madre. Confia su castigo al cielo y al pasador agudo que lleva en el corazón.»

Pero es innegable que desde el punto de vista dramático lleva Orétes gran ventaja á Hamlet, porque tiene su carácter más unidad y más firmeza. Dadas las preocupaciones y las falsas doctrinas religiosas del paganismo helénico, es la figura de Orétes tan verdadera y lógica como conmovedora. La religion le absuelve, la naturaleza le condena : á un tiempo piadoso y malvado, buen hijo y parricida. Estos contrastes no son debilidad é inconsecuencia : son leyes fatales de la situacion moral, religiosa y política del desgraciado Príncipe. Cabalmente en ese abrumador conflicto de sentimientos y deberes estriba el alto interés dramático de *La Orestia*.

En el carácter de Hamlet falta por completo la unidad, y ésta es el defecto capital del drama admirable de Shakspeare.

En suma, no es la venganza filial la esencia de la concepcion dramática de *Hamlet*, pues, más que por este sentimiento, se devora el alma el Príncipe ideólogo por las in-

(1) *Histromastix; Epistole Jettendorp.*

(2) *Über dramatische Kunst und Litteratur, Vorlesungen von August Wilhelm Schlegel.*

perfecciones humanas y por los misterios de la vida y de la muerte. Podría imaginarse que Shakspeare ha querido darlo á entender así poniendo en su drama otro hijo vengador, Laertes, y haciendo á éste ardoroso, de idiosincrasia meridional, hombre que obra y no cavila. Podría comparársele á Orésteo ó al Cid, si no envenenase la espada con que piensa dar muerte á Hamlet. Tan vil acción no cabe ni en el héroe griego ni en el caballero castellano.

V.

MONUMENTOS DEL MITO DE «HAMLET» ANTERIORES AL DRAMA DE SHAKSPEARE.

1.º

La historia de los reyes de Dinamarca, por Saxo Grammaticus.

Se imprimió por primera vez en París, el año 1514, con este título :

«Danorum Regum heroumque Historiæ stilo elegantia Saxone grammatico natione Sialandico neron Roskildensis ecclesiæ præposito : abhinc supra trecentos annos conscriptæ et nunc primum literaria serie illustratæ tersissimeque impressæ.»

Al fin del libro :

«Hactenus Saxo Grammaticus Sialandensis, ver disertissimus. Quæ accurata diligentia impressit in inclitya Parrhisorum academia Iodocne Badius Ascensius. Idibus Martiis, MDXIII, supputatione romana.»

La leyenda de Hamlet, escrita por Saxo, está sacada de antiguas tradiciones dinamarquesas. Así lo declara el sabio Molbech en el apunte siguiente, que nos comunicó en Copenhague y conservamos autógrafa :

«L'histoire fabuleuse (ou l'Aventure) de Hamlet repose, dans la source la plus ancienne, sur le récit remarquable et assez étendu de Saxo Grammaticus, à la fin du 3.^{me} et le commencement du 4.^{me} livre de son *Histoire danoise*. On voit clairement que Saxo dans sa narration a suivi un recueil d'anciennes traditions danoises sur la vie pleine d'aventures romantiques d'un fils de Roi, ou plus exactement d'un Prefet de Jutlande, Horwendil, qui épousa Gertrude (mère de Hamlet), dont le nom a été changé par Shakspeare en Gertrude. Au reste, l'immortel poète anglais n'a pas, comme on sait, suivi Saxo lui-même, mais une ancienne *Hystorie of Hamlet*, qui est la traduction d'une des nouvelles de Belleforest, publiées en 7 volumes, 1564 et sq.,. Shakspeare n'a pas de même pris que très peu des événements racontés par Saxo (1). Notre ami Mr. Oehlenschläger a suivi assez proche la source originale de Saxo dans sa tragédie *Hamlet*, une *Ilias post Homerum*, dont j'ai vu une représentation, mais que je n'ai pas encore lue.»

2.º

Sagas islandesas.

Hé aquí, traducida, la noticia que el Sr. Molbech nos dió acerca de ellas :

(1) Opinión es de profundos investigadores críticos de nuestro tiempo que Shakspeare no tomó directamente el pensamiento de Hamlet ni de Saxo ni de Belleforest.

«El asunto interesante y poético de la antigua tradición de las aventuras de Hamlet no pasó inadvertido para los islandeses, cuya imaginación y habilidad para la narración oral en prosa aprovechaba los asuntos poéticos y románticos de la Edad-media para forjar con ellos sagas, no históricas, sino de pura fantasía. Esta clase de sagas corresponden, al ménos en su mayor parte, á una edad bastante moderna (los siglos XIV, XV y XVI.) Esto acontece cabalmente con las narraciones islandesas de la historia fabulosa de Hamlet, de la cual se conservan tres sagas diferentes, dos en prosa y una en verso :

1.ª *Sagan af Amloda, Hardvendils Signi*, (Saga de Amlod (Hamlet), hijo de Hardvendil.)— Colección de Arnas Magnæns, de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, núm. 221.—Es casi una traducción de Saxo con algunas alteraciones ó adiciones.

2.ª *Saga af Amloda edr Ambales*, (Saga de Amloda ó Ambales (Hamlet).) Es tres ó cuatro veces más extensa que el número anterior. El fundamento de esta saga es, sin asomo de duda, la narración de Saxo; pero extremadamente alterada con respecto á los hechos y á los nombres de las personas. Nada se dice en ella ni del viaje á Inglaterra, ni siquiera de la muerte de Hamlet. El célebre historiógrafo dinamarqués Sr. Suhm no concede á esta novela islandesa, en prosa, mayor antigüedad que el siglo XV.—La misma colección de manuscritos de la Universidad de Copenhague.

3.ª *Rimur af Ambales*, (Poema de Ambales.) Es producción moderna, del siglo XVI ó del XVII, como todos los *Rimur* ó poemas de los islandeses. Es una paráfrasis prolija y enfadosa del núm. 2, esta es, de la novela islandesa de la historia de Hamlet.

Como se ve, estas obras de la literatura islandesa, en su edad de bronce ó de hierro, es decir, en su último período ántes de la Reforma luterana, confirman esta observación : que la tradición de Hamlet no existe en forma alguna más auténtica ni más antigua que en la historia de Saxo-Grammaticus.

3.º

La DANSKE RIMERONNIKE (Crónica rimada dinamarquesa).

Esta crónica en verso fué, según indicamos en otro lugar, el primer libro impreso en Dinamarca. No pudo ser escrito ántes de la segunda mitad del siglo XV, pues la serie de los monarcas cuya historia contiene termina en Cristiano I, que subió al trono en 1448. Toma de Saxo-Grammaticus la mayor parte de los sucesos; pero la forma es singular: consiste en una cadena de monólogos con carácter dramático, en los cuales cada personaje refiere patéticamente su propia historia. Hamlet cuenta la suya, abreviando con exceso, y desfigurando no poco la bella leyenda épica de Saxo.

Es posible y aun probable que esta crónica fuese conocida en Inglaterra mucho ántes que las *Historias trágicas* de Belleforest. Eran íntimas y continuas las relaciones comerciales y políticas entre la Gran Bretaña y los tres reinos escandinavos, que adquirieron grande importancia europea en los veinticinco años que duró la famosa Unión de Calmar. Jacobo I de Inglaterra, hijo de la desventurada María Estuardo, que, siendo Rey de Escocia, había pedido apoyo

á la corte de Dinamarca contra la cruel Reina Isabel, en 1589 se trasladó á Copenhague para contraer matrimonio con la princesa Ana, hija de Federico II. ¿Qué mucho que con tantas conexiones llegase directamente á Inglaterra la interesante y popular leyenda de Hamlet?

4.º

Historias trágicas de Belleforest.

François de Belleforest, historiógrafo francés, en tiempo de Enrique II, publicó, con el título de *Histoires tragiques*, una copiosa colección de relaciones y novelas sacadas en su mayor parte de las obras del famoso novelista italiano Bandello. En el tomo IV (impreso en París el año de 1570, por Jean Hupleau, rue Sainet-Jean-de-Latran, à l'Arbre Sec.) se halla la historia de Hamlet con este epígrafe:

« Avec quelle ruse Amleth, qui depuis fut Roy de Dannemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon son frère, et autre occurrence de son histoire. »

No nos fué posible dar con *Les Histoires tragiques* en las bibliotecas de Copenhague. Las vimos más adelante en la Biblioteca Nacional de París. La novela de *Hamlet* es la relación misma de *Saxo-Græmaticus*, unas veces mutilada (1), otras prolijamente amplificada, y por lo común desnaturalizada con reflexiones y discursos morales, en que la mitología, la ortodoxia, la historia bíblica y romana forman una amalgama singular y afectada de la erudición y las ideas de la época de Belleforest con la épica llaneza de la leyenda escandinava.

En 1596 se publicó en Lóndres una traducción inglesa de las *Histoires tragiques* de Belleforest, que probablemente leería Shakspeare.

5.º

Un drama sobre HAMLET, anterior á Shakspeare.

El diligente y sagaz historiador de la literatura dramática inglesa M. A. W. Ward (1876), admite como otros insignes críticos, la probabilidad de un *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Las dos primeras ediciones de la obra de éste, muy diferentes entre sí, son de los años 1603 y 1604. La primera, imperfecta y pobre con respecto á la segunda, puede y debe de ser una refundición de las muchas que hizo el gran poeta, y que se convirtió despues en la obra magistral que tanto admira el mundo literario. El baron Herman von Friesen, catedrático de la Universidad de Viena (*William Shakspeare's Dramaen*, Wien, 1876) (2), que ha estudiado con luminosa crítica el teatro de aquel grande hombre (*Shakspeare Studien*, Wien, 1874-1875), se inclina á creer, no solamente que existió un drama sobre *Hamlet* anterior al de Shakspeare, sino que este poeta tomó de él cosas importantes, principalmente la revelación del fratricidio hecha por el monarca aparecido.

La verdad es que esta revelación sobrenatural, poderoso

núcleo del drama, no se halla ni en *Saxo*, ni en las *Sagas*, ni en la *Crónica rimada dinamarquesa*, ni en Belleforest, mientras que Lodge, en un folleto (*Wit's Miserie, and the World's Madness*), publicado en 1596, menciona el papel del aparecido que gritaba en el teatro con tono lamentable: « ¡Hamlet, venganza! »

Añadiendo á este hecho otros tres muy significativos:

1.º Que en el catálogo (1594) de Henslowe, librero de Lóndres, está consignada la existencia de un drama *Hamlet*, como obra ya representada y no nueva.

2.º Que en una carta del satírico Nash (3), tan conocedor del teatro de su época, habla ya en 1588 burlescamente de un *Hamlet* dramático.

3.º Que en 1603, comediantes ingleses, que desde 1597 recorrían la Alemania representando, traducidas al alemán, las obras dramáticas aplaudidas en Lóndres, pusieron en escena un drama, probablemente traducción del primitivo *Hamlet* (inglés), titulado *Der bestrafte Brudermord, Prinz Hamlet aus Dännemerk*. (El fratricida castigado, ó Príncipe Hamlet de Dinamarca); y teniendo en cuenta, además, que no hay indicio histórico de que antes de 1582 se representase *Hamlet* alguno en que hubiese, como autor ó refundidor, tomado Shakspeare la menor parte, parece, no sólo probable, sino muy cercana á la verdad la conclusión de los Sres. Clarendon y Wright (*Clarendon Press Series*, 1872), que hallamos reproducida en la *Historia* de Ward, á saber:

Que ha existido un drama antiguo fundado en la leyenda de *Hamlet*, del cual ha entrado gran parte en el *Hamlet* publicado en 1603, el cual es una especie de bosquejo, que hácia 1602 habia preparado Shakspeare para la escena, refundiendo el texto anterior, y que sólo en la obra perfeccionada de 1604 tenemos el *Hamlet* verdadero y cabal del poeta filósofo.

¿De dónde, pues, sacó Shakspeare el mito de *Hamlet*? Por lo mucho que lo desnaturaliza y transforma, y por las circunstancias capitales que le agrega, bien puede afirmarse que no fué directamente de la leyendaria narración de *Saxo*, ni de las versiones que, conservando su genuino espíritu, la reproducen. Todo induce á creer que imitó el pensamiento y parte de la trama de un *Hamlet*, ya representado en el teatro, y que, aun teniendo á la vista la novela de Belleforest, ó la *Crónica rimada*, no quiso ó no se atrevió á cambiar ciertas circunstancias de la economía del drama (cual la ilógica y sangrienta hecatombe final) tales como el público las conocía.

Como quiera que sea, la creación de Shakspeare no consiste en la trama, ni mucho ménos en el desenlace: consiste en el carácter del héroe, triste, pero admirable estudio psicológico de la transformación social y moral del siglo XVI.

6.º

Analogía con HAMLET de algunos dramas anteriores.

Todos los críticos de nota atribuyen por conjetura á Tomás Kyd, poeta dramático, que murió por los años de 1594,

(1) Suprimé, entre otras cosas importantes, los curiosos episodios del ensayo y de la batalla de los muertos.

(2) Shakspeare firmaba: *Willm Shakspeare*.

(3) Publicada al frente del *Menaphon* de Roberto Greene, autor dramático de aquellos tiempos.

el *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Fúndase la conjetura en que Kyd es el autor de un drama titulado *La Tragedia española, ó Jerónimo*, en cuyo enredo y pensamiento se advierten singulares analogías con el drama de Shakspeare (1). Son tales, que juzgamos oportuno dar siquiera una idea brevisima del asunto.

Se hallan en guerra España y Portugal. El animoso campeón español Andrea, novio de Belimpería, sobrina del Rey de España, muere en un combate á manos de Baltasar, hijo del Rey de Portugal. Los españoles, sin embargo, mandados por el valiente general Jerónimo, alcanzan la victoria, y Horacio, hijo de Jerónimo, hace prisionero á Baltasar. Pero Lorenzo, hermano de Belimpería, se atribuye pérfidamente la hazaña de Horacio, por donde nace entre ellos enconada enemistad.

Todo esto se explica en un *Prólogo*, y aqui comienza la accion del drama.

Aparecen en la escena el espectro de Andrea, y la Venganza, personaje alegórico, que promete al espectro que la mano de su novia vengará su muerte. Sale despues el Rey de España, y ante él se presentan Lorenzo y Horacio con el príncipe portuges Baltasar, reclamando á éste, cada uno por su parte, como prisionero suyo. El Rey sale del apuro conciliatoriamente, no negando la razon á ninguno de ellos, y dejando á Baltasar prisionero en su córte con los honores debidos á su alta jerarquia, para entablar con él de este modo tratos de paz. Baltasar requiere de amores á Belimpería, secundado por Lorenzo, el hermano de esta princesa; pero ella, léjos de dar oídos á las pretensiones del matador de su antiguo novio, da su corazon á Horacio, el amigo de Andrea.

Celebran una tarde los dos amantes una tierna entrevista. El traidor Lorenzo los sorprende acompañado de Baltasar. Sujetan á Horacio y le ahorcan de un árbol cercano. Belimpería es sepultada en estrecho calabozo. Logra desde allí dar noticia del crimen al padre de Horacio, Jerónimo, el cual, por una carta de uno de los culpados, que la casualidad había hecho caer en sus manos, se hallaba ya enterado del horrendo lance.

Jerónimo y Belimpería miran como deber sagrado el vengarse: aquél, de los asesinos de su hijo; ésta, del príncipe portuges, que sucesivamente ha dado muerte á sus dos amantes. Como es arduo el cumplimiento de tal designio, Jerónimo se finge loco, esperando que llegue ocasion oportuna para realizar la venganza. Sábese de allí á poco que el Rey de Portugal ha de venir á España, para concertar paces en persona. Prepáranse grandes festines á fin de recibir bizarramente al monarca lusitano, y Jerónimo, aunque, al parecer, con la razon turbada, dispone una representación teatral, en la cual deben tomar parte con él Belimpería, Baltasar y Lorenzo. Segun la trama de este intermedio, *Perseda* (Belimpería) ha de dar muerte al sultan *Soliman* (Baltasar), y un bajá (Jerónimo) á un caballero (Lorenzo).

Estos homicidios se realizan en la escena: en vez de aparentar que hieren á sus victimas, el General y la Princesa las matan verdaderamente á puñaladas. Sorprende á los espectadores tan excesiva verdad escénica, y entónces Jeró-

nimo les explica los justos motivos de aquella sangrienta catástrofe, y en seguida mata al padre de Lorenzo y se mata á si propio.

Hay, como se ve, en *La Tragedia española*, del propio modo que en *Hamlet*, vision de espectro, premeditacion de venganza, demencia fingida para realizarla, drama en el drama, desenlace violento, y en él lujo de sangre y muerte simultánea de inocentes y culpados.

En otro drama de aquellos tiempos, *Hoffman ó El Padre vengado*, escrito por Enrique Chettle, impresor de comedias y colaborador dramático de Shakspeare, hay tambien circunstancias análogas á algunas del *Hamlet*; entre ellas merece recordarse que la heroína se vuelve loca como Ofelia.

Este drama, famoso en pasados tiempos, y despues olvidado, ha sido reimpresso en Lóndres el año de 1852.

VI.

LEYENDA PRIMITIVA DE HAMLET.

(Traduccion de la relacion latina de *Sacro-Grammaticis*.)

Por aquel tiempo Borico (2) le dió por sucesores á Horvendilo y Fengo, cuyo padre Gervendilo había sido virey de Yutlanda. Durante un reinado de tres años, Horvendilo se granjeó tal renombre como pirata, que Colero, rey de Dinamarca, envidioso de su gloria, juzgó que para él sería mengua no eclipsar con proezas superiores á aquel famoso navegante. Recorrió el mar en busca de su amada, y al cabo dió con ella. Había en medio de aquel mar una isla, cuya amena ribera atrajo á ambos piratas con sus naves. La grata perspectiva indujo á los caudillos á internarse en la arboleda y en la maleza y á recorrer la selva, muy abundante en caza. Encontráronse en una de sus correrías Colero y Horvendilo, y esto dió margen á un reto. Horvendilo preguntó entónces al Rey qué especie de combate sería más de su agrado para poner término á aquella discusion, añadiendo que era preferible el menor número posible de campeones, y que no había medio más seguro para alcanzar la palma de la victoria que acudir á un combate singular, pues el valor verdadero prescinde de ajena ayuda.

Colero, cautivado por el valeroso lenguaje de su adversario, le contestó:

«No cabe en mí negarme á la propuesta que me haces; sólo requiere el brio de dos hombres, y evita toda incertidumbre. Así es, en verdad, como se logra el triunfo con mayor prontitud y aliento. En este punto concuerdan nuestros pensamientos. Mas el éxito es dudoso; hay que tener en cuenta los sentimientos humanos, y no nos cumple dejarnos llevar á tal punto de las impresiones del momento, que olvidemos los últimos deberes. Tregua al encono que enciende nuestro ánimo, para atender oportunamente á los fueros de la piedad. Si la discordia de nuestros corazones nos separa, nos avienen los derechos de la naturaleza, y comun conciencia nos liga, á despecho de la envidia que nuestras almas emponzoña. Dejémonos gobernar ahora por la piedad, y quede encargado el vencedor de las honras

(1) Fue impreso el drama *The Spanish Tragedy* en la famosa coleccion del antiguo teatro inglés de Dodsley. (*Collection of old English Plays*, t. III.)

(2) Decimo-octavo Rey de Dinamarca en la *Crónica de Sacro-Grammaticis*.

funerales del vencido. Así se satisface la obligación postrera de la humanidad, de la cual no se exime ningún hombre piadoso. Cumple á todo campeón rendir á su adversario tal homenaje cuando el odio se halla extinguido. La suerte pondrá fin á nuestra querrela, y los funerales apaciguarán nuestra animosidad. No quede rastro de crueldad entre nosotros, á pesar del resentimiento que en vida nos aparta, y respetemos nuestras cenizas. Gala será del vencedor hacer con pompa el duelo del vencido. Honrar los muertos granjea la voluntad de los vivos: todos tienen por noble acción otorgar á los difuntos cuanto á la dignidad humana es debido.

«Heridas graves nos afligen á veces con males no ménos lamentables. Un adalid pierde uno de sus miembros y conserva el soplo de la vida: justo creo, en tal caso, guardarle miramientos, del propio modo que cuando ha espirado. Semejante contratiempo es considerado como más desastroso que el trance postrero. La muerte nos libra de la memoria de nuestros males: el vivo no puede olvidar la ruina de su propio cuerpo. Hay que dar alivio á tamaña desgracia. Convegamos en que aquel que hiera al otro, ha de darle, como indemnización, diez libras de oro. Debemos compadecer los males ajenos; pero es más natural todavía que nos apiademos de los males propios. Nadie debe prescindir de sí mismo, y quien lo hace se hiere como con mano patricida.»

Hecha recíprocamente la promesa, trabaron el combate, pues ni lo casual del encuentro, ni los apacibles encantos de aquel paraje, fueron parte á evitar que desnudasen los aceros. Llevado Hordenvilo de su ardimiento, más pensaba en atacar que en defenderse: arrojó la adarga y empuñó la espada con ambas manos. El éxito coronó su arrojo. Derribó á Colero, exánime, después de haberle roto su escudo con redoblados golpes y de haberle cortado un pié (1).

No olvidó lo convenido. Con régia grandeza erigió en honor del vencido una suntuosa tumba, y celebró sus funerales con pompa extraordinaria. Poco tiempo después atacó y mató á Sela, hermana de Colero, la cual tomaba parte en las empresas de los piratas (2) y estaba acostumbrada á batallar.

Después de tres años de guerreras hazañas, Hordenvilo ofreció á Rorico escogido y rico botín, con el fin de granjearse el primer lugar en su voluntad. Logró, en efecto, su favor y obtuvo la mano de su hija Geruta. De esta unión nació Amleto.

En vista de tamaña ventura, Fengo, enardecido por la envidia, formó el propósito de tender lazos á su hermano. Ni el hombre más esforzado está al abrigo de la perfidia de sus más cercanos parientes. Hallando ocasión para el parricidio (3), sació con sangre el ánsia funesta de su corazón,

(1) En el *Hamlet* de Shakespeare hay una alusión á este combate. Dice Horatio, ante la aparición del Rey:

*Such was the way wherein he had on,
When he the ambitious Norway combated.*

Acto 1, esc. 1.

(2) Claro es que á los piratas de la Crónica de Saxo no puede atribuirse la significación vulgar que tiene en nuestro tiempo. Eran aquellos formidables guerreros normandos reyes del mar, que imponían tributos á Inglaterra, y donde quiera atorraban las costas y los mares.

(3) Saxo dice parricidio, acaso porque Hordenvilo era su hermano mayor y su Rey.

Fengo añadió al asesinato el incesto, apoderándose de la esposa de su hermano, á quien había degollado. El que se ha engolfado en la sangre no se para ante nuevas maldades. Un crimen lleva á otro crimen. A fin de disculpar sus atrocidades con las apariencias de un motivo laudable, acudió á la más osada arteria, cohonestando el parricidio con el nombre de una acción honrada. Afirmó que había dado muerte á su hermano con el único fin de librar á Geruta, dechado de humildad y dulzura, é incapaz de dañar á nadie, de las violencias de su esposo, que profundamente la aborrecía. Coronó el éxito de su abominable empresa, porque la mentira fácilmente es bien recibida entre los magnates, donde los truhanes suelen hallar favor, y los calumniadores honra. Por donde Fengo no titubeó en entregar su parricida mano á torpes caricias, dando remate á su doble impiedad con un nuevo crimen.

Temeroso Amleto, después de tales actos, de parecer peligroso á su tío si obrase como un sér dotado de razón, aparentó haber perdido el seso; fingióse bobo, y con tal traza ocultó sus prendas naturales, atendiendo á su salvación. A vista de su madre se revolcaba todos los días en sitios asquerosos, poniéndose sucio y repugnante. La descomposición y el desaseo de su rostro le daban el aspecto de un loco estrafalario. Sus palabras denotaban delirio, y sus acciones carencia de entendimiento. En suma, no parecía un sér humano, sino un monstruo, que en su vil condicion se gozaba. Colocábase á veces en cuclillas junto al hogar, removiendo la ceniza con las manos, y entretenido en labrar estacas que endurecía al fuego, uniéndolas después con garfios que colocaba en los cubos, para darles mayor consistencia. Cuando le preguntaban cuál era su objeto, contestaba que hacía agudos dardos para vengar la muerte de su padre. Esta contestación provocó grandemente á risa y fué escuchada con desprecio. Más adelante, sin embargo, aquella obra de las estacas le fué muy provechosa en su empresa. No faltaban gentes de más delicado discernimiento, que, en vista de aquella tarea, concibieron la primera sospecha de que allí había alguna sutileza escondida. Por sencilla que fuese la obra, revelaba cierto instinto de artífice, y no era dable creer en la enajenación mental de quien con tanto afán ejercitaba la mano en aquel oficio. Además de esto, iba Amleto guardando cuidadosamente todos aquellos palos endurecidos al fuego. Persuadidos de que había en todo aquello una astucia encaminada á disimular profundas intenciones del corazón, algunos cortesanos imaginaban que tras de aquella supuesta flaqueza del entendimiento se columbraba la cordura de un alma sana. Pensaban, pues, que el medio más eficaz para poner en claro la sagacidad de Amleto sería proporcionarle, en paraje lejano, el encuentro de una mujer de singular belleza, que encendiéndose en sus sentidos los deseos del deleite. El súbito arranque de la naturaleza le impediría persistir en el disímulo; la astucia no podría sobreponerse á un impulso tan poderoso, y el Príncipe mancebo olvidaría su fingimiento, arrastrado por un incentivo irresistible. Escogiéronse personas que acompañasen á Amleto en una excursión á caballo hácia la parte más distante de la selva, donde debía verificarse la tentación proyectada. Por casualidad era una de ellas un hermano de leche de Amleto, que no había olvidado el afecto que los unía en la edad temprana; y más enamorado de lo pa-

sado que de lo presente, formó el leal propósito de advertir á su amigo de la intencion engañosa de los cortesanos que le rodeaban. Había comprendido el riesgo á que Amleto quedaría expuesto si llegaba á manifestar el menor destello de cordura ó se rendía al embeleso del amor. Amleto, por su parte, no estaba desprevenido. Cuando le mandaron que montase á caballo, se colocó de espaldas á las crines y mirando á la cola, la cual agarró como para que le sirviese de brida. Con la ingeniosa traza desbarató en aquel punto la trama de su tío, evitando caer en el lazo. Fué irrisorio el espectáculo cuando el caballo echó á andar guiado por la cola.

Ya en camino, Amleto encontró un lobo en la espesura. Dijéronle sus compañeros que era un putro, y él replicó que Fengo tenía en su caballería pocos animales de tal ralea, haciendo así, en forma donairosa, una alusion maligna á la situacion de su tío (1). Discreta pareció esta réplica, y él añadió que deliberadamente se había expresado en aquellos términos, para no ser motejado de embustero; pues, deseoso de ser tenido por enemigo del engaño, confundía en sus palabras lo verdadero con lo fingido, á fin de que no faltase la verdad en ellas, y que al propio tiempo la ingenuidad no frustrase la sutileza.

Caminando á orillas del mar, hallaron sus compañeros el timon de una nave que había naufragado, y exclamaron que era un cuchillo de desmesurado tamaño. Amleto dijo que serviría para cortar inmensos pernils, indicando así la inmensidad del mar. Cuando en las dunas le enseñaron la arena, dándole por harina, dijo que había sido molida por las espumosas ondas del mar. Al aplaudir sus compañeros esta réplica, él les afirmó que lo había hecho con todo su sentido.

Dejáronle al cabo solo, para que procediese con entera libertad, y á poco encontró á una doncella que su tío había hecho colocar en un lugar distante. Acaso se habría dejado llevar de sus naturales impulsos, si su hermano de leche, por medio de una señal secreta, no le hubiera infundido recelos de las asechanzas de que era blanco. Pensando en el modo de darle un consejo reservado y de contener los peligrosos ímpetus sensuales de la juventud, ocurrió al hermano de leche sujetar una pajita en la extremidad de un tábano. Al punto encaminó al insecto hácia el sitio donde Amleto se hallaba, prestándole con esta advertencia un favor insigne, pues la señal fué comprendida con la misma perspicacia que la había sugerido. En cuanto atisó Amleto el tábano que llevaba la paja, entendió que era misterioso aviso de una traicion, de la cual era forzoso precaverse. Alarmado y cauteloso, llevó consigo á la doncella á un sitio distante, pantanoso y casi inaccesible, á fin de poder gozar de sus caricias con absoluta seguridad. Logrado su objeto, rogó con vivo encarecimiento á la jóven que á nadie revelase lo que había acontecido. Ella y Amleto habían sido criados en su infancia por unas mismas personas. La costumbre de vivir juntas había inspirado á la niña aficion al Príncipe: así es que la promesa por éste requerida fué fácil y sinceramente otorgada.

De vuelta al palacio, todos le preguntaron, en són de

burlas, si había gozado con la niña de los deleites del amor. Respondió afirmativamente. Hiciéronle otras preguntas acerca del sitio y la manera, y dijo que habían descansado sobre el casco de una acémila, sobre la cresta de un gallo y sobre un tejado, porque al marchar con la mujer había recogido fragmentos de aquellas cosas á fin de evitar la mentira. Tan extraña contestacion hizo reir á todos los presentes, aunque la broma del Príncipe en nada alteraba los hechos. Preguntaron entónces á la jóven, y ella aseguró que nada de aquello había ocurrido. Creyéronla con tanta mayor facilidad cuanto que los que acompañaron á Amleto nada habían advertido.

El que había prevenido del riesgo al Príncipe por medio del tábano, deseoso de manifestarle que su astucia le había salvado, dijo que poco ántes había tenido de él especial cuidado. Amleto contestó con igual discrecion. Para demostrar á su amigo que le había entendido, refirió haber visto un pajero, sostenido con alas, bajar repentinamente con una paja sujeta en la parte posterior del cuerpo. Esta respuesta, que causó risa á los demas, dejó á dicho amigo muy complacido de su cordura.

Evitados aquellos lazos, sin que se lograse descubrir el misterio de las facultades intelectuales de Amleto, un amigo de Fengo, más presuntuoso que hábil, fué de dictámen que no era fácil coger desprevenida, con trazas vulgares, la extremada sagacidad del ingenio del Príncipe, y que con medios ordinarios y sencillos sería en balde poner á prueba su obstinada y singular astucia. Añadió que le había ocurrido un plan por todo extremo ingenioso, el cual, sin ofrecer inconveniente alguno, daría desde luego el resultado que el Rey apetecía. Con pretexto de negocios graves, se ausentaria Fengo durante algun tiempo. Entónces se encerraría á Amleto con su madre, y sin que ellos lo supiesen, se escondería una persona en algun sitio recóndito de la habitacion (2), á fin de oír todas sus conversaciones. Si el hijo estaba en uso de razon, no titubearía en declararlo á su madre, pues no podía abrigar desconfianza alguna de la mujer á quien debía la vida.

Brindóse para el oficio de espía el mismo que daba este consejo, mostrándose tan oficioso en sugerir el plan como en llevarlo á cabo. Cautivó á Fengo la idea, y partió, pretextando un largo viaje. El consejero se introdujo cautelosamente en la cámara donde Amleto se hallaba encerrado con su madre, y para mejor ocultarse, se metió debajo de una cama de paja (3). Amleto, temeroso de que alguien le escuchase, supo preservarse de aquel asid acudiendo á sus extravagancias de loco. Empezó á cantar cual los gallos al despertar; sacudió los brazos á guisa de alas, y saltó encima de la paja, donde se puso á bailar, haciendo contorsiones con el cuerpo para cerciorarse de si había allí algo escondido. Sintiendo cierta mole bajo las plantas, registró con la espada el sitio donde estaba, y habiendo escado al espía, le dió muerte (4). Cortó el cuerpo en pedazos, los hizo hervir en agua y los echó en el muladar, á la vista de

(2) Dice el texto de Saxo: *...qui omnibus tunc in obscura illa parte consisteret.*

(3) *á Submissusque stromento delicti.*

(4) *á Conscensu stromento corpus crebris saltibus librare cepit, si quid ille clausum delisset, experiretur. At ubi subjectum pedibus nullum personat ferro locum rimibus suppositum confodit, egestaque latebra trucidabit.*

(1) Conjetura Holmüller que el sentido de estas palabras es que Fengo tiene pocos soldados tan arrojados como el lobo.

unos cerdos, que hallaron sabroso alimento en aquellos tristes despojos. Libre así de la pasada asechanza, volvió á la cámara de la Reina.

Cuando Geruta empezó á deplorar la violenta demencia que acababa de desplegar su hijo, éste le dijo: «Tú, la más vil de las mujeres, ¿por qué intentas ocultar el más execrable de los delitos bajo la falsa apariencia de tus lamentaciones? Tú, que, cual prostituta, has aceptado un horrendo y criminal enlace, entregándote con incestuoso afecto al asesino de tu esposo! Tú, que halagas con vergonzosas caricias al que ha dado muerte al padre de tu hijo! Así se juntan las yeguas á los vencedores de sus machos.

»Propio es de animales unirse de tal modo donde quiera que les aguija su apetito. A ejemplo suyo, has arrancado de tu corazón la memoria de tu primer esposo. Con fundado motivo estoy fingiendo la locura. No hay duda que quien asesinó á su hermano, haría igualmente al hijo de éste blanco de su sangriento encono. Para dar alguna garantía á mi seguridad, más vale parecer demente que entendido. Pero el ánsia de vengar á mi padre no muere en mi corazón: estoy en acecho de la ocasión, y espero que me ayuden las circunstancias. No sale todo bien siempre y donde quiera. Contra un alma cruel y torcida hay que valerse de la astucia. Á ti mal te cuadra condolerte de mi demencia; mejor te estaría llorar tu propia mengua. Por lo demás, fuerza será que calles.»

Destrozando Amleto con tales reconvenções el corazón de su madre, despertó en ella el sentimiento de la virtud, y la indujo á anteponer á la liviandad presente el recuerdo de su amor primero. Fengo, á su regreso, buscó solícito á su confidente, y como nadie le había visto, preguntó por broma á Amleto si tenía noticia de su paradero. Contó el Príncipe que, habiendo ido aquel hombre á la letrina demasiado repleto de alimentos, había caído dentro, y que allí, por no poder levantarse, lo habían devorado los cerdos. Los presentes tomaron como de un loco aquella contestación verídica. Fengo, no obstante, recelaba sin tregua de los engaños de su hijastro, y habría querido deshacerse de él. Mas le contenían miramientos al abuelo Rorico y á su propia esposa. Resolvió valerse para ello del Rey de Britania ó Bretaña, salvando así las apariencias con el empleo de mano extraña. Prefería esconder su fiereza, haciendo recoser en un amigo la responsabilidad de su crimen.

Amleto, al marchar, rogó reservadamente á su madre que mandase cubrir con muy dobles y tupidos paños el salón de los banquetes, y que, trascurrido un año, hiciese celebrar en él sus funerales, prometiéndole volver para aquella época. Partieron con él dos hombres de la servidumbre de Fengo, á quienes confió éste una carta grabada en madera, modo usual de escribir en aquel tiempo. En la carta Fengo prevenía al Rey que diese muerte al Príncipe. Pero entró él en sus camarotes mientras dormían, leyó las tablas, raspó lo escrito, y cambiando los términos, puso en lugar de su nombre el de sus compañeros. No satisfecho con haber eludido el peligro, apartando de sí la funesta sentencia, añadió, en nombre de Fengo, una falsa demanda de la mano de la hija del Rey para el virtuoso mancebo que le enviaba.

En cuanto desembarcaron en Bretaña, pasaron los enviados á presentarse al Rey, y le entregaron la carta, que encerraba su propia sentencia, cuando la juzgaban instru-

mento de muerte para otro. Disimuló el Rey, y los acogió con la más urbana hospitalidad.

Amleto, en el regio banquete, manifestó desvío á todos los manjares, como si fueran vulgar sustento. Todos se asombraron al ver que el Príncipe extranjero se abstenia de todas las bebidas y de todos los esmerados platos de la mesa Real, como si aquel festín ostentoso fuese un obsequio mal escogido. Cuando, terminado el banquete, se despidieron los huéspedes, retirándose á sus habitaciones para pasar la noche, dispuso el Rey que se escondiese en ellas una persona que pudiese escuchar sus pláticas. Los que acompañaban á Amleto le preguntaron por qué se había abstenido en la comida como si temiese ser envenenado. Contestó que el pan sabía á sangre y la bebida á hierro, y que los manjares de carne oían como los cadáveres y recordaban los cementerios. Añadió que el Rey tenía mirada de siervo, y que la Reina, en tres ocasiones, había mostrado modales de criada. Los del séquito del Príncipe atribuyeron á extravío mental la áspera censura que hacía, no sólo de la comida, sino de los que la habían dado, y se burlaron de su atolondramiento. Dijéronle que hacía mal en ofender con descortesías palabras á un Rey esclarecido y á una dama de tan nobles costumbres, y que había correspondido mal á su cordial hospitalidad.

Enterado de todo el Rey por su confidente, quedó persuadido de que quien había proferido tales razones no era un mortal como los demás. Sólo cabía en un sabio ó un loco encerrar así en tan pocas palabras intuición tan profunda. Llamó á su presencia, para pedirle informes, al mayordomo que había proporcionado el pan; el mayordomo transfirió el asunto al panadero de la Casa Real, el cual fué igualmente llamado. Preguntóle el Rey de qué terreno procedía el trigo que había producido la harina, y si había en él vestigios de hombres muertos. Contó el panadero que aquel terreno había sido campo de batalla, que estaba lleno de huesos humanos, evidentes indicios de una gran matanza, y que en él habían hecho la siembra con la esperanza de abundante cosecha, sin imaginar que el trigo pudiese tomar mal sabor. Esta explicación hizo comprender al Rey que tenía fundamento lo que Amleto había dicho, y preguntó de dónde provenía el tocino. Le informaron de que, habiéndose escapado un día los cerdos por descuido del porquero, comieron hasta la saciedad del cadáver podrido de un ladrón, de modo que pudo inficionarlos la carne corrompida. Viendo el Rey que también en esto había acertado Amleto, preguntó con qué líquido habían compuesto la bebida. Cuando supo que era una mezcla de cebada y agua, mandó cavar el pozo. Hallaron en el fondo espadas corroidas por el orín, que habían debido comunicar al agua un gusto desabrido. No faltó quien explicase el mal sabor de la bebida por la circunstancia de que, al sacarla, se encontraron abejas que se habían alimentado en el abdomen de un muerto: tal vez la peste que transmitieron á sus panales había pasado al líquido (1).

Al ver el Rey que la censura del festín no era infundada, pensó que su mirada, que había sido tachada de traidora, podría emanar de impureza de raza. Se avistó secretamente

(1) Algunos traductores juzgan, no sin motivo, algo confuso este pasaje. Uno de ellos conjetura que la bebida era hidromiel hecho con miel alterada.

con su madre, y le preguntó quién era su verdadero padre. Contestó ella que sólo con el Rey, su esposo, había tenido amorosas conexiones. Amenazóla su hijo con la tortura, y logró de este modo la confesion de su ilegítimo nacimiento. Su padre era un esclavo. Mortificóle en gran manera esta revelacion afrentosa; pero no pudo ménos de admirar la perspicacia del jóven. Preguntóle por qué causa había ajado á la Reina atribuyéndole modales de criada, y á fuerza de darse por resentido del desfavorable juicio que el Príncipe extranjero había formado de su esposa, acabó por saber que era ésta de servil ralea. Amleto le dijo que había notado tres veces en la Reina actos de criada: se había cubierto la cabeza con un manto; se había recogido el vestido al andar, y por último, había mascado un mondadien-tes de madera. Fuera de esto, recordaba el Rey que la madre de la Reina, á consecuencia de haber caído prisionera, había sido esclava, por donde su hija, así en modales como en origen, era de condicion servil.

Convencido de que Amleto estaba dotado de ingenio casi divino, le otorgó la mano de su hija. Cuanto decia Amleto le parecia fruto de inspiracion sobrehumana. Á fin de dar cumplimiento al encargo de su amigo, mandó ahorcar, al dia siguiente, á los compañeros del Príncipe. Aparentó Amleto ofenderse de lo que le complacia, y el Rey, para desagrararlo, le dió una pepita de oro. Amleto hizo fundir el oro, y le escondió en dos varales huecos.

Al cabo de un año, se despidió y regresó á su país, sin llevar de toda aquella régia opulencia más que las dos varas rellenas de oro. Al llegar á Yutlanda, dejando su porte de los últimos tiempos, volvió á sus antiguas apariencias de desaseo y á los estrafalarios ademanes que le habían sido tan provechosos.

Habiase divulgado la falsa noticia de su muerte, y cuando se presentó de improviso, cubierto de harapos, en el salon donde se celebraba el banquete de sus funerales, quedaron todos consternados. Pero pasada la sorpresa, al terror sucedió la risa, y los circunstantes señalaban con mofa á aquel cuyo duelo estaban haciendo. Preguntáronle por sus compañeros, y enseñó como tales los dos varales. Aquí está uno, dijo; aquí está el otro. No es fácil determinar lo que predominaba en estas palabras, si la verdad ó la burla. Si bien la contestacion parecia desvario, no se desviaba mucho de los hechos, pues presentaba en lugar de los hombres la indemnizacion por ellos recibida. Colocóse entónces entre los escanciadores, y para aumentar el regocijo de los convidados, se esmeraba en servirles la bebida. Molestábale al andar la excesiva anchura de su ropa, y para recogerla, se ciñó una espada, la desenvainó, y adrede se hirió los dedos con el filo. Al verlo, los que estaban cerca sujetaron la hoja á la vaina por medio de un clavo. Para realizar con más seguridad sus propósitos, Amleto llenaba sin descanso las copas de los próceres convidados. Todos se rindieron al vino: ya no podian moverse, y quedaron postrados en el regio salon, que les sirvió de cama despues del banquete.

Habian caído en las redes de Amleto, y viendo éste que era propicia la ocasion para dar cima á sus designios, sacó del escondite en que se hallaban las estacas que había preparado, y volvió al palacio, donde los magnates se revolcaban en el suelo, dominados por la embriaguez y el sue-

ño. Arrancando en seguida á viva fuerza las varas de hierro que sostenian los tapices colocados por su madre en las paredes del salon, los hizo caer sobre los durmientes, y los sujetó de tal manera con intrincados nudos, valiéndose de las estacas con ganchos, que ni uno solo de los que se hallaban debajo, por más esfuerzos que hicieron, pudo levantarse. Al punto prendió fuego al edificio, y un voraz incendio, rápidamente propagado por todas partes, abrasó á los convidados, que dormian ó en balde pugnaban por levantarse. Sin demora se encaminó Amleto á la cámara de Fengo, á quien ántes habian acostado personas de su servidumbre; cogió su espada, que por casualidad estaba colgada junto á su lecho, y la reemplazó con la suya propia. Despertó entónces á su tío, y despues de participarle que los magnates habian perecido en el fuego, aquí está Amleto, le dijo, poderoso con la ayuda de sus ganchos de otro tiempo, y ansioso de exigir el justo castigo por el asesinato de su padre. Al oír estas palabras, Fengo saltó del lecho y fué muerto, mientras infructuosamente intentaba, á falta de la suya, desenvainar la espada de Amleto (1).

Tal fué aquel animoso Príncipe, digno de eterno aplauso, que se defendió cuerdamente, escondiéndose con la ficcion de la demencia un entendimiento superior á la índole humana. Así, no solamente preservó su vida de perversas asechanzas, sino que logró tomar venganza, preparada de un modo peregrino, del asesinato de su padre. Hábil guardador de sí mismo, brioso vengador de su sangre, no se sabe qué admirar más en él, si el valor ó la cordura.

Aquí acaba el tercer libro, Comienza el cuarto. (*Historias de los Reyes y Héroses de Dinamarca*, de Saxo-Græmmaticus, folio 30.)

Amleto, despues de satisfecha su venganza, andaba temeroso de someter su triunfo al fallo inseguro de la multitud. Juzgó prudente guardar reserva hasta ver el rumbo que tomaba la plebe, escasa de discernimiento. Las gentes de las cercanias, que habian dividido el incendio nocturno, acudieron temprano para enterarse de la causa, y hallaron el alcázar del Rey convertido en escombros. Registraron las ruinas, calientes todavia, y sólo descubrieron informes restos de los cadáveres abrasados. Todo habia sido devorado por las llamas inexorables, y no quedaba rastro por donde hubiera podido columbrarse la causa de tan alto desastre. Encontróse tambien, entre los vestigios sangrientos, el cadáver de Fengo, traspasado por el acero. Unos sintieron indignacion; otros, tristeza; otros, secreta alegría. Quién deploraba la muerte del caudillo, quién se complacia en la desaparicion del tirano parrielda. La muerte violenta del Rey causó diversas impresiones. La pacifica actitud del pueblo animó á Amleto á salir del paraje donde se hallaba oculto. Reunió desde luego á algunos que le habian manifestado constante adhesion, y despues convocó una asamblea, á la cual habló de esta manera:

«Si áun os doléis del fin desventurado de Hordenvilo, si respetais la lealtad de los súbditos y la piedad de los hijos, no habeis de conmooveros ahora por la calamidad de que han sido víctimas nuestros señores. Aquí no se presenta á vuestras ojos la muerte de un Príncipe, sino la de un parri-

(1) Como recordará el lector, así estrafalarios habian sepchado esta espada á la vaina con un clavija.

BELLAS ARTES.



LOS CIUDADANOS DE FLORENCIA QUEMANDO SUS RIQUEZAS A LA VOZ DE SAVONAROLA (SIGLO XVI). — CUÁDRITO DEL PINTOR INGLÉS TORHAM.

cida. Más digno de conmiseración era aquel monarca asesinado por el más atroz de los malvados, que no merecía el nombre de hermano. Todos habeis contemplado con lágrimas los miembros ensangrentados de Hordenvilo, su cuerpo cubierto de heridas. Este odioso verdugo obró así (es indudable) para privar á la nacion de sus fuercas; de tal manera, que de un solo golpe dió á él la muerte y á vosotros la esclavitud. ¿Quién ha de ser tan desatentado que prefiera la crueldad de Fengo á la venerable memoria de Hordenvilo? Recordad con cuánto amor mi padre os atendia, cómo respetaba vuestros derechos, cómo os colmaba de bondades. Pensad en la pérdida del más benévolo de los señores y del más justo de los padres, reemplazado por un tirano, muerto por un asesino: volved los ojos á vuestras franquicias desconocidas y violadas, á vuestro país manchado por crímenes, al yugo que abruma vuestros hombros. Mas ya llegó el término de tantos males. El delincuente cayó al peso de sus propios delitos; el parricida recibió el castigo de sus iniquidades. ¿Qué hombre cuerdo ha de preferir el daño al beneficio? ¿A qué alma, dueña de sí misma, le pesaría ver caer la sangre sobre la cabeza del que la ha derramado? ¿Quién se afligiría por la ruina del más sanguinario de los verdugos? ¿Quién lamentaría la caída del más despiadado de los tiranos?

» Yo, que ante vosotros me presento, soy autor de cuanto ha acontecido. Me declaro vengador de mi padre y de mi patria. He hecho sólo lo que hubiéramos debido hacer juntos. Nadie me ha dado auxilio en semejante empresa, nadie me ha ayudado á llevarla á glorioso remate. No ignoro, sin embargo, que no me habrías negado generoso apoyo, si os le hubiese pedido en nombre de la fidelidad debida á vuestro legítimo Príncipe; pero no he querido exponeros á riesgo alguno para castigar á los malvados, ni echar sobre vuestras hombros una carga que bastaban á llevar los míos. No he quemado, como los demas, el cuerpo de Fengo, á fin de que, entregándolo á las llamas, podais saciar en él vuestra justa venganza. No os detengais: levantad la hoguera, quemad ese cuerpo maldito, esparcid las cenizas del malvado, arrojad al viento esos restos odiosos: ¡ni urna ni sepulcro encierran los vestigios impios de sus huesos! No quede rastro alguno del parricida. No descansen sus miembros en la tierra, ni contagien lugar alguno. No se manchen el mar ni la tierra dando abrigo á este cuerpo vil.

» Lo demas ya lo he hecho. Sólo os queda cumplir este último deber piadoso. Esos son los funerales que merece el tirano: ese es el duelo debido al parricida. No debe conservar la nacion los restos de quien le impuso dura servidumbre. En fin, ¿qué necesidad tengo de recordaros las penalidades que he sufrido, mis grandes penas y las desventuras, que conozcís mejor que yo mismo? Años enteros he pasado en la angustia, amenazado de muerte por mi padrastro, despreciado por mi madre, escarnecido por mis amigos: mi vida ha sido un infortunio sin tregua, una serie de sobresaltos y peligros. En una palabra, he vivido abismado en horrenda calamidad. Las quejas íntimas, con que á veces deplorábais mi locura como obstáculo al castigo del parricida, eran para mí testimonio secreto de vuestra simpatía, y ademas, claro indicio de que no habia salido de vuestro ánimo la sagrada memoria de la afrentosa pérdida de vuestro Rey. ¿Quién habria podido tener el alma tan dura y el

corazon tan empedernido, que no se compadeciese de mis penas, ni se conmoviese ante el espectáculo de mi infortunio? Vosotros no habeis manchado vuestras manos con la sangre de Hordenvilo, y no podeis menos de apiadaros de este desventurado, que se ha criado entre vosotros. Tened así mismo lástima de un afligida madre, de vuestra antigua Reina, libre ya de la vergonzosa obligacion, carga harto pesada para los flacos hombros de una mujer, de amar al hermano y al asesino de su esposo.

» Ya veis las circunstancias que me han obligado, para dar cima á mi venganza, á envilecer mi inteligencia dándome trazas de bobo, á esconder la luz de la razon, á aparentar demencia. Juzgad ahora del acierto y eficacia de los medios empleados para lograr mi objeto. Me complazco en que seais los jueces de mi empresa. Hollad los restos del parricida, ensañaos con las cenizas de quien ha degradado á la esposa de su hermano inmolado, cometido todos los delitos, causado tantos desastros, puesto la traidora mano en su legítimo soberano, introducido la odiosa tiranía y coronado con el incesto el parricidio. Llegó el momento de que deis vuestro amparo á quien ha sido ministro de la venganza y ejecutor de tan justo castigo. Prestadme ayuda y devolvedme mis derechos. He preservado de la mengua á la nacion, he salvado de la infamia á mi madre, he acabado con la opresion, he sido juez del parricida, he evitado, volviéndolos en contra suya, los mortíferos é interminables ardidés de mi tío. Yo palecia con los atentados cometidos contra mi patria y contra mi padre. He aniquilado al que tendia sobre vosotros su cetro de hierro, y ejercía mayor autoridad que la que conviene al hombre.

» Reconoced estos beneficios y el ingenio que los ha inspirado, y si la he merecido, otorgadme la potestad suprema. Recibidme cual ejemplo al autor de bien tamaño, como al sucesor de mi padre, que llega á vosotros no manchado con sangre generosa, sino como legítimo heredero del trono, como vengador leal del crimen cometido contra mi padre. Me debeis el bien de vuestra libertad recobrada, de vuestra cadena y vuestro yugo hechos pedazos. He puesto fin á un reinado afrentoso y á un poder tiránico: os he librado de la esclavitud, os he vuelto á vuestro verdadero ser, os he restituido vuestra dignidad y vuestra gloria, he destruido al tirano, he triunfado del verdugo. En vuestras manos está el premio: ya conocéis mis merecimientos: mi título al galardón es mi valor.»

Esta oracion del brioso mancebo cautivó todas las voluntades é hizo derramar lágrimas. Calmada la primera impresion dolorosa, fué Amleto declarado Rey por aclamacion universal. Todos cifraban sus esperanzas en el claro entendimiento de un Príncipe que habia sabido cubrir con un tupido velo su difícil empresa y llevarla á feliz término con incomparable entereza. De admirar es, en efecto, que durante tan largo espacio lograra esconder á todos sus misteriosos designios.

Después de su triunfo en Dinamarca, volvió Amleto á Bretaña, con tres bajelos espléndidamente equipados, para volver á ver á su suegro y á su esposa. Llevaba consigo la fier y nata de la juventud dinamarquesa, bien adiestrada en las armas y llena de gentileza y gallardía; que si en otro tiempo afectaba menesterosa y sórdida traza, ahora ostentaba pompa y magnificencia. Era ántes dado á la pobreza;

ahora hacia alarde de elegancia y de bizarría. Hizo pintar en su escudo todos sus actos gloriosos, desde su primera juventud (1). Diestro pincel había representado en él las principales escenas de sus desventuras y de su animosa constancia. Allí se veían: Hordenvilo asesinado; Fengo, parricida incestuoso, tió criminal; el sobrino, blanco de la irrisión de los cortesanos; las estacas con sus ganchos; los celos del padrastro; el disimulo del hijastro; los diferentes lances y pruebas; la mujer empujada en la tentación del paseo campestre; el lobo amenazador; el timon encontrado en la playa; la entrada en la selva; el tábano con la paja; el joven Amleto advertido del manejo insidioso, y sus caricias á la doncella, resguardado del acecho de los que le seguían. Representaba también el escudo la mansion Real; la entrevista del Principe con su madre; el espía descuartizado; los pedazos de su cadáver hervidos, arrojados al muladar y devorados por cerdos feroces. Veíase igualmente á Amleto descubriendo el secreto de los emisarios dormidos, y sustituyendo unas palabras á otras; rehusando con desafiante grima los manjares y la bebida; observando la mirada del Rey y los vulgares modales de la Reina. Asimismo reproducían las figuras: los emisarios ahorcados; las bodas del Principe; su regreso á su patria; las varas rellenas de oro, presentadas á la corte dinamarquesa en lugar de aquellos emisarios; el Principe haciendo de escanciador; la espada desenvainada que le hiere los dedos; la hoja sujeta con una clavija; el aumento del regocijo y el tumulto del festín; los tapices echados sobre los dormidos y sujetos con nudos y ganchos; el incendio del palacio; los convidadas abrasados; Amleto junto al lecho de Fengo, reemplazando la espada de éste con la suya inutilizada; por último, el Rey espirando á manos de su hijastro, que le hiere con su propia espada. Con arte primoroso había expresado un hábil pintor todos estos hechos en el escudo de guerra de Amleto, reproduciendo la narración con el dibujo, y realzando la obra con los matices del colorido. Los que acompañaban al nuevo Rey, para presentarse con más lucimiento, llevaban también escudos con adornos de oro.

Recibiólos el Rey de Bretaña con afabilidad y ostentación. Preguntó, durante la comida, á Amleto si Fengo vivía prósperamente, y su yerno le dijo que aquel por cuyo bienestar se interesaba, había perecido á mano armada. Con vivo afán hizo nuevas preguntas, y se llenó su alma de espanto al saber que era Amleto autor de aquella muerte violenta.

Él y Fengo habían concertado que cualquiera de los dos que sobreviviese al otro, tomaría venganza de su muerte. Hallábase, pues, el Rey en la más penosa perplejidad. Movíale, por una parte, la obligación en que estaba con respecto á su hija, y el afecto que á su yerno profesaba; por otra, la piadosa memoria de su amigo y el imperfecto deber de cumplir su promesa y su juramento.

La fe jurada triunfó al cabo de los vínculos de la sangre, y á la alianza del parentesco se sobrepuso la obligación sa-

grada de vengar á su amigo. Grava delito le parecía, sin embargo, violar las leyes de la hospitalidad, y así juzgó lo más acertado valerse de mano ajena para el acto de la venganza, y esconder sus desafueros en el misterio y en las apariencias de la inocencia. Ocultó sus redes bajo el velo de urbanas atenciones, y la intención de dañar, con fingidas demostraciones de buena voluntad.

Habiendo fallecido recientemente la Reina, su esposa, dió á Amleto el encargo de negociar para él un nuevo enlace, manifestándole que el tino singular de que había dado tantas pruebas, era la razón que le había inducido á escogerle para misión tan escabrosa. Le refirió que la mujer cuya alianza le convenía, reinaba en Escocia y se negaba á toda propuesta de casamiento, no tan sólo por su pudor extraordinario, sino también porque, á causa de su altivo carácter, detestaba á tal punto el matrimonio, que hacía matar á cuantos llegaban á pedir su mano. Ni uno siquiera de sus muchos pretendientes se había librado del suplicio. No obstante el riesgo que tal embajada ofrecía, partió Amleto para llevarla á cabo, confiado en el valor de su gente y de la que le había dado el Rey. Ya en Escocia, estableció sus reales con avanzadas, no lejos de la residencia de la Reina, en una risueña pradera, junto al camino, que ofrecía pasto abundante á los caballos, y donde convidaba al descanso el dulce murmullo de un arroyo.

Enterada la Reina de la llegada de aquella gente forastera, envió, en guisa de reconocimiento, á diez donceles, que debían darle cabal noticia de su aspecto y de su actitud. Uno de ellos, que á los demás se aventajaba en arrojo y astucia, logró, esquivando los centinelas, llegar hasta el mismo Amleto, que dormía con la cabeza apoyada en su escudo. Con singular destreza, sin turbar el sueño del Principe ni de ningún otro de los hombres de la expedición, sacó suavemente el escudo, y lo presentó á su señora, no sólo como testimonio del éxito de su encargo, sino asimismo para que viese quién era el recién venido. Con la misma habilidad había sustraído, del sitio donde estaba guardada, la carta del Rey de Bretaña.

La Reina examinó el escudo: comprendió por los letreros de las pinturas su interesante significación, y supo de este modo que iba á ver al hombre de superior entendimiento, que había castigado en su tío al asesino de su padre. Enterada igualmente del contenido de las láminas de madera en que estaba consignada la demanda de su mano, borró todo lo escrito. Le inspiraba horror el enlace con un anciano, y lo deseaba con un joven. En lugar de lo borrado, escribió una carta, procedente, al parecer, del Rey de Bretaña y firmada con su nombre, en la cual solicitaba la mano de la Reina para el portador de la misiva. Deliberadamente mencionó ella en el escrito los hechos recordados en el escudo, por donde la carta y el escudo recibían en la apariencia mutua confirmación. Mandó despues á los mismos que había enviado al reconocimiento de los forasteros, que volviesen á colocar en sus respectivos lugares el escudo y las láminas. Así aplicaba á Amleto el mismo engañoso ardid que éste había empleado en otro tiempo con respecto á los emisarios de Hordenvilo.

Mientras esto pasaba, Amleto había advertido la sustracción del escudo, y tenía los ojos cerrados fingiendo que dormía. Esperaba que intentase un nuevo ardid el autor del

(1) *In effigiem quoque armis præstantem juvenutem quæserat exoptato decoris genere cultam; ut sicut cunctis displicibili dultam habito gesserat, ita magis magnifera ad omnia paratibus uteretur, et quodquid olim paupertate tribuerat, ad luxuriam impensam converteret. In scuto quoque sibi paravi justerat omnem operam suorum contextum ab incensis otatis primordis auspicientibus: sequentes pictura nobis adhibendum curavi.....*

ardid primero, por lo mismo que éste le había salido á medida de su deseo. Así aconteció, en efecto, por tal modo que lo que Amleto había perdido durante el sueño verdadero, lo recobró en el sueño fingido. No falló su prevision. Al acercarse cautelosamente el espía que iba á poner en su lugar escudo y láminas, alzóse aquél repentinamente, lo sujetó y lo hizo encadenar. En seguida despertó á las personas de su comitiva, y se encaminó al palacio de la Reina. Despues de saludarla en nombre de su suegro, le presentó las láminas escritas de éste, autorizadas con su sello. Las tomó la reina Hermethruda, y, despues de leerlas, aplaudió con lisonjeras palabras los ingeniosos actos de Amleto, declarando que habia éste impuesto á Fengo un castigo merecido, y que al llevar á feliz término, con habilidad extraordinaria, su plan de venganza contra un asesino incestuoso, y cobrar legalmente el imperio de quien le tendia continuos lazos, habia aventajado en sagacidad al vulgo de los mortales. Añadió que le causaba asombro que un príncipe, cuyo entendimiento le hacía subir á más alto nivel que los demas hombres, hubiese podido cometer el yerro de casarse del modo que lo habia hecho, aceptando una alianza ruin y deslucida. De siervos era la raza de su esposa, aunque la fortuna la hubiese encumbrado hasta el trono. Un hombre cuerdo no habria debido poner la mira al contraer matrimonio en esplendor externo. Más acertada habria sido la eleccion buscando noble raza y esclarecida estirpe, sin dejarse cautivar por los hechizos de la hermosura, que son de indole pasajera y sólo sirven al halago de los sentidos.

«Hay una mujer, le dijo, cuya union te conviene porque su cuna es igual á la tuya. Es digno objeto de tu amor, no sólo por su ilustre progenie, sino por el alto lugar que ocupa, y porque ademas ninguna otra puede competir con ella en riqueza y descendencia Real.» A continuacion le hizo notar que ella era reina, y hasta rey en cuanto su sexo lo consentia; que aquel á quien ella juzgase merecedor de compartir su tálamo, subiria á su trono y sería rey; que un cetro cuadraba á su alianza, y á su alianza un cetro (1), y que no era de desdeñar oferta semejante de parte de una mujer que tenia por costumbre hacer que contestase el acero á los que pretendian su mano. Con tales razones intentaba Hermethruda atraer la voluntad de Amleto, inducirle á enlazarse con ella y á anteponer la estirpe á la hermosura.

Terminadas sus explicaciones, se echó la Reina en los brazos de Amleto, y embelesado él con las palabras de aquella mujer hermosa y jóven, correspondió con deleite á sus dulces caricias. Estas bodas (2) fueron celebradas con un banquete, al cual asistieron amigos y caudillos. Poco despues Amleto regresó á Bretaña acompañado de la bella Hermethruda y de una hueste de escoceses escogidos, capaz de arrostrar en su defensa los mayores riesgos.

Salió á su encuentro la hija del Rey, su verdadera esposa, la cual, si bien lamentaba el agravio que le hacia, prefiriendo á ella una concubina, juzgó que no debía sacrificar sus deberes conyugales al resentimiento de los celos. El amor no se habia apagado todavía en su corazon, y no pudo

ménos de advertirle de los ardidés que contra él se tramaban, á fin de que pudiese evitar el cercano peligro. Dijo que llevaba en su seno una prenda de su ternura, y que esta razon era bastante para justificar los miramientos que le dispensaba. Si Amleto aborreció al corruptor de su madre, yo amaré á la amante de mi esposo. No habrá angustia que apague, ni envidia que extinga el amor en que por ti me abraso, y no puedo dejar de revelarte las tramas que se urden contra tu persona, y las asechanzas que amenazan tu vida. Has convertido en provecho tuyo, por medio de una diestra substitution, el mensaje que te conbio tu suegro, y fuerza es que estés prevenido á defenderte de sus ataques.»

Mostró la Princesa en estas palabras que atendia más á los deberes de esposa que de hija. Llegó á la sazón el Rey de Bretaña, y para cubrir con capa de amistad los hostiles proyectos que meditaba, estrechó á su yerno en sus brazos, y le convidó á un banquete. Advertido ya de la perfidia, Amleto disimuló de la propia manera, y siguió al Rey, porque deseaba obrar derechamente en todo, y preferia á rehuir vergonzosamente el peligro, arrostrarlo con habilidad y prudencia. Pero tuvo cuidado de ponerse una cota debajo del traje y de llevar consigo doscientos ginetes escoceses. Cuando llegó á caballo, al entrar por la puerta, que estaba de par en par abierta, le dió el Rey una embestida, y le habria atravesado con la lanza si la cota de maila oculta no hubiera parado el golpe. Recibió Amleto, sin embargo, una leve herida, y se retiró al paraje donde, por orden suya, le esperaban los guerreros escoceses. En seguida, con ánimo de disculpar su traicion, envió al Rey aquel espía de la reina de Escocia á quien hizo prisionero, á fin de que presentase como excusa las órdenes de Hermethruda de sustraer furtivamente la misiva que á ella iba dirigida. Todo en balde. El Rey se apresuró á seguirle en su retirada, y desbarató la mayor parte de su gente. Al dia siguiente debia darse una batalla decisiva. No esperaba Amleto poder resistir, é imaginó aparentar que aumentaba el número de sus guerreros levantando á los muertos, cuyos cuerpos sostenia, una parte de ellos con estacas, otra apoyándolos en las rocas cercanas. Hizo tambien colocar á algunos sobre sus caballos con todas sus armas, cual si estuviesen vivos y dispuestos en orden para la batalla. La fila de los muertos no era ménos numerosa que el núcleo de los vivos. Estupendo espectáculo constituian, en verdad, los muertos llevados al combate y en ademán de pelear. No fué el tal artificio infructuoso para su autor. Las marciales figuras de los muertos, iluminadas por los esplendentes rayos del sol, tomaron la apariencia de una falange considerable. Por tal manera, vanos simulacros de difuntos reproduccion el primitivo número de los soldados, y nadie podia presumir que el encuentro de la víspera hubiese merinado su gente. Los britanos, aterrorizados con tal perspectiva, evitaron huyendo la batalla, vencidos por los difuntos á quienes en vida derrotaron (3). No es fácil determinar si en esta vic-

(3) Hé aqui los propios términos con que refiere Sæto esta curiosa leyenda:

«Quem rex avidius fugientem (usque) non moratus, matre copulatum parte privavit: ita ut Amlethus illo postero salutum probo defensurus; desperatis admodum resistendi viribus ad angendam multitudinam speciem exanimam societatem corporum, partim subjectis et pignibus fidei, partim propinquas

(1) Juego de palabras, que al parecer indica que sería conveniente unir dos cetros.

(2) Extrañas bodas!

toria tuvo mayor parte el ardid ó la suerte. El Rey intentó escaparse, pero fué muerto en la fuga por los dinamarqueses que le perseguían Amleto, triunfante y con el copioso botín que recogió en Britania, regresó á su patria, llevando consigo á ambas esposas.

Rorico había muerto durante aquel tiempo. Le había sucedido Vigleto, el cual despojó á la madre de Amleto de los tesoros de la corona, mortificándola con un sinnúmero de pretensiones, y censurando que Amleto hubiese usurpado el trono de Yutlanda, al cual sólo el rey Lethreo tenía derecho. Amleto desplegó gran cordura en aquella ocasión. Dió á Vigleto la mejor parte del botín, con objeto de satisfacer sus reclamaciones con tan ricas dádivas. Vigleto, no obstante, andando el tiempo le combatió con pretexto de vengarse, y aún le venció en la guerra, convertido de enemigo oculto en enemigo declarado. Desterró á Fialero, gobernador de Escania, el cual se retiró, según cuentan, á un lugar desconocido que llaman Undensakre (1). Cuando Vigleto, apoyado por los guerreros de Escania y de Selanda, provocó un rompimiento con Amleto, entró éste en gran perplejidad sobre si debía arrostrar la mengua ó el peligro. No ignoraba que resistiendo exponía la vida, y evitando la batalla caía en la infamia del cobarde. Después de meditar acerca del asunto, preponderó en su ánimo el deseo de salvar su honra, y su ardiente amor á la gloria le decidió á aventurarse al riesgo de ser derrotado. No quería que el ruin intento de evitar las azaras de la suerte anublase el esplendor de su renombre, y sabía que entre una muerte gloriosa y una vida sin honra media la misma distancia que entre la dignidad y la afrenta.

Fuera de esto, amaba con tal vehemencia á Hermethruda, que la idea de que quedase viuda le causaba sinsabor más amargo que la de su propia muerte; y así, ántes de comenzar la guerra, se afanaba por prepararle un segundo matrimonio. Hermethruda, conmovida, le hizo la noble promesa de seguirle al campo de batalla, declarando que merecía desprecio la mujer que se negaba á morir con su esposo.

No fué ella, por cierto, fiel á estas exageradas palabras. Vencido Amleto y muerto cerca de Yutia á manos de Vigleto, el amor de Hermethruda fué la recompensa del vencedor. Así burla el destino los juramentos de las mujeres: los desvanece el trascurso del tiempo, y los vaivenes de la suerte quebrantan la fe en sus almas inclinadas á los deleites. La mujer falta á su promesa con la misma facilidad que promete; la cantivan los varios incentivos del placer; desca lo nuevo y olvida lo pasado; anhelosa se entrega á la satisfacción de sus gustos.

Así acabó Amleto. Habría igualado en gloria á los dioses

lapidibus affixa, illa videntium more equis imposita, in illo armorum detracta pectore ac prelatum feriatim in aciem cunctumque digesserit. Nec rarum mortuorum coram erat quam videntium globus. Stupenda sequidem illa factus erat: quum extincti repererentur ad prelia; defuncti decernere cogentur. Quo res auctori invidiosa non fuit, quum ipse extinetorum imagines lacessentibus solis radiis intonsi agminis speciem darent. Ita enim inania illa defunctorum simulacra pristinum militum numerum referebant: ut nihil ex horum græge besterna strage diminutum putares. Quo aspectu larrici Britanni pugnae prescurres fuga a mortuis superati quos vivos opprescerunt.

(IV, fol. 32, 1, 2.)

(1) *Undensakre* quiere decir el Campo de Odino. Por donde conjetura M. L. Etmüller que puede significar el otro mundo.

y sobrepujado las hazañas de Hércules, si su fortuna hubiese igualado á sus prendas.

Todavía existe junto á Yutia un campo glorificado con su nombre y con su sepulcro (2).

VII:

¿ES «HAMLET» PERSONAJE HISTÓRICO Ó CREACION MÍTICA DE LA FANTASÍA POPULAR?—RECUERDOS DE DINAMARCA.—CASTILLO DE KRONBERG.—SEFULCRO APÓCRIFO DE HAMLET.—SAXO GRAMMATICUS.—MOLBECH.

Hamlet, no el de Shakspeare, que éste, por su educación, por sus aficiones, por sus ideas, por sus cavilaciones, pertenece de lleno al siglo XVI, sino el de Saxo, fuente única conocida de todos los *Hamlets* literarios antiguos y modernos, carece de carácter histórico claro y determinado. Ni entre los pocos monarcas cuyos nombres han llegado á nosotros al traves de las densas nubes de la historia conjetural de Dinamarca, desde Eskiold, contemporáneo de Jesucristo y fundador de dinastía, hasta Gorm el Viejo, último rey pagano, ni en el catálogo, verdaderamente histórico, que empieza en Sigurd *Snogole* (el de los ojos de serpiente), año 794, asoma el nombre de *Hamlet*. Los sabios Zinzow, Etmüller y otros insignes arqueólogos literarios de Alemania y de Dinamarca hacen subir el mito de Hamlet á las más remotas tradiciones teogónicas, leyendarias y heroicas de la Germania.

Sin embargo, se halla tan arraigada la tradición mítica en la tierra de Dinamarca, especialmente en Yutlanda, cuna del mito, que es imposible negarle fundamento histórico. No son conocidas las fuentes de donde tomó Saxo-Grammaticus su épica relacion, entre histórica y leyendaria; pero la circunstancia de pintar un Hamlet debelador de Britania (Inglaterra), cuando allí imperaba un solo rey, que pereció á manos de los invasores, demuestra que el Hamlet de Saxo es posterior al año de 827, término de la Heptarquía sajona. La índole de los hechos que refiere el cronista dinamarqués corresponde á las terribles correrías marítimas de los *vikings* ó reyes de mar escandinavos, que pusieron espanto á la Europa entera (3); y sabios historiadores arqueólogos juzgan fundadamente que las hazañas de Hamlet no han podido verificarse sino á mediados del siglo IX.

Por lo demas, aún subsisten en Dinamarca huellas tenaces de la existencia del misterioso Príncipe. Así se infiere de lo que dice el ilustre Molbech en uno de sus apuntes au-

(2) Hé aquí la parte del texto de Saxo relativa á la muerte de Amleto:

« Nam quum Amlethus quod Juliam a Vigleto acie interceptus fuisset (Hermethruda) ultra in vicinis praedum, ampliusvisq; concessit. Da rotum omne ferulicium feruente vacuatis absq; temporum mutatio dissoluit: et multib; usq; filis lubrica visum vestigio fortali peram casus extenuant: que sicut ad pollendum forills, ita ad peroleendum sequit. curia volaplati (volaplati) nadinglor atq; ut recentia semper auidia expetenda visum inuenior: nichilo propea captitate dissoluit. Hic Amlethi exilus fuit: qui et parum auctore atq; ? itare indulgentiam expertus fuisset, equisset fulgore superos, Heronice vicinibus opera transcendisset. Insignis eius sepulturae ac nomine cuiusdam quod Juliam estot. »

(3) De sus excursiones en España contienen relacion detallada los interesantes estudios del insigne arabista holandés Mr. Dozy, acerca de la España de la Edad Media.

tógrafos, que tuvo la bondad de franquearnos, y que á continuación traducimos:

«Segun Saxo, Hamlet muere lidiando con el Rey de Dinamarca Vigleto (*Amletus apud Jutiam a Vigleto acie interceptus*), y añade: *INSIGNIS EIUS SEPULTURA, ac nomine campus APUD JUTIAM estat.*» El excelente traductor dinamarqués antiguo de Saxo, A. Vedel (cuyo libro se publicó en 1575), tradujo libremente este pasaje del siguiente modo:

«*Den mark udi Jutland, som hand bleff begraffuen udi Kaldis eulau effter hans nasti AMLETS HED.* (El campo de Yutlanda donde fué enterrado tomó de él su nombre, y se llama todavía la llanura de Amlet.)»

«En la parroquia de Verring, diócesis de Aarhus, no lejos de la ciudad de Randers, existe una aldea llamada *Amelhede-Bij*. Anticuarios dinamarqueses han creído encontrar en este nombre el *Amlets hede* de Vedel» (1).

«Puede claramente deducirse de todo esto que no hay asidero en la tradición para colocar en Elsenor, como se le antojó hacerlo á Shakspeare, la escena de su drama. No es difícil imaginar, sin embargo, el motivo de esta elección. Para la generalidad del público de Lóndres, en tiempo del poeta no había nombre de pueblo dinamarqués más conocido que Elsenor (*Elsuore*, en Shakspeare.)»

Como tantos otros viajeros, fuimos expresamente á Elsenor para visitar la tumba de Hamlet en el hermoso parque del palacio de Marienlyst, á pocos kilómetros de la ciudad marítima. Primero, en Elsenor, recurrimos el antiguo é imponente castillo de *Kronborg*, que sobre un pequeño promontorio domina el mar y guarda el paso del Sund como gigante centinela. La majestuosa explanada del castillo nos traía á la imaginación la fantástica del drama de Hamlet, donde aparece la sombra del Rey asesinado. Pura ilusión de nuestra parte, pero ilusión que nos hacía admirar la adivinadora fantasía de Shakspeare, que para tal escena había escogido, sin conocerlo, tan magnífico y adecuado paraje.

De allí pasamos á Marienlyst. Otra shakspeariana ilusión. En un extremo solitario del parque hay, sobre un leve resalte del terreno, un sepulcro de sencillo y primitivo carácter, compuesto de tres piedras rúnicas y rodeado de cuatro frondosos árboles. El pueblo le llama *la tumba de Hamlet*. ¡Lástima que no sea verdad! Nuestro sabio amigo Molbeck nos había advertido que el tal sepulcro era apócrifo, y meramente, como él decía, *una decoración de jardín*. Había sido allí colocado cuando, en época no muy remota, se edificó, á orillas del Øresund, el palacio Real de recreo *Marienlyst*, en el mismo lugar en que desde la época de Cristiano IV (siglo XVI) había existido un Sitio Real con el nombre de *Lundehave*.

No cabe duda. Á pesar de las fantásticas ilusiones que ha hecho nacer el gran poeta británico, no puede vagar la sombra de Hamlet, ni en el castillo de *Kronborg*, ni en el parque de *Marienlyst*. Pertenece á Yutlandia. Allí fué su gloria; allí han quedado los únicos rastros tradicionales de su azarosa vida.

No obstante, no pudimos contemplar sin emoción aquel fúnebre simulacro que lleva su nombre, y que, á falta de

significación más histórica, tiene siempre la de ser un glorioso homenaje á la memoria del sublime Shakspeare.

Copiamos allí fielmente el sepulcro, y nos complacemos en ofrecer ahora, despues de más de treinta años, su sencilla imágen á nuestros lectores.

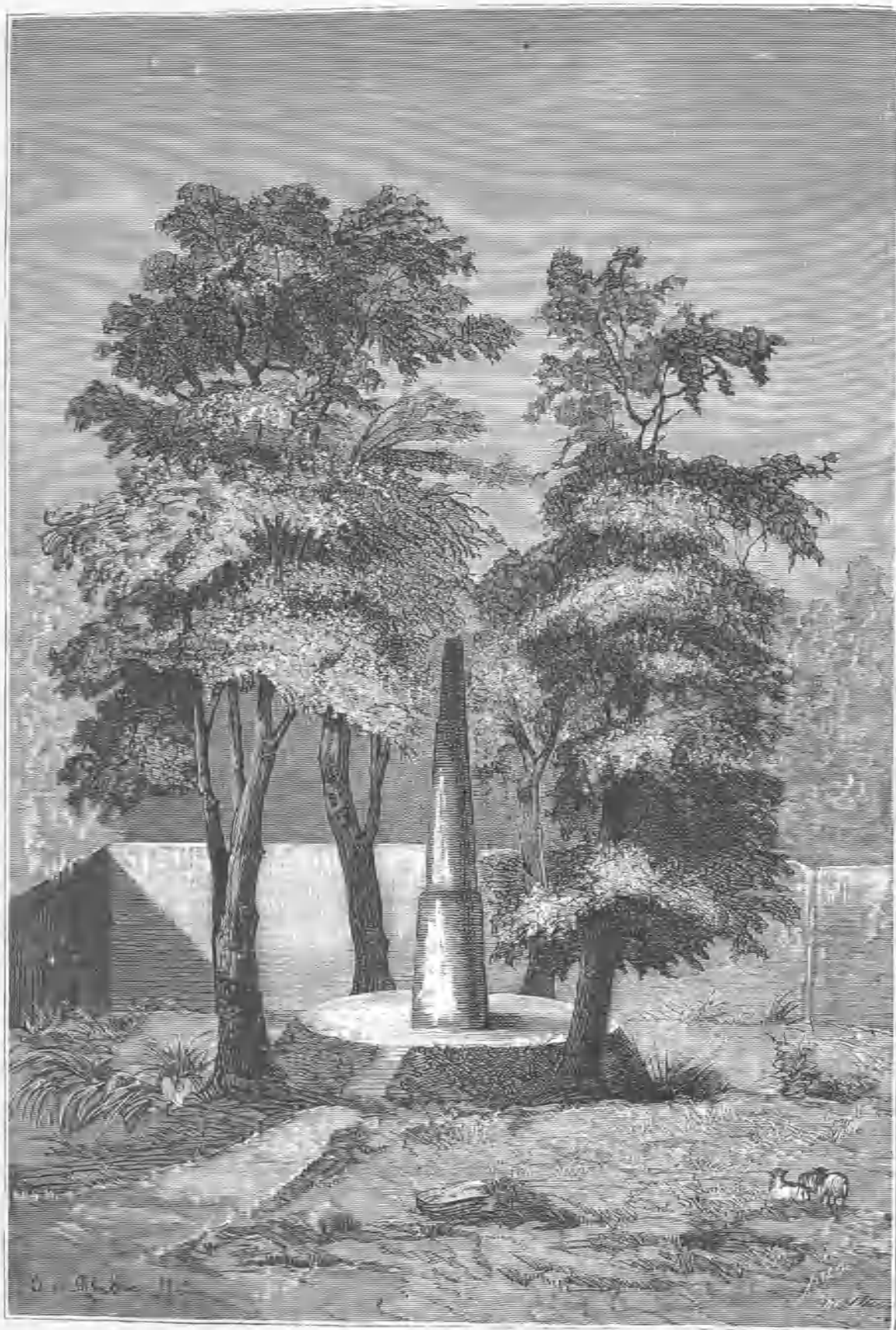
Pasamos, durante nuestra juventud, algunos años en Copenhague (2). Era todavía época de brillante florecimiento para aquella pequeña pero ilustrada y noble nación. No alcanzamos ya al sublime escultor Thorvaldsen, que tres años ántes había fallecido de repente en el teatro Principal de aquella ciudad, quedándose como dormido en una butaca; pero tuvimos la honra de conocer á cinco señalados varones, de alto mérito y claro renombre, que dieron lustre á su patria con sus trabajos literarios, artísticos y científicos: *Bissen*, el más aventajado de los discípulos de Thorvaldsen; *Ersted*, creador de la ciencia electro-magnética y verdadero inventor de la telegrafía eléctrica; *Andersen*, famoso en todas las naciones por sus peregrinos cuentos y relaciones; *Molbeck*, uno de los más sabios historiadores y arqueólogos que ha producido Dinamarca; y por último, sobre todos ellos, *Oehlenschläger*, amigo de Goethe, poeta lírico y dramático de primer orden, inspirado vulgarizador, en su poema *Los Dioses del Norte*, de la mitología escandinava, y una de las más brillantes glorias de la Europa septentrional.

Como Shakspeare, empezó Oehlenschläger su vida pública por la profesion de actor. Fué despues catedrático de Estética, y más adelante, también como Shakspeare, publicó una serie de interesantes dramas fundados en la historia antigua de su país y en las poéticas tradiciones de las sagas populares. Por aquellos años, cercano ya al término de su gloriosa vida, escribió un nuevo HAMLET, *tragedia en verso, en cinco actos*. No hay en ella ni imitación ni rivalidad de Shakspeare. Éste pintó en *Hamlet* un tipo simbólico del siglo XVI; el poeta dinamarqués pinta el mito épico de la leyenda escandinava, la cual, como él mismo dice en el prólogo de la tragedia, «no se presenta en Saxo cual príncipe filósofo y noble, dominado por una misantropía fantástica, sino con la realidad de un mancebo heroico y de un Rey dinamarqués de los primitivos tiempos.» Oehlenschläger no sigue las huellas de Ducis, que reduce pobremente y transforma el drama de Shakspeare, si bien con acierto y felicidad en el desenlace: trata el asunto á la escandinava, y crea un tipo verdaderamente dinamarqués para añadirlo á *Storkoder*, *Axel y Valborg*, *Palutoke*, *Hakon-Iarl* y otras obras dramáticas, que constituyen lo que él mismo llama su «galería de cuadros históricos y nacionales.»

Como era natural, nos asaltó el deseo de investigar las fuentes que pudo tener á la vista el gran dramaturgo inglés para formar su famoso y extraño drama. Imaginando que en las antiguas sagas históricas podrian hallarse rastros del mito, acudimos al Sr. Molbeck, que tanto había estudiado aquel fecundo manantial de tradiciones y leyendas. El sabio arqueólogo literario nos declaró que no se hallaba recuerdo tradicional ni monumento alguno autorizado del

(1) El doctor M. A. Zinnow (*Die Hamletsgage*, Halle, 1877) habla tambien de la aldea llamada *Amelhede*, en Yutlandia.

(2) Don Leopoldo Augusto de Casio, hoy Marqués de Valmar, autor de estos apuntes, fué Ministro de España en Dinamarca en los años 1847, 1848 y 1849. No titubó en adquirir para el Estado la única estatua de Thorvaldsen que ha venido á España: el magnífico *Mercurio* que se admira en el Museo Nacional.



SÉPULCRO DE HAMLET.

COPIADO DEL NATURAL, EL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 1849, POR EL EXCMO. SR. D. LEÓPOLDO AUGUSTO DE CUBELI
(HOY MARQUÉS DE VALMAR), MINISTRO DE ESPAÑA EN DINAMARCA.

mito de Hamlet más antiguo que la preciosa relación de Saxo-Græmaticus. De ella nacieron, directa ó indirectamente, la *Crónica rimada dinamarquesa* (*Danske Rimkrønike*), primer libro que se dió á la estampa en Dinamarca (1495), del cual tuvimos el gusto de ver un rarísimo ejemplar en la Biblioteca Real de Copenhague; las sagas islandesas relativas á la leyenda de Hamlet; la famosa novela de Belleforest, que suponen muchos (hoy es dudoso) inspiradora del drama de Shakspeare, y los varios dramas que desde el siglo XVI hasta el XIX se han escrito acerca del mito de Hamlet.

La relación de *Saxo-Græmaticus*, escrita en latín claro y relativamente acicalado para el siglo XII, nos cautivó desde Juégo. Aquel mancebo animoso, que reprime su audacia heroica y obra cauteloso, prudente y astuto para cumplir un noble designio, hasta que, llegado el momento que buscaba, venga á su padre y castiga á los malvados á la faz del mundo, arrojando todos los peligros, nos pareció más moral, aún en medio de la bárbara desnudez de tiempos primitivos, y sobre todo más propio para la epopeya y para el drama trágico, que un príncipe filósofo y vacilante, que nunca llega al fin que se propone, y parece que emplea su entendimiento, su astucia, su inacabable acedero y todas las fuerzas de su alma, no para vengar á su padre, sino para resolver un problema.

Con razón dieron á Saxo, como honroso testimonio, el sobrenombre de *gramático* (humanista, erudito). Era aficionado á primores retóricos, y pocos hay que le igualen en su tiempo como escritor latino. Cuando se limita á la narración de las tradiciones históricas ó legendarias de su patria, su estilo es conciso y expresivo; cuando hace gala de su cultura literaria y pretende escribir á la manera de los grandes clásicos romanos, no sólo se trasluce la afectación imitativa, sino que además se hace verboso, y contradice el espíritu genuino de los personajes de los tiempos y del libro mismo. Esto es harto visible en el discurso que pone en boca de Amleto después de la catástrofe del palacio de Fengo, siguiendo las huellas de Tito Livio, que es su modelo.

La fama y autoridad de Saxo fueron siempre grandes. El rey Valdemar I le confió mensajes diplomáticos, y acaso á la prestigiosa veneración que inspiraba la ciencia en la Edad-media se deba que fuese enterrado en el panteón Real de la basílica de Roskild, junto á los soberanos de Dinamarca (1).

Nuestro embajador poeta, el Conde de Rebolledo, le cita varias veces en las *Selas Dánicas* cual cierto testimonio histórico. Admiraba su estilo, como puede inferirse de estos versos, referentes al reinado de Valdemar I:

«Florecieron las letras en su tiempo,
De que es testigo el elegante Saxo.»

La relación de *Saxo-Græmaticus*, por la rareza de su libro histórico, no es muy conocida en España. Por esta razón hemos juzgado oportuno dar á luz su traducción castellana.

(1) El verdadero nombre de Saxo, según conjeturas de sabios dinamarqueses, era *Lange*. Nació en la isla de Selanda, hacia mediados del siglo XII. Murió en 1204.

Algun tiempo ántes de nuestra salida de Dinamarca recibimos, con una afectuosa carta del erudito señor Molbech (2), la nota sobre las sagas concernientes á Hamlet, que publicamos en su lugar; dos apuntes, que también publicamos, y una traducción francesa de la mejor de las tres sagas sobre Hamlet, que existen en la Biblioteca de la Universidad de Copenhague. La conservamos entre nuestros papeles literarios, y no la damos ahora á luz por no abultar demasiado el presente estudio.

VIII.

MORATIN, TRADUCTOR DE *Hamlet*. — INJUSTICIA Y ERROR DE LA CRÍTICA SEUDO-CLÁSICA CON RESPECTO Á SHAKSPEARE.

¡Cuánto cegaban las preocupaciones de escuela, y cuán hondamente se arraigaban en el entendimiento las falsas verdades estéticas que, con temeridad y soberbia, proclamaban los preceptistas franceses, y en pos de ellos sus imitadores en todas las naciones literarias. Moratin paró su atención en Shakspeare á consecuencia sin duda de la ruidosa impresión que produjo en Francia la famosa traducción de Letourneur. En la polémica allí suscitada entre los *Racinistas*, á cuyo frente se hallaba Voltaire, y los que llegaban á comprender que el teatro libre y vigoroso de

(2) Cedemos á la tentación de publicar aquí esta carta, aunque de carácter íntimo y familiar, y para nosotros benévola en demasía, porque nos complace que sea conocida la sincera y viva simpatía que profesaba á España el ilustre y sabio historiador dinamarqués:

Copenhague, 6 Noviembre de 1849.

« Monsieur le Chevalier de Cueto. »

« Je m'empresse de vous écrire ces mots pour exprimer ma gratitude de ce beau présent qui j'ai en l'honneur de recevoir de votre main (un modeste objet de art), et pour vous dire combien je suis touché de votre bonté amicale. Votre départ d'ici m'afflige. Les jours de notre connaissance et de communication d'idées et de sentiments n'ont été que peu, à mon gré; mais ils m'ont donné un vif désir de pouvoir cultiver votre amitié. Je me suis flatté de l'espoir de voir souvent un ami natif de ce pays qui a été l'objet de mon admiration, mon intérêt et mon amour depuis ma jeunesse. (J'avais dix ou douze ans quand je leais pour la première fois l'œuvre inmortelle de Corvantes, ou au moins une ombre de *Don Quixote* dans la traduction de Mademoiselle Riche.)

« Mais tout cela est fini. Vous partez. Nous ne nous verrons jamais plus (et bas). Je reste immobile dans mon pays, peut-être pour quelques années encore, s'il plaît à Dieu [?]; mais je resterai toujours avec un souvenir cher de votre personne, de votre caractère aimable et naturel, et de votre intérêt pour ma patrie et pour le bonheur d'un pays maltraité par quelques grandes puissances, — mais qui toujours (et qui est à remarquer) depuis des siècles a trouvé dans l'Espagne un état amical et allié.

« Je vous prie, Monsieur, de vouloir me permettre de vous chercher encore une fois chez vous avant votre départ. Je m'acquitterai alors d'un devoir, en vous communiquant le peu de chose qu'on peut dire en Danemarque sur la personne illustre de Hamlet (ou Amlet).

« Agréez, Monsieur le Ministre, l'assurance de ma considération la plus distinguée, et de la sincérité et du sentiment vrai et intime avec lequel je suis votre très-dévoué. »

C. MOLBECH.

(?) Ocho años después (Junio de 1857) falleció el ilustre y bondadoso CHEVALIER MOLBECH. Fue catedrático de historia literaria en la Universidad de Copenhague, é individuo de la Academia de Ciencias de aquella capital. Escribió innumerables obras de historia, crítica, topografía, viajes, lingüística, etc., que alcanzaron boga y autoridad. Pueden contarse entre las principales: *Historia de la guerra de los Dinamarqueses en 1500; Relaciones y cuadros de la historia de Dinamarca; Documentos relativos á la historia de la lengua y de las letras dinamarquesas; Lecciones sobre la poesía dinamarquesa; Glosario dinamarqués (Dansk Glossarium); Cartas escritas en Sarcia; Viajes*, etc., etc.

Shakspeare abría más ancho campo á la pintura y movimiento de las pasiones, no hay que decir que Moratín estaba por los *Racimistas*. Era nuestro insigne poeta cómico hombre de clarísimo ingenio, hablista eminente y filólogo consumado; pero su alma estaba más dispuesta á admirar los aciertos artificiales de la sensatez literaria, que los vuelos de la fantasía y los arranques del genio, que busca sólo en la naturaleza el manantial de su inspiración. El decoro escénico, la armonía simétrica, todos los melindrosos y convencionales preceptos de Boileau, que imaginaba ser fiel intérprete de los principios de Aristóteles, eran á los ojos de Moratín infalibles dogmas que encerraban la llave única de la perfección literaria. ¿Qué habian de parecerle, no las sangrientas catástrofes de Shakspeare (pues las encontraba igualmente en las tragedias griegas), sino la variedad de tonos y de clases sociales en la pintura del tumulto humano, el desprecio de las unidades, el desenfadado con que se dicen unos á otros las más duras verdades, y la amalgama, en un mismo plan, de la risa, de la pasión, de la sublimidad, de la llaneza, de la indiferencia y de las lágrimas?

Con esta prevención de ánimo leyó Moratín al dramaturgo inglés, y ¡cuál sería el atractivo que encontró en las «bellezas admirables» (son sus palabras) del sublime *berbero*, cuando se decidió á traducir el *Hamlet*! Parecióle el drama, sin embargo, aun todo extraordinario y monstruoso. Reconoce que el autor «expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, y reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía»; pero afirma en seguida que á veces «se olvida Shakspeare de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situación en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron ántes, de lo que debe suceder despues, y acolorado por una especie de frenesí, no hay desacierto en que no tropiece y caiga.»

Moratín sólo en escasa parte tiene razon en esta severa censura. No alcanzó á comprender el espíritu del inmortal poeta, ni era fácil que aceptase la nueva y para él extraña poética, á la par idealista y naturalista, que le ofrecian los antiguos teatros inglés y español. Más robusto y acertado es su fallo acerca del sentido moral de la obra:

«Llega (dice) el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverosímiles, que destruyen toda ilusión, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interes, y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.»

La version está hecha en noble y acrisolado idioma castellano; pero Moratín está, respecto del carácter y de la intención del drama, á mucha distancia del autor inglés. No se decide á hablar el lenguaje franco, desnudo y natural de algunos personajes, en lo que él llama «diálogos groseros», y cae de este modo, sin advertirlo, en la monótona uniformidad de entonación, que es uno de los más reparables yerros de la escuela pseudo-clásica francesa. No siempre comprende la ironía, que es una de las cualidades esen-

ciales del carácter del Principe dinamarques, y desnaturaliza no poco el drama original. Se descuida tambien á veces en la significacion propia y genuina de las voces inglesas, y así, por ejemplo, llama caballos *bárbaros* á los caballos *berberiscos*, que apuesta el Rey contra Laertes en el acto V.

En donde más resalta lo torcidamente que el clásico Moratín entendia la índole peculiar y el alcance estético del *romántico* Shakspeare, es en la crítica desdichada de las notas á la traducción de *Hamlet*. Pondremos sólo dos ejemplos:

Todos los grandes críticos admiran la habilidad con que el poeta inglés emplea, como resorte trágico, la intervencion de espectros y seres sobrenaturales, especialmente la aparición, en las primeras escenas de *Hamlet*, del Rey asesinado. De esta aparición puede decirse que arranca el drama entero. La inesperada y terrible revelacion de ultratumba es la influencia poderosa que turba para siempre el alma mediatubunda y pesimista del Principe, que le hace vivir sin tregua entre los imponentes misterios del otro mundo y las tristes realidades del mundo presente; que le inspira el terror del abismo tenebroso en que puede lanzarle la realizacion de su venganza, la desconfianza y desvío para con sus semejantes, las acerbas dudas del cielo y de la tierra, el desprecio y la insultante ironía que brotan á cada paso de sus labios; cuanto constituye, en fin, el singular carácter de Hamlet. La aparición avasalla su mente y desencadena, por decirlo así, el torrente de pensamientos escépticos y sombríos que habia hecho nacer en su ánimo la audacia germánica de la Universidad de Vittenberg.

Del efecto escénico del espectro no hay que dudar. Lo ha demostrado la experiencia teatral de siglos enteros. El pueblo británico se siente sobrecogido de espanto ante la fatídica y majestuosa vision del Monarca, y esta emocion le dispone maravillosamente á comprender las extrañezas del carácter de Hamlet. Verdad es que los seres sobrenaturales que Shakspeare presenta en la escena, no son, como en el vulgo de los escritores que emplean medios mágicos, meras impresiones fantásticas ó facilidades del oficio para entretener y deslumbrar á los espectadores. En Shakspeare, los seres sobrenaturales, como la aparición del Rey de Dinamarca, las brujas de Macbeth, la sombra de Banquo (presentados siempre con gran tino y sobriedad), son agentes trascendentales que forman parte de la esencia de la trama escénica, dominan el ánimo y están estrechamente ligados con los grandes intereses y con las pasiones del drama.

Moratín toma la sombra que aparece en el castillo de Elsenor como una simple ilusion del drama fantástico, y tan léjos está de concebir que aquella vision es elemento poderoso de tragedia sublime, que se atreve á escribir estas palabras:

«La aparición del muerto es ociosa ó intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo ménos que se colocáran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles.»

Despues de lo anteriormente explicado, son ociosos los comentarios (1).

(1) He aqui cuanto difiere de Moratín, acerca de la vision del Rey de Dinamarca, el erudito Alejandro Buchner, uno de los críticos de estos tiempos



MOISÉS, SALVADO DE LAS AGUAS POR LA HIJA DE FARÓN
(Estatua en mármol, por Bazzagli.)

Podemos señalar, para segundo ejemplo, la nota en que tributa Moratin grandes alabanzas al carácter cómico de Polonio. Dice entre otras cosas:

«El carácter de Polonio (Lord Chambelan del Rey de Dinamarca, que equivale á Sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakspeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon: dicen tambien que en las c6rtes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremes, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interes que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterias de un viejo chocarero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí.»

Nunca, en verdad, se ha presentado con más candorosa desnudez el enfático y artificial sistema doctrinal de los preceptistas pseudo-clásicos. ¿Cómo ha de comprender el teatro de Shakspeare quien así pretende poner coto á la verdad de la naturaleza y desfigurarla, cuando se trata de imitarla! ¿Con que es cierto que el carácter de Polonio es verdadero y consecuente y que tales tipos de afectacion y petulancia abundan en los palacios, y es yerro, sin embargo, introducirlos en la pintura fiel de una c6rte! ¿Qué ruin limitacion daban al concepto del arte los que así pretendian, con pretexto de nobleza y elevacion, hacer hablar á todo el mundo en la escena un lenguaje encopetado y elegante, y suprimir tipos verdaderos que, por lo mismo que no son declamados de grandeza moral é intelectual, forman contraste y realzan con él los grandes caracteres y las sublimidades del valor y del entendimiento! Y ¿dónde aprendieron los falsos clásicos esa triste poética, que tan enfadosa uniformidad da al lenguaje y á los personajes, y tanto amengua en las letras el cuadro vario y animado de la vida humana? No, ciertamente, en los verdaderos clásicos de la antigüedad, de quienes con harta presuncion se juzgaban continuadores. La tragedia griega era sobria, elevada y noble; mas no por ello se juzgaba reñida con la sencillez y la naturalidad de la verdad humana; y cuando lo requería el asunto, no se avergonzaba de expresar, á la manera de Homero, íntimas y familiares circunstancias. Una nodriza, en la sublime trilogía *La Orestia*, de Esquilo, refiere sin rebozo pormenores de un niño que exceden en flameza á la desnudez descriptiva de los *naturalistas* de nuestra época.

Moratin, que no comprendió á *Hamlet*, no formó tampoco cabal concepto de Polonio. Este áulico magnate no es

que con más claro discernimiento y mayor copia de datos ha juzgado el mito de *Hamlet*:

«L'exposition de la pièce donne beaucoup par le mystère tout dramatique qui enveloppe la mort du vieux roi et amène l'apparition du spectre. Cette apparition est conçue et mise à profit avec un art souverain qui ne peut appartenir qu'à Shakspeare. Il n'y a que le titre du Comandeur, dans *El Burial de Sicilia*, de Tirso de Molina, qui puisse être rapproché de á la Majesté du Danemarck enterré» (Arte I, se. 1); aussi les paroles que Don Juan et Hamlet adressent à ces funérailles tarçides, sont-elles parlées idéologiquement.»

figura de entremes, como dice el insigne escritor castellano. Aunque insustancial hablador, tiene más circunspeccion y cordura de lo que á primera vista parece. Es un fatimado egoísta, que esquivá tado cuanto puede comprometerle y no se desvia nunca de la senda que á su interes conviene. Pendant, porque representa el conceptismo de los *eufuistas*, que estaba de moda en el palacio de Isabel, es tipo fiel del cortesano vulgar, á la vez lisonjero y ensimismado, tipo que cabe en el drama, como todo cuanto es verdadero y pinta una situacion de la vida humana. Por otra parte, Polonio no es siempre charlatan palaciego: los consejos que da á su hijo Laertes, cuando éste sale para París, son de índole tan sana, tan discreta y tan caballerosa, que honrarian á cualquier hombre austero, esclavo de su honor y de sus deberes. Gervinus, el gran analizador alemán de Shakspeare, es poco favorable á la importancia intrínseca de Polonio. Pero otros, en cambio, y Goethe entre ellos, descubren cierta sagacidad y hábil astucia en su conducta. Como quiera que sea, Polonio representa un vicio y una ridiculez social, y es evidente que, tal como le retrata la obra inglesa, no es, ni puede ser, bufon de entremes.

Hay una disculpa á la ceguedad de Moratin. Su corto alcance crítico, con respecto á Shakspeare, fué universal durante siglos. Los literatos de su tiempo acusan al poeta inglés de vanidoso y de plagiarlo, ó hablan de sus obras dramáticas en términos de aprecio que frisan con la indiferencia. Jorge Green, actor y poeta satírico y dramático, en un libelo titulado *Por dos achavos de ingenio*, ataca reciamente á Shakspeare y hasta se burla de su nombre, formando con él purzantes equívocos; Marlow, dotado de estro vigoroso, gran helenista, colocado en primera línea por la opinion del público inglés, murió envidioso de la nascente gloria del poeta de Stratford; el erudito Ben Jonson, que sólo era superior á Shakspeare en estudios clásicos, le acusa, con torcida voluntad, de que sabía *poco latin* y ningun griego (*small latin and no greek*), frase con la cual Ben Jonson quería meramente dar á entender la inferioridad del saber de Shakspeare con respecto al suyo, y que, sin embargo, ha contribuido á la errada creencia, rutinariamente propagada, de que el sublime dramaturgo era hombre de pocas letras. El escritor que sabe y entiende tan á fondo la historia de su patria; que forma en diez dramas como un grandioso poema nacional, y que estudia á Plutarco (aunque sea en la traduccion francesa de Amyot, ó en la inglesa de Sir Thomas North); que analiza las lucubraciones filosóficas de Montaigne (1); que en *Coriolano* y *Julio César* retrata al pueblo romano con exacta y vigoroso pincel, que nunca llegaron á encontrar los ilustres poetas del neo-clasicismo frances, que tan falsa y enfáticamente lo pintaban; que estudiaba é imitaba á los más célebres escritores italianos, la mayor civilizacion literaria de su tiempo; que sacaba asuntos para sus dramas de comedias, leyendas y novelas francesas, latinas, italianas y españolas (2); que conocía cuanto

(1) En *La Tempestad* (acto I, esc. 2) se halla libre y felizmente traducido el famoso pasaje de los *Combates*, en que Montaigne (*Essais*, lib. 1, capítulo XXX) se burla de la sociedad política y civil, de la *Republica* de Platon y de los stoicistas. Restros del espíritu y de los pensamientos del filósofo frances se encuentran usualmente en otros dramas de Shakspeare; por ejemplo, en *Hamlet*, sus ideas relativas á la amistad.

(2) Por ejemplo: *Tito Andronico*, de una de las leyendas latinas de la Edad media, á las cuales era afectando su maestro de latinidad; los *D. y Cole-*

se publicaba en Inglaterra: este escritor, decimos, que pasaba su vida engolfado en el estudio de los hechos, de los hombres y de las costumbres de los tiempos antiguos y modernos, esto es, en una atmósfera intelectual, ¿puede con justicia ser motejado de ignorante? Los que no eran más que eruditos y filólogos quedaron á gran distancia de él en la difícil ciencia de comprender el hondo sentido de la historia, de las ideas y de los sentimientos humanos (1).

Los escritores que hemos citado, detractores de Shakspeare, eran también poetas dramáticos, y, como suele acontecer entre gentes de una misma profesion, sus enemigos y rivales. Pero otros escritores contemporáneos, que no abrigan hostiles prevenciones contra el gran poeta, hablan de él sin embargo como de un ingenio adocenado, digno de poca estimacion. Así dice uno de ellos, Tomás Nash, que escribió curiosísimas relaciones y anécdotas acerca del teatro y de las costumbres teatrales de aquella época: «El autor de la obra es un tal Guillermo Shakspeare, que ha dos años se ha retirado al campo, y que no carecía de ingenio.... Empezó por ser comediante, agradó al público, y hasta 1592 se contentó con refundir comedias y tragedias de sus antecesores. Suscitó envidia aquella fama fundada en raspaduras y en versos añudados.... No me negaría yo á admirar su talento de poeta si no hubiera compuesto dramas para vivir; los dramas lo han perdido. ¡Cuán bellos son sus poemas *Vénus y Adónis* y *El Forzamiento de Lucrecia*! No hay en Londres una dama galante que no los tenga sobre su mesa. Es primoroso petrarquismo; resplandecen los pensamientos y las palabras; nada está expresado con llaneza. Pero nuestro autor deseaba enriquecerse y se engolfó en el teatro, lo cual le ha privado de una parte de la gloria debida á su ingenio.»

Así juzgaban á Shakspeare sus contemporáneos más benévulos. ¡Rémorra y estorbo el teatro para la gloria del incomparable poeta dramático! La reina Isabel de Inglaterra,

Illos de Verona, de la Diana de Montemayor; Quintos años por no sé, de la historia de Ariodante y Olimbra, del Ariosto; la Comedia de los yerros, de los Menecmos, de Plauto; Cimbelina, de un cuento de Boccacio; Romeo y Julieta, y Otelo, de las historias Giraldu Cynzio, Bandelli, etc.; El Mercader de Venecia, de los cantos de Giovanni Fiorentino, ardiente gósto, llamado Il Pecorone, etc.

(1) Schlegel y Philariète Charles, entre otros ilustres críticos, han rechazado la nota de ignorante con que los adversarios del teatro inglés han querido desautorizar á Shakspeare.

Dice Schlegel: «El era pobre en nociones de pura erudicion, era rico en conocimientos vivos y aplicables. Sabía el latín y aun el griego. Su atención no le inclinaba al estudio de las palabras, sino al de los hechos. Estaba, en cambio, muy versado en la literatura inglesa, ya enriquecida con innumerables traducciones, y puede afirmarse que había leído cuanto existía en su idioma y podía servir para sus concepciones dramáticas. La mitología le era familiar. Había penetrado el espíritu de la historia romana. Shakspeare observaba la naturaleza con profunda atención. Poseía el idioma técnico de profesiones y oficios. Se informaba por medio de los navegantes de las cosas concernientes á las naciones extranjeras, y estaba instruido á fondo en las costumbres populares, opiniones y tradiciones de su país.»

Dice Philariète Charles: «El no vivió pas á la taverne, comme Ben Jonson; il habitait un petit logement près de la rivière, et s'y retirait sans doute de fort bonne heure; sa vie était laborieuse.... C'était un érudite pour son temps, un de ces érudits qui, sentant son ignorance fondamentale, essent de la repaître le plus tôt possible et s'arment d'une infatigable curiosité. S'il n'avait pas le temps de devenir fort en prose, et de s'arrêter à l'écorce de l'érudition, il en cherchait la moelle et la sève; il lisait sans cesse et se mettait au courant de toutes choses.... Tout génie qu'il fût, il étudiait; il s'était fait savant tout seul. Contes, histoires, drames, chroniques, œuvres théologiques, poésies, tout ce que la presse du XVI^e siècle imprimait, il le lisait; et ses drames sont encore une véritable encyclopédie de ce temps-là.»

que, aunque de indole aviesa y cruel, se pagaba mucho de la cultura literaria, escribía sonetos imitando á Petrarca, y sabía hablar latín como varias damas de su corte, admiraba y protegía á Shakspeare, y le defendía contra los puritanos, que odiaban al poeta y le causaban continuas vejaciones. El ilustrado Conde de Southampton, gran soldado y estadista, no sólo le otorgó desde luego su proteccion abierta y generosa, sino que llegó á profesarle la más entrañable amistad. Otros magnates imitaron á Southampton; algunos literatos graves, muy contados, comprendieron que el actor poeta era hombre de maravilloso vuelo intelectual. Más adelante preponderó de tal modo la literatura erudita y artificial sobre la literatura espontánea é inspirada, que ni el sublime Milton ni el brillante Pope vieron en Shakspeare sino un ingenio tan penetrante y vivo como desordenado y rudo.

Á mediados del siglo XVIII, el sabio Samuel Johnson, dechado de filólogos y lexicógrafos, que hace una magnífica edicion de las obras del eximio poeta de Stratford, declara con laudable lisura que no le es dado comprender el carácter de Hamlet. Voltaire no es tan circunspecto ni tan comedido; ciego con los *infalibles* principios de Boileau, y exasperado con el eco que empujaba á tener en Francia el renombre de Shakspeare, declara que el *Hamlet*, creacion magistral de un filósofo, parece «obra de un salvaje borracho.»

Lo verdaderamente salvaje es aquí la bárbara soberbia de Voltaire.

¡Qué mucho que Maratin, que veía el arte en pequeño, y aplicaba al teatro del poeta británico dogmas convencionales, que no le eran en manera alguna aplicables, se confundiera, como se había confundido la Europa docta, durante dos siglos, ante un estudio psicológico llevado al teatro, con una audacia desconocida hasta Shakspeare, y se atreviera á traducir de un idioma teutónico, intraducible en idiomas latinos, con frase atildada y acicalado y uniforme estilo, una de las obras literarias escritas con mayor desenfado y variedad de entonacion y lenguaje que ha producido el arte escénico, libre y nacional, de Inglaterra y de España! (2).

La traduccion está hecha de buena fe y con esmero. Maratin admiraba, si bien con grandes restricciones sendo-clásicas, el ingenio de Shakspeare, aunque sólo á medias le comprendía. Pero ¡triste efecto de los errores aprendidos! La version del admirador parece la version de un enemigo (3).

Quien nunca se equivocó con respecto á los dramas de Shakspeare fué el pueblo inglés. Ese crítico indocto, que, exento de prevenciones doctrinales ó personales, iba al tea-

(2) Schlegel, que hizo en alemán admirables traducciones de las principales obras de Shakspeare, dice: «La imposibilidad de una version fiel impediría acaso para siempre que el Mediodía de Europa haga justicia á este poeta.»

(3) En un estudio especial sobre la imposibilidad de reproducir á Shakspeare en los idiomas neo-latinos, dice el agudísimo escritor Philariète Charles: «La traduccion literal es plus trompeuse que l'insidieuse; elle prétend être vraie, et elle ment.... Tel est l'étrange dilemme qui obsède tout traducteur gallo-romain, italo-romain, hispano-romain, de chefs-d'œuvre dans lesquels respire l'essence de la vie tautonique: en draper à l'espagnole, à l'italienne, à la française le colosse cuneux; ou le montrer nu; d'une nudité sans grâces. La traduction littérale est un sacrilège; la transformation élégante, un mensonge.»

tro, no como ahora, á analizar y censurar, sino á gozar de las impresiones risueñas ó conmovedoras del arte; sentía y comprendía de lleno la energía, la gracia, la pasión, los fantásticos vuelos que rebosan en las inmortales obras de aquel grande hombre. No sólo veía en ellas el movimiento eterno de los afectos de la humanidad; descubría además que la vida histórica ó leyendaria allí retratada era su propia vida, esto es, la existencia intrínseca y tradicional de la raza británica. Se han modificado, por la acción destructora del tiempo, idioma, costumbres, leyes, ideas. El pueblo inglés, fuera del período en que el fanatismo tiránico de los puritanos, que proscribió las Bellas Artes, interrumpió las representaciones dramáticas, no ha dejado nunca de acudir al teatro para rendir culto de admiración y entusiasmo á su autor favorito. Como en Esquilo y en Sófocles, en Calderon y en Tirso, en Corneille, en Molière, en Schiller, es en Shakspeare tan fiel, animada é intensa la pintura del fondo humano, que el hombre se reconoce siempre en ella, y por eso viven y vivirán, por más que la corriente de las edades y el cambio de idiomas, de pueblos, de civilizaciones las despojen de no escasa parte de su primitivo y genuino embeleso.

Necesario ha sido que los grandes críticos alemanes Les-

ing, Schlegel y Goethe hagan triunfar la estética de la razón y de la naturaleza, de la estética de la convencion y del artificio, para que la Europa aparte de sus ojos el velo con que estrechas poéticas le encubrian la verdadera belleza, y haya llegado á comprender que aquel vulgo ignorante, que admiraba á Shakspeare y á Calderon con incansable perseverancia, tenía más intuitiva ciencia crítica que los arrogantes filólogos legisladores, que ponian al ingenio vallas que no le pusieron ni Dios, ni el buen sentido, ni la libertad de las artes y de las letras.

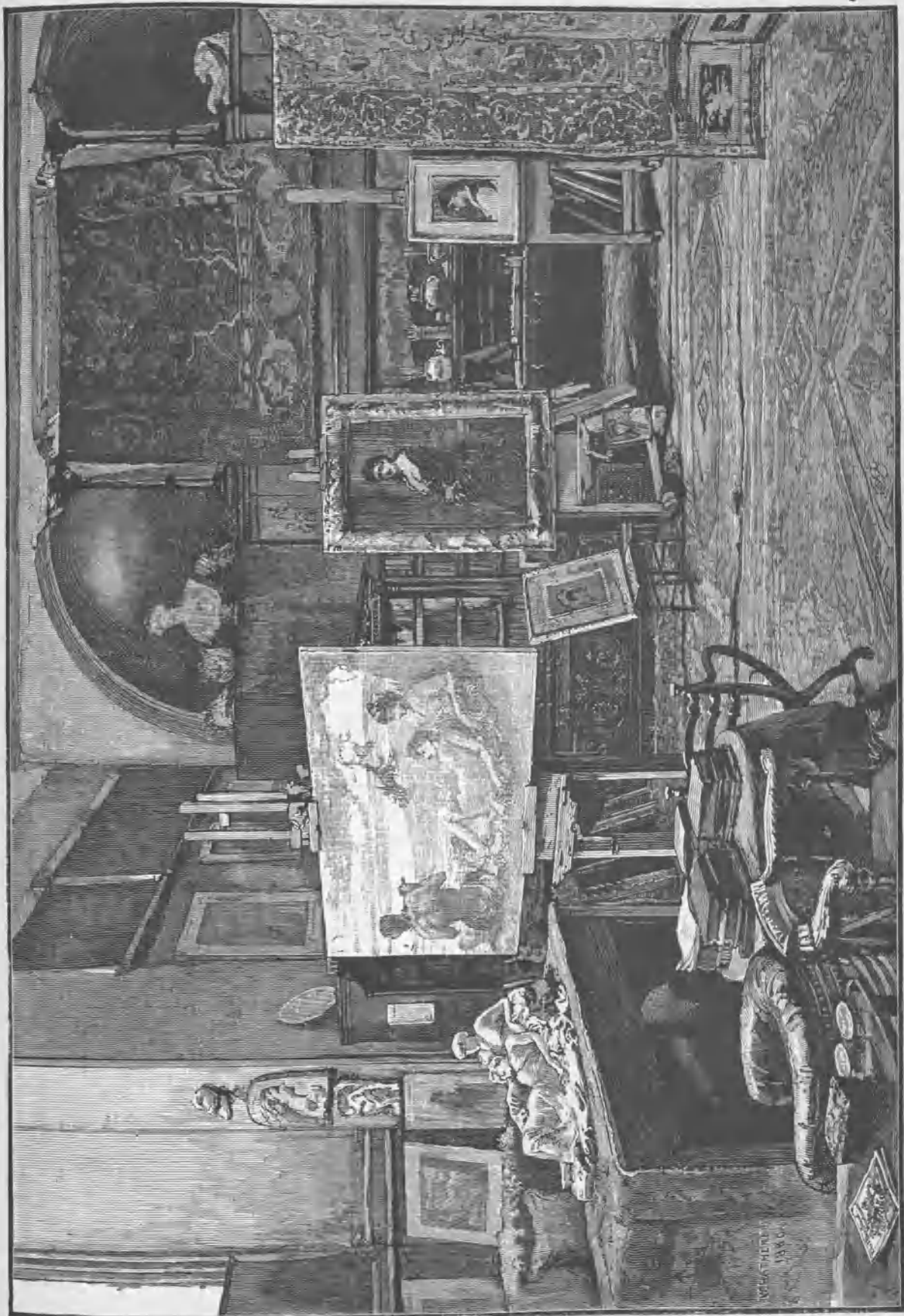
Shakspeare reina hoy día en el mundo literario como la más alta y esplendente lumbrera. Nosotros no titubeamos en declarar, sin hacer agravio á los mayores ingenios de los tiempos antiguos y modernos, que, á nuestro juicio, por la energía sublime de sus concepciones, por su carácter universal, por la nobleza y vuelo de su fantasía, por la viva penetración con que ve y analiza el corazón humano, por la variedad de sus facultades creadoras, por el alcance psicológico, por la fuerza y gala de la poesía, nos parece que ha estampado en la dramática más hondamente que otro alguno el augusto sello del genio.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

Deva, 1.º de Agosto de 1881.



BRONCE ROMANO, EN EL MUSEO DE INNSPRUCK.



ESTUDIO DE PINTOR — (ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



EL PRIMER SUEÑO DE UN NIÑO.

CUENTO.

I.

UNA gran movilidad en las cabezas de los muchachos; ciertos ademanes libres ó irrespetuosos, y murmullos demasiado perceptibles en la clase, demostraban que la autoridad del maestro había sufrido algún eclipse, pero no total, porque las conversaciones se sostenían en voz baja, y los gestos y actitudes antiacadémicos no traspasaban ciertos límites. Era una insubordinación prudente, á que daba ocasion un hecho extraordinario.

En efecto, D. Hipólito Ablativo, maestro de primeras letras y director de la escuela, había inclinado la cabeza sobre el pupitre y se había quedado dormido explicando por centésima vez á sus discípulos aquella gran inundación bíblica que cubrió de agua toda la Tierra.

No era D. Hipólito un profesor vulgar; conocía los sistemas de enseñanza más modernos; pero su escasa detención no le permitía instalar un jardín Froebel. Un amigo le había remitido en otro tiempo una de esas cajas enciclopédicas, que explican á los niños las evoluciones de las primeras ma-

terias, hasta su última trasformacion industrial; pero la mazorca de maíz, los granos de trigo y de arroz, en fin, los objetos más interesantes de la caja, habían sido devorados por los alumnos á quienes dejaba sin comer. El Sr. de Ablativo practicaba en lo posible el método de hacer agradable la enseñanza á los muchachos, y con este objeto había obtenido del Alcalde una autorización para restablecer en su escuela los azotes.

Las razones que expuso ante el Ayuntamiento para obtener aquel permiso eran poderosas.

«Los más ancianos de vosotros recordaréis los tiempos en que se azotaba y emplumaba, les había dicho el maestro. El día en que ejecutaban la sentencia era día de júbilo para los muchachos y aún para los mayores, y sólo era desagradable para el que sufría el castigo. No quiteis á mi escuela ese aliciente: la mayoría de los chicos irá con mayor gusto á la clase, con la esperanza de ver un azotado.»

En efecto, aumentó la puntualidad en la asistencia, y casi todos llevaban aprendidas sus lecciones; pero de la aplicación general resultó la falta de castigos y una monotonía peligrosa: maestro y discípulos empezaban á aburrirse, lo cual era contrario al sistema de la enseñanza agradable, y hallábanse en esa crisis cuando el profesor quedó dormido explicando el Diluvio universal.

Ahora bien; ¿se había dormido el maestro de fastidio por no tener á quién azotar, ó había determinado echar un sueño para dar ese solaz á los muchachos? Al bondadoso Froebel no se le ocurrió aconsejar á los maestros que durmiesen una siesta, en medio de sus explicaciones, para alborozo de la clase. Había sido una inspiración de D. Hipólito.

Los minutos pasaban, y el profesor dormía dulcemente: á la inseguridad y prudencia de los chicos sucedió la confianza. Los murmullos aumentaron: se animaron los rostros; de las sonrisas pasaron á los gestos, y cundió la indisciplina, si bien con las precauciones consiguientes á la presencia del maestro, cuya respetable calva conservaba casi todo su prestigio.

Como en las revoluciones formales suele salir un hombre que se impone por su audacia, de aquella agitación infantil salió un muchacho: Lésmes Travesado fué el atrevido: en un instante, doblando un pliego, improvisó un sombrero de tres picos, que colocó bizarramente en su cabeza: con dos tiras de papel adornó su carilla morena con bigotes y perilla: subióse en el banco, y tomando una actitud militar, hizo al dormido profesor una y varias morisquetas: una carcajada general le hizo bajar precipitadamente de su tribuna; pero afortunadamente las risas no despertaron al maestro.

El buen éxito aumentó su audacia, y saliendo al encerado, dibujó la caricatura de D. Hipólito: despues firmó aquella obra de arte con el nombre de uno de sus condiscípulos, poniendo este nombre en letras grandes:

JUANITO LOPEZ.

Aquel rasgo de valor y picardía produjo gran sensacion y regocijo entre los escolares, que le hubieran victoreado á estar muy lejos D. Hipólito. Lésmes ocultó en seguida el gorro y los bigotes, quedando en el asiento en actitud ofensiva. Un chico rubio, de carrillos encarnados y aspecto de angelito, dejó su sitio con ademán trémulo y los ojos llorosos, y acercóse al encerado con temor, mirando alternati-

vamente á la caricatura y al maestro. Era Juanito Lopez, que viéndose comprometido por el diabólico Lésmes, quería borrar su nombre, que le comprometía horriblemente, colocado bajo la caricatura del severo D. Hipólito, cuyas disciplinas, puestas sobre la mesa, le parecía que se enizaban indignadas de aquella escandalosa burla.

Juanito Lopez llegó de puntillas al encerrado; tomó la esponja y borró una parte de su nombre: despues volvió la vista con récelo hácia el profesor.... y quedó lleno de espanto.

D. Hipólito Ablativo habia alzado la cabeza, y completamente despierto, clavaba en el muchacho sus ojos penetrantes. La esponja cayó de las manos de Juanito, sus piernas flaquearon y permaneció en aquel lugar sin poder moverse y temblando.

Los muchachos de la clase, al ver despierto al profesor, se habian quedado en actitud humilde y completamente silenciosos: el terror y la curiosidad les hacia contener hasta el aliento: sin duda iba á suceder algo espantoso; el castigo debía ser tremendo, y el inocente Juanito, que no se atreveria á delatar al atrevido Lésmes Travesedo, iba á ser la víctima.

El dómíne se levantó de su sillón, condujo suavemente á Juanito hácia su asiento, borró el nombre que estaba debajo de la caricatura, y colocó en su lugar este otro nombre.

LÉSMES TRAVESEDO.

Despues volvió gravemente hácia su sitio, mirando á la clase con sonrisa maliciosa. El sueño habia sido fingido, y mientras los discípulos le creían durmiendo, todo lo habia observado el ojo vigilante del maestro.

Este acarició las disciplinas, y dijo, mojándolas en un frasco de vinagre:

—¡Señor Travesedo, prepárese V. á recibir una azotaina!

Todos los muchachos de la clase volvieron la vista hácia su compañero con la curiosidad que excita en cualquier público la presencia de un reo. Lésmes Travesedo miró con desdoro en rededor.

Era un muchachuelo de diez años, cenceño, nervioso, de ojos vivos, labios delgados y nariz y barba puntiagudos, que le daban la apariencia de un viejecillo infantil.

—¡Monte V. en el compañero de su izquierda! Repuso el maestro con acento irónico.

El condiscípulo ahudido se levantó, presentando pacíficamente las espaldas: era fornido, el más fuerte de todos, y su robustez le permitía desempeñar el importante oficio de cabalgadura con gran aplomo, segun la opinion de Nicolásillo, que por haber sido azotado con frecuencia, era el mejor jinete de la clase.

Lésmes Travesedo se puso tambien de pié, y dijo con voz firme y chillona:

—No monto, porque está prohibido dar azotes.

Aquella insubordinacion produjo un murmullo de sorpresa y desaprobacion entre todos los alumnos: el maestro empuñó las disciplinas.

—Póngase V. inmediatamente, exclamó con voz formidable; y para que el castigo sea más ejemplar y solemne, recibirá V. seis azotes en la clase y seis en el balcon.

Lésmes saltó por encima de su banco y procuró ganar la puerta. Pero algunos de sus compañeros llegaron ántes y defendieron la salida.

—¡Sujetadle entre todos! gritó irritado el profesor.

La clase toda cayó sobre el culpable, que resistió heroicamente la acometida á puñetazos: los alumnos más pequeños rodaron por tierra: otros retrocedieron llorando y con las manos en la cara.

—¡Muera! ¡Azotalle! decían los que presenciaban el combate desde lejos.

¡Qué día para la clase! Nunca experimentaron los colegiales emociones como aquélla. Lésmes fué al fin vencido y amarrado por sus mismos compañeros, que le condujeron ante D. Hipólito para que cumplierse cómodamente la justicia.

—¡Cobardes! gritaba á sus condiscípulos el rebelde, ya mo las pagaréis todos uno á uno.

Las disciplinas cayeron ruidosamente sobre el reverso del indisciplinado estudiante.

—¡No siento nada! dijo éste; puede V. apretar todo lo que guste.

—¡Fuerte, fuerte! gritaban los que habian recibido algunos coscorrones.

—Señor maestro, Lésmes tiene novía, dijo uno de los ofendidos para agravar la situacion del castigado.

A aquella acusacion siguieron otras; pero el profesor no necesitaba estímulos: estaba irritado con aquella rebeldía, y los azotes se multiplicaban con la rapidez con que pudiera darlos una máquina.

—¡Nos cuenta historias del otro mundo! exclamó un muchacho.

—¡Dice que se acuerda de todo lo que le pasaba mucho ántes de nacer! añadió otro.

—¡Eh! exclamó el profesor cesando en su tarea...

—Sí, señor, dice que ha vivido otra vez....

—Soltadle ya y llevadle al cuarto oscuro.

El caballo emprendió una especie de trotocillo, y poco despues estaba Lésmes encerrado.

Don Hipólito, en cambio, habia quedado pensativo.

Del interrogatorio que hizo á sus discípulos resultaron declaraciones absurdas; pero la más extraña y grave fué la que acusaba á Lésmes de haber sustraído una miniatura de mujer que tenía el maestro en mucha estima.

Lésmes no negó el hecho cuando el maestro fué á tomarle declaración en su mismo calabozo: ántes al contrario, respondió lleno de audacia:

—El retrato que me llevé me pertenece: esa mujer ha sido novia mía.

—¡Embaucador! exclamó irritado el maestro blandiendo otra vez las disciplinas: esa mujer es mi madre, que murió de vieja hace veinte años.

Y se oyeron en el calabozo fuertes corrazos y gritos infantiles.

II.

—¿Cree V. que hemos vivido más de una vez, y que despues de la muerte resucitarémos nuevamente en otra forma? preguntaba D. Hipólito aquella misma tarde á su amigo D. Angel Rabineti mientras paseaban.

—¿Que sí lo creo? Soy espiritista. Envieme V. ese muchacho, y le interrogaré con suavidad. Su carácter discolor y rebelde es un resto de energia de la última encarnacion, contestó D. Angel, que era hombracillo vivaracho y de ligeros movimientos.

BELLAS ARTES.



LA LECCION DE GUITARRA. — (CUADRO DE LEIGHTON.)

— Pero ¿cómo me explica V., insistía el maestro, eso de conservar memoria de la otra vida?

— Muy fácilmente: si el muchacho se acuerda de ello, está explicado.

— Es que los fisiólogos aseguran que la memoria es una facultad esencialmente orgánica; es decir, que sólo se conservan los recuerdos en el cerebro, que recibe las impresiones: cuando la muerte le destruye, los recuerdos se desvanecen.

— Eso es una teoría, Sr. Ablativo, que Lésmes refuta por el método experimental, desde el momento en que me cuento lo que le sucedió antes de su último fallecimiento.

— Sr. Espinilla, me parece que esa cabeza no está firme. ¿Por qué no se sangra V.?

— Es V. un incrédulo, ¿a quien convenceremos tal vez alguna día; en fin, envíeme al muchacho.

— Lo haré, lo haré; pero siento verle tan extraviado.

— No lo crea V.; yo tengo revelaciones misteriosas, varias conjeturas de haber sido ratón en otra vida.

— ¿También recuerda V. algo?

— No, por desgracia; pero lo sospecho, lo adivino, porque cuando era niño pasaba los días haciendo agujeros en la tapia, tengo miedo á los gatos, asusto á las mujeres y me gusta mucho el queso.

III.

— ¿Habló V. á Lésmes? preguntaba al día siguiente don Hipólito, con sonrisa burlona, á su amigo D. Angel.

— No se ría V., amigo; me ha hecho una revelación espantosa, que me tiene preocupado. Mi teoría es cierta: hay hechos tan violentos, emociones tan terribles, que su recuerdo traspasa los límites de la muerte. Por eso, cuando veo sonreír en su cuna á un niño de pecho, me parece que aquella frente guarda secretos augustos, que olvida el hombre á medida que pierde su inocencia.

— Mi curiosidad se excita, repuso el dómine; hable V. pronto.

— Pues bien, tengo la firme convicción de que Lésmes Travesado ha sido un héroe; y es claro, ¿había de recibir con paciencia los azotes?

— ¡Cómo! ¿Ese arrapiezo se las echa de bravo? exclamó D. Hipólito metiéndose la mano en el bolsillo, como para buscar las disciplinas, por ese movimiento natural de los antiguos maestros, equivalente al de los militares cuando llevan la mano al puño de su espada.

— Tenga V. calma y escuche. Yo, que no doy á nadie correazos, pues soy más bien asustadizo, inspiro confianza y divierto á los muchachos. Lésmes es ya mi íntimo amigo, y me ha contado la verdad. Escuche V. y asómbrase.

Don Hipólito se sentó en una piedra colocada cerca de una gruta, y D. Angel empezó su narración de pie y con su acostumbrada ligereza.

IV.

— Sr. D. Angel, me preguntaba Lésmes hace un instante, ¿son verdad los sueños?

— Hombre, le dije, no lo sé. Me han dicho que te acuerdas de lo que te sucedía antes de nacer. ¿Es eso cierto?

— Es una broma mía, contestó; sueño mucho, y fujo á mis amigos que me sucede lo que sueño. Porque, la verdad, parecen cosas sucedidas, y como tengo tanta memoria, nunca las olvido. ¿Creerá V. que recuerdo todavía el primer sueño que tuve?

Figúrese V. la curiosidad con que le animé á que me lo refiriera.

— Es un sueño muy triste, y parece una historia de esas que cuentan los hombres cuando se reúnen junto al fuego: quisiera olvidarle, y se me representa muchas noches, y algunas veces hace que me duela el lado izquierdo.

— Recuérdalo, hijo mío.

— Lo que he olvidado es el principio. Era yo un hombre, y quería mucho á una mujer; tenía la misma cara del retrato que he quitado al maestro, pero no me acuerdo cómo se llamaba. Y vea V., recuerdo el nombre que tenía mi hombre alto, de patillas muy negras, y el cual, siendo muy guapo, me parecía muy feo. ¡Luis! No se me olvida. La mujer había estado asomada al balcón, y yo, muy enfadado, quise ver lo que miraba, y vi á Luis en la calle. La cogí del brazo y se lo saqué; en sueños se tiene mucha fuerza. Luego cogí una navaja y salí en busca del hombre. La mujer daba gritos y me llamaba... yo no sé cómo.

— ¿Y mataste á Luis? le pregunté alarmado.

— No, me contestó el muchacho; ya no volví á pensar en él; sonaban tiros á lo lejos, y las gentes corrían y daban muchas voces; entonces no me fijaba, pero algunas veces he recordado que vestían trajes que sólo he visto en las estampas. Se trataba de matar franceses en las calles; yo hundí la navaja en el vientre de un caballo, y las gentes arrastraron al jinete. Me parece que era un moro.

Luego estaba furioso, y siendo un hombre, lloraba como un niño: una mujer, que yo no conocía, me cargaba un fusil muy ancho, y disparaba á cada instante; pero á mí la lo había muchos muertos y sonaba por todas partes un estruendo espantoso.

Después me vistieron de fraile para que no me conociesen, y salí por la calle en una noche muy oscura, y me cogieron unos soldados, me hablaron y no los entendía; luego me registraron levantándome la ropa.

Todo esto lo recuerdo muy mal; lo que recuerdo mejor es lo que sigue.

Había una fila de hombres y mujeres á lo lejos.

— Van á fusilarlos, me dijo no sé quién; nosotros estamos libres porque no tenemos armas.

Miré á los que iban á morir, y crea V. que me alegré: Luis estaba en medio.

Un jefe le miró muy despacio, y oí que exclamaba:

— ¡Qué hombre tan hermoso!

Después se volvió hacia otro jefe y le dijo:

— ¿No podríamos salvarle?

— Es imposible; están contados.

— Eso tiene remedio; poned en su lugar á aquel frailecillo tan ruin.

Y me señalaron á mí, Sr. D. Angel, exclamó el muchacho con los ojos espantados, como si aquella estuviera sucediendo.

Quise gritar, pero me pusieron una mordaza y me arrodillaron á la fuerza. Mientras tanto, el jefe dió la orden de que condujeran á Luis hasta su casa, y Luis dió las señas de la mía, mientras me apuntaban un fusil á la cabeza, en la que sentí un estampido como un trueno.

— ¿Y luego? dije á Lésmes.

— Luego desperté: estaba en la cama con una mujer desconocida; poco á poco fui sabiendo que era mi madre; todo aquello había sido sueño, y me alegré de ser un niño.

V.

Don Hipólito se había levantado con gesto de mal humor, y D. Angel retrocedió, al verle, algunos pasos.

— ¡Sr. D. Angel! dijo el maestro con voz colérica. ¿Quién le ha contado á V. la historia de mi padre?

— ¿De su padre de V.? repuso Espinilla, alejándose cada vez más.... Pues bien; ¡él mismo!

— ¡Mi padre murió fusilado, trocado por otro y disfrazado de fraile, el Dos de Mayo!

— Pues su padre de V. es hoy Lésmes Travesedo. Es inútil que saque V. las disciplinas y se irrite, señor dómine, porque no soy un muchacho y no me alcanzará. Lo que debe usted hacer es moderar su genio y no volver á imponer ese castigo. Sr. D. Hipólito, ha dado V. azotes á su padre.

El maestro quiso lanzarse sobre el espiritista, pero éste huyó con la ligereza del raton, refugiándose en el agujero de una cueva.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



LA CRINOLINA IMPROVISADA — (DIBUJO ORIGINAL DE KEYSER.)



ROMEO Y JULIETA

CUADRO DE HORACIO LENGU, NÚM. 334 DEL «CATÁLOGO». — (EXPOSICION DE BELLAS ARTES EN 1881.)
(Fotografía de Laurent.)

EL CANCIONERO DEL PRADO.

Cogió la pluma con la irritación nerviosa con que, al decir del Romancero español, asió de la suya el moro Tarfe para retar á Zaide, su enemigo, y rasgó el *delgado papel* al correr de la pluma con que escribió estas palabras, llenas de encono, á la más engañosa de las mujeres:

«Blanca, tu nombre ultraja el color del armiño y profana el símbolo eterno de la inocencia. Si yo fuera la fe, aquella ciega fe que me hizo creer en la pureza de tu alma virginal, desde ahora mismo trocará en odio, la negra hipocresía de tu nombre, el blanco cenital que cubre sus ojos por un negro jirón arrancado á las tinieblas.

«Te has quitado la máscara; la paloma no era paloma. ¿Qué genio del remordimiento te ha dictado tu última carta, esa carta que ha abrasado mis ojos y secado el rico venero de amor que fluía de mi corazón? ¿Cómo has podido fingirme en esas misivas, que guardaba—¡necio de mí!—como expresión candorosa y sublime de la mayor pureza, todas la ignorancias del mal?

«¿Que te libre, me dices, de la opresión de un padre tiránico!... ¿Que te ponga, bajo la salvaguardia de un nombre honrado, á cubierto de la obstinación de un poderoso que pretende triunfar de tu virtud para buscar en la victoria un título indiscutible de pertenencia!... ¡Horror de los horrores! ¿Cómo has llegado á deletrear ese programa de iniquidad? ¿Cómo has podido penetrar los impúdicos secretos de esa odiosa fatalidad de los hechos consumados? ... ¡Hipócrita! ¡me engañabas! Tú no eres el alma pura falsamente reflejada en esos ojos azules, que no osaban asomarse á la tierra sin el velo de sus párpados de rosa y sus pestañas de oro. Ya sé lo que me dirías si fuera tan necio que por segunda vez me dejase envolver en tus redes: me dirías que en ti la conciencia del mal es adarve aperebido y firme de la virtud!... ¡Sofismas! virtud que ha perdido el esmalte del candor sólo puede satisfacer á los espíritus groseros!... ¡Y yo he creído encontrar en ti la flor de la inocencia, esa sublime virginidad del alma de la mujer, que es el trofeo más glorioso y el galardón más santo del amor honrado del hombre!... ¡Y yo he abandonado mi tranquila soledad de las Pampas, cargado con el enorme peso de mi fortuna, para venir á esta tierra de la belleza y del amor en busca de tan cruel desengaño!...

«¡Adiós, idolo de barro! Esos ojos azules, velados por esas rubias y luengas pestañas, que á los ángeles mismos parecieran castas celosías de un alma candorosa, no miran constantemente al suelo sino para descifrar cautelosamente secretos de iniquidad. Yo busco una mujer amante, que no sepa definir los movimientos, los secretos impulsos de su

sensibilidad hasta encontrar la imprevista revelación en los brazos del hombre que se haya unido á ella con lazos santos é indisolubles. Tú eres buena, Blanca, te inclinas del lado de la virtud, no lo dudo; pero eres docta en la ciencia escabrosa de la vida, y yo aborrezco toda sabiduría que se albergue en espíritu de mujer.

«Si, Blanca, te aborrezco, te abomino con toda la energía de un alma de pampero, que, tal vez por acaso, no ha soltado jamás los andadores de su instinto honrado, y que no comprenderá jamás ciertas relaciones, por hostiles y tirantes que sean, entre el bien y el mal. Me has engañado, fementida, has abusado de mi credulidad; pero no te vanaglories: mi ilusión no la dejado en tus manos una sola pluma de sus alas infatigables. Seguiré mi viaje de exploración, y no pararé hasta encontrar lo que no he hallado en ti: la perfumada flor de la inocencia.»

La misiva llegó pronto á su destino y no se hizo esperar la contestación. Decía así:

«Si no fueras tan nuevo en el país, diría que eres un fugado de Leganés. Hay hombres más cuerdos que tú en aquella casa de incensatos. Desprecio tus groseras inculpaciones, y no quiero contra tí más venganza que verte irremediamente sujeto al yugo de tu locura. ¿Qué buscas por ese mundo abajo? (porque debo advertirte, soñador de las Pampas, que la humanidad ya no camina planeta arriba, siguiendo el camino de tus rezagadas ilusiones). ¿Buscas en la primavera de la mujer la flor perfumada y pura de la inocencia? Pues no la hallarás donde la buscas. La flor de la inocencia es flor de un día; pero nace de una simiente que prospera en todos tiempos, y esa simiente se llama el instinto y la voluntad del bien. ¿La flor es lo que buscas? ¡Pobre pampero! ¡Ya te contentarás con la planta!»

Pancho despedazó la carta con los dientes, y lo mismo hubiera hecho con el corazón de la mujer que había tenido la horrible franqueza de confirmar en aquel papel la más amarga de las decepciones.

«¡Bravo! exclamó fuera de sí, clavando los airados ojos en un cuadro de la Degollación de los Inocentes, que coronaba la chimenea de su gabinete. ¡Conque, no quedó ninguno para contarlo? ¿Conque, la inocencia no se encuentra ya donde yo la quiero? ¿Conque, no debo buscarla en ese período de la vida en que se encienden y se concilian las pasiones terrenas? ¿Conque, es una flor que no vive más allá de la aurora en la vida de la mujer?... Pues bien, yo la trasladaré, en su estación efímera, á mi invernáculo tan delicadamente, que no perciba el contacto de mi mano, y sabré conservar su fragancia y su frescura hasta que suene la hora de mi felicidad!»

Y dicho esto, Pancho buscó en el movimiento un consuelo al inquieto latir de su corazón y á la febril actividad de

su espíritu; salió de su casa y de la villa, sin que la espina que llevaba en el pecho le permitiera agradecer á la Naturaleza los aromas del ambiente primaveral, que halagaba sus sentidos, como para adormecer piadosamente los torcedores de su espíritu.

La tarde era de las más embalsamadas del mes de Mayo; una de aquellas tardes que, no sé por qué incorregible desviación de los instintos nativos de la humanidad, no nos arroja, fatigados del problema cada día más intrincado y difícil de la vida, en el seno amante de la Naturaleza para derramar en sus brazos las lágrimas del hijo pródigo. Lo diré sin el propósito de arrojar un guante inflado de soberbia á ninguna comunión política, ni á ninguna escuela filosófica. Para mí la política es un fuego que abrasa y rara vez purifica; la filosofía es la evolución eterna del ingenio humano al redor de una esfinge indescifrable.

Pero aseguro en verdad que la tarde era digna de la creación; su belleza aparecía tan infinitamente superior á la obra de los hombres, que hubo un momento en que Pancho, haciendo, á despecho de la fibra tenaz y dolorida que le resonaba en el alma, el estado comparativo del trabajo de la Naturaleza y del trabajo de la humanidad, llegó á pensar con espanto que, á no cerrar el oído á las predicciones, por desgracia harto acreditadas, de la ciencia, el exiguo planeta en que vivimos podría llegar á ser un cadáver, como el de su satélite, en el espacio infinito, ántes que la descendencia de los juicios cabelludos de Darwin, ó de los hijos nativamente racionales de Adán y Eva, llegara á descifrar el *a*, *b*, *c* del libro de la creación y de la ciencia de la vida.

De improviso esta negra idea batió sus alas de cuervo y se lanzó hácia los espacios tenebrosos donde se revuelca el monstruo de la duda, sin hallar manera de posarse sobre sus cuatro piés. (Perdonad el estilo: Pancho estaba enamorado, y ¿qué enamorado no ha puesto alguna vez á prueba los oídos del padre Apolo?) El espectáculo que se ofreció á su vista era, en efecto, para desviar el curso de las negras corrientes que cruzaban su pensamiento. Se hallaba bajo unos álamos frondosos, que entoldaban un ancho andén tapizado de rubia y menuda arena. Un corro de niñas de diez á doce años, que semejaba una corona formada con flores recién cogidas de la primavera, giraba rápidamente como un grupo de rosales y azucenas agitado por un remolino de la brisa. Las cintas de nieve y rosa que aprisionaban los tallos revolaban á impulso de la carrera, retozando con las trenzas de azabache ú oro de las pingües y hermosas cabelleras. Encendidas las mejillas por la excitación del inocente juego; agitados los senos virginales, bajo cuyos velos de ligera granadina se vislumbraba la tímida esperanza de una floreciente pubertad; arrastrando con blando susurro las suelas del gracioso y elegante calzado por el suelo granuloso del andén; entreabiertas por el causancio las bocas de coral, y anegadas en las altas luces del espacio las lucas de las pupilas, ora negras y fulgurantes como el carbunclo herido por los rayos del cenit, ora azules como las aguas del lago lejano, bañadas por los lánguidos resplandores del crepúsculo, las niñas giraban entonando un cantar, cuyo sentido no pudo descifrar al pronto el pampero, atento sólo al espectáculo que tenía ante los ojos y á no sé qué íntimo y, por desgracia, efímero bienestar del alma, que, áun rompiendo á des-

pecho sus cadenas, respira por un momento con placer instintivo las auras apacibles de la libertad.

Se detuvo: no tenía sino alargar la mano para llevar á sus labios la sabrosa copa de la venganza y realizar el sueño de su vida. Allí estaba la inocencia; la inocencia en planta y en flor. «¡Ah, Blanca, Blanca! ¡Niegas la inconsciencia del mal, porque la has perdido en el comercio indescripto ó inaprensivo de una sociedad corrompida! ¡Pues bien, yo te probaré que hay, para este diluvio de todas las creencias y de todas las poesías del alma, un arca y una paloma; un arca que ha sacado á flote esa virginidad moral que me niegas, después de habertla fingido, como se fingen las rosas de la juventud en las mejillas que han perdido su frescura, y una paloma que ya bató las alas en ese corro de ángeles para venir á traerme el ramo de olivales»

En las súbitas y pasajeras reacciones del alma contra una pena tenaz, el consuelo suele ser una embriaguez. Pancho se abalanzó al corro con el ardiente deseo de encontrar en él una criatura bastante desposeída de los bienes de la fortuna para constituirse en su providencia y guardarla entre cristales, como una flor exótica de exquisitos aromas, destinada á formar por sí sola, en su día, el paraíso de un simple mortal.

Estaba cerca de ellas; sus voces argentinas llegaban al oído de Pancho con encanto indefinible. El arrobamiento del joven era tan profundo, que áun no le permitía fijar la atención en la adorable poesía que, sin duda alguna, debía dar sentido íntimo, inflexible, celestial á aquel canto unsono, propio de seres puros, que expresan con una sola nota la identidad de sus inocentes alegrías.

Procuró romper el encanto que avasallaba sus sentidos, y escuchó.

¡Oh... bienaventurados los sentidos, porque de ellos es el reino mil veces venturoso del silencio!... De pronto el sentido de los versos llegó con aborrecible claridad al espíritu de Pancho. ¡Maldición! Aquellos ángeles salmodiaban el poema criminal de no sé qué adúltera esposa de un tahonero inverosímil, en presencia de doscientos espectadores de todos sexos, edades y condiciones, que, sentados en las sillas de hierro inmediatas ó en los pórtos de tormento que sirven de descanso en los aguaduchos del salón del Prado, gozaban del inefable atractivo de aquel coro de serafines. El pampero escuchó claramente estos versos inconcebibles, entregados á las auras primaverales por aquellas voces purísimas, lánguidas y concertadas, que parecían la respiración armoniosa de un candor virginal:

La proteje un señor cura;
La quiero pisar el pie.
Déjalo que te lo pisé
Si le da bien de comer...
Ya se cuentan á la mesa
Como marido y mujer... (1).

Una ráfaga pialosa de la brisa se llevó, con la ilusión de Pancho, el resto del cantar. El mozo lucó consternado por no oír el final de aquel nefando poema; huyó como quien huye de un desenlace dramático á la moda del día. ¿Era un sueño? ¿Era verdad lo que acababa de oír de aquellos labios de rosa? ¿Era verdad que aquellos embalsamados alientos habían ser-

(1) Cancionero inédito del Prado.

vido de velículo al más grosero y más cínico y más tabernario de los poemas? «¡Imposible!», gritó Pancho, sin echar de ver la sorpresa y la sonrisa de los transeuntes, que le tomaban por loco; y como la palabra, ó por mejor decir, el concepto de lo imposible no admite más allá, el mozo, que ya de suyo era impresionable, como todo espíritu exaltado, pudo propenso á seguir la dirección lógica de los afectos reposados, se detuvo en lo más precipitado de su carrera.

Tenía delante de sí otra ronda de niñas, de más temprana edad que las que, á despecho de una generosa ilusión, cantaban, á alguna distancia de allí, las hazañas horribles de la mujer del tahonero. Eran bellas como el amor, y alternaban en el corro con ocho ó diez niñas de rostro picaresco, las cuales esplaban con la cola del ojo los movimientos de un círculo de galanteadores (de cabo primero para abajo), que bloqueaban el corro á distancia poco respetuosa de las madres, tías ó hermanas mayores, encargadas de mantener corrido el velo del candor ante los ojos de aquella pleyaile de inocentes criaturas. Pero Pancho no paró mientes en estos detalles; buscaba un objeto ideal que colocar en el fondo luminoso de su ilusión, y este foco intenso le deslumbraba: no vela nada fuera de la línea recta y la proyección impetuosa de su deseo.

Lo repito, las niñas del segundo corro eran como el amor; eran tan bellas, que hacían olvidar las gracias de las que, fuera ilusión de los sentidos perturbados de Pancho, ó lamentable realidad, habían puesto al pampero en precipitada fuga. Pero era fuerza esperar, esperar largos años.... ¿Qué importa? Nunca es largo el camino cuando se tiene por compañera á la esperanza. Porque Pancho, que era todo ilusiones y quimeras, creía que sus fuegos juveniles y sus ímpetus de pampero eran perfectamente compatibles con la paciente idiosincrasia de Job. «Aquella rubia de ojos garzos y ondulante y abundosa cabellera, decía el mozo, está en la aurora de la vida; aquella niña pálida, de negras y reluctantes pupilas, cuyo fuego nativo parece que haya quemado prematuramente las rosas de sus mejillas, cuenta apenas diez años: aquella otra, que con sus manos de rosa, fuertemente calzadas con las de sus compañeras, quiebra hácia atrás la flexible cintura y su cuello de paloma, como para anegar más á sus anchas el azul de sus ojos en el azul del espacio, está lejos aún de la edad en que le será dado descifrar los impulsos secretos de su corazón. Ninguna de ellas puede asignar un corto plazo á la realización de las felicidades humanas. Pero ¿qué importa? Esperaré: elegiré entre esas flores la que exhale más delicado aroma, y la guardaré, si no con más celo, con más delicadeza que el avaro guarda su tesoro. ¡Ah, Blanca, Blanca! Yo te juro por el que ha dado al armiño el instinto de la limpieza inmaculada, que no has de llevar la mejor parte en la lucha á que me provocas! Dices que la inocencia es una planta cuyas flores se agostan sin que ella pierda el valor que le da su arraigo en la tierra en que el vicio no ha estampado su huella.... Pues yo te digo que mientes, que no hay una sociedad, por materialista y descreída que te la imagines, que no tenga su invernadero donde preservar de las injurias de la corrupción la eterna primavera del candor. ¿Ves esas madres, que con la sonrisa del amor en los labios, fijos los ojos, humedecidos por las lágrimas, en esas preciosas criaturas, presencia arrobadas sus inocentes juegos? Pues ellas

te dirán cómo se custodian y se preservan de la peste de un siglo materialista las virginidades del alma!

El entusiasmo vengativo de que Pancho se hallaba poseído había desatado su lengua, y el joven hablaba en alta voz. Una risotada mefistofélica, ó por mejor decir, la risotada seca y sarcástica de un fanfarrón del escepticismo grosero de estos tiempos, que no necesitan de las sugerencias del pobre diablo que Goethe ha pedido prestado á la leyenda para acreditar la filiación inmemorial del vicio y la perversidad, estalló de improviso á sus espaldas, junto á su oído, produciéndole un sacudimiento nervioso, que apagó por un momento en su corazón el latido de sus ilusiones juveniles.

—¡Ah! exclamó Pancho volviendo la cabeza y llevándose las manos á los oídos.... ¿Eres tú, José?

—Sí, muchacho, yo soy. Dispensa si mi interrupción ha hecho levantar el vuelo á alguna de tus quimeras inveteradas de soñar. Hablabas á tus solas, sin consultar la opinión de los transeuntes, de no sé qué virginidades del alma; y no lo tomes á mal, el entusiasmo de tu monólogo me ha hecho reír. Oye, Pancho, añadió el importuno eclándole un brazo al cuello y asiéndole de una mano, cuya inmovilidad debía dar inequívocos indicios de la sorpresa desagradable con que era acogida la malhadada interrupción. Tu padre fué un guancho, como el mío. Tuvieron ingenio y constancia; soplóles el caprichoso viento de la fortuna, y no las hay más envidiosas en Montevideo que las que debemos á su bien premiada actividad. Además eres joven, tienes salud, puedes aspirar á todas las felicidades de este mundo. Pero te conozco bien; tienes la cabeza llena de viento, y buscas por este mundo un ente de razón. ¿Qué haces aquí, inmóvil y absorto como una estatua de la imbecilidad, contemplando con ojos encandilados ese grupo de niñas, que se solazan bajo la vigilancia exquisita y la dirección ejemplar de sus niñas?

—Hago, le respondió Pancho con mal humor, lo que un frívolo escéptico como tú no comprenderá jamás. Busco lo que para este siglo de corrupción y esta sociedad de positivistas desalmados es una baratija despreciable; busco la flor nativa y pura de la inocencia.

—¡Ya! replicó su compatriota cerrando los ojos y dando expansión á una sonrisa, que dilató hasta muy cerca de las orejas los extremos de su boca de sátira, cuya ductilidad competía con la de la goma elástica; buscas la camelia azul, la camelia teñida del color aparente de los espacios.... Bien, muchacho, busca; eres un privilegiado de la fortuna; tienes con qué vivir como un banquero opulento, á quien no inquiete el fantasma de la liquidación, y dicho está con esto que has adquirido desde la cuna el derecho de soñar á tu sabor. Sueña, hijo, sueña; D. Quijote es la eterna personificación de una minoría de la humanidad, que no vive á su gusto si no va contra la corriente de lo ordinario y lo vulgar. Adora á tu imaginaria Dulcinea, pero no quieras hacer al mundo confidente y tercero de tus locos amores, porque el mundo, en estos tiempos en que vivimos, es un muy ilustrado, y culto, y refinado Sancho Panza, que te probará, como dos más tres son cinco, que si la vaporosa señora de tus pensamientos no se pasa la vida achuchando el rubio grano de las eras, no por eso es menos aficionada—y ántes al contrario, lleva la inclinación al grado del frenesí—á lo que, en sentido figurado, y sin la aquiescencia de la Acade-



TARIFA. — HISTÓRICO CASTILLO DE GUZMAN * EL BUENO *. (DE FOTOGRAFÍA DE LAURENT.)

mía, suele dar el nombre de *trigo* esta sociedad, aficionada á designar con denominaciones nuevas los vicios antiguos. Y sin más, quédate ahí con tus placeres impalpables y etéreos, que á mí no me va mal con los cuerpos sólidos y las satisfacciones tangibles y de por vida.

Terminado su discurso, José dió media vuelta, girando sobre su pié izquierdo y arrastrando la punta del derecho, en busca del camino que pensaba seguir; volvió su bastón, dejándole sujeto entre el brazo y las costillas, y se alejó siguiéndolo con las piernas y la voz el ritmo de unas pausadas ludaneras.

—¡Así! exclamó Pancho sin poder refrenar su indignación y siguiéndolo con ojos de basilisco á su amigo de la infancia; ¡baila, blasfema; pero véte!

José estaba ya lejos; seguía los andenes escasamente ondulados del angosto paseo de Recoletos, en busca de una aventura de amores que le ayudara á pasar la velada, cuando de repente embelensó los oídos de Pancho un concierto de voces argentinas, semejante al de una bandada de ruiseñores que invaden las ramas floridas de un almendro en una noche de primavera, llenando de gratas armonías la soledad.

—¡Oh, bendita música! exclamó el jóven llevándose la mano al corazón y poniendo los ojos en el espacio estrellado. Entre esos acentos melodiosos, que llegan á mis oídos como el preludio de un poema de aventuras, esencho quizá el de la virgen candorosa y pura, destinada á cubrir de flores de eterna primavera la senda de mi vida.... ¡Escuchemos!

Pancho aguzó el oído y puso en él toda la atención inquieta y anhelante que cabe en el alma de un enamorado del ideal cuando cree llegado el momento de la suprema revelación, el momento en que su ilusión querida va á tomar forma y cuerpo de realidad. El coro de niñas, despues de una pausa que había dado lugar al diálogo de Pancho y su compañero de la infancia, entonaba un nuevo cantar. ¡Qué voces! ¡Divinas! ¡Con qué paradisíaco acento, con qué misona y concertada melodía dieron al aire estos versos abominables, que, esenchados al principio con ayidez, emajaron muy pronto la sangre en las venas de Pancho:

¡Cuanto cincuenta reales
Me han ofrecido
Por coquear al bulto (1)
De mi marido,
¡Qué bueno fuere....

Pancho no escuchó más; tapóse los oídos con las manos, y sin apartar los ojos atónitos de aquella randa de ángeles degenerados, que aventajaban en sabiduría á las cantoras de *La Mujer del tahonero*, dejóse caer con desaliento sobre un banco de piedra que había á sus espaldas, el cual le hubiera recibido con la imposible hospitalidad que ponía de inocencia á disposición de los paseantes, á no interponerse entre la materia inorgánica de que estaba formado y la personalidad culanütosamente espiritualista de nuestro soñador el cuerpo sólidamente constituido de una nodriza asturiana, que amamantaba en aquel instante á la criatura confiada á su mercenaria maternidad.

—¡Animad! exclamó la corpulenta asturiana encorvando las cejas sobre sus ojos verdes y redondos, como de gata montaraz, al recibir sobre sus rodillas las seis ó siete arrobas de peso, que borran, ante las leyes de la gravedad, toda diferencia entre un espiritualista y un materialista. ¡Que me aloga V. á esta inocente!

¡Inocente!.... Al oír este epíteto, Pancho se puso en pié como movido de un resorte, y volvió la cabeza con el celo de un mecánico caviloso que oye pregonar á sus espaldas la solución del movimiento continuo.

—¡Inocente! exclamó lanzando de sus ojos centellas, que sólo, aunque por lejana irradiación, pudo encender en su mirada el sol de los trópicos. ¿Hay aquí alguna inocente?

—¡Pues ya lo creo! respondió la nodriza arrullando á la niña, á quien la involuntaria agresión de Pancho había perturbado profundamente en sus tranquilos é inocentes placeres de la nutrición. ¡Como que ha estado en un tris que usted no me la hiciera una plasta!

—¡Nodriza! exclamó Pancho, cuya imaginación sobreexcitada había llegado al último grado de exaltación; rugóte que me dispenses; mi caída no fué la del ángel malo; ha sido casual é independiente de mi voluntad. Però ¿es cierto que en tus brazos se cobija una inocente? ¿Una criatura celestial que no ha sido jamás el poema infame de *La Tahonera*, y que no sabe pregonar todavía la cotización horrible del adulterio?.... ¿Es verdad que hay aquí una flor perfumada de los jardines de impenetrables tapias, donde no ha podido llegar el aliento de la humana perversidad? ¿Es verdad, nodriza, que esa criatura que cobijas en tu seno es una inocente?

—¿Qué dice? exclamó la moñetuda asturiana abriendo de par en par ojos y boca, para expresar nada más que las dos terceras partes de la sorpresa que le causaba la pregunta. ¡Pues ya lo creo que es una inocente! ¡Como que no tiene más que catorce meses y no se ha separado de mí! Si creerá esto también que la criatura ha andado ya en manos de niñas y con escolta de soldados!

Pancho se alejó consternado de la nodriza, sin oír los comentarios interminables á que había dado pié su extraña interrogación, y siguió el andén adelante, murmurando con voz no tan contenida que no atrajera las miradas y provocara la sonrisa de los paseantes. —¡Catorce meses!.... He cumplido, no sé cómo, veintiocho años; sería preciso que esa inocente pasara quince más asida como una ostra al seno opímo é inagotable de su nodriza, á salvo de niñas y soldados, para que yo, á los cuarenta y tres, pudiera llegar á la posesión de la mujer ideal! ¡Ah, Blanca, Blanca! ¿Por qué Dios, que te ha concedido tan singulares y permanentes atractivos, te ha dotado con duración tan efímera del más preciado de todos ellos?.... ¿Por qué, al conservar en tí la hermosura y la bondad, no ha conservado la inocencia?.... ¡Oh inocencia, inocencia! ¿Dónde te encontraré?....

—Ese es mi nombre de pila.—¿Me llamabas, hermoso?—dijo acercándose á Pancho con los brazos en jarras, terciado el pañolón de Manila que enebria atractivos entregados hacía veinte años á todos los huracanes de la depravación, y quebrando hácia delante el cuerpo para poner á tiro de tentación un rostro jalbegado de blanco y rojo, bajo cuyo grosero afeitó se dibujaba cierta granulacion inveterada,

(1) *Concienzo del bulto del Prado*. En el original la idea de este verso está expresada por medio de una imagen más pintoresca, pero menos adecuada al gusto delicado de nuestros lectores.

que la clínica más galante no hubiera osado hacer pasar á los ojos de la paciente por una erupción espontánea de los ocultos y pudorosos fuegos de la castidad. Pancho extendió los brazos para poner á raya la osadía de aquel vestigio, y huyó en un estado muy próximo á la enajenación mental; huyó... como quien huye de sí mismo, que es la carrera más desesperada que puede dar criatura en este mundo. No sé si para los fisiólogos será, como para mí, una verdad que las almas creyentes y exaltadas, á quienes ha tocado en suerte por envoltura material un temperamento nervioso, difícilmente andan el camino del desengaño sin dar en un extremo de la sensibilidad que, á los ojos de lo que llamamos sentido común, aparece siempre como una de las formas que reviste la extravagancia humana. Esto le ocurrió á Pancho. Aquella cotización ingenua y desvergonzada del adulterio en boca de criaturas de aspecto angelical, recién caídas del pezon de la madre ó la nodriza, acabó de dar al traste con la poca fortaleza de espíritu que le quedaba, y se alejó gritando con un acento de desesperación capaz de dispartar en su tumba el remordimiento de Heródes: «¡Ya no hay inocentes!»

Un coro de angelitos vestidos de percal y calzados con zapatitos veraniegos de cañamo blanco, cuyos profusos trenzados de cinta roja semejabán, al precipitado girar del corro, una ronda furiosa de cangrejos cocidos, hizo resonar por intervalos en los oídos de Pancho estos fragmentos de *poesía* popular, dignos de una sociedad que no se cree nunca en el caso de desvainar en la calle la espada de la ley, ni de reivindicar los derechos de la moral, como no median lesiones curables de primera intención en la Casa de socorro:

Estaba una señorita
Acostada á su balcón,
Cuando pasó un caballero
Á caballo en su troton.
—¡Señorita, señorita!
Con usted convino yo..... (1).
—Suba, suba, caballero;
Conará una noche ó dos....

Pancho salvó de una sola arrancada el paseo de Recoletos, y penetró en los desiertos andenes de la Fuente Castellana, con el deseo de buscar el consuelo de la soledad. ¡La soledad! oasis de las almas que sienten el peso insostenible de su plenitud, ó buscan en el aislamiento y el silencio el ideal de su vaciedad, ó encuentran en ella el silencio complaciente de la soberbia indómita, que no quiere escuchar en este mundo más voz que la de su orgullo. ¡La soledad! Un confesionario vacío, donde se desahogan á su placer, y sin hacer acto de contrición, las pasiones humanas.

La de Pancho hablaba muy alto, ó por mejor decir, hablaba muy hondo; hablaba como hablan las pasiones que, no hallando por contraste la lógica apremiante de una voz humana guiada por un criterio enérgico ó imparcial, sólo tienen que habérselas con las insinuaciones acomodaticias de la conciencia. El pobre mozo huía de Blanca, sin advertir que no daba un paso que no le acercase á ella, por ese

rodeo fatal que recorre el despecho antes de volver, con el fuego cubierto entre cenizas, al punto en que se encendió.

Y huyendo, ya no tanto de Blanca, cuya figura iba adquiriendo involuntariamente á sus ojos el prestigio, la atracción involuntaria que suele ejercer el objeto de la primera pasión, sino de aquel horrible cancionero del Prado, que, aun suponiendo en sus inocentes propagadoras el candor más impermeable, no podía ménos de despertar su curiosidad. Y ya sabemos lo que es la curiosidad en los espíritus que no han gastado las fuerzas de la reflexión: la actividad incansable del deseo.

Pancho no dejó de correr hasta que, en un momento de lucidez excepcional de sus sentidos, pudo observar que la luna no tanzaba ya sus rayos de plata á través de las altas copas de los árboles, dibujando en los andenes yo no sé qué jeroglíficos formados de luz y sombra, que han sido, son y serán hasta el fin del mundo el delicioso rompe-cabezas de las almas soñadoras. El astro de la noche, alivado en aquel sitio de los primores del claro-oscuro, alumbraba con resplandor monótono, aunque claro y apacible, una gran extensión de terreno, donde no se veía más sombra que la que proyectaban avaramente algunos árboles raquíticos y algunos áridos y sedientos matorrales. Miró delante de sí, buscando las tintas vaporosas del lejano horizonte, donde se cruzan las miradas melancólicas de todos aquellos locos de atar que se pasan la vida persiguiendo por este valle de lágrimas alguna sublime gallería negada á los insensatos deseos de la misera humanidad; y viendo que hasta donde alcanzaba la vista se extendía una ancha faja de tierra aterida y pedregosa, cuyo desolado aspecto y secular abandono claramente determinaban la pavorosa línea de una carretera castellana, siguió el camino recto con la vana esperanza, engendrada por el despecho, de que aquella vía, excluida de la ley general del progreso, conducía derecha y brevemente á las pampas, cuna de sus ilusiones, por un despeñadero de la desesperación.

Pero de pronto distinguió á lo lejos, á un lado del camino, y ya muy adentro en la zona donde vegetaban miserablemente los ralos y áridos matorrales, una lucecita tenue, agitada y temblorosa, cuyo resplandor inestable y vago dibujaba con intermitencia el marco de una ventana en la pared de una casita rústica. Y.... ¡para que se vea hasta dónde puede llevar la fantasía á un espíritu acalorado mal avenido con ese tirano regulador de las acciones humanas que se llaman sentido común! Aquella lucecita inquieta hubo de parecerle á Pancho el símbolo genuino de la inocencia, defendiendo su llama, todavía pura y trasparente, de los alieptos corrompidos de la maldad. Llevado de esta extraña alucinación, el joven corrió á la casita donde seguía oscilando la misteriosa luz, y así que hubo salvado la distancia matemática que suele separar la quimera de la realidad, detúvose á la puerta de una habitación de tablas mal unidas, alumbrada por la llama de un candil, que oscilaba sin cesar agitada por las mil y una corrientes de aire que penetraban por las rendijas de las paredes, y cuyo interior, nada limpio, compartían en no siempre amigable y armoniosa compañía un cordero flaco y balador, y un número, á primera y aun á segunda vista inapreciable, de gatos luraños y pollos mal nutridos, que semejaban en su habi-

(1) *Cancionero inédito del Prado*. El verso de este verso no es el del original, y los traductores comprenderán fácilmente esta sustitución. La publicidad por medio de la imprenta es siempre más pudorosa que la que le está concedida á la que tiene por vehículo las vibraciones privilegiadas del aire.

táculo de maderas carbonizadas un simulacro miserable del Arca de Noé.

Pero Pancho no fijó la atención en estos detalles. Desde el primer momento sus ojos se habían quedado fijos en un punto de invencible atracción; sus oídos se cerraron al familiar clamoreo de los animales domésticos, y la potencia íntegra de sus sentidos quedó concentrada en el objeto que absorbía toda su atención. Y este objeto era una niña de hasta quince años, de negra y destrenzada cabellera, hermosa como la flor más hermosa de un inculto jardín abandonado á las fuerzas nativas de la naturaleza; la cual, vestida, ó por mejor decir, medio despojada de sus vestidos con el descuido propio de un candor primitivo, de una confianza ilimitada en la discreción de la soledad; puesta la derecha mano en el borde de un fogón encendido, y apoyada la izquierda en la tímida curvatura de su cadera incipiente y virginal; anegado el iris clarísimo de sus ojos en la alumanda techumbre, con la misma placidez que si nadara en las aguas de lago sereno y trasparente, antonaba con voz todavía infantil una especie de balada, cuyas primeras melodías se habían perdido en la soledad, y de la que los ávidos oídos de Pancho sólo pudieron recoger estos últimos versos:

La maga, que era muy linda,
Oyó al enojado amante,
Si, si,
Oyó al enojado amante:
Y entre risueña y adusta,
Le dijo razones tales:
Si, si,
Le dijo razones tales:
No busques entre oropelos
Tesoro que tanto vale:
Si, si,
Tesoro que tanto vale:
Que la flor de la inocencia
Es cría entre matorrals:
Si, si,
Se cria entre matorrals.... (1).

La niña hizo una pausa, alzando más los ojos y llevándose el dedo á la boca para recordar el fin del romance. Pero Pancho había visto y oído lo suficiente para adquirir el derecho á una celda en Leganés.

Abalanzóse impetuosamente á la puerta del tabuco. La muchacha, sorprendida, volvió rápidamente la cabeza, poniéndose en actitud de rechazar la que creyó inesperada agresión, y dió un chillido terminado en una carcajada que hizo brillar las dos hileras de perlas más bellas á que han servido nunca de estuche unos labios de coral. Y apagada la risa, la niña dijo, fijando en el mozo unos ojos muy abiertos y redondeando la boca para dar á sus palabras un sonido gutural con que parodiar el susto que acababa de recibir:

— ¡Ay, qué miedo me ha dado V.!

— ¡Escucha, niña hermosa! exclamó Pancho cruzando nerviosamente las manos sobre el pecho; ¿es verdad que ese perfume no inficionado de las almas puras, esa divina flor de la inocencia, que casualzaba poco há tu voz angelical, sólo nace entre matorrals?

— Así lo dice el cantar, respondió la muchacha encogiéndose de hombros.

— ¡Y, dime, respóndeme por favor! añadió el joven pampero dando un paso adelante; ese aroma divino del pudor virginal, esa divina flor de la inocencia, ¿tú la posees! ¿no es verdad?... ¿tú la posees!.....

La niña del tabuco puso los brazos en jarras, mirando de hito en hito al exaltado pampero, y respondió guiñando el ojo y frunciendo los labios con toda la picardía que pueden atesorar quince años de educación de barrio bajo en un rostro formado por la Naturaleza para expresar la modestia y el candor:

— ¡Pues ya se ve que tengo esa flor!..... ¡Pero no es para V.!.....

Y dicho esto, la muchacha dió media vuelta presentando la espalda á su interlocutor, pero enseñándole por cima del hombro su boquita entreabierta por una sonrisa capaz de dar al traves con la virtud salvaje y ayuna de los padres del yermo, y lanzándole de soslayo una mirada que el intérprete más timorato y meticuloso del lenguaje de los ojos hubiera traducido de este modo:

— ¡A no ser que venga V. con buena intención!

Pancho se mesó los cabellos y se alejó de aquel sitio, poniendo en alta voz por testigos de su infortunio á los astros de la noche. «¡Oh inocencia, inocencia! ¿Será que has perdido para siempre tus blancas alas de mariposa? ¿Será que ya no eres sino un cuerpo sólido, de tan mísera condición, que necesites apelar á la industria de un aparato natatorio para no sumergirte en el abismo del mal?..... ¿Será verdad lo que dice Blanca?.....»

No habían pasado muchas horas cuando llegó á manos de la ofendida amante de Pancho esta lacónica misiva, compendio y síntesis sustancial de una larga y veinte veces refundida lucubración amorosa:

«¡Blanca, Blanca mía! ¡Perdon!..... ¡Estaba loco!..... ¡Tenía fiebre! ¡Dime que me perdonas; dime que olvidas la ofensa de un insensato, y mañana seré tuyo para siempre!»

Contestación de Blanca:

«Si fué locura, no puedes haberte curado de ella en tan pocas horas. Te perdono, pero no tengo fe en tu convalecencia. No soy más que una mujer de bien, y tú pides un ángel. Si cayera en la tentación de darte mi mano, temería que en otro acceso de locura me pidieras, con un puñal á los pechos, la cédula de vecindad del paraíso. ¿No quieres esposa honrada que viva á flor de tierra? Pues yo tampoco quiero marido que viva en los espacios imaginarios. No he nacido para tí; sigue buscando por ese mundo tu decantada flor de la inocencia... y mira no te lleve tras ella el entusiasmo de la exploración al artificioso jardín de la hipocresía.»

Panchoapuró hasta las heces este cáliz de amargura, y no durmió en seis noches; á la séptima, desahogado: estaba deshecha la creación. Desde entonces asistía todas las tardes al Prado con el deseo de estudiar á fondo su Cancionero, y no tardó en fijar la atención en una niña (con perdon sea dicho de su partida probable de bautismo, porque no debía tener menos de quince años) que giraba, constantemente sola, al rededor de la fuente de Apolo, bajo la vigilancia de una oronda y empaquetada mamá, á quien la maledicencia atribuía un gran interés en prolongar indefinidamente la adolescencia de su hija, entonando invariablemente un cantar de virtud anodina, que empieza de este modo:

(1) Véanse las notas anteriores.

En Toledo hay una niña
Que Catalina se llama;
Su padre es un perro moro;
Su madre, una renegada....

La muchacha era linda y elegante por extremo, y parecía que para otra cosa no hubiera nacido sino para cantar la muerte de aquella santa gloriosa, que padecía el martirio bajo una rueda de *cuchillos* y *navajas* (1), y le dió mano de esposo y dote de príncipe, con no poca satisfacción de

(1) *Cancionero del Prado.*

la madre, que deseaba alejar de su lado aquella fecha viviente y de imposible raspadura de su fe de bautismo.

A los dos años, la inocente y solitaria cantora del Prado había consumido la mitad de la hacienda y las tres cuartas partes de la paciencia de su marido.

Ella se fué á Burdeos, donde vive en la actualidad, con un comisionista de vinos de Alicante. Él ha vuelto desesperado á su país nativo, donde se dedica con frenesí á la caza de cocodrilos hembras....

¡Cocodrila que caiga en sus manos!....

PEREGRIN GARCÍA CADENA.



EL TRAJE DE COLA. — (DIBUJO ORIGINAL DE KEYSER.)



DIFFUGERE NIVES.....

¡Ved!... ya la vida universal fermenta
En el regazo de la inmensa madre,
Que, rota la amplia túnica de hielo,
Su seno entrega sin cesar fecundo,
A los besos de lluvia engendradora
Ó á las caricias de amoroso viento.
La eterna desposada
Cede al blando alentar que hinche y entucabre
Los poros mil de su robusta entraña,
Y hombres, brutos y plantas,
Y hasta el metal y hasta la piedra sienten
Su vida duplicarse
Con el olear de la existencia nueva:
Y del halago de su madre ansiosos,
Van á beber del néctar de sus pechos
La irrefragable vena,
Hermosa la mañana,
Rica de luz y de oriental aroma.
Imprime sobre infirmoles y mutos
Las huellas de su beso luminoso,
Y aun parece que alegría y regocija
De mi estrecho tugurio los rincones,
Donde idem la cabera,
Como anhelando resurgir á vida,
En tristes libros los ingenios muertos.
¡Alcgre día! ¡Primavera lectmosa!
¡Clima dulce y sereno,
Como el clima de Aídnas
En el tempo feliz de los Misterios!
¡Por qué entre tanta pródigo alegría
Que en la inerte vejez renueva el jugo
De la primera edad, que hasta en la tumba
Hace saltar los dormidos huesos,
Sólo estoy mudo yo, y áspero y triste?
¡Por qué no vuelven las vívales auras
Á refrescar mi frente?
Aunque los años mi calera opriman,

Jamas podré apartar de la memoria
Aquellas horas de misterio llenas,
En que el alma se abría
Del primer sol al fecundante rayo,
Y por nuevas regiones
En rápida vision peregrinaba,
Mirando en otros ojos
Adivinada su fugaz ventura,
Más alto el pensamiento,
La voluntad más firme y poderosa,
Y aquel instinto vencedor que guía
Á las grandes y estériles empresas.
Si sangrientas dejé mis vestiduras
En las ásperas zarzas del camino;
Si labré por mis manos la cadena,
Cuyos férmos abrazos
Aun en las marcas de mi cuello duran:
Si me arrojé á luchar contra las olas
De la inconstancia femenil, más bravas
Que las del mar entumecido y bronco;
Si quise detener en su carrera
Los átomos del aire bullidores,
El carro irreparable de las horas,
Ó el pensamiento suyo movedizo
Aun más que el viento y que la errátil nube,
Fué loca y temeraria mi osadía,
Más generosa fué; y hoy, que en la arena,
Cual gladiador reudido,
Lanzó el escudo por mil partes roto,
Aun la recuerdo y la bendigo, y creo
Que vivirá como perenne aroma
Su espíritu en el mío,
Aunque me enseñe la mundana ciencia
Dónde la hierba de olvidar se eria,

M. MENENDEZ PELÁYO.

Abril de 1881.



DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA,
autor del poema heroico *La Araucana*. — Nació en Madrid en Agosto de 1533; † en Noviembre de 1594.
(Copia del retrato dibujado por Carniceri y grabado por Selma.)

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

*A veritate que tu conto, quo e pura,
Venit tuda granditudo scriptura.*

Luis DE CAMOENS, *Los Lusíadas*, canto 7.



A notoriedad de la obra del escritor público recorre una escala de indefinido número de grados; escala cuyo punto de partida, si así puede decirse, *cuyo cero*, usando la calificación de las ciencias físicas, se halla indicado en el conocido epigrama del autor de *La Comedia nueva*:

En un cartel alon lei
Que tu obrilla baladi
La vende Navamorcuende:
No has de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

Los libros á que aludia en este epigrama D. Leandro Fernandez de Moratin, los libros que *se imprimen*, pero que no *se publican*, se hallan colocados en el *cero* de la escala de la notoriedad; y esas obras que de continuo citan hasta las personas de escasa cultura, *La Iliada*, *La Eneida*, *La Divina Comedia*, *La Jerusalem*, *Los Lusíadas*, *El Fausto* y algunos otros poemas épicos; en el género novelesco *El Quijote* y *El Telémaco*, y en los géneros dramático y lírico las producciones de Esquilo, Sófocles, Pindaro, Horacio, Ovidio, Shakespeare, Calderon, Schiller, Molière, Petrarca y de algunos otros autores no ménos ilustres; esas obras que es tal y tan grande su popularidad, que su título ó el nombre de alguno de los personajes que en ellas aparecen, y aún con más frecuencia el nombre de sus autores, llegan á convertirse en adjetivos, cuya significacion es generalmente entendida; como sucede cuando se dice que es *pindárica* una oda de elevada y patriótica inspiracion; *horaciana* una sátira bien pensada y bien escrita; *quijotesco* un acto de exagerada y hasta ridícula caballerosidad; esas obras que, adoptando un expresivo modismo, puede decirse que *todo el mundo* cita, aun cuando no todo el mundo, ni mucho ménos, lee; esas obras, muy pocas, *muy poquitas*, perdónese la redundancia, en comparacion del inmenso número de creaciones más ó ménos literarias que ha producido el ingenio humano desde la invencion de la escritura hasta nuestros días; esas obras que el genio individual crea, pero que parece que están creadas por el espíritu colectivo de los pueblos y de las épocas en que aparecieron; esas obras que la humanidad eternamente admira, porque eternamente halla en ellas algo de lo que constituye la esencia de su vida, el alma de su alma; esas obras son las que alcanzan el más alto grado posible de notorie-

dad, en el cual, vencida ya la destructora ley del tiempo, los siglos que pasan aumentan cada vez más y más los extensos dominios de su imperecedera fama.

Si empleando la imaginaria escala de notoriedad, ó mejor dicho, si empleando la verdadera escala de la gloria literaria, cuyos extremos acabamos de indicar, se quisiera inquirir el lugar que ocupa en el concepto público el poema épico escrito por el autor cuyo nombre encabeza este artículo, *La Araucana*, de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, fuerza será convenir en que se halla muy cerca de las producciones de su género de Camoens, Tasso y Ariosto, y muy léjos, por lo tanto, de la obrilla baladi que *no se vendía* en casa de Navamorcuende, porque quizá fuera semejante al poema intitulado: *El Sol de los anacoretas*, *La Luz de Egipto*, *El Pasma de la Tebaida*, *El Asombro del mundo*, *El Portento de la gracia*, *La Milagrosa vida de San Antonio Abad*, de D. Pedro Nolasco de Ocejo, impresa en Madrid en 1737, ú otros *poemas* de esta misma época, tan notables por la complicacion de sus títulos como por su absoluta carencia de mérito, en la esfera del arte considerados.

Es lo cierto, yendo derechamente al asunto en que ahora nos ocupamos, que á D. Alonso de Ercilla se le asigna el primer lugar entre los poetas épicos castellanos; y entre todos los poetas épicos nacidos en la Peninsula Ibérica, sólo se le anteponen el inmortal autor de *Os Lusíadas*, Luis de Camoens, y el hispano-romano que escribió *La Farsalia*, el famoso poeta cordobés M. A. Lucano.

Si el autor de *La Araucana* ocupa alto puesto entre los poetas españoles, su singular valentía, puesta al servicio de su patria, y su imparcial criterio, puesto al servicio de la justicia, presentan á la imaginacion la noble figura de D. Alonso de Ercilla rodeada de la triple aureola del pensamiento que crea, de la fuerza que mantiene y de la razon que juzga.

La fortuna no prodigó sus favores á Ercilla durante su tránsito por la tierra, y por esto mismo es de creer que se le puedan aplicar con exactitud aquellos versos de Luis de Camoens:

*Mais raras e que quatro clerico gloria,
Quem faz obras tam dignas de memoria.*

Contribuir, pues, á popularizar el nombre y á dar á conocer los merecimientos literarios del autor de *La Araucana* es tarea digna de pluma mejor cortada que la nuestra; pero encargados nosotros de desempeñarla en estas páginas del ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, procuraremos suplir lo que nos falta de erudicion y ciencia con el desinteresado amor á la verdad, que era el alto ideal á que rendía ferviente culto nuestro

Ercilla, según se verá demostrado en tiempo y lugar oportunos (1).

I.

Glorioso es para la capital de España que se encuentren en el número de sus hijos cinco de nuestros más ilustres escritores: el primero entre los primeros poetas dramáticos nacidos en la Península Ibérica, D. Pedro Calderón de la Barca; el fundador de nuestro teatro nacional, Lope de Vega; el autor dramático que dió vida artística á la legendaria figura de D. Juan Tenorio, Tirso de Molina; el gran polígrafo D. Francisco de Quevedo, y el poeta épico cuya biografía ahora comenzamos á escribir, que nació el 7 de Agosto de 1533 y recibió las aguas bautismales en la parroquia de San Nicolás (2). Este celebrado poeta y valerosísimo soldado, D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, fué el sexto de los

hijos habidos en el matrimonio del jurisconsulto Fortun García de Ercilla, á quien cuenta Rodrigo Caro entre los claros varones nacidos en Sevilla, pero cuyo noble solar radicaba en la vascongada villa de Bermeo, con doña Leonor de Zúñiga y Zamudio, dama de noble alcurnia, que por muerte de su padre D. Alonso de Zúñiga heredó y disfrutó, hasta su incorporación á la corona, el señorío de Bobadilla.

Quedó D. Alonso de Ercilla huérfano de padre cuando contaba poco más de un año, puesto que Fortun García de Ercilla murió en Setiembre de 1534. Vinda ya doña Leonor de Zúñiga fué designada para desempeñar el cargo de guarda mayor de las damas de la infanta doña María, que después llegó á ser emperatriz de Alemania, y probablemente al favor cortesano que tan alto cargo supone fué debido el nombramiento de *membrado* ó paje del infante D. Felipe, con que fué agraciado el futuro autor de *La Araucana*, cuando aun era un niño; pues á la edad de quince años, en 1548, ya acompañó á dicho príncipe en el viaje que hizo á Flándes para tomar posesion del ducado de Brabante, regresando á España en 1551, después de haber recorrido buena parte de Italia y de Alemania. Acompañando después á su señora madre, que, por razon del empleo palatino que desempeñaba, tuvo que ir á Bohemia y quedarse allí con la infanta doña María, esposa del archiduque Maximiliano, tuvo ocasion de viajar por Austria, Hungría y otras naciones del norte de Europa. Cuando regresó de este viaje fué muy corta su residencia en España, pues volvió á salir de ella formando parte del séquito del ya rey de Nápoles D. Felipe, que iba á Londres á contraer segundas nupcias con la famosa reina María de Inglaterra. Hallándose en Londres en 1554, y habiendo llegado allí graves noticias de las alteraciones del Perú y de Chile, fué nombrado virey del Perú el tercer marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, y capitán y adelantado de Chile Jerónimo de Alderete, que á la sazón residia en la capital de Inglaterra, en cuya compañía resolvió nuestro D. Alonso partir, y bajo cuyas órdenes sin duda alguna se proponia militar en defensa de la honra de su patria. Pidió, pues, licencia al rey D. Felipe para dejar su servicio, y concedida que le fué, riñó la espada del soldado, quizá ménos elegante, pero de cierto más útil y gloriosa que la del palaciego cortesano, y se embarcó con rumbo á América, hácia el año de 1555.

Al emprender la penosa profesion de las armas, no podia decir Ercilla, como el mancebo de quien nos habla Cervantes:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

No; D. Alonso de Ercilla dejaba las regocijos de regios palacios por las privaciones y peligros de la vida militar, mostranda así, desde su más florida juventud, esa generosidad del espíritu y esa alteza de pensamiento, que, andando el tiempo, le dictaría aquella estoica sentencia:

Que las honras consisten, no en tenerlas,
Tan sólo en arriesgar á merecerlas.

Ha supuesto D. Antonio Ferrer del Río (*D. Alonso de Ercilla. Su vida y su Araucana*) que quizá Ercilla tomó

(1) Para escribir estas noticias biográficas se han tenido presentes: el *Relato de Ercilla*, escrito en el año 1585, por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, Auditor general de la Armada y Ejército del Rey nuestro señor, y Corregidor de la ciudad de Ercilla; el *Prologo del impresor sobre la vida de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*, que se halla al frente de la edición de *La Araucana*, publicada por D. Antonio de Sancho, en 1776; la monografía titulada: *Don Alonso de Ercilla. Su vida y su Araucana*, escrita por D. Antonio Ferrer del Río, con más artificio en la frase que abundancia de noticias y seguridad de criterio; una biografía de Ercilla, que publicó D. Gregorio Cruzada Villandri en el tomo del *Museo Universal* correspondiente al año de 1867; las noticias acerca de Ercilla y de *La Araucana*, que se hallan en la colección de poemas épicos castellanos, publicados por D. Cayetano Rosell en la *Biblioteca de Autores Españoles*, y gran número de libros y artículos de periódicos y revistas, en que, directa ó incidentalmente, se trata de D. Alonso de Ercilla ó de *La Araucana*. No terminaremos esta nota sin dejar aquí consignado que es verdaderamente lamentable la poca diligencia que aun se consagra á la investigación de las particularidades biográficas de nuestros grandes escritores, puesto que sólo como excepción puede citarse el gran número de meditados estudios en que se ha tratado de demarcar las noticias que existen acerca de la vida del Príncipe de los Ingichios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra; en cuyos estudios tanto han brillado en estos últimos años los talentos y erudición de los Sres. Fernández-Guerra (D. Aureliano), Hartzschbusch, Asonso, Malner, Tabán, Castro (D. Federico de), Fernandez Duró, Rovilla, Hermosa, el doctor Theissenem, Diaz de Benjumea, Castro (D. Adolfo de), el Marqués de Molins, Horran, Scharf, Álvarez Espinó, Martín Gamero, Valera, y de algunos otros escritores. Fuera de Cervantes, sólo el ilustre poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón ha alcanzado la buena fortuna de que en vida sea conocida hasta donde es posible, dada la carencia de datos referentes á la biografía de nuestros grandes escritores, merced á la generosidad epítica de D. Luis Fernández-Guerra; y de igual privilegio gozaria Lope de Vega, si se llegara á imprimir la biografía del Fenix de los ingenios, que escribía el malogrado D. Cayetano Alberto de la Barrera, y que perveniría incólita entre las obras premiadas por la Biblioteca Nacional, aguardando á que haya un Ministro de Fomento bastante cuidadoso de las glorias literarias de España para que se ocupe en facilitar la escasa cantidad de dinero que es necesario para llevar á cabo la impresión de las dichas obras, tan dignas de ser publicadas. Observaremos, al terminar esta nota, que ha sido preciso que la reciente conmemoracion del Centenario de Calderón haya excitado la curiosidad pública y el interes de los editores, para que la biografía del autor de *La Vida es sueño*, y el valor de sus escritos, hayan sido objeto de libros, folletos y artículos que, sin tal ocasion, há tiempo debieran haberse publicado; que esto y más merecía el Príncipe de los poetas dramáticos nacidos en la Península Ibérica.

(2) En el mes de Abril del presente año de 1881 ha publicado en *El Arriero* Ferrer del Río, Ángel Allende Salazar un artículo titulado: *Ercilla era vasco*, en el cual se trata de demostrar que el autor de *La Araucana* es natural de Bermeo. En nuestra opinion, el Sr. Allende Salazar no consigue el objeto que en su escrito se propone; pero en la ocasion presente no cabe exponer aquí las razones que nos hacen seguir creyendo que D. Alonso de Ercilla y Zúñiga es natural de Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Nicolás, según aparece consignado en la partida de bautismo que el mismo señor Allende Salazar por vez primera ha publicado, dando así una prueba de buena fe, ya verdad sea dicho, muy digna de elogio.



JUAN SEBASTIAN DE ELCANO,
primer circunnavegante. — (Estátua en mármol, por Bellver, destinada al Ministerio de Ultramar.)

la resolución de abandonar la tranquila *profesion cortezana*, digámoslo así, que tan fácilmente podía haber seguido, y emprender el áspero camino que conduce á la gloria militar, impulsado por algun desengaño amoroso; citando, como única prueba de su aventurada suposición, ciertos versos á que hace referencia Lope de Vega en su *Lucrecia de Apolo*, y que se han publicado en el *Paraiso Español*, de Lopez de Sedano, en los cuales el autor de *La Araucana*, que parece era muy jóven cuando los escribió, se lamentaba del fiero desden de la señora de sus pensamientos; pero una sola composición amorosa, de fecha dudosa, es harto liviano fundamento para dar visos de verdad histórica á la novelesca ficción forjada en la fantasía del erudito y estimable autor de la *Galería de la literatura española*.

Reconozcamos y aceptemos, mientras lo contrario no se pruebe, que D. Alonso de Ercilla trocó las sosegadas ocupaciones de su empleo en la Corte por la agitación de los equipamientos, impulsado por su heroico y caballeresco ánimo, de que tantas y tan señaladas muestras dió durante todo el curso de su no corta vida.

Ya hemos dicho, y si no, lo diremos ahora, que el adelantado Jerónimo de Alderete había sido designado en Londres para dirigir la campaña que en Chile había de emprenderse contra los indios de Aranco, levantados en armas para alcanzar su independencia; y que D. Alonso de Ercilla se había decidido á seguir al nuevo adelantado, de quien era amigo, y á combatir bajo sus órdenes; pero la muerte de Alderete, ocurrida en Taloga, cerca de Panamá, privó á Ercilla de su valiosa protección, que con haberle concedido lo que por sus altos hechos militares llegó á merecer, no habría tenido motivo para escribir aquellos melancólicos conceptos con que, en edad ya avanzada, ponía término á la tercera y última parte de su famosa *Araucana*.

Llegó Ercilla al Perú, y supo que el Virrey había designado para mandar las fuerzas destinadas á dominar el levantamiento de los araucanos á su hijo D. García Hurtado de Mendoza, mozo de veintiún años, y aún cuando tan jóven, ya acreditado de valeroso; pero de cierto que no lo podía estar de experimentado; y de poco reflexivo alguna prueba dió, que se verá relatada en el curso de este escrito. Conocia D. Alonso de Ercilla al novel candillo, por haber cultivado su trato en Madrid y en Londres, y decidióse á militar bajo sus banderas, aún cuando de seguro que á su claro ingenio no se le ocultaría que la inexperiencia del jóven Mendoza era motivo más que suficiente para dudar del resultado que se alcanzaría en la campaña que iba á emprenderse.

No es aquí ocasión de relatar las proezas que llevó á cabo D. Alonso de Ercilla en aquella guerra, en la que fué valeroso soldado, modesto narrador de sus propias hazañas, y entusiasta ensalzador de las ajenas, y lo que es aún más loable, gran admirador del esfuerzo de sus enemigos, diciendo, para explicar esta admiración, en el prólogo de la segunda parte de *La Araucana*, que á todo lo merecen los araucanos, pues há más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamas habérselos cuido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar que gozar al enemigo; más sólo defienden unos terrenos secos (aunque muchas veces hu-

medecidos con nuestra sangre) y campos inenlbas y pedregosos.»

En el prólogo de la primera parte de *La Araucana* dice que, para que su relato fuese lo más exacto posible, «se hizo en la misma guerra y en los mismos puntos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos.»

Llegamos á un acontecimiento que ejerció gran influencia en la vida de Ercilla: la reyerta que tuvo con el caballero sevillano D. Juan de Pineda, segun parece, á presencia del general D. García Hurtado de Mendoza, en cuya reyerta halló ocasion el inexperto candillo para hacer alarde de tremenda severidad; pues como dice Ercilla:

El enorme ósilo exagerada
La voz y fama pública lo canta,
Que fué sólo poner mano á la espada,
Nunca sío gran razon deservida.

Y, sin embargo, D. García Hurtado de Mendoza hizo poner en prision á Ercilla y Pineda, y «luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca; y para el efecto se trajo un repostero y una escalera para poner las cabezas en lo alto de la horca», segun refiere el capitán Alonso Góngora Marmolejo; y hubiérase efectuado esta sentencia; pero, segun dice Fr. Antonio de Calancha, *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú* (Barcelona, 1638), «convocóse todo el ejército á pedir que no los justificasen, siendo las palabras de ruego y el sonsonete de amenaza. Supo D. García Hurtado que habría respectivo motin si llegaba la sentencia á ejecución, por ser ambos caballeros amados por valientes, y bienquistos por liberales. Trocó la sentencia de muerte en destierro del reino.»

Claro aparece en estos relatos que el D. García Hurtado de Mendoza procedía con la irreflexion propia de sus pocos años, condenando á muerte á dos ilustres soldados sin bastante motivo para ello, y teniendo que cambiar la sentencia para evitar los males que su cumplimiento ocasionaría.

Ercilla, profundamente lastimado en su honra, que siempre padece el crédito personal cuando la justicia humana, con razon ó sin ella, fulmina condenatoria sentencia, aún cuando siguió tomando gloriosa parte en algunos reencuentros, se decidió á regresar á España, si bien ántes quiso ir á buscar al feroz Lope de Aguirre, asesino del capitán Pedro de Ursua, y manchado con la sangre de su propia hija, que en Venezuela ejercía tiránico dominio, con el fin de levantar gente en contra suya y tratarle como enemigo de la patria; pero cuando llegó á Panamá supo que Diego García de Paredes había ya llevado á cabo la generosa empresa de vencer á aquel monstruo, que, con arreglo á los usos de la época, había sido degollado y despues descuartizado.

Continuó Ercilla su viaje de regreso á España; pero habiendo caído gravemente enfermo, tuvo que detenerse largo tiempo en Tierra-Firme, hasta que en el año de 1562, aún convaleciente de su enfermedad, llegó á su patria, donde supo la muerte de su muy respetada y querida madre, que había ocurrido en el palacio de Viena; y tanto por esta circunstancia, cuanto porque el caballero mayor de

la reina D.^a Isabel de la Paz, D. Fadrique de Portugal, trataba de casarse, en segundas nupcias, con su hermana doña Magdalena de Zúñiga, que se hallaba en Hungría, tuvo que emprender otro viaje para ir en busca de su dicha hermana; y después de cruzar por Francia, Austria, Suiza y el Languedoc, se halló de nuevo en España á principios del año 1564.

Parece que D. Alonso de Ercilla fijó su residencia en Madrid, donde se casó, en 1570, con doña María de Bazan, de la muy ilustre familia de los Marqueses de Santa Cruz, título que llevaba en aquel entonces su primer poseedor D. Alvaro de Bazan, cuyos gloriosos hechos llenan muchas páginas de la historia de nuestra marina de guerra; alcanzando el cortesano honor de que fuesen los padrinos de su boda la cuarta mujer del rey D. Felipe II, D.^a Ana de Austria, y el archiduque Rodolfo, que después fué emperador de Alemania. En el mismo año en que contrajo matrimonio publicó la primera parte de *La Araucana*, la cual fué recibida con mucho mayor aplauso que el crédito de que ahora goza entre los críticos é historiadores de la literatura española. Ya indicáremos en la segunda parte de este escrito hasta dónde se extremó el elogio por alguno de los panegiristas del poema de Ercilla.

Antes de haberse casado intentó D. Alonso de Ercilla, por dos veces, volver al servicio de las armas. Fué la primera cuando los turcos pusieron sitio á Túnez y á la Goleta; pero al llegar á Nápoles, para incorporarse allí á las tropas que habían de socorrer á los sitiados, supo que los sitiadores ya habían conseguido la victoria; y entonces se encaminó á Roma, donde nuestro Embajador y su pariente, don Juan de Zúñiga, le presentó en 6 de Abril de 1575 al Papa, que á la sazón lo era Gregorio XIII, el cual le colmó de elogios, y le dijo que se alegraba mucho de conocerle, porque también había conocido de joven á su padre Fortun García de Ercilla, y le había estimado muy de veras por las altas prendas de su carácter y la extensión de sus talentos.

La segunda vez que deseó volver Ercilla á tomar parte en empresas militares, dejando el sosiego de su hogar, fué cuando Felipe II recurrió á las armas para hacer valer sus derechos á la corona de Portugal; y el Sr. Ferrer del Río (obra antes citada), para explicar que no se le concediese el puesto que de justicia le correspondía en el ejército del Duque de Alba, supone que debió impedirlo el cuarto Marqués de Cañete, D. García Hurtado de Mendoza, que según se deduce por algunas frases de Pedro de Oña, en su *Arauco domado*, y de Cristóbal Suarez de Figueroa, en sus *Hechos del cuarto Marqués de Cañete*, se hallaba muy resentido con el autor de *La Araucana*, porque en este poema no aparecía su personalidad ocupando el lugar que Aquiles y Enéas desempeñan respectivamente en las inmortales obras de Homero y de Virgilio. Podrá ser que sean acertadas las conjeturas del Sr. Ferrer del Río; pero sin necesidad de ellas puede explicarse que D. Alonso de Ercilla no alcanzara grandes medras personales, porque á ello se oponían las altas dotes de su carácter, en el cual parece que el amor á la verdad se sobreponía á toda consideración social; en el cual parece que el amor á la verdad constituía, si así puede decirse, la religión de su alma; y sin calumniar á los hombres, cabe sostener que el amor á la verdad no

suele ser prenda de carácter que con facilidad obtenga la simpatía de los que siempre prefieren las *mentiras dulces* á las *verdades amargas*.

De este amor á la verdad dió pruebas Ercilla ensalzando á los guerreros de Arauco, y censurando las faltas de sus compatriotas; de este amor á la verdad dió frecuentes testimonios en las aprobaciones de los libros que se le encargaba que examinase; pues siendo obras, la mayor parte de ellas, de mediano ó escaso mérito, se limitó á decir en breves palabras que podían imprimirse sin detrimento de los buenos costumbres; añadiendo cortésmente alguna frase de alabanza, pero tan sólo en la medida que la justicia lo consentía. De este amor á la verdad es una prueba el episodio referente á la reina Dido, que se halla en *La Araucana*; pues queriendo amenizar su poema, nada mejor se le ocurrió que defender á la reina de Cartago de las invenciones de Virgilio, que perjudicaban su buena fama. De este amor á la verdad se halla también claro indicio, observando que los hermanos del autor de *La Araucana* se nombraban doña Magdalena de Zúñiga y D. Juan de Zúñiga, usando el apellido materno, que quizá consideraban más ilustre que el paterno, y sólo nuestro poeta se firmaba D. Alonso de Ercilla, sin cambiar nada del verdadero nombre y apellido que de derecho le correspondía.

Y si no pudiésemos pecar de prolijos, aun añadiríamos que la veracidad de Ercilla es la que puede dar la clave para explicar cierta anécdota que se refiere en los *Avisos para Palacio*; anécdota que de otro modo es de todo punto inverosímil. Cuéntase en los citados *Avisos*, impresos á continuación de la *Carta y guía de casados*, que al hablar con el rey D. Felipe II, «D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que era muy discreto hidalgo, que compuso el poema *La Araucana*, se perdió siempre, sin acertar lo que quería decir, hasta que, conociendo el Rey, por las noticias que tenía de él, que su turbación nacía del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo un día: — D. Alonso, habladme por escrito.» Fácilmente se alcanza que el hijo de una noble dama que desempeñaba alto cargo en la corte de los monarcas españoles; que el antiguo *menino* del príncipe D. Felipe; que el ilustre caballero que había sido apadrinado en su boda por una reina y por un príncipe de la casa imperial de Alemania, fácilmente se alcanza que D. Alonso de Ercilla, avezado desde sus más tiernos años á la etiqueta establecida en los regios palacios, no podía turbarse al hablar con Felipe II, con quien tantas y tantas veces habría tenido que cruzar su palabra durante los largos viajes, en que le había acompañado; y su silencio, que no turbación, es probable que reconociese como causa la dificultad que ballaría en expresar su pensamiento acerca de la gran injusticia que cometía Felipe II olvidando sus servicios militares en Arauco y sus merecimientos literarios, porque su amor á la verdad le impulsaría á decir lo que el respeto al Monarca le obligaba á callar. Mediante esta hipótesis, cabe aceptar como verdadero el hecho relatado por el autor de los *Avisos para Palacio*, y se añade á los datos que ya existen, otro nuevo dato, que viene á robustecer nuestra opinión de que la veracidad de Ercilla debe tenerse muy presente al historiar la vida de tan celebrado poeta.

En suma, creemos que la severidad del carácter de Ercilla explica suficientemente el olvido en que le tenían los

soberanos dispensadores de mercedes oficiales; olvido que sólo se interrumpió una vez con motivo de haber venido á España los Duques de Bransuich, emparentados con el rey Felipe II, el cual dispuso que su gentil-hombre don Alonso de Ercilla saliese á recibirles y á acompañarles desde Zaragoza hasta Madrid, procurando que en este viaje se empleasen nada ménos que dos meses, puesto que Ercilla llegó á Zaragoza el penúltimo día del mes de Octubre de 1578, y el Rey quería, por razones largas de exponer, que los Duques no llegasen á Madrid hasta los primeros días del mes de Enero de 1579, lo cual consiguió nuestro buen D. Alonso, aunque no sin grandes dificultades.

Ercilla, en su matrimonio con D.ª María de Bazan, no tuvo descendencia; pero tenia un hijo natural, llamado don Diego, nacido por los años de 1566, á quien envió, bajo las órdenes de su pariente el Marqués de Santa Cruz, para que formase parte de la expedición contra Inglaterra, en la *Armada Invencible*; expedición en la cual murió desastrosamente el joven D. Diego de Ercilla al naufragar la nao *San Marcos*, á cuyo bordo se hallaba.

La muerte de este hijo, y el olvido en que la corte tenia sus proezas militares y sus merecimientos literarios; quizá el concurso de otras causas que cabe imaginar, aunque sin mayor alcance que el de meras conjeturas, y que aquí no expresamos por no alargar en demasía este escrito, explican la melancólica entonación que empleaba D. Alonso de Ercilla cuando, al terminar la tercera y última parte de *La Araucana*, publicada en 1589, dirigiéndose al rey D. Felipe II, escribía lo siguiente:

¡ Cuantas tierras corri, cuántas naciones,
Hacia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda injusto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones,
Cielos innavigables navegando,
Extendiendo, Señor, vuestra corona
Hasta la casi austral, frígida zona.

¿ Qué jornadas también por mar y tierra
Habels hecho que dejó de seguirlos?
A Italia augusta, á Flandes, á Inglaterra,
Cuando el reino por rey vino á pediros,
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Perú me llevó por más serviros,
Dó con sañudo furor tantas espadas
Estaban contra vos desconfiadadas.

Dejo por no cansaros y sei milos
Los inmensos trabajos padecidos....

Risgos, peligros, traños y fortunas,
Que áun són para contados importantes,
Ni digo cómo al fin, por accidente
Del nuevo capitán acorralado,
Fui sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado,
Ni la larga prisión impertinente
De estuve tan sin culpa molestando.
Ni mil otras miserias de la muerte,
De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca causada
Está para serviros hoy más viva,
Desmaya la esperanza quebrantada,
Viéndome prohejar siempre agua errita;
Y el cabo de tan larga y gran jornada,
Hállo que mi cansado barco arriba.
De la adversa fortuna contrastado,
Léjos del fin y puerto desavado.

Mas, ya que de mi estrella la portía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha vía
La carrera difícil he corrido;
Y aunque más fuere la desdicha mía,
El premio está en haberlo merecido;
Que las honras consisten, no en tenerlas,
Sino en sólo arribar á merecerlas.
Y el disfavor cobardo que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene,
Haciéndome que pare aquí la pluma.

Seguramente que el verso donde Ercilla dice que se halla *Arrinconado en la miseria suma* es una exageración poética, en que sólo puede aludir al disfavor que le habia impedido añadir, á los laureles que alcanzó en Aranco, los que de seguro hubiesen ceñido su frente en la campaña de Portugal, ó en cualquiera otra ocasión en que Felipe II le hubiese confiado algun mando militar de tanta importancia como por sus altas prendas merecía. Por lo demás, don Alonso de Ercilla y Zúñiga vivía holgadamente con los rendimientos del mayorazgo en que debia sucederle su sobrino D. Pedro Hurtado de Mendoza; y habitaba, según afirma D. Ramon de Mesonero Romanos en su *Antiguo Madrid*, en su casa propia, frontera á la casa llamada del *Cordon*, en la calle del Sacramento, en cuya morada fué donde terminó su vida terrenal el autor de *La Araucana*, el martes 29 de Noviembre de 1594; siendo depositado su cadáver en el Convento de Carmelitas descalzas, de Madrid, vulgo Baronesas, hasta que doña María de Bazan fundó otro convento de la dicha orden en la villa de Ocaña, y allí se labró decorosa sepultura, en que durante largos años reposaron los restos mortales del valerosísimo caballero, honrado varón y notable poeta D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, que, á pesar de tales y tan grandes títulos á la pública estimación, las únicas mercedes que obtuvo durante su no corta vida fueron la roja cruz de Santiago, que tambien habia ornado el pecho de su noble padre y que con justicia podía ostentar el nieto del señor de la torre de Ercilla, Martín Ruiz de Ercilla; el cargo de gentil-hombre del rey D. Felipe II, sin duda alguna mucho más honorífico que lucrativo; y el mismo cargo de *gentil-hombre de la cámara de la majestad del Emperador*, que aparece consignado en las portadas de *La Araucana*, cuya honra palaciega le habia concedido el Emperador de Alemania, padrino de su boda con la

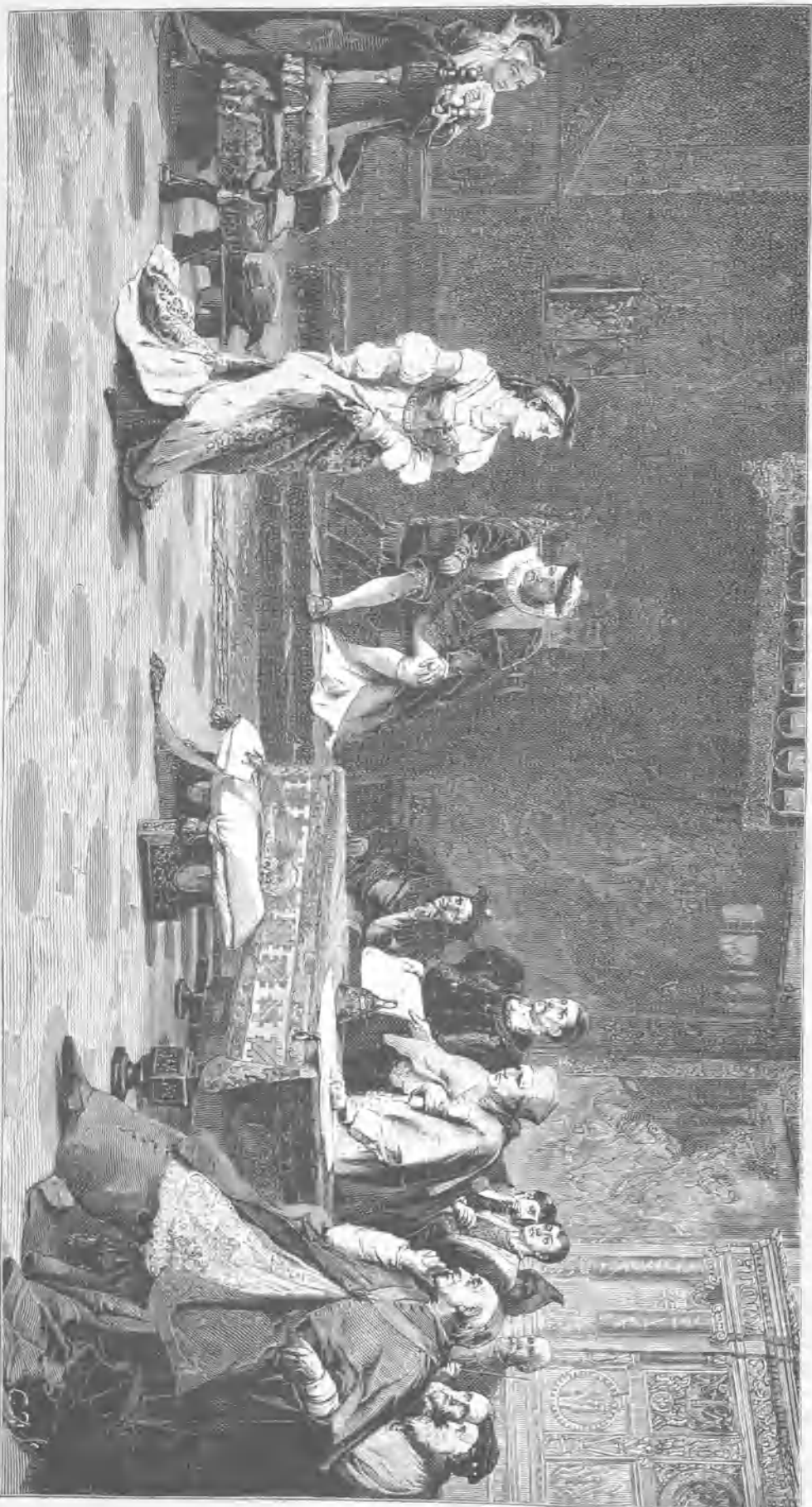
Del tronco de Bazan, doña María,

cuando áun sólo era el archiduque Rodolfo. ¡ Escasísimas mercedes para tan altos y superiores merecimientos! (1).

(1) Los restos mortales de Ercilla permanecieron enterrados en el convento de carmelitas de Ocaña, hasta que el ministro D. Manuel Ruiz Zorrilla, por decreto fecha 31 de Mayo de 1869, dispuso que se cumpliese la ley de las Cortes de 1837 acerca de la creación de un Panteón Nacional dedicado á honrar la memoria y conservar los restos mortales de los insignes hijos de la nación española. Elegiose, como sitio el más conveniente para tal objeto, el magnífico templo conocido con el nombre de San Francisco el Grande, y en su fachada principal se puso esta breve inscripción: *España á sus preclaros hijos.*

En la tarde del 20 de Junio del ya citado año de 1869 fueron conducidos en carrozas, adornadas con alegorías é inscripciones, al edificio que se designaba como Panteón Nacional, los restos mortales de Juan de Mens; D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, el *Gran Capitán*; D. Pedro Calderón de la Barca; Ambrosio de Morales; D. Alonso de Ercilla y Zúñiga; los arquitectos don

BELLAS ARTES.



PROCESO DE LA REINA CATALINA DE ARAGON, ESPOSA DE ENRIQUE VIII.

(Cuadro de Mr. Laslet J. Pont, presentado en la Exposition de la *Royal Academy* de Londres, en 1880.)

El retrato de Ercilla publicado en la colección de la Calografía nacional, que aquí se reproduce, es copia del que se hizo en 1585 para complacer á la casa imperial de Alemania, que deseaba que nuestro poeta figurase entre los españoles ilustres de aquella centuria; retrato al cual acompañaba un elogio del licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, mucho más rico en palabras y en alardes de erudi-

Venturo Rodríguez y D. Juan de Villameva; el *Justicia de Aragon*, D. Juan de Lanuza; D. Francisco de Quevedo y Villegas; el Almirante D. Federico Gravina, Garcí-Lasso de la Vega; el médico Andrés Laguna; el Marqués de la Ensenada, y el Capitán general Conde de Aranda. Depositados en la Iglesia de San Francisco los restos mortales de estos esclarecidos españoles, pasaron los meses y los años sin que los poderes públicos dispensaran nada de lo que era necesario para proporcionales decoroso enterramiento; y en vano el ilustrado publicista D. Angel Fernández de los Rios, que había tomado parte muy activa en la creación del Panteon Nacional, halló los medios fáciles y económicos que podían emplearse para llevar á cabo la comenzada obra de honrar la memoria de los hijos de España, cuyos altos merecimientos constituyen los más preciados tumbos de nuestra historia nacional.

La paralización del impulso que había producido la creación del Panteon Nacional ha tenido sus naturales consecuencias. Las corporaciones ó personas interesadas en la conservación de los venerados restos mortales, que yacían amontonados, si vivía la frase, en una capilla del templo de San Francisco, solicitaron y obtuvieron que se les devolviese lo que durante siglos habian conseguido salvar, aquí, en esta tierra de España, donde se han perdido las cenizas de Cervantes y de Lope de Vega, de Luis Vives y de D. Jorge Juan, y donde es lo probable que tambien se pierdan las de los grandes escritores del siglo presente, cuyas tumbas acaban de cerrarse ante nuestros ojos; que motivos hay para pensar así, recordando que *ciertos* escritores acompañaron el cadáver de la insigne poetisa Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, desde la casa donde falleció, calle de Ferraz, núm. 2, al cementerio donde fué enterrada; ¡ prueba de indiferencia que no necesita comentarios para que se comprenda toda su triste significación.

Como lamentable resultado de todo lo que acabamos de relatar, en los momentos que estas líneas escribimos (Julio de 1891) sólo resta del proyectado Panteon Nacional la inscripción en la fachada de San Francisco el Grande, antes mencionada, y un estante, como los que se usan para guardar libros, que se halla en una sala próxima á la sacristía de dicha Iglesia, dentro de cuyo estante, y á través de los cristales de sus puertecillas, se ven seis pequeñas cajas, en las cuales se hallan escritos los nombres de los poetas Quevedo, Garcí-Lasso y Juan de Mena; del *Justicia* Lanuza; del ministro Marqués de la Ensenada, y del general Conde de Aranda.

Los restos mortales de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga fueron entregados al regidor del Ayuntamiento de Ocaña, D. Vicente Dominguez y Garrido, accediendo á una solicitud de dicho Ayuntamiento, en el día 3 de Julio de 1877, y han yacido en el convento de carmelitas donde habian estado sepultados durante cerca de tres siglos.

Según nos ha escrito, en carta que tenemos á la vista, nuestro amigo el promotor fiscal del juzgado de Ocaña, D. Trinidad Lizama, la sepultura de Ercilla se está colocada á la derecha del altar mayor, en el presbitero, metida en la pared, á modo de nicho puesto debajo de lareja del coro bajo ó conculgatorio de las monjas, y tiene una lápida de color negro, en la cual se ve una cruz de Santiago, y debajo de esta cruz, dice el Sr. Lizama que se lee la siguiente inscripción:

Aquí yacen los restos mortales del señor don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Caballero del hábito de Santiago y gentil-hombre de cámara del emperador Carlos V. Lox de su hermano, Doña Maria Magdalena de Zúñiga, y los de su mujer, la señora Doña Maria Baza, fundadora, en el año de 1535, de este convento de San José, del Orden de Carmelitas descalzas, de esta villa de Ocaña. Falleció en Madrid, el 10 de Marzo de 1608.—R. I. P.

Sería de desear que desapareciese de esta lápida el error grave que en ella se cometió al decir que D. Alonso de Ercilla fué gentil-hombre de cámara del emperador Carlos V, puesto que, si bien es cierto que el autor de *La Araucana* afirmaba en los portales de este poema que era gentil-hombre de la Cámara de la Majestad del Emperador, ya hacia tiempo que Carlos I de España y V de Alemania había dejado de existir cuando Ercilla esto decía, y más podria ser gentil-hombre de un emperador difunto; pero éralo, en efecto, del emperador Rodolfo de Alemania; y, sin duda, poco satisfecho del olvido en que le tenían los dispensadores de sublimes mercedes, *prohiera* recordar los honores palaciegos que le habian concedido su tierra extranjera; á mencionar los honores de la misma clase que al monarca español Felipe II le había otorgado, nombrándole tambien gentil-hombre de su Real cámara.

ción que en acertados juicios acerca del ingenio y singular valia del autor de *La Araucana*.

Otro Cristóbal de Figueroa, el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, publicó en 1613 los *Hechos de D. Garcia Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*, en cuyo libro trató de manchar la fama de D. Alonso de Ercilla, sin conseguirlo ni por asomo, según puede verse demostrado en la biografía de Ercilla que precede á la edición de *La Araucana* publicada por D. Antonio de Sancha en 1776. Bien es cierto que achaque era de este buen doctor dejarse llevar por los vientos de su capricho, hasta el punto de querer disculpar los desatenciones cometidos por el cuarto Marqués de Cañete en las personas de los generales Aguirre y Villagran, y de usar, en cambio, toda la severidad de su juicio para censurar torpemente en su libro *El Pasajero* al inmortal autor de *El Quijote*, y procurar destruir la entonces nascente, y hoy universal fama, del gran autor dramático D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Antes de pasar á emitir nuestro juicio acerca del valor literario de *La Araucana*, no encontramos mejor terminación para estas noticias biográficas que copiar aquí algunos párrafos de los que el gran poeta Quintana, en su *Musa épica*, consagra á Ercilla, del cual dice lo siguiente:

«Jóven y bizarro, deseoso de ver países y de adquirir gloria, oye en Inglaterra que hay un levantamiento de indios en Chile, y se embarca para América á servir á su patria en aquella porfiada lucha. Cumple allí, á la verdad, con los deberes de militar y de español; pero contemplando las costumbres extrañas y curiosas, el carácter indomito y el valor heroico que presentan sus enemigos, se exalta su ingenio poético, y celebra en sus versos por la noche á los mismos que ha combatido por el dia. Movido del mismo impulso, trata á los esclavos que la suerte de las armas pone en su poder más como protector y amigo que como amo y vencedor; da libertad á Glaura y Carlolano; consuela á Tegualda y la entrega el cadáver de su esposo, muerto en un encuentro; defiende, no una vez sola, la vida del ferroz é implacable Galvarino áun de sus mismos furores; y ya que, por estar léjos, no puede salvar al fuerte Caupolicán del inexorable Reino, vierte á lo ménos lágrimas de dolor y admiración sobre su acerbo y doloroso castigo. Así, en medio de aquel campo en que solo se veia y oia la agitación de la independencia, los esfuerzos de la indignación y los gritos de la rabia de parte de los indios; y de los dominadores irritados, el orgullo de su fuerza, el desprecio á los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, el jóven poeta es el sólo que, con su conducta y sus versos, aparece como hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasión, y signifiendo las máximas de la equidad y de la justicia. Los hechos, pues, de Ercilla pertenecen á una categoría harto más respetable que la de *altos*, porque son magnánimos y benenos, y en este concepto ningún poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante.»

II.

Se censura en la actualidad, y se censura con justicia, que apenas un mozo imberbe, ó un varon barbado, publica un libro de versos, ó consigue que su nombre figure en los

carteles de anuncios de los teatros, cuando una turbamulta de complacientes amigos, ó de impresionables cronistas literarios, agotan el diccionario de las alabanzas, y si nuestro autor ensayó su ingenio en la poesía lírica, se dice que sus versos son dulces como los de Garcí-Lasso, grandiosos como los de Herrera, enérgicos como los de Quevedo, filosóficos como los de Rioja, armoniosos como los de Fray Luis de León, correctos como los de los Argensolas; en resumen, versos, ó mejor dicho, poesías tales y tan buenas, que le aseguran un puesto en el templo de la gloria al lado, ó por cima, que acerca de esto no están muy seguros los dichos amigos y cronistas, de Leopardi, Byron, Quintana, Lannartine, Alfredo de Musset y demas príncipes de la poesía lírica del siglo XIX. Y no digamos si por ventura acertó el novel autor á conseguir el aplauso del público en la representación de alguna obra dramática, que entónces, si la obra es un drama, ya es probado que en España ha nacido un poeta tan grande como el griego Sófocles ó el inglés Shakespeare, y desde luego muy superior á nuestro gongorino, desigual y poca respetuoso con la verdad histórica don Pedro Calderón de la Barca; y si la obra es comedia, claro es que Moratín, por su estrecho criterio neo-clásico, y Breton, por su falta de estudio del natural, son dos niños de teta comparados con el genio que acaba de entrárenos por los senderos de nuestro Parnaso, ó sea por las puertas de nuestras academias, ateneos y círculos más ó menos científicos y literarios. Exageraciones son éstas, en las cuales parece la justicia momentáneo eclipse, pues bien pronto se hace oír la severa voz de la verdad, y el improvisado genio baja rápidamente de las altas cumbres á que le elevaron sus euceniásticos admiradores, y viene á confundirse modestamente entre los simples mortales, y en ocasiones entre los mortales simples.

Y es el caso que la actual costumbre de prodigar encomios muy superiores á los merecimientos de los escritores tiene, en nuestra patria, antiguo abolengo y gran copia de autoridades con que pueden defenderse, ó disculparse al ménos, sus mayores y más visibles extravíos. Léase el canto de Caliope, el *Viaje al Parnaso* y el escrutinio de la librería de D. Quijote, y se verá cómo Cervántes, el gran Cervántes, en materia de ditirambos injustificados puede dar lecciones al mejor *confecionador de amistosos bombos* de los tiempos que hoy corren; y lo mismo sucede en el *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, donde, si exacto fuese lo que en sus páginas se dice, habría que convenir en que las naciones más cultas jamás habían abrigado en su seno tan gran número de prosistas *sobrehumanos* y poetas *divinos* como los que en España existían durante los reinados del tercero y cuarto de los Felipes de Austria.

Injusto, injustísimo sería condenar con la severidad que al parecer merecen las exageraciones euceniásticas de Cervántes y Lope de Vega, que aquí hemos hecho notar, porque las reglas de la moral absoluta, y á la moralidad literaria se refiere la cuestión de que aquí nos ocupamos, deben siempre contrastarse con las reglas que estatuyen los usos sociales, y el valor de las palabras cambia tanto ó más que el valor de los objetos en los contratos de compra y venta. En el siglo XVII, parece que, para calificar á los poetas, se usaba de la palabra *divino* casi con tanta frecuencia como ahora se usa de la calificación de *distinguido*; y acaso no

se faltaba á la verdad, ni en aquel entónces, ni ménos ahora, porque sarcásticamente suele decirse *¡divino!* cuando se oye algo no conforme con las reglas de la lógica, y distinguido puede ser un poeta, si por lo malo se distingue.

Después de todo lo que llevamos dicho en el asunto de que estamos tratando, se podrá ya saber sin gran asombro que en uno de los sonetos que se halla al frente de las antiguas ediciones de *La Araucana*, se dice que trataban de llegar á la cumbre del Parnaso, Homero y Virgilio primero, después el Ariosto y el Tasso, y más tarde Boscan, D. Diego Hurtado de Mendoza y Garcí-Lasso (¡qué mezcla!); pero dirigiéndose al autor de *La Araucana*, el versificador panegirista exclama:

Vas después de ellos, generoso Ercilla,
Y aunque en tiempo primero que vos fueron,
Pasas delante á todos fácilmente:
Apelo en verso tal se maravilla,
Y antes que á todos los que alla subieron
Con laurel se cite la sagrada frente.

En comparación de tan hiperbólica alabanza, humilde parece la calificación de *poeta divino* que Pedro de Oña otorga á Ercilla en su *Araucana domada*, y la afirmación de que el autor de *La Araucana* es el Homero hispano, que aparece en el *Comite de oradores* del aventajado discípulo del Brocense, Juan de Guzman.

La verdad es que, haciendo caso omiso del Dante, todo lo más que podría decirse, y aun quizá se nos tache de benévolo en demasía, es que Virgilio es el Homero italiano; Camoens el Virgilio ibérico, y Ercilla el Camoens castellano. Y aquí hemos resuelto ya de plano, al indicar que *La Araucana* es un poema épico, cierta cuestión en que andan muy discordes los críticos é historiadores de la literatura, que han tratado de puntualizar el género literario á que pertenece el famoso libro de D. Alonso de Ercilla.

Claro es que, para los que entienden que toda obra literaria escrita en verso es *obra poética*, y toda obra literaria escrita en prosa *no es obra poética*, la clasificación de *La Araucana* es sencillísima. Figúrenonos que toma en sus manos uno de estos críticos *formalistas*—si vale el adjetivo—la famosa obra de Ercilla; ve que está escrita en octavas reales desde la primera hasta la última página, cumpliéndose así la regla de los preceptistas que dicen que el poema épico debe escribirse en versos endecasílabos y sió cambiar el metro, que desde el principio debe elegirse; y que entre los pocos metros en que cabe realizar esta elección, el más apropiado para los asuntos heroicos es la octava real, puesto que el romance endecasílabo es poco artificioso, y el verso libre carece del encanto musical que tienen las combinaciones de la rima aconsonantada; y si, después de este exámen visual, el sabio se toma el trabajo de leer algunas páginas del libro, y halla en ellas descripciones de batallas, arugas altamente pensadas, y personajes históricos bellamente retratados, es seguro que nuestro crítico dirá que *La Araucana* es un poema épico, en que se cumplen las condiciones esenciales del género literario á que pertenece.

Pero es lo cierto que ya Cervántes decía, en 1505, que la poesía épica podía escribirse en prosa tan bien como en verso, y que el reputado historiador de Murcia, Francisco Cascales, en sus *Tablas poéticas*, publicadas en 1616, afirmaba,

apoyándose nada ménos que en la antigua y respetada autoridad de Aristóteles, que se puede ser autor de versos de todos generos, y, sin embargo, no ser poeta; y despues, por cuenta propia, decia: «Yo no excluyo los versos de la poesia, pero tampoco los hago tan sustanciales, que sin ellos no se pueda hacer el poema. Hay buena poesia sin verso.» Y más adelante, definiendo la épica, dice que este género de poesia «teje su tela, ó con medida en versos, en el heroico y bucólico poema, ó en un decir suelto, que comunmente se llama prosa.» Y confirmando esta definicion, afirma en otro lugar: «No piense nadie que el verso hace á la poesia, ni la prosa á la historia; porque la historia de Tito-Livio ó de Salustio, aunque se escribiese en verso, ni más ni ménos sería historia; y si la *Ilíada* de Homero se tradujese en prosa, ni más ni ménos sería poesia.» Y por último, al citar los ejemplos del género épico, al lado de *Los Lusíadas* «del divino Camoens lusitano», y del *Orlando furioso*, del Ariosto, y la *Jerusalén*, de Torcuato Tasso, pone varias novelas pastoriles, entre las cuales cita la *Diana*, de Jorge de Montemayor, y el *Pastor de Filida*, de Luis Galvez de Montalvo. Se ve, pues, que no es novedad germánica, ni singularidad paradójica, la afirmacion de que hay poesia en prosa, ni tampoco lo es la idea de considerar á las novelas como obras pertenecientes al género épico. Pero borrada la fácil distincion que se establece, diciendo que son obras poéticas las escritas en verso, y obras no poéticas las escritas en prosa; distincion que parece al principio una perogrullada—pase la palabreja—y al fin resulta que es absurda; borrada esta primitiva distincion, ¿cómo saber cuáles son las obras que, aun cuando escritas en verso, pertenecen á los géneros prosáicos, y las obras que, aun cuando escritas en prosa, pertenecen á los géneros poéticos? ¿Cómo averiguar, viniendo al asunto en que ahora nos ocupamos, si *La Araucana*, á pesar de estar escrita en las clásicas octavas reales, es sólo una historia rimada, segun sostiene D. Antonio Ferrer del Río (obra varias veces citada) (1), ó si es un excelente poema,

segun han dicho sus panegiristas Cervantes, Vicente Espinel, Juan de Guzman, Jimenez Paton, el abate Lampillas, Andres Escoto, Lopez de Sedano, Masden y otros muchos escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII?

Si se acepta como verdad que poesia es la expresion de la belleza por medio de la palabra, serán obras poéticas todas aquellas cuyo carácter predominante es la belleza, ya la belleza se halle expresada en verso, como en *Los Lusíadas* de Camoens, ó ya en prosa, como en *El Quijote* de Cervantes.

Cierto es que D. Alonso de Ercilla dice en el prólogo de la primera parte de *La Araucana* que sólo pretende escribir la historia de las empresas militares á que habia dado lugar la conquista de Arauco; cierto es que su veracidad, nunca desmentida, ha hecho que su libro sea considerado como documento digno de crédito, en el cual se han apoyado frecuentemente los historiadores de Chile; pero tambien es cierto que, como dice Quintana en su *Musa épica*, «*La Araucana* es, de todos nuestros grandes poemas, el único que goza de alguna reputacion europea»; y esto es así porque, aun cuando la obra de Ercilla, ni alcanza, ni podia alcanzar las proporciones de la epopeya, dado que jamas su autor aspiró á tanto, es, sin embargo, el héroe de nuestros poemas históricos que por la grandeza de los hechos en sus páginas relatados, y por la forma de relatarlos, traspasa los límites de vulgar historia, y parece oírse á veces la voz del poeta que exclama, repitiendo las palabras de Camoens:

La verdad que en conto, non es pura,
Venec toda grandiloqua uscriptura.

En el siglo próximo pasado. Federico Schlegel en Alemania; Voltaire en Francia; Hugo Blair, y más determinadamente Hayley en Inglaterra; y en nuestra patria el juicioso traductor de los *Principios filosóficos de la literatura*, de Mr. Batteux, D. Agustín García Arrieta, pusieron en punto de evidencia los merecimientos de Ercilla para ocupar el primer puesto entre los poetas épicos castellanos; y esta opinion ha sido seguida por todos los más principales escritores que en el presente siglo se han ocupado de la historia de la literatura española, segun puede verse en las obras de Ticknor, Gil de Zárate, Fernandez Espino, Alcántara García y otras varias que fuera prolijo enumerar.

En ley de justicia, aun cuando, como castellanos, no como españoles, padezca algo nuestro amor propio, háy que confesar que *Los Lusíadas* es el poema heroico de la gente ibérica; pero despues de Luis de Camoens hay que citar á nuestro D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, como el más insigne de los poetas épicos peninsulares; porque ni la leyenda mística del capitán Cristóbal de Virrís, ni el desordenado, aunque á las veces altamente inspirado, poema de Valbuena, pueden privar á *La Araucana* de la primacía que por tradicional derecho ocupa entre los poemas épicos escritos en lengua castellana. Algun crítico quiere conceder esta pri-

(1) El célebre escritor J. D. L. Simonde de Sismondi, en su libro intitulado *De la literatura de todo el mundo* (Paris, 1818), participa de la misma opinion que el Sr. Ferrer del Río, y dice que *La Araucana* es evidentemente una poesia rimada. Quiso Sismondi de Sismondi para compensar la sobra de exactitud que tan conatable le parecia en el libro de Ercilla, procuró que su historia tuviese algo de novela, y tomando al pie de la letra el verso que se halla en el final de la tercera y última parte de *La Araucana*, donde el autor de esta *guirra rimada* dice que vivia en la miseria, afirmó en el tomo II, página 440 de su ya citada obra histórico-crítica, que Ercilla *dans ses voyages, pendant lesquels il ajouta une troisième partie à son poème. Il dissipa le reste de sa fortune; et il éprouva, en voyant en foy, les souffrances de la pauvreté* situación que ósea completamente de exactitud, puesto que las disposiciones testamentarias del autor de *La Araucana*, que se conservan con la debida legalización, demuestran y ponen en punto de evidencia que D. Alonso de Ercilla poseía bienes de fortuna en cantidad suficiente para vivir con la holgura y el decoro que requerian su noble cuna y la no ménos ilustre progenia de su mujer, doña María de Bazán.

Tambien con arrogio á este sistema de escribir novela en forma de historia imitada Sismondi, cuando pintó á Ercilla recorriendo extrañas tierras en busca de los recursos necesarios para atender á su subsistencia y á la de su familia; porque si no existiera el testamento que por completo destruye tan peregrina especie, aun se podria presentar otra prueba en pro de que nuestro D. Alonso en los últimos años de su vida no usara atormentado por los privaciones que la pobreza impone, recordando que su vida pudo hacer los gastos, si no excesiua impudencia, que requerian la fundacion del convento de monjas carmelitas de Ocaña, á cuyo convento hizo trasladar los restos mor-

tales de su marido, cuando sólo habia pasado un año, poco más ó ménos, desde la fecha de su fallecimiento.

Entre escribir poemas que parecian fábula, nos parece que la primera es literariamente ménos malo y moralmente mucho mejor que lo segundo; pero acaso no pensaba así el autor *De la literatura de todo el mundo*; acaso creia Sismondi de Sismondi que toda historia debe tener algo de novela, ya que toda novela suele tener algo, y aun algo, de historia.

toacia á un poema burlesco, *La Mosquera*, de Villaviciosa; pero para que una obra de carácter crítico, como el que revisten los poemas heroi-cómicos, los exclusivamente cómicos y los satíricos, pueda competir con las creaciones estéticas fundadas en pensamientos afirmativos, es necesario que su concepción artística encierre la singular belleza y profunda trascendencia de que se halla acabado modelo en el inmortal *Quijote*, del inmortal Cervantes. No alcanza el poema burlesco de Villaviciosa, aunque por muchos conceptos estimable, las altas dotes que requiere la negación de la crítica, para contrarrestar las afirmaciones de la humanidad en su manifestación histórica; y sólo consiguiendo esto, y quizá sólo Cervantes lo ha conseguido, es cuando la obra individual del crítico aparece con toda la grandeza de esas creaciones épicas, más colectivas que individuales, que, si son populares exclusivamente, se llaman el *Romanero del Cid* y los *Nibelungen*; si son artístico-populares, el *Ramayana* y la *Iliada*, y si son exclusivamente artísticas, la *Enéida* y *Los Lusitadas*; y en grado inferior, aunque áun estimables, la *Farsalia*, la *Enriqueida* y nuestra *Araucana*.

Analizar las excelencias que avaloran y los defectos que deslustran las páginas del poema de Ercilla, sería tarea más larga que lo que la actual ocasion consiente; y por lo tanto, nos limitaremos á indicar que en *La Araucana* su argumento es digno del poema histórico; que dignos son de eterno y poético recuerdo las hazañas de los conquistadores españoles y de los guerreros americanos que en Arauco, como en otros muchos sitios, regaron con su sangre las tierras descubiertas por el genio de Colón, y que su estilo, sus versos, sin ser inmejorables, reúnen condiciones de fluidez y sonoridad, que acreditan á su autor de fácil y elegante poeta. Entrando en detalles, habría que recordar que Voltaire ha sostenido que la arenga que Ercilla pone en boca de Colocolo es superior á la que, en ocasion semejante, pone Homero en boca de Nestor; y que D. Agustín García Arrieta, en uno de los apéndices á la traducción del Batailleux, ántes citada, hace notar las bellezas de algunos otros pasajes de *La Araucana*, entre ellos la descripción de la batalla de Lepanto, de la cual copia gran parte, diciendo luego: «Dudo que se pueda señalar en ninguno de los poemas épicos modernos, y áun en los antiguos, una pintura más acabada y expresada con más fuerza y valentía que la que nos ofrece este cuadro de Ercilla.» Por último, para no amontonar más citas, don Antonio Gil de Zárate, en su *Manual de Literatura*, alaba bastante á Ercilla; dice que describe admirablemente las batallas, y sostiene que el discurso del príncipe de Valdivia es más enérgico y poético que el de Colocolo, tan encomiado por Voltaire.

Al tratar de los defectos de *La Araucana*, el que mayormente se nota es la falta de un héroe que sea como el centro de unidad, alrededor del cual giren todos los personajes y sucesos que en el poema aparecen; falta es ésta que igualmente se nota en *Los Lusitadas*; y para explicarla se recurre en ambos casos á suposiciones muy semejantes, puesto que se dice que Ercilla no hizo un Aquiles del general bajo cuyos órdenes peleó, á causa de hallarse ofendido con el conde Marqués de Cañete, por haberle retenido en larga prision y condenado á muerte sin más delito

que haber puesto mano á la espada en una contienda personal; y de un modo semejante se intenta dar la razon de que Vasco de Gama no sea el héroe de *Los Lusitadas*, diciendo que Camoens estaba resentido con los Condes de Vidigueira, que eran los descendientes del intrépido navegante; pero nosotros entendemos que jamas deben echarse á mala parte los motivos que producen las acciones humanas, si estos motivos son desconocidos, y si cabe explicar el hecho de que se trata como fundado en generosos móviles. En el caso presente, por ejemplo, parécenos que Camoens pensó que el héroe de su poema debía ser, no una persona, sino una colectividad, el pueblo portuguez, y así se indica desde el título de su obra: *Os Lusitadas*, los portuguezes; y del mismo modo Ercilla entendió que, al describir las guerras de Arauco, el héroe de esta empresa no era el general que la mandaba, mozo de pocos años, que cuando ejercía el supremo mando pareció que no daba gran importancia á mandar cortar de vez en cuando alguna ó algunas cabezas de sus soldados ó de sus súbditos, segun ya hemos visto, y á juzgar tambien por algunas frases de su panegirista Suarez de Figueroa; Ercilla entendió que los guerreros españoles que combatían en defensa de la honra de su patria en los pedregosos campos de Arauco eran los únicos héroes dignos de ser cantados en poético estilo y de constituir el héroe colectivo, digámoslo así, de su histórico poema.

El defecto capital de *La Araucana* consiste en su demasiada extension, y en la falta de artístico enlace entre las varias partes de que este poema se compone. Bastáronle á Camoens diez cantos para presentar en bellissimo resumen, no sólo todo lo que de más glorioso presenta la historia de Portugal, si que tambien algo de lo que constituía el ideal histórico de los dos pueblos ibéricos al comenzar la edad moderna; y Ercilla, en treinta y siete cantos, no consigue presentar el cuadro completo de las guerras de Arauco; lo cual demuestra que escribió su poema sin sujetarse, ó sin formar el plan general que debe preceder á la creacion de toda obra poética.

Hora es de terminar este rápido bosquejo de la vida de Ercilla y rapidísimo exámen de su famosa *Araucana*. Con más tiempo y mayor espacio del que hemos contado en la ocasion presente, hubiéramos intentado escribir una meditada monografía acerca de Ercilla y de su poema, porque el escrito del Sr. Ferrer del Rio, en que parece se trata de realizar esta empresa, en cuanto á noticias biográficas, añade muy pocas á las que se hallan en la vida de Ercilla que precede á la edición de *La Araucana* publicada por don Antonio de Sanchez en 1776; y en cuanto á sus apreciaciones crítico-literarias, nos parecen deficientes las más ó inexactas no pocas. Baste lo que someramente dejamos indicado en estos apuntes biográficos y críticos, pues acaso nos engañe nuestro buen deseo y carezcamos de las dotes necesarias para dar cima á la empresa de presentar en aninado cuadro la vida de Ercilla y el desenvolvimiento de su concepción poética; empresa que desearíamos ver realizada por pluma mejor cortada que la nuestra, para honra de las letras españolas y justo tributo de público aplauso á los altos merecimientos del valeroso caballero, verídico narrador y notable poeta épico D. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

LUIS VILART.

MADRID, 26 de Julio de 1881.



EL AÑO CAMPESTRE.

AL GRAN POETA ZORRILLA.

I.

¡Ya en el alto campanario
vuelve á anidar la cigüeña,
ya florecen los almendros,
ya viene la primavera!

En vez de anunciar borrasca
en bandadas las cornejas,

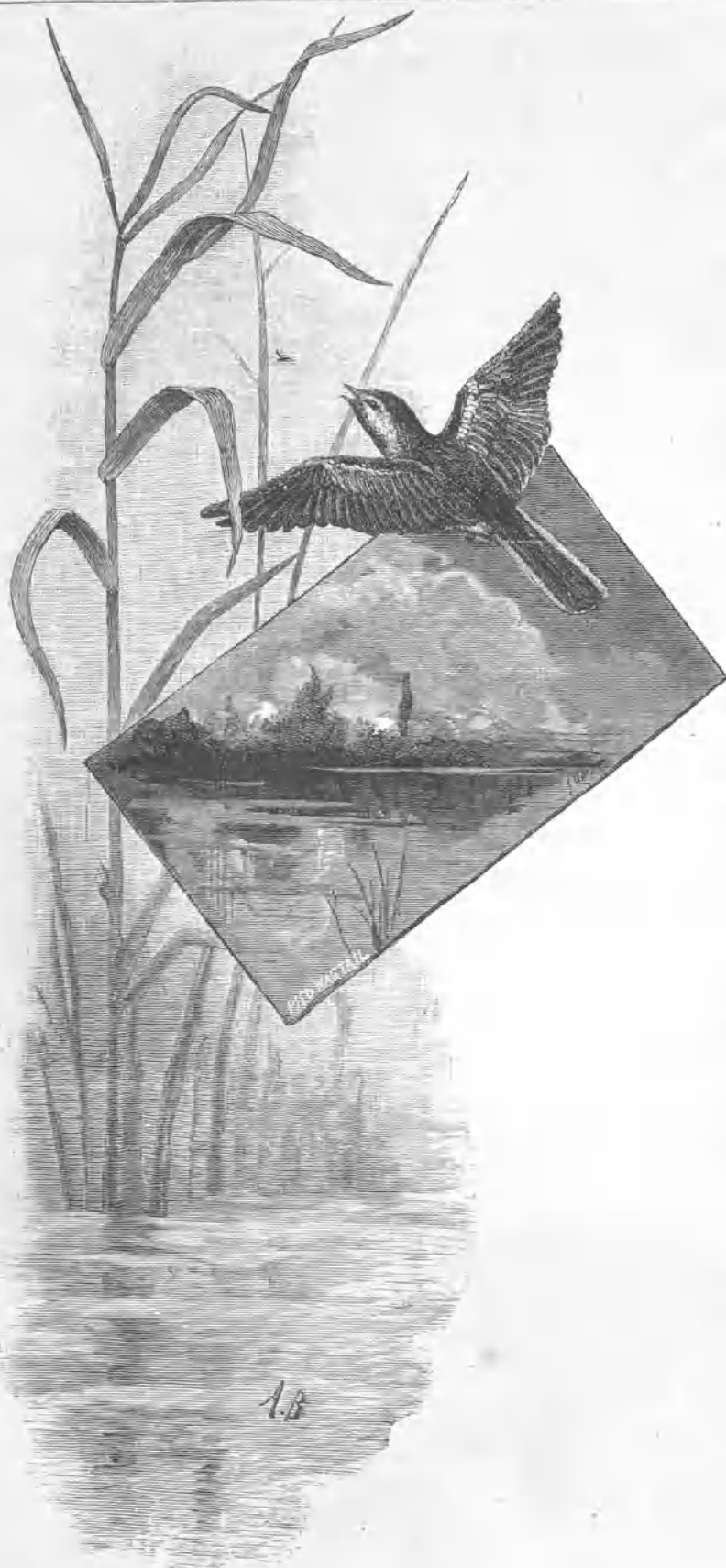
ó los grajos chilladores
revolcándose en la arena,
pinzones y pitirrojitos
el soto y el bosque alegran,
y alondras y cogujadas,
los surcos y las veredas.

De césped se viste el prado;
las acacias, de hoja nueva;
en las tablas de los huertos
pinta y madura la fresa,
y el follaje crece y borra
en la montaña las sendas
que en forma de laberinto
trazaron cubras y ovejas.

Celoso bebe los vientos
el toro, bula y berrea,
y establo y redil trascienden
del rico almizelo á la esencia.

Cual los pájaros de pluma,
cambia de piel la culebra;
salen al sol los lagartos
de debajo de las piedras,
y del tronco de la encina,
las solícitas abejas
á libar en el tomillo,
el romero y la alhucema.





De tajo en rambla y vertiente
 el arroyo se despeña,
 hecho espuma, caminando
 entre floridas adelfas,
 y en su curso detenido
 por juncales y mimbreras,
 se remansa en la laguna
 donde las garzas invernan.

Todo á la vida renace :
 en planta el gérmen se trueca,
 el fiero huracan en brisa,
 en hojas y en flor la yema,
 y en mariposa, que el iris
 pintado en las alas lleva,
 la oscura larva que ha roto
 su blanda cárcel de seda.

Amanece ; ya lo anuncian,
 poniendo al rústico en vela,
 los arpegios de la alondra,
 que se remonta á la esfera,
 y los cánticos del gallo,
 que escarba, que picotea,
 y que en el húmedo suelo
 va, al andar, sembrando estrellas.

Para saludar al alba,
 del tendadero en las cuerdas
 se juntan las golondrinas,
 formando una cinta negra.

El ganado se rebulle,
 cencerros y esquilas suenan,
 y rompe en toque de *gracias*
 la campana de la aldea.

Echando el yugo á los bueyes,
 el rudo gañan bosteza,
 y al barbecho se encamina,
 alzada en alto la esteva,

ó bien, al hombro la alforja
 y el escardillo en la diestra,
 á arrancar va la eizaña
 que trata de ahogar la siembra.

El aura, que de los montes
 descende, de aromas llena,
 y tibia como el aliento
 de un niño que se despierta,
 al correr va disipando
 el pabellon de la niebla
 y bebiéndose el rocío
 en las puntas de las hierbas.

Al fin, en Oriente, el cielo
 un horno ardiendo semeja ;
 sale el sol, dora las cumbres,
 álzase, baña la tierra,
 y en el remoto Occidente,
 como otro sol reverberan
 los azulejos que visten
 la cúpula de la iglesia.

El lentisco y la retama
 en el ancho hogar se quemán,

precipitándose en ondas
el humo en la chimenea;
y las mujeres, en tanto
que la sopa á hervir comienza,
al aire brazos y cuello
y desatadas las trenzas,

se lavan junto á los pozos
en la cuba de agua fresca,
al sol y al viento dejando
que enjuguen su tez morena.

En los patios y corrales
desnudos los niños juegan,
trocando en canal un charco
ó haciendo casas de arena,
y cercados de gallinas,
que las migajas esperan,
del pan moreno que comen,
tan duro como una piedra.

En las horas de trabajo
la paz en el suelo reina,
y las aves enmudecen,
ocultas en la maleza.

Sólo se escucha en los campos
el rodar de la carreta,
el rechinar de la noria
y el golpe de la herramienta,

ó los trémulos balidos
de alguna perdida oveja
que corre hácia la cañada
donde el pastor apacienta.

Pero ya viene la tarde,
y el regocijo con ella,
y el hombre el sudor enjuga
con que fecunda la tierra.

Silba el mirlo en los frutales,
la perdiz canta en la breña,
y el jilguero y la calandria
en los sotos y alamedas.

El perro, que todo el día
estuvo de centinela
guardando el hato, retoza
y caza al ir á la aldea.

Tornan del monte las cabras,
hinchado el vientre de hierba,
y arrastrando por el suelo
las ubres, de leche llenas.

En su hogar los campesinos
hallan dispuesta la cena,
y los pastores, servida
la cuajada en hojas frescas;
y apénas el sol oculto,
á blando sueño se entregan,
no turbado por el grito
de la pasión ni la pena.

Y cuando en hondo silencio
el mundo sumido queda,
y la luna lentamente
hácia la altura se eleva,

los ruiseñores entonan
sus trinos en la ribera,

llenando los corazones
de dulcísima tristeza.

II.

¡Cuánta hermosura en la tierra!
Parece el prado un vivero;
las rocas están vestidas
de la felpa del helecho,

y las mieses, ya espigadas,
cuando las inclina el viento,
ocultan, formando un toldo,
de las hazas los linderos.

Vense bardales y tapias
de enredaderas cubiertos,
de amapolas los sembrados,
de juncias los arroyuelos;
y para colmo de vida,
crecen cardos en los yermos,
y malvas y jaramagos
en las calles y los techos.

A los perfumes silvestres
que en los campos toma el céfiro
del toronjil y el mastranto,
del hinojo y el cantueso,
se juntan los de la albahaca,
el azahar y el espliego,
que embalsaman el ambiente
de los jardines y huertos.

Ya tusadas crin y cola,
grabado en el anca el hierro,
y en brillante pelo corto
trocado el sucio de Enero,
el potro, cual si sintiera
hervir en sus venas fuego,
resopla, piafa, relincha
y ensaya en correr sus remos.

El rico vellón de lana
entrega el manso cordero,
y tábanos zumbadores
persiguen á los becerros,
que parten, perdido el tino,
hijadeando y mugiendo,
en busca del valle umbroso
donde está el abrevadero.

Madura el albaricoque,
más fino que el terciopelo;
pica el gorrion en la breva,
que de miel guarda un venero,
y la mazorca, que agita
un penacho como un yelmo,
sus tocas pajizas abre,
mostrando el grano bermejo.

Pasa el rústico la noche
los melonares cubriendo
con paja, para librarlos
del influjo del sereno,
y frente á las madrigueras,
el arma al brazo, en acecho

de los topos y lirones,
para su daño despiertos.

Mas pronto la escena cambia:
derrama el sol vivo fuego,
y como al salir de un horno,
abrasa y sofoca el viento,
que lleva sobre sus alas,
en vez de aromas, suspenso
el polvo de los terrones
que el calor va deshaciendo.

En pedregal se convierte,
ó en banco de arena, el lecho
del arroyo, que era un rio
sin vado alguno en invierno.

De la aurora los fulgores
tiñen de rojo sangriento
la bruma caliginosa
que se levanta del suelo,

semejante á la abrasada
humareda de un incendio,
y se alza el sol, y se aspira
la atmósfera del desierto.

Entónces, debajo de otro
la testuz guarda el carnero,
la yeguada se mosquea,
juntándose en corro estrecho,
y la perdiz y la alondra
están, con el pico abierto
y con las alas caídas,
á la sombra de los setos.

Tan sólo el calor resisten
los zumbadores insectos,
cuyas corazas de oro
despiden vivos reflejos;

las tórtolas, que, escudadas
por el pabellon espeso

de los pinos, siempre verdes,
de uno en otro van gimiendo,
y las cigarras ventrudas,
que redoblan su concierto,
saltando á la espiga seca,
que se desgrana á su peso.

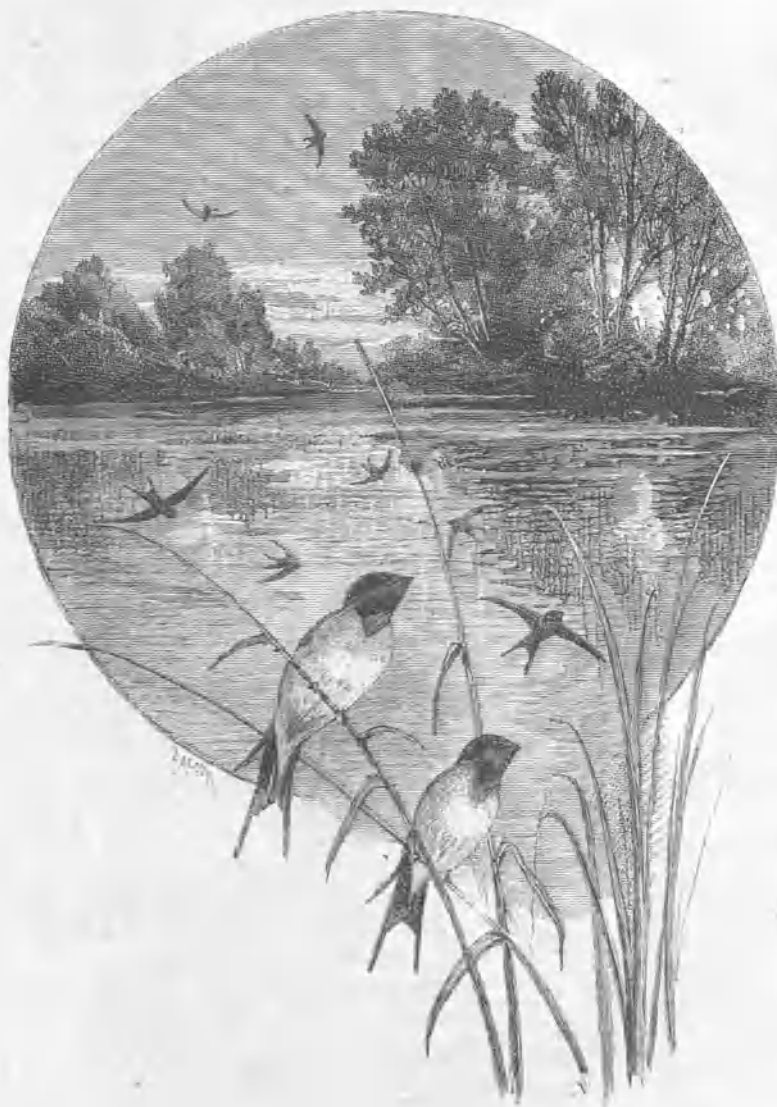
¡Infeliz del campesino
que, sudando, sin aliento
y abrasadas las espaldas,
va por los valles y oteros
el trigo rubio segando,
que, convertido en pan tierno,
en manos del poderoso
ha de ver, quizás hambriento!

Pero el triste, con su sino
resignado y satisfecho,
apénas si pára mientes
en el dia venidero,
y duerme sobre la hacina
tranquilo, miéntras su dueño
quizás procura y no logra
cerrar sus ojos despiertos.

Cuando repara en que apénas
proyecta sombra su cuerpo,
¡con qué placer deja el tajo,
y en el parral, á cubierto,
bebe á chorro en el bótijo,
aliña el gazpacho fresco,
ó abre la roja sandía,
que cruje bajo sus dedos!

Y cuando llega la noche,
¡qué bullicio, qué contento
en las parvas de las eras,
que sirven de mesa y lecho!

Hasta el capataz se olvida
de su alto rango y empleo,
y en vez de acallar la zambra,
alegre baila en el ruedo
con alguna escogedora
de buen talle y ojos negros,
que de amapolas y espigas
ordó su rostro moreno.





COMISIONES ESCOLARES DE LAS UNIVERSIDADES DE SALAMANCA Y COIMBRA, QUE ASISTIERON A LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE CALDERON. — (De fotografía.)

Aquí un mozo enamorado
 está á solas y en silencio
 ensartando arboleras
 para aquella que ve en sueños;
 allá las espigadoras
 van buscando por los setos
 luciérnagas encendidas
 para adornar sus cabellos,
 y allá, en la vereda, se oyen
 los cantos del pasajero,
 que, más que-canto, parecen
 gemidos que lleva el viento.

Mas bien pronto no se escucha
 otro rumor en el suelo
 que el del grillo, que ha tomado
 de las cigarras el puesto.

Entónces, de las estrellas
 á los fugaces reflejos,
 responden nubes lejanas,
 ocultas tras de los cerros,
 con súbitos fusilazos,
 que encienden de grana el cielo,
 y que anuncian otro día
 de más calor que el ya muerto.

III.

Ya la Virgen de Setiembre,
 tan hermosa con sus galas,
 cual si del cielo con ellas
 bajado hubiese á las andas,
 en procesion sale al campo,
 entre vítores y salvas,
 y disparos de cohetes
 y repiques de campanas.

No lleva la faz llorosa
 de una madre atribulada,
 sino la alegre y risueña
 de los hijos que la aclaman,
 y por joyel en el peto,
 que reluce como un ascua,
 un haz de espigas atado
 con el cairel de una parra.

A ella debe el campesino
 tener las trojes colmadas,
 y abiertos para llenarse
 el lagar y la almazara;
 pues ella vertió el rocío
 y apaciguó las borrascas,
 y el valle llenó de mieses
 y de pasto las montañas.

¡Oh, con cuánto afan espera
 el rústico, que trabaja
 sin descanso el año entero,
 la alegre *sanniquelada!*

Todo es entónces riqueza
 y contento y algazara:
 se ferian los animales
 y utensilios de labranza;

no queda en el pueblo moza
 que no luzca nueva saya,
 ni zagal que sin dinero
 lleve la bolsa en la faja;
 hasta el misero mendigo
 con pan blanco se regala;
 se cumple el arrendamiento,
 los pastores se contratan,
 se reponen los ajuares,
 se socorren las desgracias
 y se arreglan los litigios
 y los amantes se casan.

Mas poco la huelga dura,
 pues ya las aves de entrada
 anuncian el dulce riego
 de las otoñales aguas;

y si bien ardió el rastrojo
 que abona la tierra exhausta,
 y para el invierno crudo
 almacenóse la paja,

áun las colmenas incitan
 al castrador con su carga,
 y revientan en el árbol
 las encendidas granadas,
 áun los peros y membrillos
 engordan bebiendo savia,
 y el melocoton se viste
 de sedosa felpa blanca,

y áun la cepa sus sarmientos
 por el suelo desparrama,
 rendida á la pesadumbre
 de las uvas apretadas.

Sopla el vendaval, trayendo
 de vapor ligeras gasas,
 que se ennegrecen al cabo
 en la altura condensadas,
 y, tendidas como un toldo
 que en los cerros se apoyara,
 rompen en lluvia copiosa,
 que el suelo bebe con ansia.

A los vientos sofocantes
 suceden brisas templadas;
 á las noches de rocío
 las de fresquisima escarcha,
 y la fuente enriquecida
 vuelve á dar en la cañada,
 el arroyo en la laguna,
 y en la laguna las garzas.

La codorniz deja el surco,
 la espesura la calandria,
 y la alegre golondrina
 el techo de las cabañas;
 pero, en cambio, cada tarde,
 de estorninos nueva banda,
 que el horizonte oscurece,
 descende como una plaga
 sobre la rica aceituna,
 que se ennegrece y ablanda,
 y el racimo generoso
 que se mostea en la parra.

Viene la alegre vendimia,
de pámpanos coronada;
por el lagar rueda el mosto,
y el vino por las gargantas;
poniendo digno remate
á tanto jolgorio y zambra,
la noche en que se celebra
la fiesta de la abundancia.
¡Noche de Todos los Santos,
que llega siempre colmada



de frutos y de venturas
para mozos y zagalas!

Este rapaz come almendras
y piñones y avellanas;
aquél pone en el rescoldo
un puñado de castañas;

uno aquí con pan de higos
y con nueces se regala,
otro allá monda gozoso
el membrillo y la granada;

y, en tanto, da entre los hombres
vueltas y vueltas la jarra,
y con arrope y compota
las mujeres se empalagan.

Mas ¡ay! que la alegre fiesta
viene á turbar la campana,
pidiendo triste á los vivos,
para los muertos, plegarias,

y á la voz de este conjuro
parece que se derrama
el hálito de la muerte
por la tierra y por las almas.

Todo verdor se concluye,
las aves parleras callan,
el arroyo se congela
y el sol sus rayos apaga.

Se rinde el lirón al sueño,
la hormiga sus trojes tapia,
y mueren las mariposas,
envolviéndose en sus alas.

Sin pasto el monte, en las pitas
los bueyes el hambre sacian,
y madroños y lentiscos
van despuntando las cabras.

El árbol queda sin fruto,
y el huracan, cuando pasa,
con los nidos áun calientes,
las secas hojas le arranca.

Lo que áun con vida persiste,
de muerte y tristeza habla;
lo mismo el cipres, que erguido
á los cielos se levanta,

que la hiedra, que en los muros
desmoronados arraiga,
y el sauce lloron, que cubre
los sepulcros con sus ramas.

Y cuando muere la tarde,
y el sol de amarillas franjas,
como á un paño mortuorio,
adorna las nubes pardas,

en vez de los dulces cantos
del ruiseñor á su amada,
se oye el silbo del mochuelo
en la torre solitaria.

IV.

Ya el pastor con el pellico,
que del hielo le preserva,
desde léjos se confunde
con sus lanudas ovejas,

y vuelve al redil trayendo
las tiernas crias á cuestras,
perseguido de las madres,
que se empinan para verlas.

Marchan detras del arado,
que abre el seno de la tierra,
las aves beneficiosas
que de insectos se alimentan,

y la plaga de trigueros,
cogujadas y terreras,
que se come la semilla
á medida que se siembra,

y que cantando se burla
del labrador que la oca
ó la espanta, convirtiendo
su roja faja en bandera.

El vapor que por las noches
 en los vidrios se condensa,
 y en lágrimas se deshace
 cuando el sol sube á la esfera,
 dice al rústico del llano
 que ya en la montaña nieva,
 que el invierno será crudo
 y hay que atestar la leñera,
 confirmándolo la nube
 de aves frías y cercetas,
 chorlitos y alcaravanes
 que de extraños climas llega.

Pero no todo es motivo
 de abatimiento y tristeza.
 En el corral gruñe atado,
 pudiendo moverse apénas,
 el gordo lechon, que estuvo
 há poco de montanera,
 y que llenará muy luégo
 de regalos la despensa;
 en la almazara prosigue
 sin descanso la molienda,
 y el alpechin va corriendo
 por las calles de la aldea;
 y ya mozos y zagalas
 componen, compran y aprestan
 almireces y zambombas,
 guitarras y panderetas.

Y cuando al fin luce el día
 alegre de Noche-buena,
 los muchachos en arrobo
 el nacimiento contemplan,
 que arreglaron las mujeres,
 colocando en una mesa
 verdes matas de lentisco
 sobre un puñado de arena.
 Y allí los tres Reyes Magos
 caminando tras la estrella,
 sobre arroyuelos de vidrio
 y montañas de madera,
 y en el fondo, con la Virgen,
 el niño Jesus, y cerca
 la mula y el buey de barro,
 que al resoplar le calientan.

Viene la noche: ¿qué importa
 que truene, granice ó llueva?
 Toca á la misa del Gallo
 la campana de la iglesia,
 entónase el villancico,
 repican las castañuelas,
 el ronco tambor redobla
 y el órgano trompeta.

Al volver ya está servida
 la rica sopa de almendras
 y escanciado el vino añejo,
 que con su aroma marea.

En las mismas gañanías
 la Navidad se celebra
 con migas y con madroños
 en vez de pavo y jalea;

y hay tal bullicio en las casas,
 que las aves se despiertan
 y unen su voz al concierto
 de júbilo de la tierra.

Mas cuanto en torno se mira
 es señal de lluvia cierta:
 el círculo blanquecino
 que el disco lunar encierra,
 el gato que maya y brinca,
 la sal que en agua se trueca,
 el hollín que se desprende,
 la torcida que chispea,
 y el graznido de las grullas,
 que, al extender la cabeza
 al par que el tarso y el ala,
 parecen cruces que vuelan.

Y tan tenaz es la lluvia,
 que se hunde en fango la reja,
 y el buey se queda atollado
 hasta en las mismas veredas.

Hecho torrente el arroyo,
 en cascadas se despeña,
 se sale de madre el río,
 y la campiña se anega.

Entónces ¡ay! se suspenden
 en el campo las faenas,
 y los pobres que tan sólo
 con un triste jornal cuentan,
 acosados por el hambre,
 mendigan de puerta en puerta,
 en las horas de la noche,
 para ocultar su vergüenza.

¡Con qué afán es acogido
 el solano que dispersa
 los nubarrones oscuros
 y el suelo encharcado seca!

Brota entónces la simiente,
 la laguna se deshíela,
 y vuelve con el trabajo
 el regocijo á la tierra.

Ya el alivio de la cuadra
 no necesita la yegua,
 ni la vaca el del establo,
 ni el del aprisco la oveja;
 pues vigorosa en el monte
 ha retoñado la hierba,
 y el rigor de la alborada
 el rocío no congela.

Al rayo de sol que lucha
 por desvanecer la niebla,
 el viento de la montaña
 en las llanuras se temple,
 y desentume al insecto,
 el suelo mojado orea,
 hace circular la savia,
 y los gérmenes despierta.

Dice, al correr, el arroyo
 que arrastra nieve deshecha,
 en los árboles tempranos
 apuntan rojas las yemas,

algunos pálidos lirios
florecen en la pradera,
y se aventura el enjambre
á salir de la colmena.

A poco en el campanario
la zanquilarga cigüeña,
con un reptil en el pico,
ruidosa castañetea;
de flor se viste el almendro.

empurpúrase la fresa,
y al aire da su perfume
regalado la violeta,
hasta que al fin aparece
la golondrina, y con ella
el regocijo, las flores,
la vida, la primavera.

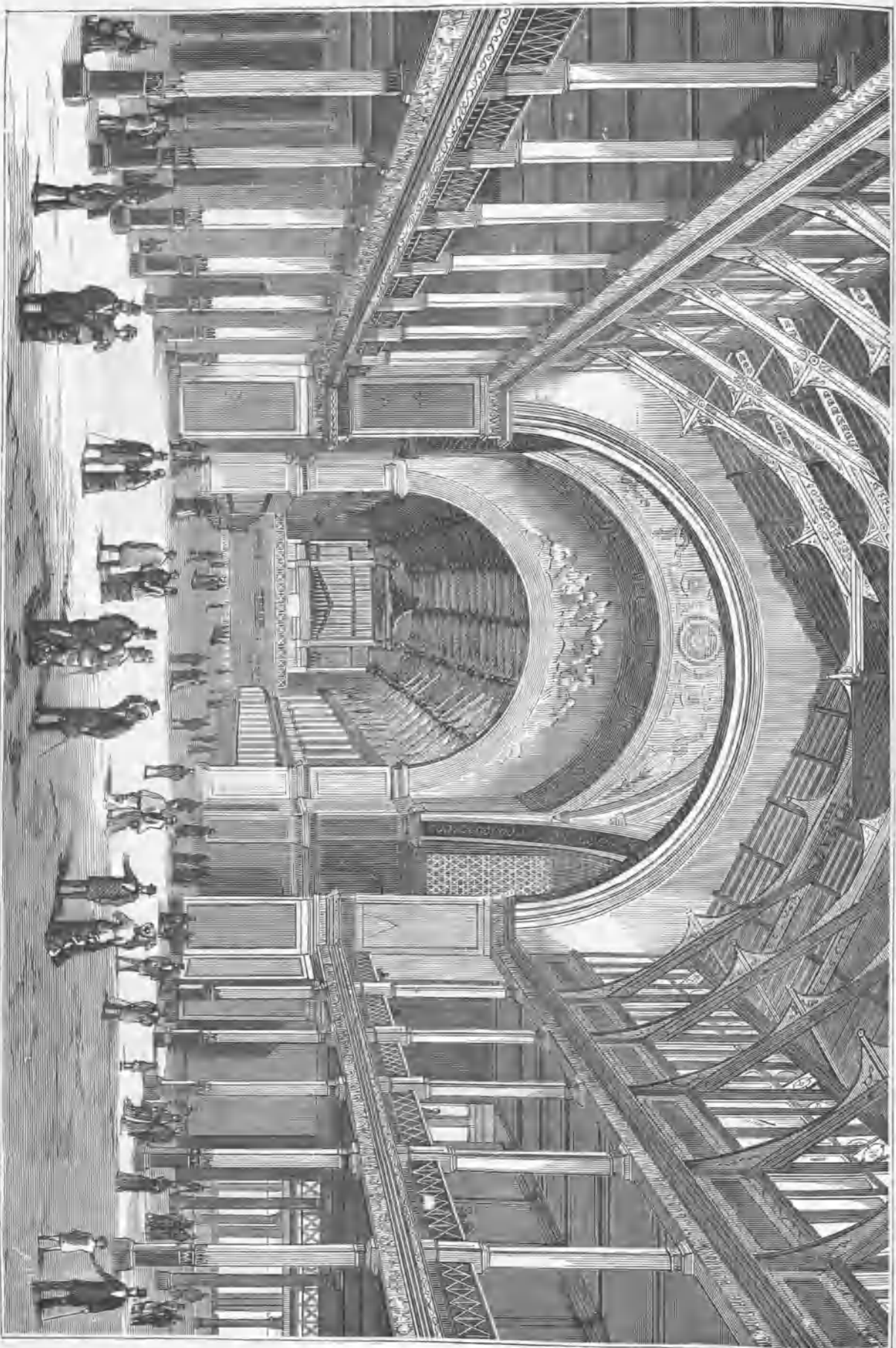
JOSÉ VELARDE.

Conil, Agosto del 81.



ESTUDIO DE UNA ARTISTA.

(CUADRO DE LA ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



MELBOURNE. (AUSTRALIA).—GALERIA CENTRAL DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL CERRADA EN 1869-1881.

UN MAESTRO DE ANTAÑO.

(FRAGMENTO DE LAS «MEMORIAS INÉDITAS DEL BACHILLER PADEAYA», QUE SE PUBLICARÁN ÍNTEGRAS DESPUES DE SU MUERTE.)

I.

TÓCAMÉ retratar ahora (dice el Bachiller, comenzando el segundo cuaderno de su manuscrito) á otro de los personajes de mayor bulto y trascendencia que figuran en la historia de mi niñez; al más caracterizado sin duda alguna, despues de los autores de mis días, del cura que me bautizó y de mis once años; al que sigue, en el orden de estos recuerdos casi fantásticos, á aquellos músicos de la capilla de la catedral, que casi todas las noches iban de concierto y jolgorio á mi casa, convidados por mi buen padre; al que roturó, digámoslo así, la tierra virgen, y luego mártir, de mi inteligencia y de mi memoria, y echó, en los surcos abiertos por la palmeta y las disciplinas, la primera simiente de los llamados conocimientos humanos; á mi único maestro oficial de lectura, escritura, cuentas, religion, geografía y demas cosas que diré en su lugar oportuno; al ilustre SARGENTO CLAVIJO, en fin, que santa gloria haya, y que de seguro estará en ella, no diré de patas ó á pié, pues esto no le satisfaría, pero sí á caballo, como Santiago y San Jorge; que tal fué siempre su postura favorita en este planeta de tres al cuarto, que llamamos mundo.

Paréceme que lo estoy viendo..., no á caballo precisamente, pues yo lo conocí ya apeado, sino paseándose sobre los ladrillos de la escuela, como un rey sin trono, y alguna que otra vez en burra, camino de su viña....—Era á la sazón más paisano que militar y más eclesiástico que lego.... Había llegado á mi muy amada ciudad natal (Jaen), en los últimos años del Rey Absoluto, desempeñando el cargo, casi siempre honroso, de mayordomo de un señor Chantre; y, por muerte del tal Prebendado, heredó aquella viña, un olivar y algunos maravedises, con los cuales puso la escuela.... Antes de mayordomo, cuando el Dignidad era todavía simple Canónigo de Leon, Clavijo había desempeñado otra escuela en Astorga, en la Roma de los maragatos....—Constaban documentalmente su nacimiento, bautismo y confirmación, verificados en no sé qué villa de Astúrias, así como que había hecho toda la guerra de la Independencia, y llegado, desde humilde rancharo, á sargento segundo de caballería.... Tenía una hermosa cicatriz en la frente, y, al pecho, la cruz de yo no sé qué cosa.... Los mismos conocimientos culinarios que le proporcionaron la plaza de rancharo de su escuadrón debieron de elevarlo, andando el tiempo, á la mayordomía del capitular, hombre que se cuidaba hasta cierto punto; pero lo que aun no he podido averiguar ni discernir es en virtud de qué conocimientos de otra especie fué maestro de escuela dos largos periodos de su vida.... Decíase, por último, que en Leon estuvo ca-

sado siete meses con una antigua sobrina del Chantre, la cual murió de parto, anticipado segun los amigos de su merced, y muy de tiempo, segun los enemigos....

Paréceme que lo estoy viendo (vuelvo á decir)... Había nacido en 1788, como lord Byron, y, por consiguiente, tenía cincuenta años cuando á mi me pusieron en su escuela. Érase alto y recio, aunque no gordo, y su rostro, atezado y vulgar, resultaba grave, y hasta digno, merced á una larga y porrada nariz, de las llamadas borbónicas, y, sobre todo, á un enorme tupé entrecano, que hubieran visto con envidia Larra, Martínez de la Rosa y demas elegantones de aquel tiempo. Su vestimenta en la clase, desde el día de San Antonio hasta el de San Miguel, reducíase á un cumplidísimo pantalon de hilo oscuro, que le llegaba hasta cerca de la barba, colgado de los hombros por medio de dos tirantes de vando, y provisto de un ámplio portalon, del tamaño y forma de aquella compuerta que comunica algunos comedores con la cocina, y que se baja, á guisa de mesa, para servir las viandas con mayor comedidad y más calientes.... Y digo que su traje se reducía al tal pantalon, porque en verano andaba siempre en mangas de camisa y sin chaleco, aunque sí con la clásica y descomunal corbata de ballena, que entónces era de rigor, y que, á mi juicio, sugirió á los criminalistas la idea de sustituir la horca con el garrote. En invierno vestía otro pantalon por el estilo, de paño de Ohanes; chaleco de seda, rameado, de vivos colores, y levita negra, muy alta de cuello, muy larga de faldones y muy estrecha de mangas, aunque no de puños. La corbata era siempre igual, y como inamovible; tanto, que yo creo que dormía con ella. Usaba en todo tiempo recias botas negras de alto cañon, que lucía mucho, por llevar constantemente doblados los pernils de los pantalones, y no recuerdo haberle visto nunca, en ninguna estación, sitio ni hora, sin un pañuelo de los llamados de hierbas, de vara y media en cuadro, echado sobre el hombro izquierdo á manera de alforjas, sin duda porque no había ni podía haber bolsillo en que cupiese tan hermosa pieza.—No fumaba el antiguo sargento; pero sí tomaba mucho polvo, y, cuando se sonaba las narices, parecia que se hundía el mundo, y todos los muchachos quedábamos inmóviles como soldados que oyen la voz de ¡firmes! ¡tal estruendo hacía el santo varon! Su voz era también estentórea, aunque descubría, en los raptos de furia, alguna que otra nota de vieja. Tenía afeitada toda la cara, excepto el comienzo de las patillas. Pisaba muy ruidoso, á causa de los grandes clavos que orlaban las suelas de sus botas, y ufanábase de no gastar antiparras ni haber tenido nunca sabañones. En cambio, llevaba en los piés todo un almanaque de callos, que le anunciaban los cambios atmosféricos con tres días de anticipación, y tenía cierta quebra-

dura ó hernia inguinal (*quebrancia* le llamaba él), equivalente á un termómetro, un barómetro y un higrómetro, instrumentos que no le eran conocidos y que, ni aun en el caso de conocerlos, le hubieran librado de la tal hernia....

Con que, vamos á clase; es decir, estudiemos á nuestro hombre en el pleno ejercicio de su magisterio.

II.

¡Pasabamos de ciento veinte los *jóvenes amables* que nos dirigiamos por aquel camino al templo de Minerva.— Costaba una peseta al mes á los pudientes, y dos reales á los pobres, recibir el pan intelectual, en forma de palmetazos, de manos del *Sargento Clavijo*, á quien las autoridades y otras personas circunspectas solian denominar *Don Carmelo*.— Por la mañana se entraba en clase á las ocho, lo mismo en Diciembre que en Junio, y se salía á las doce, y por la tarde se entraba á las tres y se salía á las cinco.— Los jueves sólo había escuela por la mañana.

Voy á ver si recuerdo todas las vacaciones del año: Diez y nueve días de Pascuas de Navidad, ó sea desde Santo Tomás Apóstol hasta Reyes; siete de Carnaval, desde el *Jués lardero* hasta el Miércoles de Ceniza; doce de Semana Santa, desde el Viérnes de Dolores hasta el Miércoles de Pascua de Resurreccion (todos inclusive); tres de Pascua de Pentecostés; once de ferias; tres de Jubileo de la Porciúncula, y sobre ciento de *misa*, entre domingos, fiestas y santos que sólo traían *mano* en el almanaque (y que son los que despues ha declarado Roma *no de precepto*): total, ciento cincuenta y un días de huelga, sin contar la entrada ó proximidad de los *facciosos*, la recepción del nuevo obispo, las romerías tradicionales, la llegada de un batallón con música, las elecciones, las rogativas, el exorcismo á la langosta, las grandes nevadas, los *días* y cumpleaños del padre, de la madre, de los abuelos, de los hermanos, de los tíos, de los padrinos y de la ex-ama de leche de cada alumno, por lo que respectaba al alumno mismo, y sus propios días, cumpleaños, sarampion, escarlatina, viruelas, alombrilla, catarros, indigestiones, aporreaduras, lutos y repentino destrozo del pantalón ó de la chaqueta....— Pongamos, pues, la mitad del año, y es cuenta redonda.

Pero voy extendiéndome á hablar de cosas comunes á la mayoría de las escuelas de aquellos tiempos, cuando debo circunscribirme á las especialidades de la de mi ex-sargento segundo....

El buen D. Carmelo Clavijo tenía muy buena letra, aunque demasiado gorda y anticuada: letra de canceller del siglo XVII. En cuentas no era ningun Pitágoras; pero á enseñarnos á serlo, como algunos lo fuimos, ayudábale su *pasante*, pupilero y oráculo, el Sr. Frasquito Sarmiento, antiguo escribiente de la *Administracion de Millones*, y capaz de contarle los pelos al demonio. De lo demas que sabía nuestro héroe trataré en capítulo aparte, cuando examine el programa y los textos semi-vivos y semi-muertos de su escuela.

Cinco eran allí los castigos ó sanciones penales de la enseñanza: 1.º, ponerse de rodillas; 2.º, *carcazos sobre la*

ropa; 3.º, palmetazos; 4.º, llevar colgado al cuello (todo un día) cierto carton en que estaba pintado un *burro*, y 5.º, azotes, ó sea disciplinazos, que llamaré *pajareros*, por ir este adjetivo pegado al *innominable* (por no decir *inefable*) sustantivo con que se designaba allí, y áun suele designarse en la vida doméstica, la parte del cuerpo.... infantil que los recibia. La correa ó correas (pues habia dos) eran de lo más recio que se conoce en materia de pieles, y una tenía D. Carmelo y otra el Sr. Frasquito.— La palmeta, primorosamente tallada y torneada en madera de álamo negro, que es de las más fibrosas y ménos quebradizas, ostentaba los cinco agujeros de rigor, en recuerdo de las cinco llagas del Salvador del mundo, y su manejo correspondia exclusivamente al Jefe de la clase. El burro habia sido fijado por la señora de Sarmiento. Y, en fin, los azotes se administraban, tomando á cuestras un adulto al *recipiente* ó *receptor* (pues no cabe llamarle *recipiendario*), bajándolo los calzones, y dándole otro adulto con las disciplinas.... Ambos oficios, el de picota y el de verdugo, eran muy codificados, y sólo se concedian al mérito notorio. Las disciplinas se diferenciaban muy poco de las que usan los ascetas; pero tenían la desventaja de no ser esgrimidas por mano propia.

No tacharé, sin embargo, de cruel al maestro Clavijo.... ¡Mucho más lo era el pasante! El antiguo sargento distinguíase, por el contrario, como hombre sensible y cariñoso, y recuerdo innumerables rasgos suyos de ternura verdaderamente maternal (que no paternal) con los muchachos, sobre todo con los pequeñuelos. V. gr.: Cuando alguno de éstos era víctima de tambien *inefables* ó *innominables* descuidos propios de la infancia, él mismo lo metía en la pila, sacaba agua del pozo, lavábalo como una niñera, enjuagábale luego la ropa, tendíala al sol para que se secara, y, en el interin, acostábalo entre las dos zaleas que hacian veces de alfombra en la Presidencia y en la Vicepresidencia, si era invierno, y, si era verano, cubríalo con su moquero de seis cuartas....

Las tardes de canícula presentaba la escuela un cuadro digno de los pintores flamencos de costumbres, ó de que entónces hubiera habido fotógrafos.— Debía de ser cosa ruidosa entre el maestro y el pasante que cada uno de ellos dormía la siesta una de las dos horas que duraba la clase vespertina; el maestro, de tres á cuatro, y el pasante, de cuatro á cinco. Mas para ello requeriase ante todo que calláramos ciento veinte muchachos durante aquellas dos horas...., y hé aquí cómo se lograba este milagro.— Recostábase D. Carmelo en su sillón de vaqueta, y el Sr. Frasquito comenzaba á dar paseos de tigre enjaulado, rápidos y de puntillas, por el único y vastísimo salon (antiguo alhorí) que servía de aula.— ¡*A callar!* gritaba en cuanto el domine bajaba los párpados, y ya no permitía á ningun niño ni mojar la pluma, ni volver la hoja del libro en que leía, ni rebullirse, ni mirar á nadie ni á nada.... Dormíanse todos, por consiguiente, ó aparentaban dormirse, y si alguno abría los ojos ó la boca, ya estaba encima el Sr. Frasquito, amenazándole con la correa hasta que los cerraba. Libras y aseguradas de impunidad las moscas, su largo y monótono zumbido era entónces la única voz que sonaba en la escuela, aparte de los ronquidos del benemérito asturiano, cuya alma, en aquel momento, recorría los campos de batalla de

Talavera, Ciudad-Rodrigo y Vitoria....—Daba luégo la recíproca el maestro al pasante, y á las cinco en punto acabábase simultáneamente la clase y las siestas. —No podían, empero, llamarse á engaño los padres de los chicos, puesto que tambien habían logrado que éstos les dejasen dormir; y no para otra cosa obligaban tiránicamente al sargento Clavijo á que tuviese escuela las tardes de canícula, contra la antigua y buena práctica andaluza.

Los sábados dirigía siempre el maestro un ligero sermón á sus regocijados discípulos, momentos ántes de darles suelta por treinta y nueve horas.—Ya se había cantado la Salve, y cada arrapiezo tenía su gorra en la mano (soñando con todo lo que iba á diablear el domingo, desde que Dios echase sus luces hasta bien entrada la noche), cuando D. Carmelo daba un correnzo sobre su mesa, en señal de atención, y decía: «Señores: mañana es domingo, día de misa de precepto: no hay clase. Oigan ustedes misa mayor en su respectiva parroquia, y además todas las que puedan, pues las almas del purgatorio no reciben otro consuelo que el que nosotros les enviamos. Traten con respeto y obediencia á sus padres, á los mayores en edad, saber y gobierno, y á las personas de suposición. Besen la mano á los sacerdotes que encuentren en la calle, y socorran á los pobrecitos con los cuartos que hubiesen de gastar en dulces. Por la tarde vayan ustedes á la novena.... tal, y al oscurecer, al rosario. Y, en fin, vengan el lunes con muchos ánimos de hacerse pronto hombres útiles á sus familias y á la patria.—Vayan ustedes con Dios.»

Algunos sábados añadía en tono confidencial: «Señores: se está acabando la tinta; traigan ustedes el lunes un cuarto, los que puedan, y los que no, procúrense caparrosa y agallas. En el jardín del Marqués de Tal hay un hermosísimo ciprés, y el jardinero les permitirá que cojan los galbulos que haya derribado el aire.»

El penúltimo día de cada mes, aunque no fuera sábado, pronunciaba tambien algunas frases monitorias. «Señores, decía: recuerden ustedes á sus padres que este mes trae treinta (ó veintiocho ó veintinueve, ó bien que mañana es 31), y que, por lo tanto, hay que venir á la escuela con el dinero para el pobre maestro, el cual celebraría mucho ser rico y poder enseñar á ustedes de balde.»

Y, en fin, desde 1.º de Noviembre comenzaba á pregonar este otro bando: «Señores: se acerca el día de la Purísima Concepcion, patrona de las escuelas. Hay que traer colgaduras, cera, flores de trapo, candeleros, cornucopias, dulces, castañas, frutas secas, garbanzos tostados y demás, para la gran función religiosa, con refresco y todo, que habrá aquí dicho día, y á la que vendrán únicamente aquellos de ustedes que sean buenos y aplicados. Tambien les exhorto á que vayan reuniéndose los domingos en la noche y ensayando los coros á María Santísima, cuya letra y música conoce todo el mundo.—¡Es menester que nuestra función eclipse la de todas las escuelas de Astorga...., donde se hacen con especial magnificencia!»

¡Astorga! ¿Qué nos importaba á nosotros eclipsar á gentes de un país tan distante del nuestro?—Pero á D. Carmelo le importaba mucho. ¡Don Carmelo tenía sus pasiones en el particular! ¡Don Carmelo no olvidaba nunca ningún capítulo de su pasada historia! ¡Don Carmelo era un hombre esencialmente retrospectivo!

III.

Pasemos ahora revista, como anunciamos ántes, á las asignaturas y textos de aquella famosísima Academia de 1.ª enseñanza, donde aprendieron á leer y medio escribir muchos que han sido luégo jueces, promotores, médicos, boticarios, canónigos, catedráticos y hasta periodistas.

Comenzábase por el *Jesus ó Abecedario*. (*Jesus* era entónces la primera palabra que profería el niño al comenzar á civilizarse. Despues seguía la primera letra del alfabeto.)

Pasábase luégo al *Silabario* y á aprender de viva voz, y hasta con música, todo el *Catecismo* del Padre Ripalda.—Por cierto que, al llegar á la pregunta: «*Decid, niño: ¿cómo os llamáis?*», costaba á algunos mucho trabajo responder al tenor del libro: «*Pedro, Juan, Francisco, etc.*», y respondían: *Valentín, Manuel, Bonifacio*, ó como quiera que se llamaban.

Entrábase á continuación á leer en el *Libro de obligaciones del hombre*; en seguida, en *El Amigo de los niños*, y, finalmente, en *El Fleury* (sic), tres obras notables, que nos enteraban de lo poco ó mucho que contenían, sin que don Carmelo se metiese nunca á poner ni quitar, ni á explicar ó comentar cosa alguna.—¿Qué tenía él que ver con tantas cosas del Antiguo y del Nuevo Testamento como trae á colación, en su célebre *Catecismo histórico*, el preceptor de los hijos y nietos de Luis XIV?

En punto á *Aritmética*, no era el maestro, sino el pasante, quien nos enseñaba hasta cuentas de proporción y de *compañía*, y recuerdo que, para sacar esta última, había que llenar de rayas y guarismos todo un pliego de papel de barbas....—¿De qué me han valido los laureles que alcancé en este punto?—Pero ¿qué sabía entónces nadie, ni yo mismo, si mi porvenir era ó no de banquero?—¡Mejeron, pues, divinamente en enseñarme á manejar ó contar millones, billones y trillones!

Nuestro muestrario para escribir debíase á la pericia calligráfica del propio D. Carmelo, á cuya letra sigue pareciéndose mucho la mía y la de todos los que frecuentaron su escuela. Tambien nos enseñaba á *reglar* papel con un plomo sobre las *pautas* de madera y alambre; mas, por lo que toca á *Ortografía* y *Gramática castellana*, nos dejaba en el estado de la inocencia y dueños absolutos de nuestras acciones. ¡El héroe de Bailén y de las Arapiles no había sospechado siquiera que existiesen reglas y trabas para la escritura, despues de tanta sangre como les había costado á los españoles su *independencia*!

En compensación, algunas tardes de invierno (indudablemente en los grandes aniversarios de aquella gigantesca lucha), el antiguo soldado sentía como nostalgia de los campamentos y de las hileras, y, despues de referirnos varios combates, y sobre todo aquel en que lo hirieron y ganó la cruz, nos decía:

—¡Vaya, caballeros, de todo conviene saber un poco! Voy á dar á ustedes otra leccioncita de equitación.

¡Era de ver entónces la escuela! Todos los muchachos soltábamos plumas, libros y papeles, y nos colocábamos de un lado de las extensísimas y achafanadas mesas de escribir, muy parecidas á largos caballos, y que de tales servían en semejantes ocasiones.

LAS APTITUDES PRECOCES.



EL PRIMER HIJO.

(Grabado de Brend'antour.)

LAS APTITUDES PRECOCES.



LA ÚLTIMA PINCELADA.

(Grabado de Brend'amour.)

— ¡Pié en el estribo!....—gritaba el maestro.

Todos poníamos la mano derecha sobre la mesa correspondiente, y el pié izquierdo sobre el banco que de ellos separaba.

— ¡Una!—seguía mandando D. Carmelo.

Todos nos alzábamos hasta quedar enhiestos sobre el pié apoyado en el banco-estribo y con la pierna derecha colgando al aire....

— ¡Dos!

Todos extendíamos la pierna derecha á lo largo del lomo de aquel prolongado y doble pupitre.....

— ¡Tres!

Todos pasábamos la pierna derecha al lado opuesto, y quedábamos á caballo sobre la mesa.

— ¡Magnífico!—exclamaba fuera de sí el veterano, blandiendo la palmeta sobre invisibles enemigos.— ¡A ellos, muchachos, á ellos! ¡A paso de carga! ¡Viva Dios! ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la independencia española!

Entonces hacíamos todos como si cabalgáramos en un corcel á galope; principiábamos á mecernos de atrás para adelante, golpeando la mesa con las posaderas, y manoteando como si blandiésemos espadas ó lanzas, y excusado es decir que libros, papeles, plumas, tinteros, todo rodaba ó saltaba que era una bendición de Dios, hasta que el sargento Clavijo, asustado de su propio triunfo, daba la orden de

— ¡Alto la carga!

Figúrese cualquiera qué habría sido, entre tanto, de los pantalones claros de color, y el asombro y furia de las madres al ver llegar á sus hijos con toda la horcajadura llena de tinta...—Felizmente, tales escenas ocurrían en invierno, como dejo dicho, y casi todos los escolares llevábamos pantalones de paño oscuro.— ¡Y, de un modo ó de otro, los franceses habían sido pulverizados!

Réstame hablar un poco de la asignatura de *Geografía*.

Dos textos, guardados como oro en paño, tenía D. Carmelo para instruirnos en esta ciencia, y éranse dos *listas manuscritas*, no sé por quién ni cuándo, que se nos leían todos los viernes para que las aprendiésemos de memoria.

Comenzaba la una diciendo:

«*Tiene este Reino de España ciento cuarenta CIUDADES, que son: En el Reino de CASTILLA LA NUEVA, tal y cual; en el Reino de NAVARRA, esta y la otra, etc., etc., y que concluía (lo recuerdo perfectamente) por este rabulla: «En el SEÑORÍO DE VIZCAYA, Orduña.»*

¡Y nada acerca de ríos, ni de montañas, ni de límites, ni de ninguna otra particularidad física del territorio español! ¡Nada tampoco de la actual división por provincias, ya realizada entonces! ¡Ni tan siquiera se nombraba á Madrid! ¡Para qué, si no era ciudad!—En cambio, justo es decirlo, los que allí estudiamos sabemos hoy perfectamente y podemos lucirnos en cualquier tertulia diciendo de golpe qué poblaciones de España son *ciudades* y cuáles no. ¡Hemos cantado la lista tantas veces!

Pero vamos al segundo texto geográfico de D. Carmelo.

—Decía así literalmente, y creo que no era poco decir:

«*Lista de las CORTES de los más principales reinos y soberanos europeos:*

»*MADRID, de España.—PARÍS, de Francia.—LISBOA, de*

»*Portugal.—LONDRES, de Inglaterra.—VIENA, de Alemania.—ROMA, de Italia.—NÁPOLES, de Nápoles.—VARSOVIA, de Polonia.—BERLIN, de Prusia.—CONSTANTINOPLA, de Turquía.—COPENHAGUE, de Dinamarca.—ESTOKOLMO, de Suecia.—SAN PETERSBURGO, de Rusia.—PRAGA, de Bohemia.—HAYA, de Holanda.—BUDA, de Hungría.»*

Tal era la división política de Europa que se enseñaba en aquella escuela el año de gracia de 1838, y que, según mis noticias, signó enseñándose otra docena de años.

Sali yo, pues, de manos del sargento Clavijo con una Europa casi fantástica dentro de la cabeza, y sin conocer las reglas de mi lengua patria; y, como si ya no necesitara estudiar más acerca de lo presente, pasé á una clase de latín á estudiar lo pasado, á aprender una lengua muerta, á enterarme de las guerras púnicas ó de las maldades de Catilina, y á divertirnos traduciendo *hivandades* de la poesía romana.

¡Figúraos, por consiguiente, mi asombro, y también mi admiración al *topé* moral del buen D. Carmelo, cada vez que oyese decir y sostener, y probar hasta la evidencia á tal ó cual lectorcillo de *El Eco del Comercio*, las siguientes verdades: 1.^a, que desde 1806 Viena no era la capital de Alemania; 2.^a, que existía en Europa un imperio de Austria, de que yo no tenía noticia; 3.^a, que ni en Roma vivía el Soberano de Italia, ni había tal *Italia* en el mundo político, como lo demostraba aquello mismo de «*NÁPOLES, de Nápoles*»; 4.^a, que Polonia fué despedazada en 1792 y 1793, y dejó de existir en 1795, sin que le hiciese resucitar como Estado su heroica lucha de 1830; 5.^a, que Bohemia, desde 1556, no pasaba de ser una de tantas provincias austríacas, y que, por consecuencia, todo lo relativo á tal reino, á su corte y á su soberano caía por su base; 6.^a, que no otra cosa pasaba con la pobre Hungría, sierva también entonces del Emperador austríaco, á pesar de todos los magyares antiguos y modernos,.... y 7.^a, que, en cambio, existían en Europa, aunque no en la *lista* del sargento Clavijo, un reino de Piamonte, otro de Grecia y otro de Bélgica, dignos ciertamente de ser mencionados en las clases de Geografía de las escuelas públicas!

Pues ¡áun hay más!—A modo de postata de aquella galería de nacionalidades muertas y ensangrentadas, leíase este singularísimo apunte, que mucho me dió que pensar por entonces:

«*NOTA.—Se ha descubierto una nueva Parte del mundo, á la que se ha puesto el nombre de OCEANIA.»*

¡Qué enormidad de apéndice! ¡Qué majestad en la incongruencia! ¡Qué lisura, qué desenfado, y qué embuste tan delicioso!

Porque lo cierto es, como sabrán todos los que hayan estudiado en escuelas ménos peregrinas, que ni en 1838 acababa de descubrirse ninguna *Parte del mundo*, ni tampoco fué entonces cuando se puso el nombre colectivo de OCEANIA á las islas del gran Océano que no cubría asignar al Asia ó á la América. Inventaron tal nombre los geógrafos á principios del siglo actual, y entre las tales islas figuraban muchísimas descubiertas por Magallanes, Van-Diemen y otros navegantes de los siglos XVI, XVII y XVIII....

Pero, áun así y todo, ¡qué naturalidad, qué frescura salvaje, qué gracia bucólica había en aquella errónea y trasnochada *postata* referente á toda una PARTE DEL MUNDO!

¡Ah!; yo me enorgullezco de haber aprendido algo en semejantes condiciones, de haber tenido tantas ideas falsas, de haber estado en tantos errores! ¡Figúraseme, cuando pienso en ello, como que he vivido en dos planetas ó en dos siglos muy apartados el uno del otro; que he estado en dos mundos, que he existido dos veces; como acontecerá al que cambia de religion ó al que se casa en segundas nupcias! Por lo demas, permitaseme decir desde ultratumba que me parece mucho más poético aquel modo de ser, en que no sabian las gentes por dónde andaban, ni lo que ocurría más allá del anillo de su horizonte, que este otro, en que cualquier mocoso es capaz de decirle á uno cuántos lunares tiene en la rabadilla el Primer Ministro del celeste Imperio.

IV.

Ni una palabra más acerca del sargento Clavijo, considerado como profesor de primeras letras, y ¡bien sabe Dios que no ha sido mi ánimo zaherirlo en estos renglones, sino hacer su elogio hasta cierto punto!—¿Tenía él la culpa de no ser un sabio? Y ¿podía enseñarse más y mejor sabiendo menos? ¿Llegaría nadie á ser maestro de escuela con tan cortas luces y pocas humanidades?—¿Qué digo pocas? ¡Él no tenía más que una, la que manda Cristo, la *humanidad*, que tambien se llama *amor al prójimo*!—Y ¿cabe negar mérito á la hercúlea tarea de meterse á enseñar sin saber nada? ¿No revela esto, cuando menos, grandísima fuerza de voluntad, conocimiento del corazon humano, ó profundo y filosófico desden á la sabiduria? ¿Desconocerá álguien que Sócrates, el ilustre, el insigne, el incomparable maestro de Platon y Antisthenes, *acabó* por donde *empezó* el sargento Clavijo, esto es, reconociendo que no

sabía nada, ó, por mejor decir, que en el mundo *no había nada que saber ni que enseñar*?

¡Descanse, pues, tranquilamente mi respetable y querido maestro, el aliado de mi inocencia, el cómplice de mi ignorancia!—A la edad de setenta años, y cuando yo tenía ya veinticinco y rodaba por el mundo, dejó la instruccion pública y se retiró á la vida privada. Un verano, que fui á mi siempre grata ciudad natal (Jaen), á desaturdirme de las vanidades de la corte y á visitar los pobres majuelos que heredé de mis padres, topé con *él* en un solitario camino. Iba caballero en la más alegre y lustrosa borrica que haya podido nunca reemplazar sin desventaja á un troton de guerra. Llevábala enjanzada con estribos, bocado y todo, como si fuese el más brioso corcel, y la ilusion habria sido completa sin el cesto de uvas y de higos, cubiertos de pámpanos, que sujetaba sobre el arzon con el brazo derecho.....

¡Muy viejo estaba!.... pero risueño y tranquilo. Lo reconocí en el acto, y él lloró de júbilo al enterarse de quién era yo. Díome á probar sus higos y uvas, y nos separamos para siempre.

Murió tan digna y feliz persona pocos meses despues, y de seguro que inmediatamente subió al cielo, donde, como ya he dicho, no podrian ménos de colocarle entre los grandes héroes de á caballo, sin tener para nada en cuenta la parte literaria y pedagógica de su vida.—Mientras tanto, habia yo vuelto á la corte, ó sea á mis cuarteles de invierno, y hasta dos ó tres años más tarde, que regresé á mi pueblo á vender unas viñas, no supe que el antiguo maestro de primeras letras sólo vivía ya en la memoria de sus discípulos.

Por copia.

P. A. DE ALARCON.

Valdemoro, 30 de Setiembre de 1831



LA AURORA.—(FRAGMENTO DE UN FRESCO DE GUIDO RENI)



CONTROVERSA DE TEÓLOGOS.

(CUADRO DE ANDREA DEL SARTO, EXISTENTE EN EL PALACIO PITTI, DE FLORENCIA.)

EL INGENIO ES MEDIATO FACTOR DE DIOS.

I.

Hé aquí un axioma que debiera tenerse por credo, y que, sin embargo, se olvida con frecuencia.

Segun el Génesis, Dios creó el mundo en seis dias, y descansó el séptimo. Descansó, acabada la creacion, pero no cesó en su actividad.

En efecto, la obra del Hacedor, de esa alma, de esa vida, fuerza y secreto de la Naturaleza; causa, móvil y objetivo de cuanto existe, y que llamamos *Dios*, no cesó, ni puede cesar nunca de animarlo todo, producirlo, reproducirlo, modificarlo y sostenerlo, segun las leyes eternas de su inexcrutable sabiduría.

A la religion se le piden milagros. ¿Qué más milagros que los realizados constantemente á nuestra vista? ¿No lo son la permanencia de cuanto hay, su marcha fija, regulada y constante; sus evoluciones sistemáticas y sucesivas; sus transformaciones precisas y metódicas? ¿No es milagro la propagacion de la raza humana, la vitalidad y conservacion de un simple individuo? ¿Quién da circulacion á nuestra sangre y movimiento á los pulmones? ¿Por qué acto voluntario nuestro el alvéolo se desarrolla en el útero materno, el niño crece, el mozo gallea, el viejo madura?

Pero sobre todos esos milagros, ninguno como el poder, como el alcance y la subjetividad de la inteligencia.

Un sér cuyo organismo es material de raíz, distingue de la universal materia en el privilegio de concebir, discurrir, imaginar, y lo que es más, ¡de inventar y crear como Dios! Porque á tal llega el poder de la inteligencia elevada á ingenio.

Esta máquina prolija del universo tiene tan cabal ajuste, que todo concurre á sus grandiosos fines, lo mismo en el órden material que en el moral.

En el primero, ya le hemos visto llevar la garantía de una accion directa por la misma causa productora; en el segundo, la accion no ha querido, ó no debe mostrarse, y vélese indirectamente de las mismas facultades concedidas á los seres creados.

La inteligencia inmaterial, activa y en movimiento permanente, como el resto de cuanto goza vida; más activa y móvil, porque sin duda es la cúspide y suprema coronacion del existir; ese privilegio que blasona al rey de la creacion, recibió el otro admirable privilegio de desplegarse y perfeccionarse por sí misma, brotando oportunamente en chispazos luminosos de las inteligencias especiales.

Que el ingenio es una especialidad, hasta considerar la escasez relativa de ellos entre la gran masa de seres humanos.

Hay, además, otra providencia innegable, consistente en

la sazón y oportunidad de las manifestaciones del ingenio.

Estas vienen preparadas por numerosos sucesos, que forman el desarrollo de la actividad universal, á que cooperan privilegiados y no privilegiados. La gubernacion de los hombres primeros originó el lenguaje, á que, de seguro, algun ingenio dió forma; é igual debió de suceder con los demas inventos.

Dios ha concedido al hombre organismo y facultades, pero deja en su mano la aplicacion de ellas.

Más hace: á fin de estimularlo, brinda alicientes al ingenio, alicientes subjetivos, que nacen de sus propios logros, y alicientes objetivos, fundados en sus mismas aspiraciones.

Merced á tan nobles anhelos del espíritu, la criatura ha obrado maravillas, y otros milagros han venido realizándose: instituciones, ciencias, artes, letras, industrias, descubrimientos, conquistas, glorias; todo ha surgido de ese privilegio, ayudando no poco el acaso, que es otra providencia. Y el genio se ha cernido sobre la humanidad bajo nombres augustos, que se destacan cual potentes lumbreras en el decurso de las séries históricas.

No es ménos providencial la oportunidad del ingenio. Las sociedades primitivas tuvieron patriarcas, las conquistadoras caudillos, las invasoras y asoladoras azotes, las civilizadas legisladores y otros guías para sus necesidades.

Cuando lo exigió la asimilacion de razas, hubo Rómulos y Remos; el descubrimiento de tierras, Hércules y Geriones; el redondeamiento de imperios, Césares y Alejandros: Moises conduce al pueblo escogido: Cristo levanta la religion sobre las ruinas del mundo pagano: Carlomagno civiliza al Occidente; Pelayo inicia una restauracion que librará á Europa de recaer en la barbarie.

Los milagros se suceden y multiplican con teólogos y controversistas, sabios y doctores, exploradores y guerreros, naturalistas y mecánicos, artistas y poetas. Invéntanse la brújula, la pólvora, el arco apuntado, la pintura al óleo; concébase idea del movimiento de la tierra, del sistema planetario, del cálculo infinitesimal, etc.

Cuando convino, surgieron Numa, Pitágoras, Arquímedes; Apéles, Homero, Virgilio; Keplero, Galileo, Newton; Tomás de Aquino, Jenner, Dante, Rafael, Colón, etc.; y en el complemento de los tiempos, han surgido inventores del vapor y del telégrafo, de la fotografia y de la electricidad aplicada.

Hasta puede decirse que cada siglo ha tenido sus genios sobreenimenes y providenciales; genios que vienen á constituir una meta, una edad, segun V. Hugo, porque todo el siglo piensa y vive de sus ideas.

II.

Concretémosnos, para demostracion, á una sola operacion del ingenio, la que con más exactitud llena el gran precepto de Horacio, *enseñar deleitando*: las Artes Bellas.

Deleitar, en efecto, es su principal móvil.

Sin la hermosura que agrada, no pueden concebirse.

Por esto se las llama bellas antonomásicamente.

Esa belleza, sin embargo, no debe ser estéril, so pena de hacerse ellas indignas del timbre de nobles, que igualmente se las atribuye.

A la verdad, ya las consideremos en su origen, ya en su desarrollo y resultados, siempre veremos ser las Bellas Artes imagen fiel del estado de civilizacion de las naciones, habiendo servido de poderoso incentivo para el vuelo de la imaginacion y la inteligencia, y para inspiraciones muy ensalzadas.

Hasta los más rudos ensayos figurativos ó decorativos tienden á producir algo de ideal en armonía con el incansante afán del espíritu.

Las cavernas de Ellora y Elephanta, las representaciones antropomórficas de Java y Jolca, la monocromía etrusca y la poligrafía de los Speos rebosan igual tendencia, á veces con tal misterio y profundidad, que pueden graduarse de cabalistas.

Tal fué de ordinario el primer grado de la manifestacion artística, ideal como la poesía, simbólica como las teogonías, enigmática como el destino.

Al cundir la ilustracion, progresaron las artes, cual otras muchas cosas. A manera de flor peregrina, soltóronse de su capullo para desplegar á la luz del sol la viveza de sus matices y exhalar la dulzura de sus perfumes.

Entónces las artes se hicieron pulcras, coquetas, graciosas, tomando las apariencias más galanas y las combinaciones más complexas, para rendir al buen gusto ó al capricho, á la holgura ó á la riqueza, los mil recursos y prestigios que en sensual incentivo involucran.

La importancia, el destino de un edificio, son del resorte de la arquitectura: las decoraciones opulentas corren á cargo de las artes plástico-ornamentarias: sólo las Bellas, en la brevedad de un lienzo ó de un trozo de mármol, alcanzan á compendiar cuanto la mente concibe, inspirada por el genio y cimentada en el estudio y la observacion.

Gracias al artista maestro, la especulacion ingeniosa inventa nuevos recursos, llena numerosas necesidades, suple los desperfectos de la naturaleza, realza y ennoblece cualquier objeto hasta proporciones incalculables, y suple exactamente las veces del Supremo Hacedor, pues saca algo de la nada, crea y produce fuera de la materia.

¿Y qué decir del arte en la esfera de su idealidad? Él es, con la transmision oral y escrita, uno de los medios de dar forma y comunicacion al pensamiento: no sólo tiene la circunstancia de embellecer objetos externos, sino que vive de sí mismo, inmaterial é impalpable como la fantasía, libre como el albedrio, arrebatado en rauda vuelo á enuembradísimas regiones, desde donde y con subitánea mirada abarca á un tiempo la inmensidad del espacio, la hondura de los abismos, los arcanos de la naturaleza y los encantos del existir.

Si bajo el concepto primero el artista crea al igual de

Diós, ¿qué no hará en estado de abstraccion, sin límites ni vallas que coarten su magnífica espontaneidad?

Dadas las sublimes producciones que conocemos de todo origen, no hay que ponderar los inmensos alcances del arte.

Por él son distinguidas las ciudades y egregios los templos y palacios; por él se depura el gusto y se dulcifican las costumbres; él ha mejorado á la humanidad, suavizando ideas, ilustrando inteligencias, perfeccionando sentidos y refinando la percepcion. Él, no ménos que la filosofía, la moral y la doctrina, ha secundado las miras providenciales, ayudando á levantar el edificio social sobre la base de la civilizacion.

Por fin, á las Artes Bellas débense en gran parte el encanto de la vida y la felicidad en la tierra.

¡Bien haya el artista, á quien fué dado poder tan omnímodo!

¡Qué gloria la suya! ¡Qué lauros tan merecidos!

¡Cuán justamente gigantea el genio, que, descollando por encima de las muchedumbres, puede apellidarse Xéuxis, Ticiano, Murillo, David, Kaulbach!.....

III.

Desgraciadamente, segun al principio decíamos, tantas veces se echa en olvido que el ingenio es un encargo, y que de consiguiente, entraña una mision.

Los hombres escogidos, sujetos, como todos, á las miserias de su naturaleza, suelen estimarse á sí mismos por lo que valen, acaso más de lo que valen, y obran en consecuencia.

Esto no deja de constituir un yerro, y, por lo comun, las consecuencias resultan lamentables.

Una de ellas, la peor, consiste en los abusos que el ingenio hace de sí.

Ese factor tan poderoso del bien puede convertirse en igual medida del mal, si, desviado de su genuina mision, tuercе camino y emplea dañosamente sus mismos prestigios y fuerzas.

¿Cuál es, pues, la mision del artista, de un ingenio cualquiera?

Esta mision no es ni puede ser otra que secundar la obra de la Creacion y las sublimes miras de la Providencia; ilustrar, moralizar, perfeccionar, combatir groseros instintos, ennoblecer las pasiones, aquilatar el espíritu.

El dualismo de nuestra naturaleza se demuestra por experiencia cotidiana.

De un lado pertenecemos á la materia, y ella nos arrastra y envilece; de otro, somos seres dotados de razon, y ésta nos enajena y sublima.

Para seguir á la materia bastan los instintos; para sobreponerse á ella es necesario el concurso de todas las facultades intelectuales, que nos segregan de lo irracional y material.

Hé aquí la obra á que se ha de consagrar el ingenio; hé aquí por qué tiene una mision benéfica, y no dañosa; reguladora, y no perturbadora.

Así, el hombre ingenioso, el moralista, filósofo, industrial, artista, literato, si debe cumplir como bueno y merecerse la corona de los privilegiados, aun bajo el solo punto

de vista humano, no se desviará, ni explotará torcidamente ese privilegio suyo, so pena de hacerse reo de lesa humanidad, falseándose á sí propio con gestion contraproducente.

Los que están puestos sobre el candelero, lo están para dar luz, dice el libro de la Sabiduría.

Si la luz se vuelve humo, y el resplandor tinieblas, aquel beneficio viene á ser un perjuicio mayor, quedando trastornadas las miras providenciales.

Entónces el ingenio produce cismas y apostasias, genera ?

monstruosos abortos, forja armas sediciosas, predica delirios, redacta libelos, retrata liviandades. Su influjo nocivo solivianta á las turbas : hierven las malas pasiones, y la humanidad propende á la materia.

¿ Y por qué todo esto ?

Porque el ingenio ha olvidado que es un mediato factor de Dios.

Corruptio optimi, pessima.

J. PUIGGARÍ.



LA MUJER DE LOTH.

Escultura en mármol, por M. Thorngott.



TRES CUENTOS POPULARES.

I.

PRELIMINAR.

Los cuentos populares españoles se pueden dividir en tres clases: primera, los *infantiles*, que casi siempre se sirven de lo sobrenatural y son sobremodera candorosos en invención y forma, si bien rara vez carecen de fin moral ó filosófico; segunda, los que llamaré *viriles*, porque están destinados á gentes adultas, y en este concepto tienen más agudeza y malicia, hay más arte en

su fondo y forma, y su objeto moral ó filosófico es más importante, ó al ménos pretende serlo, que el de los infantiles; y tercera, los que vulgarmente se denominan *chascarrillos*, que son de cortas dimensiones, carecen de artificio, van á parar siempre á una agudeza que constituye toda su gracia, y casi siempre tienen por objeto alguna enseñanza, por desgracia, no siempre buena.

En Andalucía llaman las gentes del pueblo á los cuentos *reideros*, suponiendo que su único objeto es hacer reír. No diré yo que éste sea su único objeto, pero sí que es el principal en la mente del pueblo que los compone y cuenta ú oye. Clasificados por el orden del grado de hilaridad con que son acogidos, é invirtiendo el orden con que los he nombrado, se puede decir que los *chascarrillos* sólo buscan y obtienen una carcajada, los *viriles*, unas cuantas, y los *infantiles* son continuo coro de ellas.

A la clasificación de *chascarrillos* corresponden los dos que he creído conveniente encabezar con este preámbulo. Con sentimiento de todos los que comprendemos cuán digno de respeto y enaltecimiento es todo lo que se relaciona con la religión, el pueblo, desde muy antiguo, tiene gran predilección á los curas y los frailes para protagonistas de sus cuentos. Si la comparación no fuera demasiado profana, diría yo que, así como Cristo eligió á Pedro para base fundamental de su Iglesia, el pueblo, al ménos el español, parece haber elegido á los sacerdotes de esa misma Iglesia para base fundamental de sus cuentos! Yo no sé si el vulgo y el pueblo son una misma cosa, porque á la palabra *pueblo* se la ha ido despojando de la significación que le atribuyó Don Alonso el Sabio cuando dijo que por pueblo se

entendía el conjunto de todos los ciudadanos, altos y bajos, ricos y pobres, sabios é ignorantes; pero si pueblo es tanto como vulgo, para que éste mereciera ser llamado como le llamaron Ruiz de Alarcon y Lope de Vega hace cerca de tres siglos bastaría su proceder en la eleccion de protagonistas de sus cuentos.

No es ésta ocasion de averiguar la razon estética que el pueblo tiene para preferir á los curas y los frailes en esta eleccion, y si sólo la de decir que, si bien en los nueve volúmenes de cuentos más ó ménos populares que yo he dado á luz figuran de vez en cuando curas ó frailes, he procurado siempre atenuar la maliciosa intencion con que el pueblo trae á cuento personalidades que para él debieran ser sagradas. Y en verdad que no debo estar arrepentido de este proceder, pues ya he oído contar, tal como yo los habia adecentado, cuentos muy indecentes, recogidos por mí para enderezarlos á un fin moral ó, cuando ménos, desviarlos del inmoral á que habian caminado quizá por siglos enteros.

Si no me he sustraído por completo á esta mala propension del pueblo, ha sido por parecerme que uno de los rasgos fisonómicos que más caracterizan á las creaciones del ingenio y la malicia popular es esa propension, y suprimir ese rasgo era tanto como suprimir gran parte de esa fisonomía.

Los cuentos populares tales como el pueblo los cuenta me parecen indignos de ingresar en una literatura decente y seria, porque generalmente son absurdos en su forma, el fin moral ó filosófico á que se encaminan no pocas veces es nulo, y lo demas está desvirtuado y oscurecido por la falta de éste, sobre todo por la falta de arte en la forma, que es más comun en las creaciones populares que la falta de arte en el fondo.

Desde que empecé á recoger estas creaciones con objeto de darles ingreso en nuestra literatura, enamorado de las perlas de inestimable valor que se encuentran entre su cieno, me propuse conciliar constantemente el aprovechamiento de lo bueno, que es la gracia en la expresion, la intencion filosófica ó moral, la ingenuidad, el espíritu regocijado y característico del pueblo, y el sentimiento que no pocas veces traspira en la jovialidad y la malicia, con todo lo que forma la peculiar fisonomía de las creaciones mentales del pueblo.

Lo que he hecho con todos los cuentos populares en que figuraban curas ó frailes he hecho tambien con los dos que se van á leer á continuacion de este largo preliminar: despojarlos, cuanto mi ingenio ha alcanzado, de la malicia y la hostilidad con que fueron concebidos y trazados los protagonistas. Vamos al fin á los tres cuentos populares de éste, el otro y el de más allá.

II.

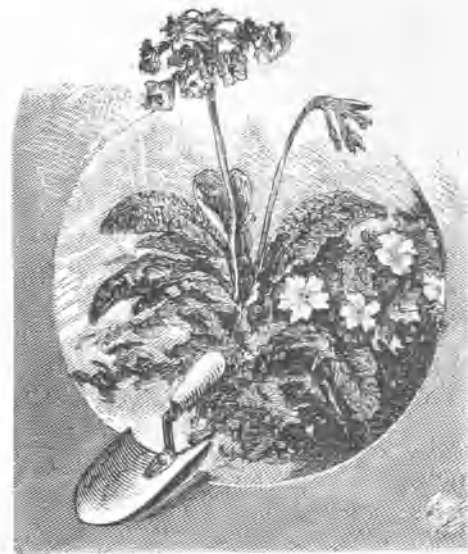
LA IMITACION.

Este era un señor cura de un pueblecillo de tres al cuarto, que tenía merecida fama de celoso en el cumplimiento de su sagrado ministerio, de bondadoso, de ingenuo y de sencillo, aunque tambien la tenía de tan escaso de dos de las tres potencias corporales, que eran la memoria y el en-

tendimiento, como de abundante de la otra, que era la voluntad.

Llegó la Cuaresma, y nuestro buen señor cura, que nunca se habia atrevido á subir al púlpito, desconfiando de su elocuencia, se decidió al fin á hacerlo, imitando á los señores curas de otros pueblos cercanos al suyo, que al llegar tan santo tiempo, bien ó mal echaban sus sermoncitos y dejaban tan contentos á sus feligreses, y sin duda tambien á Dios, que tendria en cuenta, si no su talento y elocuencia, al ménos su buena voluntad de servirle y amarle como todos estamos obligados, amén.

La primera dificultad con que tropezó fué el asunto que habia de elegir para su sermoncito; para le sacó muy pronto del paso esta reflexion: «Yo me decido, al fin, á subir al púlpito imitando á mis compañeros de sacerdocio; la imitacion es asunto muy bueno para un sermón, y la imitacion de Cristo, recomendada por el Padre Kempis, es dignísima



de encarecerse desde la sagrada cátedra. Pues, señor, ya tenemos andada la mitad del camino. Ahora sólo nos falta escribir el sermón, estudiarle y echarle, y tendremos andada la otra mitad.

Dicho y hecho: el señor cura compuso su sermoncito, que, á su parecer, le salió muy redondo y muy mono; le aprendió de memoria, se echó el manuscrito en el bolsillo por lo que pudiera suceder, y el domingo siguiente subió al púlpito, con gran contento de toda la feligresía, que llenaba de bote en bote la iglesia.

El resumen del sermón era éste: «Imitemos á Jesucristo en cuanto podamos; si nuestra fe no alcanza á imitar á Jesucristo, imitemos á sus santos; y si tampoco alcanza á imitar á sus santos, imitemos siquiera á sus sacerdotes.»

El señor cura expuso sumariamente esta doctrina en el exordio con tanta elocuencia, y sobre todo con tanta fe, que muchos de sus oyentes se propusieron desde luego, y sin esperar á que la explanase y razonase en el resto del

sermon, seguirla al pié de la letra en cuanto les fuese posible. «Yo, decían para sí muchos de ellos, no alcanzaré á imitar á Cristo, ni áun á los santos; pero al señor cura le he de imitar en todo lo que pueda.» El señor cura iba ya muy adelantado en su sermón, como que se esforzaba en persuadir á los fieles de que si su fe no alcanzaba á imitar por completo á Cristo ni á sus santos, al ménos debían imitar á los sacerdotes, cuando, como suele decirse, se le fué el santo al cielo, y por más esfuerzos que hizo para atraparle, nó lo pudo conseguir.

Entónces echó mano al bolsillo, y sacando el papel en que había escrito el sermón, terminó éste leyendo lo que le faltaba, después de disculparse de ello con las siguientes, humildes, oportunas y piadosas palabras:

«Como estás viendo, amados oyentes míos, he perdido el hilo de mi discurso: sin duda Dios ha querido castigar mi vanidad, porque yo la tenía hoy en dirigiros la sagrada palabra con algun acierto. Acato humilde el castigo y me someto á la humillación de terminar leyendo en este papel lo que no ha acertado á retener mi frágil memoria.»

Uno de los feligreses que más firmemente se habían propuesto imitar en todo al señor cura, si su fe no alcanzaba á imitar á Jesucristo ni á sus santos, era un tal Bartolo, que era en el pueblo objeto de frecuentes altercados, sosteniendo unos que era tonto y sosteniendo otros que era pille; altercados á que no se había conseguido poner término con la prueba de meter á Bartolo el dedo en la boca á ver si era ó no tonto, porque si Bartolo no mordió el dedo que se le metió en la boca cuando se hizo esta prueba, los que sostenían que no era tonto no se dieron por vencidos, atribuyéndolo á que el dedo tenía un panadizo que á Bartolo le había dado lástima agravar con un mordisco.

Al día siguiente de predicar por primera vez el señor cura, Bartolo fué á cumplir con la Iglesia. Arrodillado en el confesonario, el señor cura le preguntó si llevaba la cédula de examen de doctrina cristiana, que él, como tenía la mala memoria que el día anterior había demostrado en el púlpito, no recordaba haberle dado. Bartolo le contestó que no la llevaba, porque no se había presentado á examen creyendo que el examen de ello un propósito que había formado el día anterior.

—Pues necesitas el examen, hijo, le dijo el señor cura; y como es indispensable que yo, ántes de oír tus pecados, ven si estás al corriente de la doctrina cristiana, te la voy á preguntar. Vamos, hijo, á cumplir con este deber. ¿Quién es Dios?

Bartolo echó mano al bolsillo, sacó el catecismo y empezó á leer:

—«Es una cosa la más excelente y admirable....»

—¿Qué es lo que haces, hijo? le preguntó el señor cura interrumpiéndole.

—¿Qué he de hacer, señor cura, sino imitarle á usted? le contestó Bartolo. Ayer nos recomendó V. desde el púlpito que si nuestra fe no alcanzaba á imitar á Cristo ni á sus santos, imitase á los sacerdotes, y yo no hago más que imitar á V., que ayer se puso á leer lo que no sabía de memoria.

Al oír esto, el señor cura se sonrió bondadosamente; pero reflexionó un poco y se le saltaron las lágrimas, pensando que la humanidad es más propensa á imitar lo malo que á imitar lo bueno.

III.

COMPOSTELA Y CARACAS.

Este otro era un fraile llamado el Padre Cándido, muy afanado como predicador, como confesor, como cantor y como hombre sencillo, caritativo y bueno.

Al ménos, en cuanto á esto último, aquella fama era merecida, porque el Padre Cándido empleaba en obras de caridad casi todas las buenas limosnas que le valían sus sermones, su misa diaria y su asistencia á los funerales, donde nunca faltaba, porque tenía voz hermosísima, y ya se sabía que cantar el Padre Cándido era andar la gente á trompadas por entrar en la iglesia y coger buen sitio para oír bien su canto.

Una cuaresma vino á Bilbao á ejercer su santo ministerio en la basílica de Santiago, y las gentes se despepitaban por confesarse con él, de modo que desde que Dios amanecía hasta cerca de mediodía el Padre Cándido no podía levantarse del confesonario, en cuya inmediación había siempre una porción de gente que había tomado vez para confesarse con el famoso predicador, confesor y cantor.

Tienen fama de listos los del agua delgada, como llaman á los de las Encartaciones de Vizcaya, y principalmente á los de Gordejuela, y nó la tenía sin razon un panadero gordejuelano, conocido por el apodo de Rompe-y-rasga, que correspondía á su genio expeditivo y vivo, que con su mula cargada de pan venía todas las mañanitas á Bilbao, que entónces casi se surtía exclusivamente del que se traía de Güeñes y Gordejuela, como lo prueba un dato que yo poseo: en 1814 averiguó el alcalde de Güeñes, Sr. Ondazorros, que en la jurisdicción de aquel concejo se molían anualmente de 48 á 50.000 fanegas de trigo.

Rompe-y-rasga oyó ponderar al Padre Cándido, y dijo:

—Una mañana me voy á confesar con él ántes de ponerme á vender el pan en la plaza, porque buenos señores son los curas de Gordejuela, pero, francamente, tengo en la conciencia algunas picardías, que no quisiera se supiesen por allá ni áun bajo el secreto de confesion.

En efecto, una mañana, así que llegó, ya preparado con el examen de conciencia que había hecho la noche anterior, descarga la mula en la plaza, encomendó á una panadera vecina suya que echase una mirada á las cestas de pan cerradas que dejó á su lado, llevó la mula á la posada y se fué á la iglesia de Santiago á descargar la conciencia.

El confesonario del Padre Cándido tenía delante más de treinta personas, que esperaban vez para confesarse, y al ver esto, dijo Rompe-y-rasga, mal humorado:

—No me toca mi vez para confesarme ni áun á las doce de la mañana; y si espero tanto, ¿cómo vendo yo el pan, hago las compras que me han encargado y tomo un poco temprano el camino de Gordejuela? ¡Es una gaita este contratiempo! Y lo que es quedarme yo hoy sin confesar, nó lo hago, porque no es cosa de *maladar* el examen de conciencia que tanto trabajo me costó anoche. A ver, amigo Rompe-y-rasga, cómo te las compones para salir de este atolladero, que aunque á los de Gordejuela nos llaman los que desollaron al buey vivo, no debemos tenernos por tontos, porque ésas son calumnias con que los de Güeñes y los de Zalla se desquitan de que les llamemos rabudos y brujos.

Dicho esto, Rompe-y-rasga salió de la iglesia, entró en una tienda, compró una libra de chocolate, salió de la tienda desenvolviendo lo comprado, entró, como quien entra á satisfacer una curiosidad, en una valla de tablas que había delante de una casa en construcción, volvió á la iglesia llevando lo comprado en la mano, y se arrodilló frente al confesonario del Padre Cándido.

El Padre Cándido no tardó en reparar en él, llamándole la atención su traza de forastero, las señales de impaciencia que daba, y hasta las miradas de súplica que le dirigía, y áun ciertas señas como que quería entregarle lo que llevaba en la mano, que desde luego pareció al buen religioso una libra de chocolate.

Es de advertir que el Padre Cándido, entre sus muchas virtudes, de las que formaba principalísima parte la sobriedad, sólo tenía un vicio: este vicio era una gran afición

al chocolate, de modo que más agradecía él un regalito de éste, según unos alimentorio, y según otros ensuciatorio del estómago, que todos los regalos del mundo.

Así que dió la absolución al penitente cuya confesión escuchaba, hizo señas á la libra de chocolate para que se acercase al confesonario.

—Hijo, dijo á Rompe-y-rasga, he com-

prendido que es forastero, y como tal tiene más prisa que nadie de despachar pronto, y por eso le he llamado, anteponiéndole á los que han venido ántes.

— Gracias, padre, por su bondad, y hágame el favor de aceptar esta friolera como pequeña prueba de mi agradecimiento....

— Gracias, hijo, pero no sé si debo aceptarlo.

— Padre, si esto no vale nada.

— Bien, hijo, lo tomo porque no lo achaque á desaire, y porque al fin los sacerdotes vivimos de la limosna de los fieles.

En efecto, el fraile tomó el envoltorio, y en seguida Rompe-y-rasga dió principio al «Yo pecador.»

La penitencia que el fraile echó al panadero fué que rezase delante del altar de Santiago cierto número de Padrenuestros.

Cuando Rompe-y-rasga fué á cumplir esta penitencia, el Padre Cándido dijo para sí:

— Tengo el estómago tan débil, que temo no pueda resistir hasta despachar con esa hilera de fieles que esperan turno para confesar conmigo. Lo mejor que puedo hacer, ya que la caridad de ese buen aldeano me ha proporcionado media de hacerlo, es comerme aquí con el debido disimulo una oncita de este chocolate, que, aunque sea crudo, siempre me fortalecerá el estómago.

Así diciendo, el Padre Cándido fué á desenvolver lo que creía chocolate, y se encontró con que era un ladrillo más duro que un demonio. A pesar de su natural bondad, tanto le indignó el engaño, no por lo que defraudaba su esperanza de refocilar un poco el estómago, sino por lo que de tal engaño tenía, que llamando al penitente le dijo:

— Hijo, no ha comprendido sin duda cuál es la penitencia que le he impuesto, quizá por falta de advertencia mía.

El altar á cuyo pié ha de cumplirla es el de Santiago de Compostela, porque el de Santiago de Bilbao para eso no vale.

— Pues, padre, le contestó Rompe-y-rasga, yo también he cometido una falta de advertencia al decirle que el regalito no valía nada, pues debí añadirle que el que quiera tomar buen chocolate ha de ir á Caracas á buscarle, porque el de Bilbao no vale para eso.

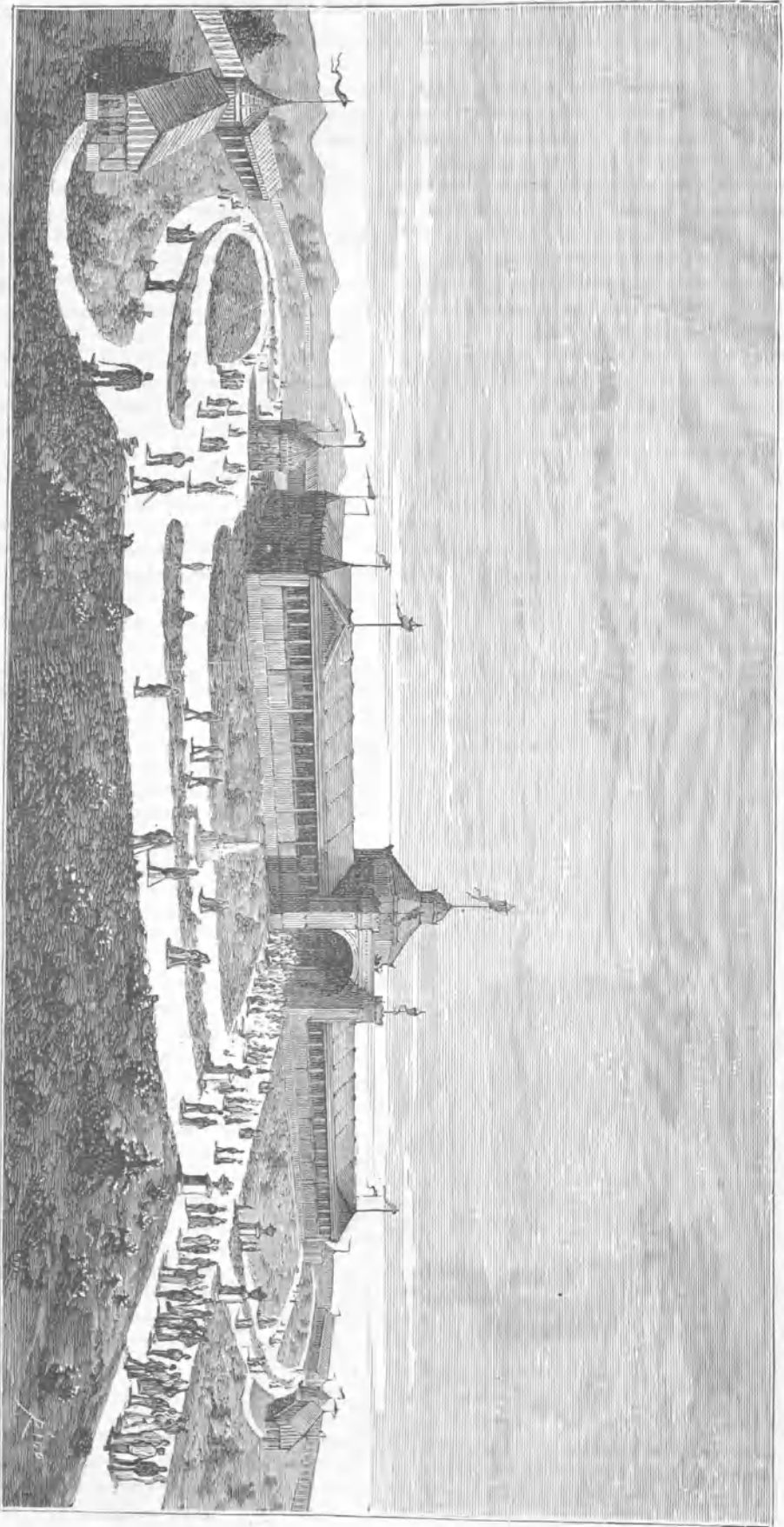
El Padre Cándido tomó como castigo de Dios lo que le acababa de pasar, y desde aquel día no pasó uno sin pedirle de todo corazón que le perdonase la especie de cohecho á que había tenido la debilidad de prestarse, y perdonase también al que le había tentado á incurrir en aquella debilidad.

IV.

EL PAR DE CAPOSÉS.

Contados los cuentos de *este* y el *otro*, contemos ahora el de *más allá*, que también es popular, pues de boca del pueblo le he recogido.





MATANZAS (ISLA DE CUBA).—EDIFICIO DONDE SE CELEBRA LA EXPOSICION REGIONAL.

El de más allá era el Sr. D. Luis de Laraudo, caballero de Bilbao, donde siempre hubo gente alegre y amiga de *tomar el pelo*, como aquí se llama al acto poco meritorio de chun-garse socarronamente con el prójimo.

El Sr. D. Luis, que vivió en el primer tercio de este siglo, á pesar de haber sido alcalde de la villa y haber desempeñado otros cargos tan serios como éste, dejó memoria imperecedera de gracioso y agudo como pocos, como que se decía que todos se morían de risa al oírle; y es de notar en él que, á fuer de pariente del cuentista por excelencia llamado pueblo, no podía dominar su inclinación á elegir curas ó frailes, si no precisamente para protagonistas de cuentos, para interlocutores de bromas que parecían cuentos, según se verá en éste con que completo mi trilogía.

Era D. Luis muy amigo del Padre Guardian del imperial convento de San Francisco de Abando, y toda tarde en que escogía para su paseo la banda izquierda del Ibaizábal, pasaba el puente de San Anton, cruzaba Bilbao la vieja y se detenía en San Francisco á hacer una visita al Padre Guardian, religioso obeso, aficionado á la carne de pluma, y particularmente á los capones de Durango, de alma plácida y serena, y de candor que contrastaba por completo con la malicia de buen género de su gran amigo el Sr. D. Luis.

Y en verdad que el Padre Guardian no se mostraba ingrato á las visitas del Sr. Laraudo, porque rara era la vez que éste lograba salir de la celda del prelado sin haber sido obsequiado cuando ménos con un jicaron del rico chocolate que fabricaba en aquella santa casa un hermano lego que había sido chocolatero de ley, acompañado de un bollo no ménos rico de los que fabricaba Pedro Franconi, el que, en compañía de su paisano Francisco Matossi, había fundado en Bilbao el primer café suizo que hubo en España.

Una tarde el Sr. D. Luis, despues de despachar el canjilon de chocolate, el bollo y el vaso de agua con azucrello, mientras el Padre Guardian reía como un bienaventurado que era, oyendo sus gracias, que para él era gracioso cuanto salía de labios del Sr. D. Luis, éste dijo al buen religioso con la mayor formalidad del mundo:

—Padre Guardian, se me cae la cara de vergüenza cada vez que vengo á verle á V.

—¿Y por qué, amigo D. Luis?

—Porque V. me está siempre obsequiando y yo no le hago obsequio alguno.

—¡Miren qué porrazo! Bastante obsequio me hace V. con su amistad y sus visitas.

—Eso, Padre Guardian, bastará para tranquilizarme en cuanto á V., que es la bondad sumá, pero no en cuanto á los demas religiosos, que me ven venir casi todas las tardes á llenar la andorga, y no ven nunca venir de mi parte ni siquiera un par de pollos tíscos. Precisamente ahora tengo famosa ocasion de regalar á V. un par de capones, que meten miedo de grandes y gordos, y se los voy á enviar mañana.

Al Padre Guardian le chispearon los ojos de alegría al oír hablar de un par de capones, que instantáneamente se figuró del tamaño de un par de pavos y con unas mantecazas capaces de dar sustancia al *gaudeamus* de toda la comunidad. Estuvo por rebusar formalmente la oferta, pero no tuvo valor para pasar en este capítulo de lo que la cortesía más elemental aconseja en estos casos.

—Amigo D. Luis, no se moleste....

—No hay molestia que valga, Padre Guardian; el par de capones viene aquí mañana por la tarde.

—Pero ¿qué necesidad tiene....

—Vaya, no me incomode V., Padre Guardian.

—Pues ¡porrazo! si V. se empeña, venga el par de capones y los despacharémos, á la salud de usted.

Así diciendo uno y otro, el Sr. D. Luis se fué á dar su paseo, y el Padre Guardian quedó chispeándole aún los ojos de gula, único pecado en que solía incurrir aquel santo hombre, con la idea del par de capones.

El Sr. D. Luis, cuando no daba su paseo por Abando, le daba por Begoña, que está por la banda opuesta del Ibaizábal. En este caso subía por Zabaldide, se detenía un rato en Larrinaga á *tomar el pelo* á un hortelano, gordo como un cebon, que trabajaba en las huertas lindantes con la calzada; llegaba al santuario, rezaba una salve á la Virgen, salía al pórtico, y se entretenía allí tambien en *tomar el pelo* á un hermano suyo, que era cura, y á otro cura de Begoña, apellidado Anillu, que era amigo inseparable de su hermano. Era proverbial en Bilbao y sus cercanías la corteidad de alcances de estos dos señores curas, y D. Luis solía utilizar esta circunstancia para sus gracias; por ejemplo, del modo siguiente:

—¿Les parece á ustedes que el Padre Santo puede casarse?

—No, señor.

—Pues yo creo que sí.

—Es imposible.

—Imposible me parecía á mí tambien, pero al fin he caído de mi mulo despues de consultar á dos grandes teólogos.

—¿Y se puede saber qué teólogos son éstos?

—Dos muy consumados: mi hermano y Anillu.

Al oír esta salida no había quien no se desternillase de risa, porque una cosa es contarlo y otra ver y oír al Sr. Laraudo.

Así como, cuando paseaba por Begoña, el hortelano de Larrinaga y su hermano y Anillu eran los que hacían el gasto á su afición á *tomar el pelo*, cuando paseaba por Abando, lo era, además del Padre Guardian de San Francisco, un hortelano de Abando-Ibarra, muy parecido, en diversos conceptos, al de Larrinaga. Los dos hortelanos eran gordos, los dos tenían un mismo apodo, los dos llevaban muy á mal que por este apodo se les designase, los dos eran muy codiciosos y los dos tenían un genio de mil demonios.

La mañana siguiente los dos hortelanos recibieron este aviso:

—De parte de D. Luis de Laraudo, que esta tarde á las cuatro vaya V. de su parte á ver al Padre Guardian de San Francisco para un asunto que le interesa á V. mucho.

Como los dos hortelanos sabían que el Sr. Laraudo era muy amigo del Guardian, y le visitaba todas las tardes, cada cual creyó que el Guardian habría encargado al señor Laraudo que le diese aquel aviso.

Casi al mismo tiempo llegaron á la portería de San Francisco los dos hortelanos, que se saludaron cordialmente, pues eran amigos, y se sentaron á esperar, por haberles dicho el hermano portero que el Padre Guardian estaba aún en los oficios de vísperas.

Entrados en conversacion, naturalmente recayó ésta en la circunstancia que los reunia allí, y cuando mutuamente se manifestaron que habian sido llamados por el Padre Guardian por conducto del Sr. Laraudo, empezaron á discurrir sobre lo que el Padre Guardian tendria que decirles.

Como los dos eran codiciosos y los dos tenian en América parientes de quienes no sabian hacia muchos años, y el Padre Guardian solia tener comisiones de averiguar el paradero de los parientes de vizcaínos muertos en América, y aún de ponerles en camino de percibir herencias, pensaron si el Padre Guardian los llamaria para algunas cosas de éstas.

Terminadas las visperas, el portero subió á avisar al Guardian que en la portería esperaban para verle de parte del señor Laraudo, y el Guardian se apresuró á decir que subiesen á su celda.

A ésta precedia una salita de recibimiento, y allí los esperaba el Padre Guardian, que se sorprendió, y aún se disgustó, al verlos con las manos peladas, pues él esperaba que las llevasen ocupadas lo ménos con un par de capones.

—¿De parte de quién vienen? les preguntó el Guardian, dudando aún de que fuesen de parte de su amigo.

—De parte del Sr. D. Luis de Laraudo, que nos ha mandado á cada recado para que de su parte nos presentemos á usted.

—Pues no sé cómo puede ser eso, porque yo no le he hecho encargo alguno al Sr. D. Luis. Ayer, como casi todas las tardes, estuvo aquí; tomamos chocolate juntos; hablamos de diferentes cosas, y se despidió, por más señas, diciéndo-

me que hoy me enviaria un par de capones que metian miedo de grandes y gordos....

Dos rugidos de cólera, y dos pasos hácia el Padre Guardian, con los puños cerrados, interrumpieron al santo y candoroso prelado, que retrocedió espantado, sin comprender la cólera y el ademán amenazador de aquellos hombres.

—¡Padre Guardian, exclamaron éstos, es una iniquidad que V. se divierta así con nosotros!

—No, hijos, si yo no me divierto con ustedes.

—A mí me llaman por mal nombre el Capon de Begoña.

—Y á mí el Capon de Abando.

—¡Ah, porrazo! exclamó entónces el Padre Guardian, trocándose su espanto y su sorpresa en tentaciones casi irresistibles de reir á todo trapo. ¡Entónces quien se ha divertido con ustedes y conmigo es el Sr. D. Luis!

Los hortelanos comprendieron que, en efecto, eran tres, y no dos, los chasqueados por el Sr. Laraudo, y tomaron escaleras abajo.

Cuando pasaron por la portería, el hermano portero les oyó decir que iban á matar al Sr. Laraudo. ¿Le mataron?

¡Ca! El Sr. Laraudo murió muchos años despues, de enfermedad natural, y se cuenta que hasta en su última confesion hizo una de las suyas haciendo perder con ella la gravedad propia del acto al Padre Guardian, su gran amigo, que era el que le confesaba, y á quien dijo: «Padre, se cuenta por ahí que á muchos he hecho morir de risa. Absuélvame tambien de esas muertes.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1851.



CABEZA DE NEGRO. — (Escultura de Legrain.)



EL TEATRO NACIONAL DE PRAGA, (BOHEMIA) DESTRUIDO POR UN INCENDIO EN EL MES DE AGOSTO ÚLTIMO.

UNA AVENTURA Y UNA CONQUISTA.

PROVITADO por el señor de Carlos para que escribiera un artículo con destino al ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION, he aceptado gustoso, porque abrigó la esperanza de que no sea del todo estéril, sin embargo de su precisa falta de galanura. Para conseguirlo, ruego á mis lectores que dediquen la mayor atención al relato siguiente:

Fernando Z..., mi antiguo compañero de instituto cuando cursaba yo latinidad, y al que no veía desde el año 1862, relatábame, no hace muchas noches, el compendio de sus aventuras; supe que torciendo su primitivo propósito de brillar en el foro, había seguido la carrera diplomática así como yo había ingresado en la marina Real. Su profesion obliga tal vez tanto como la mía á lo que suele decirse *correr mundo*, y lógico era que dedicáramos recuerdos á regiones y personas muy remotas y distintas, saltando con prodigiosa rapidez de la Europa al Asia y de Asia á la América. Allí, ante las majestuosas cataratas del Niágara, habíamos dado cada cual rienda suelta á la admiracion, con diez años de intervalo, sin que la formalde caida de aguas hubiese sido ménos caudalosa para el que la vió despues, ni el ruido ménos imponente y ensordecedor.

Desde el Niágara regresó mi amigo á New-York y tomó pasaje para volver á España por la vía de Inglaterra. El relato de este viaje es de tan grande interes y encierra tan provechosa enseñanza, que juzgo suceso providencial el que me lo haya referido, por ser en mí un deber sagrado hacerlo público.

Pero dejémosle la palabra á mi amigo Fernando.

I.

Embarqué en un *steamer* de mucho andar, y sin tropiezo alguno atravesamos el golfo de las Yeguas, dulcemente ayudados por las templadas aguas del *Gulf-Stream*. Los pasajeros éramos cerca de trescientos. Yo intimé con un viejo Comodoro, gran maniobrista é idólatra de la vida de mar, el que gruñía constantemente y desaprobaba por sistema, así los cambios de rumbo como los trabajos de estima y hasta los más ligeros toques que mandábanse dar al aparejo.

Peró, mal que pesase á aquel digno jefe de la armada británica, nuestro capitán era un marino experto y hombre amable, que si respetaba la alta graduacion de su crítico pertinaz, no olvidaba que á bordo él era el amo despues de Dios.

II.

Quiso la desgracia que, ya cercano á las costas de Inglaterra, nos envolviera un *trólo* temporal, y que una terrible

ola arrancase de cuajo el timon, dejando al buque sin gobierno y en situacion peligrosísima.

El terror cundió á bordo: los balaces del buque atravesado no permitian á nadie mantenerse en pié: el agua entraba como enormes cucharadas por encima de las bordas, é inundando las cubiertas, se despeñaba sobre las escotillas y desbordaba por las cámaras y salones, refugio de los apiñados pasajeros.

Pensóse en disponer una especie de timon que creo llamaron *espuñilla*, pero fueron inútiles todos los trabajos; la mar y el viento partian como débiles cañas los masteleros que con aquel fin asomaban por la popa.

Rápidamente derivaba el buque, siempre de traves, con direccion á las costas de Inglaterra.

Al anochecer distinguimos un *faro* en el horizonte, cuyo alcance, dijo el capitán, era de treinta millas, y cuyo nombre no recuerdo.

La vista de aquel faro arrancó un grito de horror de todos los corazones.

— ¡Allí está la tierra con sus peladas rocas batidas por el oleaje! exclamaban unos.

— ¡Allí se estréllará el buque en cien pedazos, y moriremos quizá sin un testigo que nos compadezca! gritaban otros.

— ¡Allí está la muerte de estos infelices! Comodoro, decía el Capitán por lo bajo desgarrándose el pecho con las uñas; hemos derivado sobre los peores arrecifes de la costa.

El Comodoro, que, no obstante su displicencia, había aplaudido la pericia y el arrojo del Capitán en aquellos momentos, le contestaba, razonando la oracion:

— ¡Mil rayos! ¡Si, morirán! Tened listas las anclas, ¡Truenos! Poco me fio de ellas.

— Tampoco yo, pero dispuestas están. Ahn hay mucho fondo.

Confieso que mi ánimo estaba turbado por el miedo y la desesperacion.

La oscuridad más profunda nos envolvía, y sólo los relámpagos alumbraban por breves instantes el aspecto horrible del mar y la tristísima escena de á bordo. El coro de sollozos y plegarias de tantas madres infelices dejábase oír durante los recalzones del viento.

El buque continuaba corriendo de traves con ligereza summa en direccion á los arrecifes, y los tripulantes, reducidos á la impotencia, median con ojos desencajados la distancia que nos separaba de la farola.

Poco tardamos en distinguir el panorama de nuestro sepulcro. Una prolongada línea de blanca espuma se interponia entre nosotros y la costa. Eran las rompientes, las terribles rompientes, cuyo estruendo espantoso crecía y crecía, llegando á sobrepujar el rugido del viento.

En este supremo instante resonó la voz del Capitan.

—¡Fondo! repitió el eco de su bocina.

Casi inmediatamente yo vi deslizarse sobre cubierta las gruesas cadenas que, arrastradas por las anclas, corrían á hundirse en lo profundo del mar.

Con fiera angustia aguardamos la eficacia de este último recurso. Filada ya toda la cadena, cesó ésta de correr, se puso tirante, crujió y resistió, deteniendo casi bruscamente la deriva del buque, que empezó á bornear y enmendar la proa; pero, por desgracia, entónces una ola gigantesca vino á estrellarse sobre la mura, y rompiendo toda traba, volvió á arrastrar el barco hácia los arrecifes.

—¡Han faltado las anclas! ¡Estamos perdidos! fué el grito pavoroso y desgarrador que todos exhalamos.

El viejo Comodoro estaba cerca de mí, tranquilo en la apariencia.

—¿Aun tenéis la esperanza de llegar á puerto? tartamudeé.

—¡Trucnos! ¡sí!, pero hemos cambiado de rumbo, y ahora viajamos hácia la eternidad, como los cascotes excluidos.

De repente un choque formidable me hizo caer sobre las tablas de cubierta, y por el crujió espantoso que siguió despues, comprendí que el buque había sido abierto de alto abajo.



EL BOTE SALVA-VIDAS. — (CUADRO DE MOORE.)

Corrí á asomarme á la borda, y lo contemplé inmóvil sobre las rompientes, atacado por el oleaje con furor indescriptible.

¡Qué triste cuadro advertí entónces al rededor! Nunca podré olvidar aquellas faces descompuestas y marmóreas, aquellas miradas de infinita angustia, y aquellos abrazos de despedida eterna. Algunas madres oprimían sobre sus pechos á tres ó cuatro hermosos niños y elevaban á Dios, con frases entrecortadas, la súplica más fervorosa que saliera sin duda de labios humanos. Otra buscaba refugio en brazos de su esposo, y, casi loca, le exigía la salvacion del hijo de sus entrañas. Otra levantaba sobre su cabeza al sér recién nacido que le sonreía, y exclamaba delirando:

—¡Vuelve al cielo, hijo mio; eleváte sobre estas negras nubes, y que los ángeles te reciban!..... ¡Dios te querrá mún-

cho! ¡Huye ántes de que la mar te trague y los peces te devoren!

¡Cómo desgarraba mi alma tan cruel martirio; no obstante, debía ser yo también de los sacrificados! La suerte horrible de todos aquellos pequeñelos de rizos de oro, que habían sido mi encanto durante la navegacion, confieso que era lo que más hondamente me conmovía.

¿Será posible, pensaba yo, que el hombre, dueño del mundo, inventor de tantas cosas útiles, arquitecto de tantas maravillas, no tenga poder para evitar estas hecatombes humanas, no tenga recursos dispuestos por su industria y su valor para despejar estas tinieblas, vencer estos escollos y trasladar á la costa vecina siguiente á estos pobres niños, objeto de la mayor angustia?

¡Ah, hombres! ¡Cómo debemos maldecir ahora todo lo

supérfluo que ayer nos recreaba! ¡Cómo debe avergonzarnos no haber pensado hasta hoy en los muchos naufragos que se ahogan por falta de socorros indudablemente posibles!

Así exclamaba yo, en tanto que las furiosas olas batían el buque encallado y arrancaban enormes tablas deshaciéndolo, como una bandada de buitres á la herida res. Los golpes de mar saltaban por encima de las bordas y caían sobre nosotros, regándonos, sofocándonos y lacerándonos las carnes. No era posible resistir más tiempo.

—¡Venga la muerte rápida, decíamos, y que Dios nos perdone!

De repente nos deslumbró una viva claridad que partía de la costa, y todos lanzamos un grito de asombro y de esperanza.

Aquella luz brillante é intensa fué recorriendo el horizonte hasta encerrarnos dentro de su foco, y entónces se detuvo.

Poco despues el disparo de un cañon resonó en el espacio, y vimos describir en los aires su línea parabólica á un extraño proyectil que vino á caer sobre cubierta. Los marineros, locos de alegría, se acercaron á él sin recelo alguno.

El proyectil era una flecha, que habia arrastrado consigo, desarrollándola, á una delgada cuerda, cuyo extremo parecia haber quedado fijo en la playa, al pié del cañon que la hubo disparado.

—¡Dios mío! exclamé yo. ¿Quién nos envía este socorro?

—¡Ella es, ella es! gritaron trescientas voces.

—¡La Sociedad de Salvamento! ¡Que el cielo la bendiga!

Y multitud de mujeres se acercaban á la cuerda y la besaban con trasporte, como á un sér animado, regándola de copiosas lágrimas. La esperanza renacia en nuestros pechos. Todos los ojos se fijaban en la costa, y muchas manos aplaudían sin cesar á los invisibles bienhechores.

Yo no habia comprendido bien el alcance y eficacia de lo que llamaban *Sociedad de Salvamento*, é interrogué al Comodoro:

—¿Es cierto que estamos salvados?

—¡Ciertísimo! respondiome sin ocultar su legitimo orgullo. La *Sociedad de Salvamento*, á que me honro pertenecer, tiene aqui funcionando á una de las 584 estaciones que circundan el Reino-Unido, y ya nada hay que temer. Ahora veréis cómo trabaja y cómo vence.

Un segundo cañonazo retumbó, y otra flecha cautiva cayó casi á nuestros piés.

—Hé aqui, dijo mostrándomela el Comodoro, — lo que nos envian los aparatos *lanza-cabos* situados en tierra; este es sistema *Boyer*, el más completo de todos los conocidos. Pero mirad, mirad cómo funcionan.

Púseme á observar, y vi que los marineros halaban con rapidez de la cuerda delgada unida á la flecha, la que á su extremo prendía á otras dos gruesas y resistentes. Continuaron halando de estos cabos hasta sujetarlos de firme en el palo mayor.

—Ya está tendido el *andarivel* (1). Ahora colgarán de él las canastas, y dentro de las mismas pasarán los tripulantes sin riesgo alguno por encima de las rompientes hasta la tierra firme, donde hay muchos brazos dispuestos á recogerlos y consolarlos. ¡Mil truenos! ¿Comprendéis?

(1) *Andarivel*: palabra técnica, que quiere decir *va y viene*: aplíquese en este sentido para comprender mejor sus funciones.

— Si, si, respondi conmovido y admirado.

— No es esto solo; mirad hácia los angostos canales que separan los arrecifes.

Miré en aquel sentido, y distinguí dos grandes lanchas, que á toda fuerza de remos se encaminaban sobre nosotros; pero temblé por ellas. El oleaje las cubria enteramente largos momentos, y cuando volvian á aparecer, un golpe de mar las arrojaba de costado, mostrando al aire toda su quilla; pero sus hombres, sin descansar un punto, hundian los remos con fuerza hercúlea, avanzando siempre hácia el buque naufrago.

—¿Son esas lanchas insumergibles?

— Esos son los *botes salva-vidas*, y contra ellos no tiene poder bastante el mar iritado.

III.

Pronto llegaron los botes, y entre éstos y los andariveles se efectuó el desembarco de todos los tripulantes, con órden asombroso y pasmosa rapidez, porque el buque continuaba deshaciéndose, y á la salida del sol ya habrían desaparecido probablemente hasta los últimos restos.

¡No se perdió ni una sola vida!

Yo pisé la tierra hospitalaria acompañado de mi viejo marino, cuyo entusiasmo por su patria, y más especialmente por la *Sociedad de Salvamento*, habian crecido cien codos. Mi gratitud y entusiasmo no eran ménos grandes y profundos.

Él me refirió que esta Sociedad se halla establecida en todas las naciones de Europa, patrocinadas por los jefes de los Estados, y que las familias más ilustres se honran con pertenecer á ella. Dijome que todas están subvencionadas por los Gobiernos, y que; segun datos estadísticos, Francia sostiene 145 estaciones, que han salvado ya á 1.800 personas; Bélgica, 15; Holanda, 31; Dinamarca, 65; Suecia y Noruega, 26; todas las que registran salvadas 7.000 existencias. Alemania posee 97; los Estados-Unidos, 78; é Italia, Austria, Rusia, Turquía y China mantienen organizadas y funcionando en sus litorales numerosas estaciones.

—¿Y la Inglaterra? pregunté al Comodoro.

—¡Oh! nuestra Sociedad desde su fundación ha arrancado de la muerte á 88.000 personas. Ya os he dicho que tenemos 584 estaciones de salvamento.

—Entónces ¿serán enormes vuestros ingresos?

—Son tales, que nos han permitido otorgar al heroísmo y la abnegación premios en metálico, que importan más de cinco mil libras esterlinas.

—Y decidme vos, que sin duda lo sabréis: ¿Cuántas estaciones mantiene España en su litoral? pregunté tímidamente.

El marino inglés me miró sorprendido y díjome, bajando la cabeza:

—En España no existe aún la *Sociedad de Salvamento*.

—¡Que no existe! murmuré con voz trémula, ruborizado hasta los ojos. ¿Conque, es mi patria la única nacion de Europa que no socorre á los naufragos, la única que no devuelve los recibidos favores!

—Pero vuestra patria, añadió el Comodoro, es noble y generosa. Id, relatadle esta *aventura* y á quién le debeis la salvacion. Apostaría mis galones á que responde con entusiasmo.

IV.

Ocho dias despues atravesaba yo los Pirineos preocupado por una sola idea; así es que, con alegría indescriptible, supe que esta noble y benéfica Sociedad, á la que debo mi existencia, se habia fundado ya en España, merced á los constantes trabajos de D. Martin Ferreiro, y bajo la presidencia del ilustre almirante el Marqués de Rubalcaba. Por sus estatutos y primer anuario, que me apresuré á leer, tuve noticias del hecho heroico que realizó el digno Marqués en años anteriores, salvando personalmente con temerario arrojo á diez y ocho tripulantes de un bergantin inglés perdido en la isla de Cuba.

Supe que S. M. la Reina patrocinaba la Sociedad; que eran sus miembros muy numerosos, y que, robusta apénas nacida, habia cambiado ya su cortés saludo con todas las demas europeas de su mismo titulo.

¡Cuán hermosa y noble *conquista* para mi querida patria!

Cuando mi amigo terminó esta verídica relacion, yo completé las noticias más importantes, que él ignoraba.

Díjeme que España habia continuado respondiendo á tan hermosa idea, y que hoy se hallaban establecidas en su litoral más de veín e Juntas locales, que no tardarian mucho en comenzar sus funciones humanitarias; que habianse premiado ya en Cádiz y Ayamonte hecho de arrojo á salvadores de náufragos, y que S. M. la Reina habia ofrecido

lucir en su pecho la medalla de oro, distintivo de las socias protectoras, cuyo diseño, emblemas y colores, ella misma eligió con particular cariño.

Díjeme tambien que nuestro primer Presidente habia muerto, y que sus últimas palabras fueron una súplica á la Providencia para que su sucesor continuára con entusiasmo y fe la organizacion de la Sociedad; que el Consejo superior, por acuerdo unánime, habia elegido nuevo Presidente al Excmo. Sr. Vice-almirante D. Francisco de Paula Pavia, cuyo merecido elogio pudiera hacer si no lo vedase á mi delicadeza el que es hoy uno de los Ministros de la Corona.

La Sociedad continúa robusteciéndose, pero siempre necesitará recursos á causa del vasto círculo que abraza. Por esto no he vacilado en darla á conocer y propagar la idea entre los treinta mil lectores que calculo prudentemente á esta selecta publicacion.

—¿Y mi amigo Fernando?

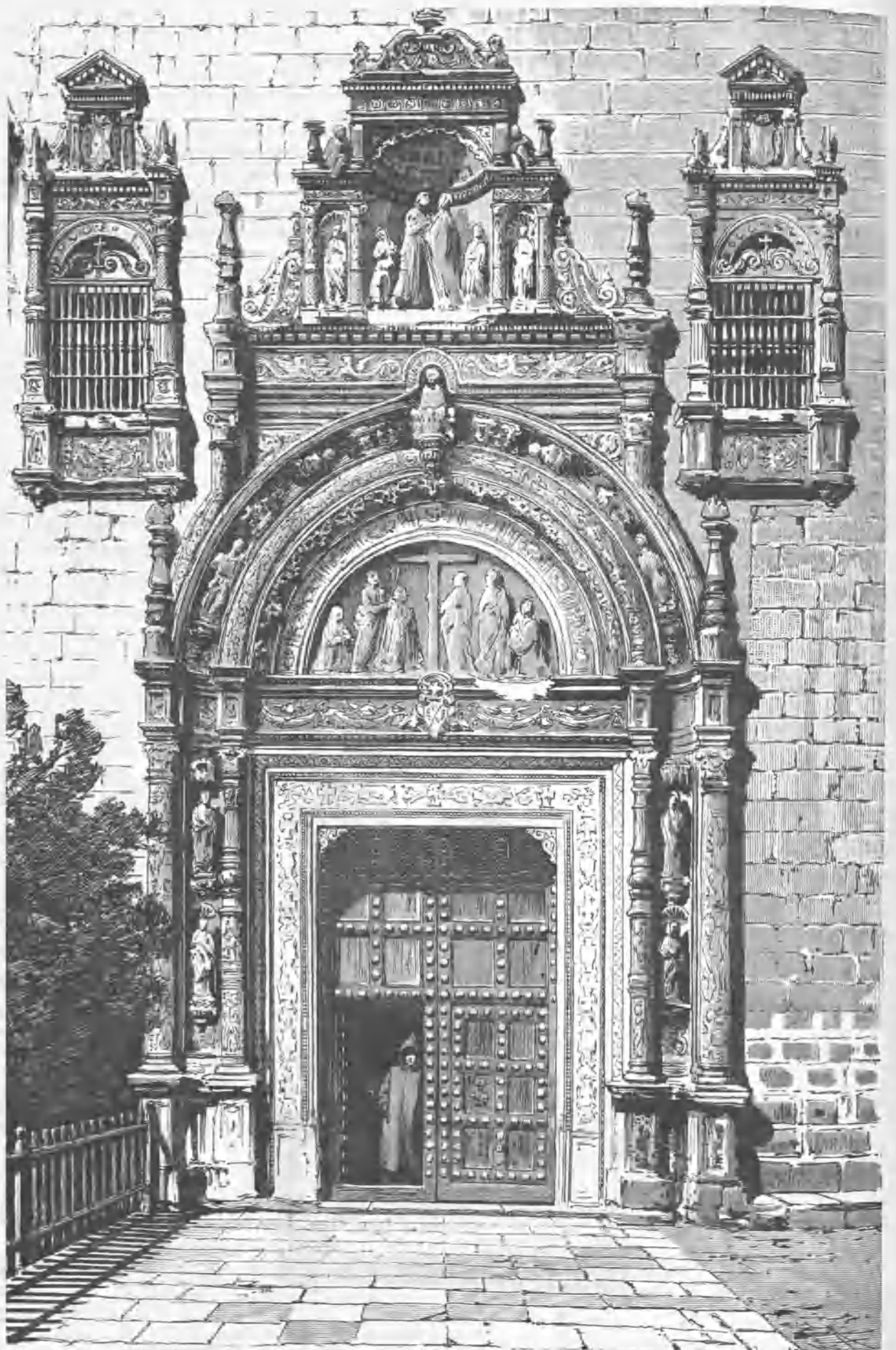
—Fernando no quiso, por exagerada modestia, que se supiera su nombre, y él es uno de los Socios Anónimos que aparecen en el *Boletín* (1) con cantidad más considerable.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Madrid, 15 de Julio de 1881.

(1) Este *Boletín de la Sociedad de Socorro de Náufragos*, así como sus *Estatutos*, se remiten á todo el que contribuya con una limosna ó donativo en favor de la Sociedad.—Dirigirse al Secretario general, *Dirección Hidrográfica*, Madrid.





TOLEDO.—PORTADA PRINCIPAL DEL HOSPITAL DE SANTA CRUZ.

EN LAS AZOTEAS DE LA CATEDRAL DE SEVILLA.

I.

HACE cuatro años que tuve ocasión de recorrer las azoteas de la Catedral de Sevilla, en compañía de mi amigo Alvar, que estudiaba los chapiteles latino-bizantinos, perdidos entre las tablas de atahurique ajacarado de la Gran Torre.

Recordaba perfectamente la descripción de *la Catedral por fuera*, de Cean Bermudez, y fué grande mi asombro al encontrarme sobre la cubierta *de aquel buque de alto bordo empavesado, cuyo palo mayor domina á los de mesana, trinquete y bauprés, con armoniosos grupos de velas, cuchillos, grimpolas, banderas y gallardetes.*

Plagiando al laborioso Cean, diré que, poco avezado á embarcarme en Leviatanes de granito, sentí al poco tiempo los efectos del mareo. Reclinado en una ojiva, creí ver girar en torno aquella arboladura marmórea y aquel velamen insensible á las caricias del viento; describieron círculos concéntricos pirámides, linternas y torrecillas; escapáronse, volteando, remates y balaustrias y vi caer los arbotantes uno después de otro, sin que me hicieran el menor daño.

Luégo, cada trozo de piedra volvió á ocupar su lugar; fué despejándose poco á poco mi cerebro, y pude darme cuenta de lo que me cercaba: hallábame á cien piés próximamente del suelo; tenía á mi alrededor la cubierta de sesenta y ocho bóvedas colosales, y debían abrirse acá y acullá ochenta y tantas ojivas adornadas de primorosos vidrios.

El que haya recorrido esta region de piedra, habitada ordinariamente por colonias de aves de distintos géneros y tribus de reptiles insociables y recelosos, podrá comprender lo que experimenté al hallarme bajo aquellos arcos, junto á aquellas moles, y casi entre las filas de aquel escuadrón de monstruos inmóviles, adheridos durante tantos años á sus verdinegros sillares. Del asombro pasé sin tregua á la contemplación: fueron delineándose al cabo las perspectivas lejanas y aparecieron en toda su delicadeza los detalles próximos. En tanto que mi amigo Alvar copiaba los notables ejemplares empotrados en el muro de la Giralda que mira al patio de los naranjos, emprendí yo un viaje de exploración en compañía del campanero, causando no poco terror á los cernicalos, á las palomas y á los vencejos, que veían asaltados, en las horas más gratas de la tarde, sus habituales dominios, y que, en su aturdimiento, solían tocar nuestros rostros con sus alas.

Nunca olvidaré esta excursión á través del granito, en las altas regiones creadas por ese atrevido arte ojival, cuyas prolongadas líneas tienen la propiedad de levantar las almas de la tierra. El campanero, que seguramente estaba avezado á tratar con soñadores y visionarios, apenas se atrevía á se-

ñalarme con el dedo los variados encajes de los antepechos, ó las caprichosas hojas cubiertas de musgo de algunos pináculos gigantes. Subiendo y bajando; deteniéndome á veces bajo aquellas airoas estribaciones, que sostienen como brazos con garras las naves y las capillas; volteando por los caracoles de los ocho ángulos y buscando la luz en las plataformas que miran á occidente, pasé más tiempo del que hubiera deseado. La Giralda parecía cada vez más alta; el sol, próximo al ocaso, iba tendiendo sobre las azoteas ligeras gasas de colores, y si no reflejaba en aquellas áureas esferas que tanto admiraron á D. Alonso el Sabio, hería, en cambio, dulcemente el celebrado Giraldillo.

Durante aquella larga exploración vespertina, algo debía de llamar mi atención preferentemente, y, en efecto, llamáronla desde el primer momento las famosas vidrieras, que casi podía tocar con la mano.

El arte de pintar el vidrio tiene una historia tan curiosa, que no pude resistir á la tentación de recordarla á la vista de tan bellos modelos. Pronto me olvidé de mi acompañante y de mi mismo, de tal modo, que le hice no sé cuántas preguntas, perdiendo el tiempo y la paciencia, como aquel filósofo ecléctico que solía explicar á su cochera el principio metafísico: *Essentia rerum sunt immutabiles.*

Las más celebradas vidrieras de la Catedral de Sevilla datan del siglo XVI, perteneciendo unas á Micer Cristóbal Aleman, que comenzó á pintarlas el año de 1504, continuándolas sucesivamente Juan, hijo de Jacobo, Juan Jaqués, Juan Bernal, Juan Vivan y Bernabino de Golandia; y otras á Arnau de Flándes y su hermano, á Carlos Bruges y Vicente Menandro, que dieron cima á su empresa en el año de 1569.

Nada más bello, vistos desde el interior del templo, que esos cuadros transparentes iluminados por el sol, que parecen destacarse en la profundidad de las naves, como una puerta entreabierta del cielo, por donde se dejan ver los santos y las vírgenes, y cuyo principal oficio es cerner é irisar la luz exterior, prestándole indefinible encanto.

Hallándome junto á ellos y al aire libre, no me era posible apreciar las bellezas de color de esta manifestación del arte pictórico combinado; pero, en cambio, conseguí contar sus trozos y sus enlaces; pude admirar la prodigiosa labor de las pesadas armaduras; logré recorrer las líneas desiguales y duras del emplomado, que debían formar desde abajo tan maravilloso conjunto, y comprendí, aunque confusamente, la suma de genio y de paciencia, las raras cualidades de que deberían hallarse dotados los Bruges y los Menandros, para poder triunfar artísticamente de aquella materia rebelde y quebradiza.

En efecto, antes que el maestro Delfin pintase los transparentes de la Catedral de Toledo, y de que Santiago Ale-

man, Alberto Dureo, Coussin y otros eleváran el pintado del vidrio á la categoría de verdadero arte, reduciéndose tan sólo sus procedimientos á ingeniosas combinaciones de pedacitos de distintos colores unidos entre sí y circunscritos por plomo, con los cuales se formaban vistosos mosaicos, agradables á la vista, pero desprovistos por completo del carácter histórico y pictórico que distinguió á las vidrieras más tarde.

Al siglo XII toca la honra de haber trasladada al vidrio las miniaturas bizantinas, ampliándolas atrevidamente y demostrando que los cristales de colores son como las arracadas y adornos de piedras preciosas, que debe ostentar esa caprichosa arquitectura que tiene por distintivo la ojiva.

Algunos pasajes de Laetancio, algunos versos latinos de Fortunato de Poitiers y cierta crónica de San Benigno, que debe datar del siglo IX, nos hablan de cristales pintados y de vidrios aplicados á los huecos de los eremitorios ó iglesias; mas ni las descripciones de las tales vidrieras son detalladas, ni restan ejemplares de aquellas lejanas épocas, por los cuales se pueda venir en conocimiento del estado del arte en los primeros siglos.

Sólo despues de la fecha citada, preciosos restos y ejemplares perfectamente conservados vienen á patentizar cuánto valían aquellos modestos vidrieros, originarios de Bizancio y Venecia, más hábiles aún que los que cubrieron de mosaico de cristal las celebradas murallas de Echata y de los pavimentos del palacio de pórfito del rey Asuero. Las catedrales de Chartres, Reims, Paris, Rouen y Tours, en Francia; las de Strasburgo, Munster ó iglesia de San Cuniberto de Colonia, en Alemania; las de Cantorbery y Salisbury, en Inglaterra, y la de Leon, en España, son testimonios irrecusables de la gran altura á que llegó el arte del vidrio pintado, en el espacio de tiempo que media desde los asomos del siglo XII hasta las pastrimerías del XVI, para España de pleno renacimiento.

Las vidrieras de la Catedral de Sevilla marcan distintamente las tres primeras etapas del arte. Las primitivas se asemejan á las que se pintaron por Doffin en Leon: están encerradas en ojivas, divididas por parteluces, coronadas de rosetas y llenas de santos y patriarcas en andanada, á la manera bizantina; las del segundo grupo acusan la flexibilidad y la gracia del Renacimiento, que bebieron, acaso en Florencia, Arnau de Flándes y Arnau de Vergara; en cuanto á las últimas, pintadas por Bruges y Menandro, tienen todos los encantos de la virilidad del arte; muévense en ellas las figuras, ondulan los paños, brilla el color, aparece el grupo libre y desligado de los accesorios y se fijan los términos y las perspectivas.

Modelo de las de este género es la llamada de la Conversión de San Pablo, que puede admirarse en la capilla de Santiago: lo atrevido del dibujo y de la composición; el admirable efecto de aquellas matices vivos y brillantes; los tonos vigorosos de claro-oscuro, producidos por el empleo, forman un conjunto tan maravilloso, que bien pudiera creerse un fresco de la Sixtina, hecho trasparente por medios sobrenaturales.

No son de tan relevante mérito, á pesar de ser muy bellas, las que representan los mercaderes arrojados del templo, la uncion de la Magdalena, la resurrección de Lázaro, y las redondas de la Ascension y Asuncion, colocadas en el

testero del santuario: las mismas de la Anunciacion y de la Visitacion, que se hallan sobre la puerta llamada del Bautismo, y son tambien debidas á Vicente Menandro, no pueden competir en grandeza y valentía con la citada.

De propósito omito hablar de las que pertenecen á los siglos posteriores, época de decadencia marcada, por desdicha, en la célebre basilica. Las complicadas armazones de hierro, el vidrio de color esmaltado y preparado por medio del fuego de la mufla, los emplomes ingeniosísimos para dar vigor á las sombras y delinear las figuras, fueron perdiéndose poco á poco con la importacion del vidrio cortado en grandes láminas y el uso inconveniente de la grisalla.

Una costumbre cortesana vino á dar el golpe de gracia á la pintura de imaginaria y á los vidrios historiados.

Los santos nimbados y los grupos bíblicos fueron arrojados de sus capillitas y de sus doseletes por los grifos y los leones rampantes de una heráldica aparatosa, complemento, como decia cierto escritor, del ancho y costoso lechugado, los gregüescos bordados á medio muslo, las ricas ropillas con brahones, las mangas perdidas y las pomposas plumas en el sombrero.

II.

No se habrá olvidado que las anteriores reflexiones me las hacia yo mismo contemplando las ojivas de la Catedral desde sus azoteas dilatadas.

Mi acompañante, permaneciendo á respetuosa distancia, pensaba sin duda en cosas muy diferentes, supuesto que contestaba siempre con monosílabos á las preguntas que solia dirigirle.

— ¡Estais distraído, aniguito! — le dije, notando cierta inquietud inconveniente en un hombre que desempeñaba el palaciego oficio de *cicerone*.

— ¡Perdonad, señor, — repuso mi guía, que era un veje-te de cabello gris y pómulos salientes, curtido por los cuatro vientos del campanario y tostado por el sol del toque de vísperas; — es la hora en que pasea Catana y tengo el alma en un hilo! ...

— ¡Catana!... ¿y quién es esa Catana y por dónde pasea? — repetí, picado de la curiosidad con tan original respuesta.

— ¡Quién ha de ser, sino mi sobrina Catana, que anda por aquí como nosotros! — dijo el campanero fijando en mí sus pupilas melancólicas, que parecían protestar de aquellas cejas ásperas y de aquellos mechones levantiscos.

— Vamos, alguna niña traviesa, — pensé yo, volviendo con la imaginacion á las orillas del Belos, donde, según algunos, se inventó el vidrio.

Seguimos nuestro paseo en torno á la gran nave: quisiera que no quisiera, le hice entender que los fenicios habian legado á los romanos la invencion del vidrio; que, en tiempo de Pompeyo, tuvieron éstos un teatro cuyos intercolumnios eran de cristal puro; que en los siglos modernos la industria vidriera habia alcanzado tales conquistas, que en Bélgica podian contarse 176 hornos en actividad, con 8.500 obreros, que ganaban diez millones al año; que Alemania tenia 500 fábricas de vidrio y que el importe de la producción media de vidrio de todas clases en Europa ascendia, según las últimas estadísticas, á 500 millones de francos.

Mi guía, por lo visto, no era aficionado ni á las estadísti-

cas industriales, ni á las excursiones históricas. Acelerando el paso, y sin replicar palabra, siguió haciendo su oficio, mostrándome, ya la descomunal cabeza de una esfinge en cuyo cuello el caprichoso escultor había dejado un primoroso calabrote de piedra; ya los afilados dientes de un grifo, modelo de delicadeza y de verdad escultórica; ya los enlaces y lóbulos de los rosetones; ya, en fin, las piedras angulares escogidas por los misteriosos obreros del siglo xv para dejar sus compases y escuadras cruzados de una manera simbólica.

Entre tanto el sol declinaba y las palomas se refugiaban en los huecos de los sillares; allá en las profundidades de las linternas comenzaban á brillar las fosfóricas pupilas de los mochuelos y las lechuzas, y las azoteas, bañadas por las últimas luces de la tarde, tenían tonos tan desusados y extraños, que apenas podría describirlos.

Estábamos en el ángulo que mira á Oriente, y los paños de sombra de la nave central comenzaban á envolvernos poco á poco. Los remates del cimborrio, las cúpulas y las torrecillas brillaban como ascuas por su parte superior, é iban tiñéndose de negro por su base, como si estuvieran hechos de carbones encendidos.

La luz sólo reinaba sin rival en la explanada de la nave mayor y en los cuerpos superiores del célebre alminar convertido en campanario. Mi amigo Alvar había terminado sin duda sus trabajos y, al volver hacia la parte de Oriente, no le vi ya en las azoteas.

Yo iba á abandonar también aquel mundo de piedra, en que libraban la sombra y la luz colosal batalla, cuando lancé un grito de espanto y me acerqué instintivamente al viejo campanero, que permaneció mudo y helado como un mascarón de granito.

En la asombrosa altura de la nave mayor, destacándose sobre el azul del cielo, como uno de aquellos pináculos, eternos vecinos de las nubes, cerca del calado antepecho, y reclinada graciosamente en una torrecilla cuadrangular, apareció una joven de interesante figura, vestida de blanco como Beatriz y coronada de flores como Ofelia.

— ¡Catana! — gritó el campanero, después de un momento de indecisión, tendiendo hacia la atrevida joven sus brazos temblorosos; — ¿no te he dicho que no persigas ahí á las palomas!...

La llamada Catana tenía, en efecto, una paloma blanca posada en el puño, á guisa de gerifalte, y varias otras la rodeaban como una verdadera nube, solicitando, al parecer, sus cuidados y sus caricias.

Era tan caprichoso aquel grupo, formaba tan original contraste con el lugar en que nos encontrábamos, que me olvidé, al fin, de fenicios y babilonios, y seguí con avidez hasta los menores movimientos de la niña; ella, entre tanto, se deslizaba por aquella peligrosa altura, sin parar mientes en nuestros miedos, entonando á media voz la antigua canción, que dice:

Por las barandillas del cielo
Se pasea una zagala,
Vestida de azul y blanco,
Que Catalina se llama (1).

(1) Antiguo y popular romance del martirio de Santa Catalina, cuyo *soneto* tiene un ritmo apropiado y monótono.

— Pero ¿está loca?... — dije al campanero, que temblaba como un az gado.

— ¡Ay, señor! — contestó éste sollozando, — supo que su novio se había arrojado desde el cuerpo de campanas, y.... no la hemos vuelto á ver en su cabal juicio.

— Y ¿cómo la dejan ustedes vagar por esos sitios?

— No la dejamos: se nos escapa; y como sus manías son apacibles, nos hemos convencido de que no hay peligro en ello. ¡Si viese usted cuánto ha sufrido!....

Mi curiosidad se desbordó con estas breves frases del viejo; mas el episodio que presenciaba era tan interesante, que me decidí á satisfacerla más tarde. Entre tanto, Catana, la Loreley de aquellas regiones, entonando siempre su monótona canción y deslizándose sobre las curvas de la bóveda, desapareció, con su falda flotante y su cortejo de palomas, por uno de los caracoles de la gran nave.

El pecho del anciano campanero se ensanchó, como si le quitáran de encima una montaña, y yo respiré más libremente, á pesar de hallarme en alturas relativamente peligrosas.

Cuando abandonábamos las azoteas y tomábamos á nuestra vez las tortuosas y oscuras escaletillas de caracol que habían de conducirnos, primero á los anditos y después á la planta baja del templo, todavía pude escuchar el eco lejano de la voz de la niña, que, rebotando de piedra en piedra, no cesaba de repetir dulcemente:

Por las barandillas del cielo
Se pasea una zagala, etc.

III.

No hay para qué decir que á la tarde siguiente volví á las azoteas de la Catedral, con el deliberado propósito de conocer la historia de Catana.

La suerte me fué esta vez tan propicia, que no sólo hallé al viejo campanero dispuesto á referirme aquel drama de las alturas, sino que, por una de esas casualidades no compaginadas, la protagonista se halló entre nosotros, dotando al relato de los más caprichosos detalles.

Catana, vista de cerca y sin rodearla de fantásticas imaginaciones, era sencillamente una graciosa niña andaluza, un tanto triste y ensimismada, cuyos grandes ojos garzos tenían vaguedades indefinibles.

Cuando el viejo campanero le dijo que yo deseaba pasear por las azoteas á su lado, me miró sonriéndose sin extrañeza y se dispuso á servirme de guía, deteniéndose de vez en cuando y mostrándome, sin hablar palabra, ya algun exótico grupo de campanulas que se encaramaban por los arbotantes, ya un depósito de agua llovediza, en torno del cual revoloteaban las golondrinas, ya, en fin, alguna que otra mata de esa florecilla olorosa que llaman los ingleses violeta de las ruinas, y cuyas modestas hojas se refugiaban bajo los salientes del muro.

Las azoteas eran sus jardines y sus alcázares.

Si en la tarde anterior tuve ocasion de sorprender las minuciosidades arquitectónicas de aquella region de piedra, en ésta se me inició hasta en los más pequeños misterios de su fauna y de su flora.

Catana, experta en todas estas cosas ignoradas, sabía de